

Los platos más picantes de la cocina tártara

ALINA BRONSKY

Nuevos Tiempos **Siruela**



ALINA BRONSKY

**Los platos más picantes
de la cocina tártara**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
La aguja de hacer punto
Gemelos
Este bebé
Mala madre
Estetoscopio, querida
Sanatorio para niños
Traidores por todos lados
¿Átomos?
Éstos no son modales
Una familia civilizada
¿Soy una mujer mala?
Yo era un ejemplo
Una esposa perfecta
Otro tipo de preocupaciones
Es un ángel
Una niña limpia
En realidad no tenía mucha experiencia
Sin mí, nada funcionaba
Rosenbaum
Pescado gefilte
El fin del mundo
No era mi niña
Pobre diablo
Mi despedida
Otra vez a solas
Sulfía, necesitas un extranjero
El alemán comatoso
Un idiota extranjero
Por una vida mejor
O tres o nada
Una niña buena
El país que nunca nos había conquistado
Le hacía falta una mujer
Bueno con Sulfía
Puedes estar contenta
No era en Alemania

Una segunda Sulfia
Una doncella de hierro
Una mujer joven
Su tercer marido
Tuturgan taviq
Elegante y ligera
La montaña no me quería
Las mejores hijas
Mientras tú estés aquí
Con la voz de Sulfia
Mis mujeres
La paciente más guapa
La mía es la más guapa
Pero de mí no se hablaba
Lena
Alemania es un país pequeño
La cocina tártara
Todo el tiempo del mundo
Gracias...
Notas
Créditos

Alina Bronsky

**Los platos más picantes
de la cocina tártara**

Traducción del alemán de
Javier Sánchez-Arjona Voser

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Los platos más picantes de la cocina tártara

Para Stephan

«Como en toda lengua, también en tártaro hay expresiones bastante ordinarias. La comprensión de las palabrotas hace más fácil reconocer situaciones y dominarlas. Las siguientes palabras no están por tanto pensadas para uso propio, sino simplemente para la comprensión de una situación.»

«Palabrotas y maldiciones», en *El tártaro, palabra a palabra*

La aguja de hacer punto

Cuando mi hija Sulfia me dijo que estaba embarazada, pero que no sabía de quién, me contuve todo lo que pude: erguí mucho la espalda y puse las manos dignamente sobre el regazo.

Sulfia estaba sentada en un taburete de la cocina. Tenía los hombros levantados de forma horrible y los ojos rojos porque no dejaba que las lágrimas le cayeran sin más, sino que encima se frotaba los ojos con el dorso de la mano. Y eso que desde pequeña había aprendido cómo se llora sin que resulte desagradable, y cómo se sonríe sin comprometerse demasiado.

Pero Sulfia no era inteligente. Se podría decir incluso que era bastante tonta. Aunque fuera mi hija. Peor aún: era mi única hija. Pero cuando contemplaba cómo estaba sentada en la silla, con la espalda encorvada y la nariz chorreando como si fuera un periquito, tenía sentimientos encontrados. Me habría gustado gritarle: «¡Pon la espalda recta! ¡No te sorbas los mocos! ¡Mira qué pinta de boba tienes! ¡Intenta no poner los ojos bizcos!».

Pero también me daba pena. A pesar de todo no dejaba de ser mi hija. No tuve ninguna más, tampoco un hijo, porque hacía años que mi cuerpo estaba vacío por dentro y había dejado de ser fértil, como si fuera arena del desierto. Y esta hija mía era un poco amorfa y no se parecía nada a mí. Era muy baja: sólo me llegaba a los hombros. No tenía buen tipo, los ojos demasiado pequeños y la boca torcida. Y además, como ya he dicho, era tonta. Había llegado ya a los diecisiete, y no se podía esperar que fuera a ganar en inteligencia.

Sólo quería que su bobería atrajera a un hombre lo suficiente como para que no se diera cuenta de lo zambas que eran sus piernas hasta que no saliera del Registro Civil.

Hasta entonces no se habían cumplido mis esperanzas. Sulfia sólo tenía dos amigas en el bloque, y la última vez que habría hablado con un chico había sido diez años atrás, al poco de empezar el colegio. Ese día freí pescado en aceite (era el año 1978 y en un gran laboratorio de nuestra ciudad había habido un escape de ántrax), y Sulfia se tapaba la nariz con la mano y vomitó cuatro veces en el baño.

De todo ello se dio cuenta hasta la bruja de Klavdia, que tenía un cuarto en nuestro piso comunal. Klavdia era comadrona en la clínica de maternidad, o eso era lo que decía, aunque yo no la creyera. Como mucho, era señora de la limpieza. En nuestro piso, en una casa antigua, bonita y en el centro, había dos zonas: dos habitaciones para nuestra familia, una para Klavdia; el cuarto de baño y la cocina eran de uso común.

Cuando Sulfia se sentó en el taburete de la cocina, donde la interrogué, y me dijo que su repentino embarazo sólo podía deberse a que una noche había *soñado* con un

hombre. La creí enseguida. Un hombre de carne y hueso nunca se acercaría a Sulfia, a no ser que fuera miope o un perverso. Las calles estaban llenas de chicas guapas con minifaldas.

Miré a Sulfia con severidad y preocupación, pero ella sólo miraba sus pies pequeños. Sabía que a veces se daban casos así. Una mujer virgen soñaba con un hombre y, nueve meses después, traía un bebé al mundo. De hecho conocía un caso mucho peor, mi prima Rafaella: encontró a su hija en la flor de una planta de interior grande y exótica, cuyas semillas había traído del sur. Me podía acordar perfectamente de lo confundida que estaba la pobre entonces.

Miré a mi hija y pensé qué se podría hacer por su futuro y por mi reputación. Y tuve algunas ideas al respecto.

Fui a la farmacia y compré polvo de mostaza. Después fregué la bañera hasta dejarla limpia y reluciente, y la llené de agua caliente. Tuvimos la suerte de que justo en ese momento hubiera agua caliente en las cañerías, porque durante las semanas anteriores la habían estado cortando una y otra vez.

Sumergí el polvo y lo removí con el mango partido de una pala de quitar nieve. Lo había encontrado el invierno anterior en la calle y me lo había traído; y mira tú por dónde, ya le había dado uso.

Mientras removía, Sulfia, que estaba de pie junto a mí, me miraba y temblaba.

–Quítate la ropa –dije.

Salió precipitadamente de su vestido y sus bragas blancas y se me quedó mirando. Siempre había que explicarle todo.

–Métete –dije.

Levantó con cuidado una de sus morenas piernas zambas y se agarró a mí. Introdujo en el agua el dedo gordo del pie y se quejó porque estaba demasiado caliente.

–El infierno sí que está ardiendo –dije impaciente.

Me miró, intentó sumergir el pie en el agua y lo retiró enseguida, temerosa.

Perdí la paciencia. El agua tenía que estar caliente, no templada, le expliqué. Me miró como un perro abandonado y se dejó caer en la bañera, salpicando.

–¡Estás loca! –grité, y dejé caer agua *muy caliente*.

Mientras secaba los charcos sobre las baldosas con un trapo, Sulfia gimoteaba en la bañera: que estaba hirviendo..., que la iba a matar escaldándola...

–Eso aún no le ha pasado nunca a nadie –le dije, aunque sabía que no era verdad. Cuando cesó el lloriqueo, eché un vistazo. Sulfia estaba tumbada en la bañera con los ojos cerrados y con la boca abierta de par en par. La levanté de un tirón y la duché con agua fría. Mejor una hija embarazada que muerta, pensé, y Sulfia volvió rápidamente en sí. Su piel estaba roja y enseguida empezó a gemir de nuevo.

Pasé por delante de la cara curiosa de Klavdia, sujetando a Sulfia, en dirección a nuestra habitación, la metí en la cama y le di de beber té de arándanos rojos. Se durmió.

Se pasó 22 horas durmiendo, sin parar de moverse constantemente en la cama, lamentándose. Comprobé la sábana bajera: estaba blanca.

Fui al mercado, les compré a mis paisanos una gran bolsa de hojas de laurel e hice con ellas una infusión. Se la di a Sulfia para que la bebiera. A Sulfia empezó a pelársele la piel de todo el cuerpo por el baño de mostaza, pero aparte de eso, no pasó nada. Obediente, se bebió la infusión como una buena hija. Pero después no llegó a tiempo al baño y vomitó varias veces seguidas en el lavabo, ante la mirada curiosa de Klavdia. Como todo lo que entraba en ella salía, era imposible que nada pudiera surtir efecto.

Poco a poco empecé a ponerme nerviosa. Quería evitar mandar a mi hija al médico y que hubiera rumores absurdos en la escuela, donde, desde aquel año, se estaba formando para ser enfermera. No quería que Sulfia tuviera ningún impedimento más, ya de por sí no era la más querida. Y sabía que en los hospitales a chicas bobas y jóvenes en su situación se las trataba como un cacho de carne. Algo que yo le quería evitar.

Nunca habría pensado que Dios fuera a enviarme ayuda precisamente a través de Klavdia, esa pava imbécil. Pero Klavdia mostró iniciativa propia después de haber estado contemplando mis cada vez más desesperados intentos. Me cogió del codo en la cocina común y me susurró que ya había ayudado a unas cuantas, y sabía perfectamente cómo se hacía.

Yo la escuché sin más, y luego asentí. No me quedaba otra. Un día más tarde fuimos a la habitación de Klavdia y colocamos una mesa grande en mitad del cuarto. Klavdia cogió un hule con motivos de nomeolvides y acianos, y yo llevé a Sulfia, que, presa del pánico, recorrió la habitación con sus ojos negros.

Le expliqué a Sulfia, una vez más, que los problemas hay que solucionarlos. Que no se resuelven por sí solos. Solos, lo único que hacen es aparecer. Temblaba sujeta a mi brazo. Y a continuación se subió obedientemente a la mesa.

Klavdia dijo que así no podía trabajar. Que si Sulfia seguía temblando de esa manera, no encontraría el punto correcto. Y que yo tenía que sujetarla con fuerza, porque si entre medias se movía de golpe, Klavdia podría incluso atravesar el intestino con la aguja. Entonces, me tumbé encima del vientre de mi hija.

–Tápale la boca –dijo Klavdia, y apenas pude ahogar el súbito grito penetrante de Sulfia, cuando Klavdia extrajo con un movimiento ágil la aguja ensangrentada de entre las piernas de Sulfia.

A lo mejor es más que una señora de la limpieza, pensé, impresionada por la hábil maniobra de Klavdia. Saqué entonces mi mano de entre los dientes de Sulfia, que mordía con fuerza. Su cabeza cayó a un lado. La muy floja había vuelto a perder la consciencia.

Cargué a Sulfia sobre mi espalda hasta nuestra habitación. Coloqué una sábana impermeable bajo su trasero mojado y la cubrí para que no se enfriara.

Volvió en sí. Sus ojos, oscuros y redondos como pasas, se pasearon por el cuarto.

Emitió un quejido leve y lloroso.

Su cara se puso cada vez más pálida. Mi marido Kalgánov volvió a casa de trabajar.

–¿Qué le pasa a Sonja? –preguntó. No llamaba a nuestra hija por su nombre tártaro. La llamaba como la llamaban los rusos, porque son completamente incapaces de quedarse con un nombre tártaro. De pronunciarlo bien, ¡ni hablamos!

Mi marido era muy categórico. No creía en Dios, sólo creía que todos los hombres eran iguales, y que todo aquel que pensara lo contrario vivía aún en la Edad Media. A mi marido no le gustaba que nos diferenciáramos del resto.

Le dije simplemente que nuestra pequeña boba Sulfia tenía gripe. Se acercó hasta su cama y le puso la mano en la frente.

–Pero si está helada –dijo–. Fría y húmeda.

No estaba en mi mano tener a todos contentos. Sulfia gimió y se dio la vuelta.

Gemelos

Esa noche pensé, de repente, que Sulfia se me iba a morir. Hacía ya años que no temía por ella, y la sensación no me gustó nada. Levanté levemente la manta de Sulfia. Tenía buen aspecto. La limpié, cogí la ropa ensangrentada, la metí en una bolsa de plástico y lo envolví todo con papel de periódico. Salí sigilosamente del piso, escuché al pasar cómo nuestra vecina Klavdia daba vueltas en la cama, llevé el fardo por calles oscuras y vacías, y lo tiré a un contenedor un par de bloques más allá.

Por la mañana, a Sulfia le entró fiebre. Sangraba como un cerdo. Del fondo de mi nevera saqué una lata de caviar que guardaba para la fiesta de Año Nuevo, hice tres sándwiches generosos y se los di de comer a Sulfia. Como todo el mundo sabe, el caviar es bueno para la formación de sangre.

Los dientes de Sulfia castañeteaban, tenía escalofríos. Las bolitas de caviar transparentes y de color naranja se le pegaban a la barbilla. Vertí en su boca un mejunje de espino amarillo que había cogido en otoño de mi huerto del campo, cortándome las manos con las espinas y destrozándome la piel de las yemas de los dedos. Mezclando las bayas con azúcar hice unos diez litros de compota, y la metí en tarros. El espino amarillo pudo aguantar así todo el invierno. Fui deshaciéndola en agua hirviendo cucharada a cucharada y le di el brebaje a Sulfia para que tuviera vitaminas.

Se sorbía los mocos y gemía, pero mis esfuerzos se vieron recompensados.

Un par de días después, Sulfia dejó de sangrar, se levantó y fue por su propio pie al baño. A los pocos días, se reincorporó a la escuela de enfermería. Klavdia nos hizo un certificado según el cual Sulfia había tenido gripe. Me empezó a caer cada vez mejor, hasta que me di cuenta, un par de meses después, de que la tripa de Sulfia empezaba a crecer hasta el punto de llegar a ser demasiado evidente. Incluso yo misma me di cuenta demasiado tarde: ya ni contaba con ello. Y cobró tal tamaño que hasta Kalgánov se dio cuenta, algo de lo que normalmente era incapaz.

—¿Qué tiene Sonja ahí? —preguntó mientras señalaba con el dedo—. ¿Cómo ha llegado eso hasta ahí?

—Está aún en edad de crecer —dije rápidamente, posé mi mano sobre el vientre de Sulfia y me asusté. Las patadas contra mi mano anunciaban dificultades.

Dios se había reído de mí. Dios o Klavdia.

—Gemelos —dijo y se encogió de hombros. Añadió que sólo le habíamos dado dinero para *un* bebé, y lo había solucionado eficazmente. Como nadie le había dicho nada de un

gemelo, no había podido tener en cuenta al segundo feto. Sólo había acertado con el que estaba más cerca de la salida.

En realidad, Klavdia dijo que la supervivencia del segundo gemelo era la mejor prueba de su destreza, otros ni siquiera son capaces de garantizar la supervivencia de la madre.

Me encerré en el baño y dejé que me salieran las lágrimas, en silencio, para que no se me pudiera oír, para que los ojos no se me pusieran rojos. Sulfia estaba sentada en un taburete en la cocina, acariciaba su vientre, sonreía con ojos de vaca y mascaba pan con mantequilla y queso, fiambre, pepinillos que yo había puesto en vinagre en verano, tomate, manzanas, un trozo de tarta de manzana, un bol de requesón y un gran plato de puré de sémola con pasas.

Como sabía que mi marido no se iba a tragar la historia de la concepción soñada, le dije sin más que Sulfia había sido violada por el vecino que vivía dos pisos más arriba. Ese vecino estaba emparentado con el superior más importante de mi marido. Así que Kalgánov no dijo nada más, ni a mí ni a Sulfia ni tampoco al vecino, y empezamos a esperar al bebé, sin que yo abandonara la secreta esperanza de que en cualquier momento ocurriera de repente una calamidad caritativa, una enfermedad o una chapuza médica.

Este bebé

Este bebé, una niña de 3,2 kg de peso y 51 centímetros de altura, nació una fría noche de diciembre del año 1978 en la clínica de maternidad número 134. Siempre tuve la impresión de que iba a ser una niña que, por naturaleza y sin conmiseración alguna, iba a sobrevivir a todo. Era un bebé extraordinario que desde el primer momento gritó con todas sus fuerzas.

Mi marido y yo la fuimos a recoger en taxi cuando tenía diez días. Y a nuestra hija también, lógicamente.

El pequeño bebé estaba envuelto en una mantilla atada con cintas rosas, como era costumbre entonces. Mi marido nos sacó una foto: a mí con el bebé en mis brazos, junto a Sulfia sujetando un ramo de flores de plástico que nos dejaron en la clínica para sacarnos la instantánea: de dónde si no íbamos a sacar las flores en pleno invierno. Apenas se podía ver la cara del bebé: pequeña y roja, asomaba entre los pliegues de la manta. Ya casi me había olvidado completamente de lo pequeño y horrible que es un bebé recién nacido. Éste empezó a gritar ya en el taxi y no paró hasta un año después, exactamente.

Lo sujetaba en mis brazos y contemplaba su cara. Me di cuenta, asombrada, de que esta niña sin padre no se parecía a ningún otro adulto tanto como a mí. Al contrario de lo que me había parecido en un principio, no era tan horrible. La contemplé con atención y pude ver que era una niña pequeña y bonita, sobre todo cuando estaba callada.

Una vez en casa, la desenvolvimos y la pusimos en la cama. La niña tenía músculos pequeños y fuertes, y una piel roja y tersa. Pataleaba y movía sus minúsculos brazos sin parar de gritar y la cama temblaba debajo de ella.

La cara curiosa de Klavdia apareció en el marco de la puerta entreabierta.

–¡Qué ricura! ¿Ya de vuelta en casa? ¡Enhorabuena! ¡Le deseo todo lo mejor a la madre y al bebé! ¿Le habéis dado ya de comer? Esto no hay quien lo aguante.

Sulfia se sentó en el sillón y sonreía como si estuviera delirando. Mi marido se inclinó sobre mi primera nieta frunciendo el ceño. Tuve la sensación de que había algo que no le acababa de gustar. Quizá buscara los rasgos de su jefe en su pequeña cara.

–Por cierto, ¿cómo se llama el niño? –preguntó Klavdia desde la puerta.

–¡Será la NIÑA! –grité tan fuerte que el bebé se calló por un momento y me miró asombrado–. ¡Es una NIÑA! ¡Tenemos una niña!

–Da lo mismo, ¿cómo se llama? –preguntó Klavdia.

–Aminat –dije–. Se llama Aminat.

–¿Cómo? –preguntó Klavdia, que tercamente llamaba Sonja a Sulfia, a quien conocía

desde niña, y a mí Rosa, que al fin y al cabo viene de Rosalinda. Nuestros nombres eran demasiado bonitos como para que los demás se aclararan.

–O sea Anna, Anya –me corrigió Kalgánov, que siempre quería ser como los otros.

–Aminat –repetí. No me parecía que fuera tan difícil de recordar. Mi nieta se llamaría Aminat como mi abuela, que creció en las montañas. Yo la llamaría por su nombre, aunque fuera la única, sin importarme nada que en la guardería, el jardín de infancia, el colegio, la universidad y la escuela técnica, y por toda la eternidad fuera simplemente una tal Anya. Para mí sería Aminat y ya entonces empecé a rezar para que la niña pudiera llevar una vida en la que no tuviera que ver cómo destrozaban su nombre.

–Se llama Aminat Kalgánova –dije, y la cara de condena de Klavdia desapareció detrás de la puerta. Mi marido se agarró la cabeza con las manos y dijo:

–Esto no hay quien lo aguante más, ¿va a seguir siendo así todo el rato?

En ese momento mi hija Sulfia despertó de su rigidez y dijo:

–Tengo tanta hambre, mamá...

Aquella pequeña a la que había bautizado como mi abuela Aminat, nacida en el Cáucaso, puso mi vida patas arriba. Todo dejó de ser como hasta entonces. Sulfia aprovechó el nacimiento de su hija para dormir sin parar y no dejar de comer. Aunque le gustaba cogerla en brazos, malcriándola, no servía para mucho más. Cuando la niña tenía hambre, no se podía contar con ella. Por la noche Sulfia tenía un sueño tan profundo que no escuchaba los agudos y penetrantes gritos de soledad ni los fuertes chillidos de hambre, llenos de ira.

Yo dormía al otro lado de la pared y oía cómo lloraba la pequeña. Sabía perfectamente qué era lo que necesitaba, después de tres días lo comprendía con sólo oírlo. En un momento dado no aguanté más y llevé la cuna al cuarto que compartía con Kalgánov.

Me gustaba cómo Aminat cerraba sus pequeñas manos cuando tenía sueño, frotándose los ojos con ellas.

Por la mañana mandaba a Kalgánov a la lechería a por comida para bebés, porque alguien se tenía que ocupar de que la niña comiera en condiciones. Se terminaba los biberones en un abrir y cerrar de ojos, mucho más rápido que otros niños. Mi marido intentaba rebelarse, las colas de padres jóvenes sin afeitarse le ponían nervioso, pero yo no transigía y le mandaba ir todas las mañanas: se trataba ni más ni menos que de alguien de su propia sangre. Kalgánov decía que a su nieta no la iba a tratar ni mejor ni peor que a otros niños, al fin y al cabo todos los seres humanos son iguales, y yo le llamaba fascista.

Pasados un par de meses, Sulfia volvió a su escuela de enfermería y yo inscribí a Aminat en la guardería. Teníamos que salir adelante como fuera. Aminat lloraba amargamente. Yo soltaba de mi vestido, uno por uno, todos sus dedos y me marchaba.

Mi nieta Aminat tenía suerte. No había heredado ni la flema ni la fealdad de su madre. Tenía mis ojos, profundamente negros y almendrados, rizados negros un poco ondulados, una nariz tierna y una cara con una expresión muy inteligente. A cualquier persona se le

ve desde el nacimiento si es lista o no. En el caso de Sulfia también lo vi desde el primer momento y no me equivoqué. Probablemente se debía a que Sulfia había sido engendrada por mi marido en la cama y Aminat por un extraño en sueños.

A pesar de ello, Aminat era una niña problemática. No quería quedarse en la guardería. Empezaba a gritar en cuanto la dejaba y le pegaba en los dedos con los que se agarraba a mí. No podía llegar constantemente tarde al trabajo.

Cuando la recogía por la tarde, podía oír desde la calle sus gritos iracundos. Me daba vergüenza. No me gustaba que mi nieta entorpeciera de esa manera el desarrollo normal de la actividad en la guardería. Incluso llegué a sentirme obligada a explicar a las educadoras que los niños tártaros son normalmente muy educados. En muchos casos, más que los rusos, pero, lógicamente, esto último no lo dije, no quería parecer soberbia.

Aminat se resistía a ser educada. Algunas veces incluso me sorprendía a mí misma llamándola *Anyá* delante de las educadoras, porque me sentía avergonzada por su actitud. Era tan complicada que no quería ponérselo todavía más difícil al personal con un nombre árabe. Hasta ese punto llegaba mi consideración.

Mi hija Sulfia olvidó entre tanto que había tenido una hija. Concluyó su formación en la escuela de enfermería y empezó a trabajar en una clínica quirúrgica. Eso sí: no había sido capaz de aprobar los exámenes, con lo que no podía trabajar como enfermera, sino sólo como auxiliar de enfermería. Hacía el trabajo sucio y nada que fuera imprescindible. Me pareció que eso sería lo mejor para todos.

Estaba contenta con que mi hija se hubiera convertido en un miembro útil para la sociedad, a pesar de su notable incapacidad. Y que, incluso, hubiera tenido una hija, sorprendentemente tan maravillosa. Sulfia había pasado lo peor y me dejaba tiempo para educar a mi nieta, una tarea importante para una mujer como yo y, como ya he dicho, nada fácil tratándose de una niña como Aminat.

Muy poco a poco empecé a dejar de cuidar de Sulfia. Cuando ella volvía a casa, no me daba ni cuenta, y tampoco me enteraba de lo que hacía. Por eso me pilló de improviso cuando un buen día entré en mi habitación y encontré una nota: «Querida mamá, querido papá, me mudo y me llevo a Anna. Sólo os pido que me dejéis en paz. Besos, vuestra Sonya». Y junto al papel, la llave de su cuarto.

Mi corazón batía con fuerza contra mis costillas cuando abrí el armario que compartíamos y lo encontré medio vacío. La ropa y las faldas de Sulfia, cuidadosamente ordenadas, habían desaparecido, su ropa interior y sus medias también, y lo que era aún peor: habían desaparecido los peles, calcetines, jerséis, juguetes de goma, biberones, pañales de tela y la taza preferida de Aminat con el conejo amarillo.

Mala madre

No me permití el lujo de tener tiempo para un colapso. Actué enseguida, como suele ser costumbre en mí. Abrí la lata del dinero para los gastos domésticos y cogí un par de billetes. Me eché bruscamente el abrigo encima y salí corriendo a la calle, donde me coloqué junto al bordillo y saqué mi pulgar. Nada de agitar los brazos presa del pánico, como hacen otras, sino clara y dignamente. Siempre funcionaba.

Enseguida paró un coche pequeño y sucio. Siempre he parecido mucho más joven de lo que soy, muchos estaban encantados de ayudar a una mujer como yo.

El *Zhiguli*¹, cuyo color ya no se podía ni adivinar bajo la suciedad, tardó ocho minutos en llegar a la guardería de Aminat. El conductor no quiso cobrarme nada y yo tampoco insistí. Estaba muy orgulloso de haber llevado en su coche a una mujer como yo. Pero a pesar de todo llegué demasiado tarde. Sulfia había recogido ya a Aminat de la guardería. Lo había planeado todo.

En el vestíbulo, el armario de Aminat estaba vacío. Sus zapatillas de andar por casa y su bata habían desaparecido. El gusano de plastilina que había hecho en la clase de manualidades tampoco estaba allí. Al parecer, Aminat no iba a volver a esa guardería, según me dijo una de las educadoras, que tenía cierta autoridad. La madre de Aminat se había mudado a la otra punta de la ciudad e inscrito a la niña en otra guardería, mucho más cerca de su nuevo domicilio.

–¿Adónde? –grité.

La oveja con gafas dijo de forma maliciosa que no podía añadir nada más.

Tengo que decir que no estaba sólo horrorizada. También estaba sorprendida. Hasta ese momento siempre había pensado que Sulfia tenía el impulso de una babosa. Pero que hubiera sido capaz de mudarse con una acción relámpago, llevarse a Aminat e inscribirla en una nueva guardería, encontrar antes un piso para dos personas, y todo sin decir palabra ni a mí ni a su padre, era algo que no casaba con mi imagen de Sulfia.

–Di algo –le exigí a mi marido, que mascaba por la noche coles rellenas en la cocina–. Y él dijo:

–Tenemos que tener cuidado de que no nos quiten el otro cuarto, ahora que somos dos personas menos viviendo aquí.

Él tampoco tenía ni idea de adónde podía haberse marchado nuestra hija. La primera semana estuve esperando todo el rato una llamada suya o por lo menos de la *Milítsiya*². El teléfono estaba en el pasillo para que lo pudiéramos utilizar todos los que vivíamos en

el piso. Si sonaba, yo siempre era la primera en llegar junto al aparato, pero no llamaba ni Sulfia ni nadie más.

La segunda semana empecé a encontrarme mal. Soñaba que Aminat, hambrienta y congelada, estaba sentada en su cuna y lloraba. Que Sulfia no la quería escuchar porque andaba liada con no sé qué tonterías, mientras Aminat sufría.

–Tienes que llamar a Sulfia al trabajo –le exigí a mi marido por la noche cuando estaba royendo un muslito de pollo–. Tienes que averiguar adónde se han mudado.

Mi marido dijo que nuestra hija ya era mayorcita.

–¡Pero Aminat no! –grité, y él levantó los ojos de su plato.

Y una semana más tarde me puse mi vestido rojo oscuro, me dejé el pelo suelto, me pinté los ojos y los labios delante del espejo y fui en trolebús a la clínica quirúrgica en la que trabajaba Sulfia. Rezaba por que siguiera trabajando allí. Me puse a esperar delante de la puerta de entrada junto a otras personas pobres y enfermas, que respiraban aire fresco, vestidas con ropa gris de hospital.

Dios me premió e hizo que Sulfia saliera sólo dos horas después. Tenía su viejo abrigo azul, que ya llevaba cuando estaba en la escuela, y una bolsa de red en la mano, en la que pude distinguir cinco patatas arrugadas. Siempre había sido un horror mandar a Sulfia a la compra, y sobre todo al mercado. Le endilgaban las cosas en peor estado y ella no se daba ni cuenta.

Cuando Sulfia me vio, sus ojos se abrieron como platos y se pusieron azulados. De esa manera tomaron el color de las ciruelas pochadas. Retrocedió, pero yo me fui directamente hacia ella y la cogí por la manga de su andrajoso abrigo.

–¿Adónde piensas que vas, cacho inútil? –le pregunté de la manera más amable que pude en esa situación–. ¿Adónde te has llevado a Aminat, mala madre?

Sulfia sólo podía agitarse, sujeta como la tenía.

–Anyas es *mi* hija –pió.

–¿Desde cuándo? –elevé el tono de mi voz.

Los pobres enfermos seguían nuestra conversación con gran interés. Sulfia se lo ponía muy difícil porque vocalizaba tan poco que casi no se le entendía. Y eso que siempre le había estado repitiendo: «¡Tienes que hablar alto y claro!». Mascullaba que la había distanciado de la niña. Que siempre la había torturado. Que estaba muy contenta de haberse librado por fin de mi «tirania» (*tiranía*, corregí). Que prefería vivir debajo de un puente antes que compartir techo conmigo.

–¿DÓNDE ESTÁ AMINAT? –elevé un poco más el tono de mi voz.

Sulfia hablaba como si no estuviera en su sano juicio: que ella era la madre de su hija, que de todas formas a mí no me conocía de nada, que me veía por primera vez en su vida, que no tenía ni idea de quién era, que mejor desapareciera de su vista lo antes posible, que no permitiría que me acercara ni a ella ni a la niña, que ya bastaba, que había destrozado *su* vida.

–¡Has encontrado a un hombre! –entonces lo entendí, y me sorprendí bastante. Los enfermos estiraron sus cuellos y uno de ellos silbó de forma aprobatoria.

–¡Por fin! –grité–. Bueno, ¿pero dónde está Aminat?

En ese momento Sulfia se soltó, abrió su boca torcida hasta formar un óvalo deforme y chilló:

–¡Socorro! ¡Me quiere matar!

Sorprendida, solté su manga.

Sulfia interrumpió su ronco chillido y salió corriendo. Me quedé mirando cómo se alejaba. En aquel momento podría haber subido, haber buscado su unidad y haberles preguntado a sus compañeros por la nueva dirección de Sulfia. Pero quién sabe qué les habría contado Sulfia de mí, con lo mala que es. Me recogí el pelo con cuatro horquillas y me puse lentamente en movimiento.

La tonta de mi hija corría delante de mí y yo tras ella. Su abrigo azul me indicaba la dirección. Cuando se subió al tranvía, me subí al segundo vagón. Seguía sin notar nada. Ví a través de las ventanas del vagón cómo estaba sentada con su espalda encorvada y su mirada apática.

Unas cuantas paradas más tarde, se levantó y bajó. Yo salté tras ella.

Di un par de pasos. Entonces ella giró y entró en un bloque por una puerta chirriante. Lo reconocí enseguida. Era la residencia para el personal sanitario del campo que había venido a la ciudad para encontrar trabajo, pero sobre todo un marido. O sea, que era aquél el lugar adonde se había mudado Sulfia, y era algo que no me sorprendía en absoluto. Una persona más lista que ella habría sido incapaz de encontrar un piso en nuestra ciudad en tan poco tiempo, y Sulfia no era lista, ni siquiera avispada, era un peligro para sí misma y para los demás. Pero era medio-enfermera y, evidentemente, alguien se habría tenido que apiadar de ella, dándole una cama. O sea, que en algún lugar de este sitio infecto estaba mi querida nieta.

Le pregunté a la mujer que vigilaba la entrada por el número de la habitación de Sulfia Kalgánova. Le dije que Sulfia había secuestrado a una niña. La mujer me llevó solícita a la meta, subiendo muchas escaleras y cruzando largos pasillos oscuros. Por el camino me contó historias de su vida desgraciada, que yo comentaba sin mucho entusiasmo, sólo para que no se fuera.

El cuarto era pequeño y sucio. Aminat estaba sentada en la cuna y se me quedó mirando. La carita y todo su cuerpo estaban llenos de manchas verdosas. Tenía varicela, lo noté al momento, me sabía las enfermedades infantiles igual de bien que la mayoría de las cosas de este mundo. Sulfia estaba sentada en la cama y se cubría la cara con las manos. Los hombros le tiritaban, y todo eso porque no le había hecho caso a su madre.

Cuando Aminat me vio, agarró con las dos manos los barrotes de la cuna y empezó a sacudirlos. Sulfia se puso de pie de un salto, indignada, pero yo la aparté de un empujón. Se golpeó contra mi codo y se cayó a un lado, de lo torpe que era.

Saqué a mi niñita de la cuna, cogí una manta mugrienta y la envolví en ella. Aminat se agarraba a mi cuello.

Salí con mi preciado fardo de ese edificio infernal, paré un taxi y fui a casa. Una abuela que acababa de salvar a su nieta. No es que tuviera algo contra mi hija Sulfia. Me gustaba vivir con toda la familia en nuestros dos cuartos. Padres maduros, una hija joven y sin experiencia, una nieta pequeña, todo encajaba perfectamente. Era generosa por principios, valoraba mucho la comunicación entre generaciones. No me importaba nada apoyar a Sulfia en la educación de mi nieta, haciéndole notar sus muchos errores. Mi intención no era otra que ayudarla para que mejorara.

Pero lo que había ocurrido era algo que no podía aceptar. Sulfia había puesto a la niña en peligro. La había dejado en casa sola y enferma, y se había ido al trabajo, porque estaba claro que no había conseguido encontrar sitio en otra guardería para ella. Le había pegado a Aminat la varicela que probablemente se había traído del hospital, porque, a pesar de su formación sanitaria, no entendía nada de higiene.

Mi misión: salvar a Aminat. Si no era yo, nadie más lo iba a hacer. Para el resto del mundo Aminat era una mocosa despeinada y desatendida. No habría pasado mucho tiempo antes de que le hubieran salido úlceras y hubiera cogido pulgas.

Para mí no había duda: Aminat se quedaba conmigo.

Después de haber salvado a Aminat, Sulfia no se atrevió en un primer momento a aparecer por casa. Se limitaba a llamar constantemente por teléfono y a gemir por el auricular. En algún momento dejó de hablar, pero siguió llamando. El teléfono sonaba, pero, en cuanto descolgaba, sólo escuchaba un chasquido. Eso interrumpía la siesta de Aminat, así que acabé por desenchufar el teléfono.

Mandé a Kalgánov a que volviera a inscribir a Aminat en la guardería de antes, pero la cosa no fue tan fácil. De repente, era algo que sólo se podía hacer con el consentimiento de la madre, porque era ella quien tenía la custodia. Empecé a darle vueltas, para ver cómo podía privar a Sulfia de ese derecho. Era algo que seguramente habría sido mucho mejor para todos, para ella y para Aminat y sobre todo para mí. Pero Kalgánov dijo que un proceso así le iba a perjudicar en su puesto de trabajo, porque entonces todos sabrían qué hija tan mala habíamos criado. Le di a Kalgánov un gran ramo de gladiolos de mi jardín, y le dije que agasajara con ellos a la directora de la guardería, haciéndole un cumplido. Así se solucionó el problema de la inscripción.

Estetoscopio, querida

Tan pronto como salvé a Aminat de la residencia, me puse a luchar contra su varicela. Tenía granos enormes en la cara y por todo el cuerpo que se había arrancado al rascarse y que después se habían infectado. La niña era toda ella un grano purulento. ¡Con lo guapa que era antes!

Traté sus heridas con una decocción de corteza de roble y me hice a la idea de que iba a poner perdida toda la ropa de cama de Aminat y la mía propia. La corteza de roble dejó manchas marrones que no salieron ya, por mucho que las lavara.

Las heridas de Aminat se curaron rápidamente gracias a mi tratamiento, las costras se cayeron y sacaron a la luz el verdadero alcance de la destrucción. Entonces se pudo ver lo profundos que eran los agujeros que habían dejado los granos en su piel. Algo que lamenté enormemente. Y pasó mucho tiempo hasta que volví a estar segura de que no había otra niña más guapa en toda la tierra.

Les dije a las educadoras de la guardería que la madre de Aminat no estaba bien de la cabeza, por lo que ya no se podía ocupar ella sola de Aminat. Para mí era esencial que Sulfia no la volviera a secuestrar de forma tan páfida. Las educadoras quisieron ver un certificado médico. Fui a ver a nuestra vecina Klavdia y me preparó un escrito que atestiguaba que Sulfia ya no se podía adaptar al día a día debido a la mordedura de una garrapata, y que todo aquel que la viera estaba obligado a ayudarla. Este certificado valía su peso en oro: desde ese momento, nadie se quiso acercar a Sulfia.

De vez en cuando aparecía junto a la verja que rodeaba el terreno de la guardería. Miraba cómo los niños se columpiaban o cómo jugaban en el cajón de arena. Nunca decía nada y, aunque siempre se quedaba al otro lado de la verja, tan pronto como la veían, una educadora cogía a Aminat y la metía dentro corriendo: de eso ya me había encargado yo, con argumentos y gladiolos.

Cuando Sulfia volvió a llamarnos, le dije, por si las moscas, que si se volvía a acercar a Aminat podía hacer las maletas para marcharse al loquero. Saliendo de mi boca era algo que resultaba realmente convincente.

De pronto, Aminat empezó a hablar. Algo tarde. Ya había empezado a pensar, preocupada, si no sería algo retrasada. Le decía las palabras, pero le daba igual, hasta que un día abrió su pequeña boca y dijo una frase completa.

—¿Cuándo viene yayo bobo de trabajo?

Desde ese momento no dejó de hablar. Día y noche. Decía cosas extrañas.

Yo era un buen ejemplo para ella. Cuidaba mi pronunciación y que no se me escapara

ninguna palabra tártara. Aminat tenía que hablar perfectamente. Ya que no tenía pinta de tártara, tampoco tenía que tener acento. A mí ya no me quedaba familia allí, pero en casa de la familia de Kalgánov que vivía en el campo ya había visto en qué podía llegar a acabar la cosa. Primero se empezaba a hablar tártaro, luego se olvidaba el ruso y, de repente, se era un completo analfabeto. A Aminat no le podía ocurrir eso. Tenía que ser la más lista, la más guapa y la más inteligente. Una hija soviética sin nacionalidad, decía Kalgánov, orgulloso. En el fondo ambos queríamos lo mismo para nuestra nieta, compartiendo de forma poco usual la misma opinión. Aunque tuviéramos motivos distintos.

Al salir de la guardería, hablaba con ella sobre cómo le había ido el día, corrigiendo su gramática y ampliando su vocabulario.

–Electricidad, querida –le decía cuando intentaba meter unas tijeras en el enchufe–. Comunismo, querida –le decía cuando conseguía comprarle plátanos, que dejaba madurar en el alféizar de la ventana y de los que le daba sólo uno al día, para que duraran–. Gravedad, querida –le decía cuando se volvía a caer de nuevo, lo que ocurría a menudo, porque en sus primeros años era increíblemente torpe. Durante mucho tiempo, Aminat no podía distinguir la izquierda de la derecha, ni sostenerse sobre un solo pie. Dar vueltas con gracia, como hacían otras niñas, era algo de lo que no era capaz.

La llevé a clase de ballet en el Palacio de la Juventud y la Cultura. Allí no la querían aceptar, hasta que les hice saber dónde trabajaba mi marido. Aminat fue aceptada.

El ballet nos aportó mucho. Aminat empezó poco a poco a ser capaz de andar de forma que las puntas de sus pies no se miraran entre sí. Cada vez se caía menos. Cuando estaba sentada, ya no encogía automáticamente los hombros para arriba. Apenas le tenía que incrustar el dedo entre los omóplatos para que se irguiera.

Pasó un año y otro también.

Aminat cumplió cinco y celebramos su cumpleaños.

No escatimé ni en tiempo ni en esfuerzo, y mi tarta «Napoleón» no habría desentonado en una recepción de Estado. Tenía buena mano para el hojaldre, como para todo en general. Después de cuatro horas tenía diez bases crujientes, que sumergí en crema de mantequilla, apilándolas a continuación hasta crear una obra de arte, tan esponjosa y dulce como me imaginaba que sería la vida futura de Aminat.

Mi marido consiguió globos y los hinchó a carrillos llenos hasta que los ojos se le pusieron rojos por la presión.

No invitamos a ningún niño. Acabábamos de comprar muebles tapizados yugoslavos. Invitamos a dos colegas de mi marido, y también a Klavdia y a mi prima Rafaella. Desenchufé el teléfono para que no nos estorbaran las continuas llamadas. Le puse a Aminat su vestido rosa, que yo misma le había hecho, y le peiné sus rizos negros.

Jugaba con los globos, tarareaba y reía como si fuera la niña más feliz sobre la tierra. Le regalaron cuadernos para colorear, lápices y rotuladores de colores, leotardos, mandarinas y un maletín de médico de juguete. Enseguida lo abrió y empezó a ordenar

los instrumentos. Yo la miraba y el corazón me dio un palpito. Lo veía clarísimo: mi nieta un día sería un médico de renombre.

Mi propia ocurrencia me llenaba de alegría. Un médico era lo que le faltaba a nuestra familia. Es verdad que Kalgánov había llegado a ser algo desde que le habían nombrado secretario general del sindicato. E incluso Sulfía, cuando vivía en casa, había sido capaz de poner una inyección siempre que había hecho falta. Pero un médico de verdad en casa es una cosa importante, sobre todo cuando uno se hacía mayor. Era una ocupación respetable, que además me aseguraba el reconocimiento de todos los vecinos y colegas, porque salvo yo, todo el mundo se ponía constantemente enfermo y necesitaba inyecciones, recetas o medicamentos.

–Estetoscopio, querida –amplié enseguida el vocabulario de Aminat–. Gotero, ricura. Tu-ber-cu-lo-sis.

No debería haber dicho la palabra tuberculosis.

En la guardería de Aminat se hizo el test de Mantoux. A los niños se les puso una inyección en el antebrazo, y se marcó con tinta verde el punto de punción. Si el niño había tenido ya contacto con la tuberculosis, el pinchazo se infectaba y se inflamaba. Si eso no ocurría, todo estaba en orden.

En el caso de Aminat, la inflamación no respetó los límites de la marca. Se le hinchó todo el antebrazo como si fuera un cojín rojo, en cuyo centro se encontraban distorsionadas las líneas verdes. Cuando vi eso, cogí a Aminat, le limpié la nariz, planché rápidamente sus pantalones de cuadros para que tuviera un aspecto formal, y corrí con ella hasta la policlínica.

La terapeuta adscrita a nuestro distrito examinó el brazo de Aminat, que le coloqué debajo de su nariz, y sacudió la cabeza. Decía que nunca en su vida había visto *algo así*. Pero que podía servir de gran ayuda repetir la operación en el otro brazo. A Aminat le pusieron una segunda inyección.

A la mañana siguiente, la inflamación le llegaba hasta el hombro. La pediatra movió la cabeza de forma desaprobatoria y sacó un montón de formularios. Aminat tenía que hacerse todo tipo de pruebas de orina, heces y sangre. También había que hacerle una radiografía.

Ya tenía tarea para las siguientes semanas. Fui guardando las excreciones de Aminat a las horas señaladas, llevé los botecitos al laboratorio, le lavé el cuello y la llevé a que la examinaran. Los médicos hicieron su honroso trabajo y yo el mío. Me convertí en una experta en la recogida de pruebas de orina. Suena más sencillo de lo que realmente es.

En el fondo me alegraba tener que hacer todas esas tareas tan exigentes durante todos esos días, porque así tenía menos tiempo para preocuparme. Aminat tenía un aspecto muy robusto con sus mejillas sonrosadas, pero incluso los niños robustos podían caer muertos. O cogían la tuberculosis, como era el caso. Por eso no podía dormir por las noches. Intentaba apartar de mi cabeza la imagen de un ataúd para niños y rezaba para

mí. Le recordaba a Dios lo buena que había sido siempre con Sulfia. En ese momento incluso estaba dispuesta a reconciliarme con ella, a darle la última oportunidad para olvidar todo el rencor, pero sólo con la condición de que Aminat sanara. Estaba tumbada con la cabeza en la almohada, susurrándolo.

Kalgánov me daba la espalda esas noches, y se tapaba los oídos con las manos. No le gustaba que hablara con Dios. No creía en Dios, y no quería que le pusiera en ridículo creyendo en Dios. Pero sobre todo no quería que otros llegaran a saber que yo creía en Dios y que incluso hablaba con él. «Pero si en nuestra cama no hay nadie aparte de nosotros», replicaba yo. Para ser exactos: aparte de nosotros dos y Dios.

En esos días, Kalgánov se volvió muy delicado con todo. Le estremecían expresiones del tipo «gracias a Dios». Fue mucho peor cuando Aminat empezó a decir «tirkrik» en vez de calle o cuando le llamaba «Babay». Kalgánov me echaba en cara que yo introdujera esas palabras en casa para robarle la oportunidad a Aminat de crecer como un niño soviético normal. Yo era inocente, porque de mí seguro que no salían esas palabras en presencia de Aminat. Quizá flotaran en algún punto de su sangre tártara. Pero yo me armé de paciencia. Si se podía evitar, me guardaba para mí mi propia visión de las cosas. Kalgánov no era más que un hombre y tenía los nervios irritables.

La pediatra de Aminat cubrió su escritorio con los resultados de los análisis. Estaban perfectamente contabilizados y anotados tanto los leucocitos, trombocitos, eritrocitos, anticuerpos de Aminat, como cualquier proteína, pigmento, bacteria que fuera sospechosa, incluso por duplicado, porque los primeros análisis habían sido contaminados o derramados. El electrocardiograma de Aminat estaba junto a sus radiografías y la paciente reaccionó con entusiasmo:

—¡Mira, un esqueleto!

No le di ni un solo cachete a Aminat, aunque me había arrugado la falda. Miraba temerosa a la médico. Esa mujer con sobrepeso, con un nido deshecho en el lugar donde normalmente otros tienen un peinado, tenía que dar en aquel momento su veredicto sobre si mi niña iba a seguir viviendo y, en ese caso, en qué circunstancias.

La miré. Negaba con la cabeza. Noté cómo empezaban a temblar mis manos.

Aminat se bajó de un salto de mi regazo, y se quedó de pie junto a mí. Empezó a dar tirones de mi pendiente de oro, y yo seguía sin tener fuerzas para tomar una medida pedagógica porque de pronto la pediatra empezó a hablar.

Estuve escuchando un tiempo. Habló durante largo rato, yo miraba su cara que me recordaba una crepe mal cocida. Lo que me quedó claro fue que Aminat no se iba a morir aún. Por lo menos no en ese momento. Que incluso podía estar hasta sana. Aunque quizá no. Los resultados se podían interpretar de diferentes maneras. A lo mejor, cuando se le hincharon los brazos, simplemente tuvo una reacción alérgica. O quizá había tenido contacto con bacilos de Koch. En cualquier caso, un sanatorio para niños con problemas respiratorios era lo más adecuado en ese momento.

Elevé la mirada hasta las grietas del techo blanco de la policlínica y le di gracias a Dios.

Sanatorio para niños con problemas respiratorios

No le dije a Aminat que iba a ser internada tres meses en un sanatorio para niños con problemas respiratorios. Me parecía que hablar demasiado iba a complicar las cosas más que a arreglarlas. El día previsto metí las mudas y la ropa de Aminat en una mochila y la abrigué. El sanatorio estaba en el pinar, en una antigua villa que había pertenecido al enemigo de clase. Teníamos que ir dos horas en tren en dirección norte y bajarnos en una pequeña estación abandonada.

Hacía mucho frío. Aminat se agarraba a mi mano. Caminamos una media hora por el bosque hasta que llegamos al portón del sanatorio. Yo era capaz de encontrar siempre el camino más corto, incluso cuando no conocía el lugar. No me perdía nunca, por naturaleza, ni en la ciudad ni en el bosque. Sabía siempre también cuándo pasaba cada autobús y en qué dirección iba, y en la parada notaba que se acercaba uno incluso antes de que se pudiera ver.

–¿Por qué hay este silencio horrible? –preguntó Aminat.

–Porque sí –le expliqué.

Sabía que el nuevo entorno se le iba a hacer muy extraño a Aminat. Desde que nació, había sido una niña de ciudad. Nunca había ido con ella al bosque; como mucho, al parque. Nunca había visto esa cantidad de árboles tan cerca unos de otros. Durante toda su vida, su campo visual lo adornaron las chimeneas de las fábricas. Cuando por la noche Aminat estaba en la cama, la arrullaba el tráfico de la calle.

Aminat miró a su alrededor. Sus ojos se hicieron pequeños, una señal inequívoca de que no estaba del todo de acuerdo. Y eso que aún no tenía ni idea de que se iba a quedar allí tres meses, completamente sola, entre gente extraña, sin su abuela.

Abrí el portón, subí la escalera de piedra y entré en un pasillo oscuro, en el que, de unos ganchos, colgaban húmedos abrigos de niño. En las paredes unas mariquitas metidas en aceite llamaban la atención. A cierta distancia golpeteaba algo.

–Volvamos a casa –dijo Aminat, decidida.

Liberé mis dedos de su puño, la cogí de la capucha y la conduje por el largo pasillo hasta una puerta de cristal, detrás de la cual había niños con caras inexpresivas sentados en mesas bajas y comiendo de boles de metal, lo que me explicaba por fin el golpeteo. Entregué a Aminat, con mochila y certificado de asignación, a la primera trabajadora del sanatorio que me encontré.

Esta mujer llevaba una bata que se había vuelto gris de tanto lavarla. Tenía cara de pertenecer al equipo directivo. Leyó el papel y dijo:

–¿Aminat Kalgánova? Ah, sí –cogió de la mano a mi Aminat y se la llevó. Aminat se fue con ella, obediente como una niña buena, pero se giraba al andar para mirarme. Se

me encogió el alma. Aminat estaba completamente convencida de que volvería a los pocos minutos y nos iríamos a casa.

Esperé hasta que dejé de ver las dos siluetas, y emprendí apresurada el camino de vuelta a casa. No lo suficientemente rápido como para alejarme a tiempo del alcance de los gritos de Aminat, que, furiosos y desesperados, me alcanzaron cuando me alejaba por el camino forestal.

Tres semanas después recibí una llamada por la que supe que Aminat tenía la escarlatina y debía ser recogida. Fui con el tren al bosque y me dirigí al sanatorio por el camino que ya conocía.

Aminat estaba metida en una jaula de cristal, en la que había una cama y una mesilla de noche. Allí se la mantenía aislada del resto de niños, me explicó la directora del sanatorio. Me convirtió en la persona responsable de que la epidemia de escarlatina se hubiera podido extender con rapidez si Aminat hubiera llegado a infectar a otros niños.

Aminat estaba sentada en la cama, vestida con una camiseta y unos leotardos, y, a través de las paredes de cristal, miraba a todo el mundo que pasaba junto a la jaula. No me reconoció en un primer momento. Sus ojos negros recorrieron mi cuerpo y el de la directora del sanatorio. Después volvieron a mí y empezaron a chispear.

Aminat lanzó todo su cuerpo contra la pared de cristal. Vi sus dientes blancos asomar en una sonrisa llena de esperanza que se apretaba contra el vidrio. Hasta un tiempo después no vi las manchas en su cara.

Entramos en la jaula de cristal, y Aminat se me tiró encima, me abrazó con brazos y piernas, y me apretó tan fuertemente que me quedé sin aliento. Le daba palmadas en la espalda, le decía «Bueno, bueno», e intentaba volver a depositarla en el suelo.

—¿Y? —dijo la directora del sanatorio, triunfal.

Sin decir una palabra más, se sentó en la cama, sujetó a Aminat entre sus piernas y le subió la camiseta.

Pude ver una infinidad de pequeños granos rojos que componían constelaciones y galaxias en la espalda de Aminat. Me puse mis gafas y me incliné sobre ella. Entre las muchas cosas que sabía perfectamente, se contaba la certeza de que la escarlatina tenía otro aspecto.

—Habrás comido algo que le ha sentado mal —dije—. Esto no es escarlatina.

—¿Tiene formación médica? —me preguntó la directora.

Ella tenía formación médica, pero no era capaz de distinguir la escarlatina de la urticaria. O no quería hacerlo. Ya me lo olía. Aminat no había sido nunca una niña fácil, tampoco aquí.

—Llévese a la niña a la policlínica correspondiente —dijo.

—Volverá a saber de nosotros —le dije cuando nos íbamos.

Yo llevaba la mochila de Aminat. Mientras caminábamos, hice pedacitos el certificado en el que ponía que la niña Kalgánova tenía una enfermedad muy contagiosa, que

probablemente se encontraba en situación de alto riesgo y tenía que ser aislada de forma urgente. Dejé que los trozos se esparcieran entre los pinos.

Aminat daba saltos sobre la nieve, agarrada a mi mano. Con una sonrisa de oreja a oreja, resumía con sus propias palabras lo que habían sido las tres semanas de sanatorio.

Había sido horrible. Había tenido que dormir en una misma sala con cincuenta niños más. Los primeros días no había podido comer de los platos de metal, por el ruido que hacía la cuchara contra ellos. Todos los niños se tenían que lavar juntos los pies antes de irse a la cama. Las toallas de mano se doblaban de la siguiente manera: a lo largo, a lo largo, otra vez a lo largo, y una vez a lo ancho. Una de las educadoras no paraba de contar historias de miedo. Aminat se despertaba prácticamente cada mañana en otra cama junto a otro niño, y ya no se acordaba de cómo había llegado hasta ahí. Ya no quería volver a escuchar nunca jamás ningún tipo de historia. Todos los días le ponían una inyección en el brazo con unas agujas tan largas que podían llegar a atravesárselo. Todos los niños que querían ir al baño por la noche tenían que usar el orinal, que no se vaciaba hasta la mañana siguiente. Aminat no había hecho ninguna amiga hasta antes de ayer: una niña había recibido de sus padres una bolsa de caramelos y los compartió con Aminat. Por la noche empezó a picarle todo y por la mañana le preguntaron a Aminat si ya había pasado la escarlatina, el momento más feliz de las últimas tres semanas, ¡porque ya estaba yo ahí para recogerla!

Llegamos a la pequeña estación abandonada y nos sentamos en un banco. El tren que debía llevarnos a mí y a mi pequeña de vuelta a casa no pasaba hasta una hora después. El sol salió por encima del bosque, los primeros rayos pálidos acariciaron nuestras mejillas. Levantamos nuestras caras hacia el cielo.

–Aminat, cállate –le ordené. Ya me estaba empezando a doler la cabeza por culpa de su parloteo. En esas semanas se me había olvidado lo mucho que podía llegar a hablar.

–Casi todas las noches nos ponían gachas de alforfón –continuó Aminat.

–¿Prefieres que te cuente una historia? –la interrumpí.

–¡No! –gritó Aminat.

Pocas veces la he visto tan feliz como aquel día. Una cosa estaba clara: no quería volver a escuchar ninguna historia más.

Traidores por todos lados

A los dos días desaparecieron las manchas. Pero no volví a llevar a Aminat al sanatorio. Parecía sana. Con cada comida le daba un trozo de pan y un diente de ajo y le enseñaba cómo había que frotar la corteza con él. Aminat dejaba el pan a un lado y se comía los dientes de ajo sin más. Estaba segura de que no iba a volver a ponerse mala: el ajo tiene muchas vitaminas. La volví a mandar a la guardería. Tres días después, cuando fui a recogerla por la tarde, ya la habían ido a buscar.

Pude contenerme a tiempo y no agarré a la educadora que me dio la noticia por la solapa de su bata blanca. La bata era nueva, y la educadora también. Era la primera vez que veía por allí su cara de boba. Era muy joven y probablemente acababa de terminar su formación. Era evidente que no había aprendido mucho en la escuela de pedagogía. Yo misma trabajaba en una y sabía cómo funcionaban. Conocía a todas esas chicas que se formaban en escuelas como la nuestra. Todas presumían de que les gustaban los niños, pero en realidad eran unas vagas, sólo les interesaban los chicos y tenían cara de imbéciles.

—Ya ze la llevó zu mamá —ceceó la nueva educadora con la cara iluminada por la alegría.

Me senté en el banco bajo donde los niños se solían quitar los zapatos.

—¿Qué? —gemí.

—A Anya ya la ha recogido su mamá. Anya se ha alegrado mucho de no quedarse otra vez la última.

Cerré los ojos para contenerme.

—Su mamá es enferma mental —dije con mucha calma—. Su mamá es una psicópata peligrosa. Dígame, ¿no sabía usted que *ni siquiera se le permitía entrar* aquí?

La idiota recolocó la guirnalda que decoraba las jambas de las puertas con motivo del día de las Fuerzas Armadas soviéticas.

—La verdad es que no tenía ni idea —dijo con toda la calma del mundo—. Nadie me había dicho nada al respecto.

Me marché sin decir una palabra más. Lo más amargo era que tenía razón. El muro protector que había levantado en torno a Aminat era sólo de papel, era sólo cuestión de tiempo que se desmoronara. Tenía que admitir que había sido demasiado inocente, demasiado bondadosa. En el fondo el castigo me lo había ganado.

Pero Aminat no se lo había merecido.

Fui a casa. Kalgánov ya estaba de vuelta. Comía las albóndigas frías que yo había hecho la tarde anterior y había dejado en la nevera, metidas en un bol. Por lo visto, las fuerzas ya no le daban ni para calentarlas.

–¡SULFIA! –grité con voz ronca y fui corriendo al teléfono.
Marqué el número de su residencia.
–¡Sulfia Kalgánova! –grité al teléfono–. ¡Ha secuestrado una niña!
De fondo, se escuchaban voces alegres. Allí ya se estaba festejando.
–Hace tiempo que Sulfia Kalgánova no vive aquí, señora –dijo una voz.
Coloqué el auricular en la horquilla del teléfono y fui tambaleándome hasta la cocina.
Mi marido había cruzado las manos sobre su barriga y miraba por la ventana.
–¿Cuándo has visto a Sulfia por última vez? –le grité. Eructó de la sorpresa.
–Hace dos semanas, creo –masculló–. Cuando..., esto..., bueno, cómo decirlo, esto...,
cuando se casó.

No me cabía en la cabeza. No podía confiar en nadie: por todos lados surgían traidores. Incluso la ameba de Kalgánov había tenido la desfachatez de mentirme. Y yo había vuelto a ser tan ingenua.

Y ahora salía a la luz. Me había estado ocultando cosas. Se había encontrado con nuestra hija en los últimos días y no me lo había dicho hasta que no le quedó otra. No se podía confiar ya en nadie en el mundo.

–¿Por qué no me has dicho nada, animal?

–Porque ella me lo pidió –masculló–. Porque te tiene miedo.

–¿¿Miedo?? ¿¿A mí?? ¿Quién puede llegar a tenerme miedo? Nadie tiene que tenerme miedo. Yo sólo quiero lo mejor para todos. ¡Pon el plato en el fregadero, tirano!

Una hora después salimos juntos de nuestro piso. Quería saberlo todo. Quería verlo todo. Quería recuperar a Aminat. Quería estar segura de que no le había ocurrido nada malo.

Era algo que incluso mi marido podía entender. Después de haberle explicado todo, me volvió a escuchar y me mostró el restaurante en el que Sulfia había celebrado su boda. Para mi sorpresa vi que no era un mal restaurante. Luego fuimos con el autobús once paradas más allá y me mostró la calle en la que estaba viviendo.

¡Él sabía todo eso! Lo único que no tenía era el número de teléfono: decía que aún no tenían teléfono, porque la casa era un edificio de nueva construcción.

El marido de Sulfia, dijo Kalgánov, era un ex-paciente suyo. Le había atropellado un coche y le habían recompuesto en la clínica de Sulfia. Ella lo había curado. El día en que le dieron el alta le hizo una proposición de matrimonio. Se llamaba Sergéy.

–¡Sergéy! –resoplé con desprecio y tiré de mi Kalgánov hacia delante, pasando junto a una hilera interminable de edificios de nueva construcción.

–No tan rápido, Rosita –suplicaba.

–Espero que al menos estés seguro de que ésta es la calle, tarambana.

Pestañeaba. En ese momento estaba empezando a nevar, y los copos de nieve se quedaban prendidos en sus pestañas negras, que tanto me habían encandilado veinticinco años atrás.

–Creo que sí –dijo.

–¿Lo crees? ¿Sólo lo crees? ¿No lo sabes seguro?

–Pero si no lo sé –dijo–. Si no sé nada. ¿Qué es lo que todos queréis de mí? Si yo no tengo culpa de nada.

Le di un golpe entre los omóplatos. Mi puño se hundió en el cuero de su carísimo abrigo de piel de cordero, que sólo tenía dos años. Ya me ocupaba yo de que vistiera bien, al fin y al cabo era mi marido y además tenía un puesto de importancia en el sindicato. Le dejé plantado y aceleré el paso. Entonces me alcanzó y yo le volví a coger del brazo. Era un montón de basura, pero era el único marido que tenía.

Entonces olvidé a Kalgánov por un momento, porque en algún lugar empezó a llorar un niño.

–¿Oyes? ¿Lo estás oyendo? ¿Es ella?

–¿Qué? –mi marido se quedó parado y volvía la cabeza para todos lados.

–Ahí. Está llorando un niño.

Mi marido se quedó escuchando. Tuve la impresión de que, de la tensión, sus orejas se estaban moviendo debajo del gorro de piel.

–No oigo nada –dijo.

–Pedazo de sordo.

Caminamos un poco más calle arriba y calle abajo.

Yo observaba las calles, los balcones, las ventanas. En los balcones había esquís y trineos. De las ventanas colgaban bolsas con carne congelada. En los alféizares había macetas y gatos. Algunos balcones estaban llenos de muebles rotos, zapatos viejos y botellas vacías. Nada más mudarse aquí, la gente ya lo había convertido todo en una pocilga. De los maceteros colgaban flores secas, cubiertas por la nieve recién caída. Aquí y allá vi incluso algún abeto del que aún colgaban tiras plateadas.

Mi marido me juró que Sulfia no le había dicho el número de su portal. Probablemente ya se había imaginado que no sería capaz de guardar el secreto.

–No sé nada, Rosita, palabra de camarada.

En esa calle, en esas casas recién construidas vivían miles de personas. Por un momento pensé el tiempo que me llevaría entrar en cada edificio y llamar a cada puerta.

Salió una mujer empujando un carrito con un mocosito dentro, pero ni se me ocurrió la tontería de confundir a Aminat con ese bebé. Era demasiado pequeño y feo.

La nariz de mi marido se puso roja. Sus ojos empezaron a llorar. Hacía mucho frío y tenía un aspecto lamentable. Precisamente yo tenía que tener a alguien así a mi lado. Por lo menos había dejado de quejarse.

–Volvemos a casa –dije.

–¿De verdad? –se alegró como un niño. No tenía ningún tipo de aguante, y quería volver al calorcito, beber té y engullir albóndigas.

–Ahora mismo nos volvemos a la parada, sólo por tu culpa, sanguijuela –dije, me di la vuelta y me adelanté.

Fui cinco veces más. Sola. Subía y bajaba la calle, a distintas horas del día y de la noche. Paraba a la gente que salía de las casas y les preguntaba si conocían a Sulfia Kalgánova. Pero no la conocían. Les preguntaba si habían visto a una mujer tártara escuchimizada con una niña pequeña y bonita de la mano. Nadie las había visto.

A las tres semanas por fin la encontré.

Iban las dos juntas. Sulfia tenía cogida de la mano a mi pequeña Aminat. Enseguida me di cuenta de que Aminat no iba bien abrigada. No llevaba bufanda, y el gorro lo llevaba torcido, de manera que exponía las orejas al frío cortante. Los mechones de pelo negro le caían por delante de la cara. Tenía la nariz roja. Seguro que la niña estaba resfriada, con esa madre no era de extrañar.

Me eché a un lado y me escondí detrás de un contenedor de basura. Sulfia y Aminat pasaron junto a mí, cogidas de la mano. Vi dónde torcían y en qué portal entraban. Corrí tras ellas. Escuché cómo subía el ascensor, largo rato, hasta llegar finalmente al último piso. En las alturas se cerró una puerta.

Olía muy bien en ese portal, porque la casa aún era nueva. En el aire, que era muy limpio, había un olor a pintura y a productos químicos, pero ya sabía yo que era algo que no iba a durar mucho tiempo. En menos de un año, esas paredes recién pintadas iban a estar llenas de garabatos, los gatos y los borrachos habrían llenado las esquinas de orín y, si había suerte, se mantendría en cada piso ese hálito de esperanza de llevar una vida mejor con el que uno se muda a una casa nueva.

Al poco me encontraba yo en el noveno piso, el último. Había cuatro puertas en ese piso. Y detrás de una de ellas canturreaba una voz infantil. La reconocí.

No llamé a la puerta de Sulfia. Aún no. Bajé sigilosamente por las escaleras, salí afuera y aspiré el aire frío del invierno, que olía a sandía. La esperanza hinchaba mis pulmones, podría haber echado a volar como un globo.

¿Átomos?

–¿En qué trabajaba el marido de Sulfia, el Sergéy ése? –le pregunté a Kalgánov cuando estaba sentado en la cocina y partía con un tenedor una crepe rellena de carne picada.

Masculló algo con la boca llena, como siempre.

–Es físico o algo así –dijo por fin, enseñando los restos de cebolla frita entre los dientes.

–Ajá –dije pensativa–. Vaya, vaya.

No acababa de creerle. ¿Qué habría visto en un físico mi hija Sulfia, que ni a los nueve años era capaz de leer correctamente y todavía seguía sin saber hacer cuentas? Y sobre todo: ¿qué habría visto un físico en ella? ¿Átomos?

A las nueve de la mañana llamé por fin a la puerta del piso de Sulfia. Me había puesto un abrigo largo de piel, un gorro también de piel, un color de labios de moda y llevaba un paquete de pralinés de chocolate con leche bajo el brazo. Ya tenían un tiempo: los había estado reservando para una ocasión especial. Como ésta.

Al principio, al otro lado de la puerta todo estaba en completo silencio. Entonces escuché ruidos, toses y maldiciones, pies desnudos sobre el linóleo. La puerta se abrió y por primera vez vi al hombre de carne y hueso con el que vivía Sulfia. Mi yerno.

Que de verdad fuera físico era algo que en un primer momento puse seriamente en duda. Tenía un aspecto bobalicón. Pero tenía que ser algún tipo de científico, no iba pronto al trabajo, era evidente que estaba en casa hasta bien entrada la mañana. Grande como un oso, el pelo del color del trigo maduro, largo y despeinado; el vello de su pecho, rizado y algo más oscuro. Sus piernas...

El hombre al otro lado de la puerta dio un salto hacia atrás.

–¿Qué ocurre? –preguntó, sacando la cabeza.

–Soy Rosalinda –dije y puse una sonrisa cariñosa–. Me alegra que por fin nos conozcamos.

–¿Ro... sa... lin... da? –dijo sílaba por sílaba. Sí, tenía un nombre bonito, como sacado de una novela de amor extranjera. No era la típica Katya o Larissa–. Rosalinda... –murmuró–. Usted es...

–¡Seguro que habrá oído mucho de mí por boca de mi hija! –dije y sobrepasé con uno de mis altos tacones el umbral de la puerta.

Reaccionó rápidamente. Quizá sí que fuera físico.

–¡Ah, sí! ¿Ya está usted mejor?

–¿Mejor? –pregunté y empujé la puerta con las dos manos. Fue difícil, porque él

estaba detrás. Al parecer le debí de pillar, porque ahogó un grito de dolor, dejándome por fin pasar al piso y pidiéndome mil veces perdón.

Asentí de forma majestuosa, mientras él desaparecía ágilmente detrás de una esquina. Con su peso y estatura no era cosa fácil. Sus calzoncillos eran nuevos y a primera vista parecían limpios.

Kalgánov también necesita calzoncillos nuevos, decidí en ese momento.

–Póngase cómoda, ¡enseguida vuelvo! –gritó mi yerno desde el otro lado del piso. Daba la impresión de ser educado.

Ese piso tenía por lo menos tres habitaciones y una cocina. Me quité el abrigo, pero decidí dejarme las botas puestas. Entré en la cocina y me senté en un taburete.

La cocina estaba bien, tenía como mínimo ocho metros cuadrados. La mesa era nueva; el mantel de hule que la cubría, también. La taza de Aminat con el conejo estaba puesta a escurrir junto a unos cuantos platos. Los fuegos no estaban del todo limpios. En el alféizar había vasos de agua con cebollas, cuyos brotes verdes se erguían en dirección al techo. Era algo que Sulfia había aprendido de mí: así, por un módico precio, se tenían en invierno las vitaminas necesarias.

A esas alturas, yo ya sabía que las vitaminas eran lo más importante en la vida. Con lo que la imagen de las cebollas me tranquilizó y me llenó de generosidad. Decidí traerle a Sulfia un poco del hongo del té que crecía en mi cocina. El hongo producía una bebida sabrosa y sana que se parecía al *kvas*³. Pero era mucho mejor, porque el *kvas* que se compraba en la calle era garantía de falta de higiene. A pesar de todo, antes lo compraba de vez en cuando para Kalgánov e incluso para Aminat. Pero ahora pasaba con la cabeza bien alta junto a las pequeñas cisternas situadas al borde de la calle, de las que las vendedoras con sucios delantales sacaban un líquido amarillento y lleno de espuma con el que llenaban jarras o vasos de cartón, en los que el *kvas* parecía orín. Yo prefería mi hongo del té, que me había dado una compañera. Sólo había que alimentarlo constantemente de té y azúcar y el resultado era una garantía de higiene.

Mi yerno reapareció. Esta vez llevaba un albornoz grueso. No acababa de estar segura de la impresión que me causaba. Me sirvió un poco de té frío, en el que aún nadaban hojas de té, y llenó la taza con agua caliente. Y de paso se interesó por mi corazón y por cómo había ido el tratamiento.

Entonces entendí todo.

La rata de Sulfia no le había hablado de mí. Me iba dejando de lado, inventándose enfermedades y diversos tratamientos. No era una estrategia que fuera precisamente prueba de agudeza.

Desde hacía muchos años mi corazón latía regularmente, lento y estable. Los que estaban enfermos eran normalmente los otros. Pero me decidí a seguir el juego turbio de Sulfia.

–Me va mejor –dije–. ¿Y a usted le ha gustado lo de casarse?

—Oh, sí, mucho —dijo mi yerno con los ojos brillantes—. Sabe, en estos momentos somos muy felices. Desde que la pequeña Anya vive por fin con nosotros, Soya está radiante. Ha sido un detalle grandísimo por su parte que le haya echado una mano a mi mujer en tiempos difíciles, pero yo me di cuenta enseguida de que somos capaces de hacernos cargo de la situación nosotros solos. Quería que nuestra hija estuviera con nosotros. Es lógico que una madre normal quiera tener a sus hijos a su lado, ¿no?

Inspiré y espiré. ¿Desde cuándo Aminat era *nuestra* hija? ¿Desde cuándo Sulfia era una *madre normal*?

—Pero Anya echa mucho de menos a su abuelita —me comunicó mi yerno—. Hace poco repartieron bombones en la guardería por el cumpleaños de uno de los niños. Anya se trajo su bombón a casa y dijo que quería partirlo en tres trozos. Para ella, para Soya y para la abuelita. Quería guardar el trocito para la abuela. Algo que lógicamente no hemos hecho; no eran más que unas migajas.

—¿Soya? —pregunté yo, extrañada. Ya había mencionado el nombre, pero no había entendido del todo a quién se refería.

—Sí, Soya, mi mujer.

—Ah, bueno —dije yo. Conque ahora era Soya.

No tenían dos, tenían tres cuartos. Para ellos solos. Aunque fueran tres. Como si estuviéramos en el extranjero. ¿Quién tenía aquí una casa de tres habitaciones para sólo tres personas? Ni siquiera Kalgánov, siendo secretario general del sindicato. Aunque de eso era realmente él quien tenía la culpa: no quería que nos fuera mejor que a los demás, y no había hecho todo lo que hubiera podido para hacernos la vida más fácil. Si no hubiera sido por mí, él todavía seguiría viviendo en una residencia en una habitación con varias camas.

Miré a mi yerno con atención. ¿Cómo habría conseguido Sulfia llevarse al huerto a alguien así? ¿Le habría echado algo al gotero en el hospital?

—Cuando me desperté de la anestesia y vi a Soya, pensé que era un ángel —respondió mi yerno a lo que yo me preguntaba en silencio. Levantó el faldón de su albornoz y me mostró una pierna en la que, entre el vello rizado, brillaban cicatrices rosa cochinillo.

—Entiendo —dije, y me alegré cuando volvió a cubrir sus extremidades—. Venga a visitarnos el domingo. Invito a toda la familia, a los tres. Cocino muy bien. Somos tártaros, ¿sabe?

Mi yerno parpadeó.

—Ah. Encantado.

El sol se colaba por sus pestañas color trigo.

El domingo no vinieron. Estaba en el momento justo de preparar la comida. Había estado dándole vueltas durante mucho tiempo a qué iba a cocinar. Lo mejor sería el plato nacional tártaro, que mi yerno no había probado nunca. El problema era que yo había crecido alejada de todo tipo de gastronomía tártara. Después de la muerte heroica de mis

padres en 1945, en el último año de la Segunda Guerra Patriótica, mi hermano y yo acabamos en un orfanato, y allí lo que había sobre todo era sopa de cebada. Claro que podía cocinar bien a pesar de todo: lo aprendí por mi cuenta tiempo después. Pero nunca tuve una abuela que me hubiera podido introducir en las exquisiteces culinarias de nuestro pueblo. Nunca conocí a mi abuela Aminat, sólo escuché cosas de ella. Y tuvo que ser una mujer muy terca y orgullosa. También estaba la familia de Kalgánov, que en parte vivía aún en el campo. Pero lo que allí se ponía en la mesa me provocaba unas ganas horribles de vomitar, de lo poco higiénico que era.

Decidí improvisar. En mi época de estudiante compartía una habitación de la residencia con una uzbekia y una baskira. Me acordé de las dos chicas y de los platos que cocinaban de vez en cuando. Me vinieron varias ideas a la cabeza. ¡Y a ver quién era el listo que me iba a decir que aquello no era cocina tártara!

Había comprado arroz y carne de cordero, y preparado en casa una masa para hacer *şekşek*⁴. Entonces sonó nuestro teléfono. Desde que se marchó Sulfia, a Kalgánov no le gustaba coger el teléfono, pero yo le pegué un grito. Tenía las manos pringadas de harina. Obedeció.

–¡Soyuşka al teléfono! –gritó desde el pasillo–. ¡Tienes que venir!

Metí las manos debajo del grifo y las sequé a conciencia con una toalla. Entonces le cogí el auricular a mi marido. No me había quedado del todo claro quién estaba al otro lado. No acababa de acostumbrarme al nuevo nombre de Sulfia.

–¿Sí? –le dije al teléfono.

–No voy a ir –susurró el auricular con la voz de Sulfia.

–Qué pena –dije–. Entonces le daré a tu marido algo para que te lo lleve.

–No *vamos* a ir –la voz de Sulfia crujió en mi conducto auditivo–. No puedo. No podemos. No quiero.

–¿Qué quiere decir «no quiero»?

–Por encima de mi cadáver. Perdóname –sollozó y yo aparté el auricular de mi oído.

Al otro lado, donde estaba Sulfia, se escuchaban coches. Por lo que parecía, llamaba desde una cabina.

–Tu marido, ¿está por casualidad a tu lado? –pregunté.

–¡No! –gritó–. ¡No hables con él!

–Escúchame bien, hija mía –le dije–. Somos una familia. Vamos a llevarnos como personas civilizadas.

Colgó.

Invité a Klavdia a compartir la comida que nos sobraba. Teníamos montañas y Klavdia tenía un apetito imponente. Levantamos nuestros vasos y brindamos. Tarde o temprano acabarían viniendo, pensé para mí.

Al día siguiente llamé a mi yerno al trabajo. Se disculpó por el comportamiento de Sulfia. Decía que había veces en que actuaba de forma bastante poco racional, y

entonces él se sentía impotente. Cuando supo que él había aceptado mi invitación para venir a comer el domingo, empezó a tiritar y a sollozar. Y salió corriendo de casa.

Volví a expresar mi deseo de tener un trato civilizado. Le dije que, en el fondo, todos éramos una familia. Le dije que confiaba en él.

Él dijo que haría lo que estuviera en su mano.

Éstos no son modales

Casi no la reconozco.

Seguía estando escuchimizada. Pero llevaba un bonito vestido blanco y negro, que resplandecía. Un vestido que no suelen llevar mujeres como ella. En todo caso, mujeres como yo.

Llevaba puesto el gorro de lana que suelen llevar las señoras mayores cuando se congelan en la parada del autobús. Sulfia se lo quitó y su pelo cayó sobre sus hombros, largo, negro, liso, ¿sería ahora más denso?

–Hola, mamá –dijo.

Mi yerno estaba de pie detrás de ella y tenía un ramo de claveles congelados en la mano, que seguramente habría comprado en el paso subterráneo. Sonreía orgulloso. No había sido fácil, y juntos habíamos tenido que superar grandes obstáculos, persuadiendo, por separado, a Sulfia. Al parecer él tenía mucha influencia sobre ella. Creo que a Sergéy le halagaba tener como suegra a un cisne tan precioso como yo, dado que se había casado con la patita fea de mi hija.

Pero lo más importante era Aminat. Tuve que contenerme mucho para no cogerla en brazos enseguida y besarle la cara.

–Entrad, queridos –dije cariñosa y cogí el ramo de flores que mi yerno llevaba en la mano–. No seáis tímidos –lo dije dirigiéndome en el fondo a Sulfia, que estaba como petrificada. Aminat se quitó su gorro y su abrigo de piel blanca en un solo movimiento, dejó caer ambas cosas al suelo, me abrazó y apretó su carita contra mi vientre.

Posé con cuidado mi mano sobre su cabeza. No dejé que se me notara lo feliz que estaba ese día.

Habíamos puesto una mesa grande en uno de nuestros cuartos. En una ocasión así, no queríamos comer sin más en la cocina. Era el cuarto en el que creció Sulfia cuando era niña y que ocupó de jovencita. Luego fue la habitación que compartió con Aminat, después, por un tiempo, el cuarto de Aminat. Desde que perdí a Aminat; el cuarto había estado vacío. Los muebles estaban aún dentro, fríos y sin usar. No me fue posible inundar el espacio de vida, por mucho que hubiera comprado un par de libros infantiles nuevos y una muñeca. Los volví a guardar, estaban metidos en su envoltorio en lo más profundo de mi armario, esperando su momento.

El cuarto vacío lo estaba utilizando entre tanto como trastero para mi hongo del té, que crecía tan bien que iba exigiendo cada vez más espacio. Al principio lo tuve metido en un recipiente de cinco litros, donde tenía el aspecto de una docena de crepes apelmazadas en un líquido turbio. Pero siguió creciendo, y el zumo que producía sabía cada vez más amargo, en un momento dado demasiado fuerte. Separé las diferentes capas y las

trasplanté a recipientes nuevos, unos tarros donde siguieron creciendo desmesuradamente. Los coloqué sobre el ancho alféizar de la habitación que había sido de Aminat. Así me sentía más tranquila, porque a veces sospechaba que Klavdia podía echar algo en el hongo, si éste continuaba en la cocina sin estar vigilado.

No fue fácil conseguir tantos recipientes de cristal. Los tarros como tales eran artículos muy valiosos. Los recolectaba por todos lados, se los pedía a mis compañeras del trabajo, buscaba tapas de su tamaño y no tiraba nunca nada.

Ahora habíamos colocado nuestra gran mesa en el centro de la habitación. Fui la mejor anfitriona que uno se podía imaginar. Extendí un mantel de lino blanco almidonado, que decoré con un ramo de magníficas rosas rojas. Las rosas las había recibido de los padres de una niña que estaba a punto de ser expulsada de la escuela porque se saltaba siempre las clases. Los padres me confundieron con la directora de la escuela por mi aspecto. Cuando se dieron cuenta de que le habían regalado el ramo a la persona equivocada, ya era demasiado tarde, y fueron demasiado educados como para pedirme que se lo devolviera.

Los claveles congelados que había traído mi yerno los dejé en la cocina: las comparaciones son odiosas. Había sacado nuestra vajilla más bonita y vasos para vino y agua, había cocinado una *şulpa*⁵, un caldo fino de carne de ternera hecho en una olla de barro, y como plato principal *pilaf*⁶ de arroz, carne de cordero y pasas.

Nos sentamos a la mesa. Si Aminat no hubiera estado cotorreando todo el rato, la comida habría transcurrido en silencio, y yo habría tenido que iniciar temas de conversación. En realidad tendría que haber sido la función de mi marido, pero a él nunca se le ha dado bien: le gustaba comer tranquilo. Pero ahora Aminat hablaba por cinco, con la boca llena. Hacía preguntas y se respondía a sí misma. No tenía ningún tipo de modales. Había olvidado todo lo que yo le había enseñado en su día.

–Hija mía –le acabé por recordar con un cariño infinito–, aquí no se habla con la boca llena.

Cesó en su monólogo y se me quedó mirando, aparentemente sin saber a qué me refería exactamente. Por lo que se ve, el comportamiento en la mesa no había sido un tema tratado en casa de Sulfia. Para mí, negarle una buena educación a un niño rayaba en el maltrato.

–¿Por qué no? –preguntó Aminat, ofreciendo en su dulce boquita la panorámica de una carne a medio mascar.

–Porque es una garrada, cariño. Y tú eres guapa, y no tienes que quedar mal.

Aminat siguió cotorreando, neutralizando cualquier intento de los adultos por iniciar una conversación. Una vez más, Sulfia ni dijo nada ni hizo lo que la situación exigía.

–Cariño, cállate un momento. Los mayores están hablando.

–¿Quiénes? Pero si nadie habla –Aminat paseó su mirada con desvergüenza de una cara callada a la siguiente.

–Es porque no paras de interrumpirnos. Las niñas buenas no hacen eso.

En ese momento se calló e hizo pucheros. Pero no me importó. Sabía que los niños tenían que ser tratados como un bancal de verduras. Cuando se arrancaba la mala hierba de su carácter, se tenía una mejor cosecha.

–¿Qué tal va su trabajo? –le pregunté a mi yerno, que sorbía ruidosamente la *şulpa*.

–Cada día mejor –dijo él y soltó una carcajada. Una vez más no supe qué pensar de él. Comía por tres y le decía constantemente a Sulfia que no cocinaba platos tártaros tan sabrosos como yo. Le decía a Sulfia que le hiciera *şulpa*. O la sopa que fuera.

–Nunca le interesó mucho la cocina –dije yo.

–Ya me he dado cuenta yo de eso –mi yerno se reía. Aminat se rió también. Les lancé a los dos una mirada severa. Yo era la única que me podía reír de Sulfia.

–Es que tiene otros intereses –dije–. He fomentado otras cosas en mi hija... por ejemplo... –miré a Sulfia y pensé qué cualidades podían compensar su incapacidad para lo doméstico, pero no se me ocurrió nada. Siempre había sido una vaga redomada, igual que su padre.

–¿Cómo le va entonces en el trabajo? –volví a dirigirme a mi yerno, y en ese momento Aminat tiró un vaso con zumo de cambrón, y yo la castigué echándola del cuarto, para que se avergonzara un poco. Diez minutos después la dejé entrar de nuevo y le di el postre. Ahora estaba sentada en su silla, me miraba con el gesto torcido, jugaba con las bolitas de *şekşek* en su plato y no dijo una palabra más. Si se hacían las cosas bien con ella, se podría conseguir que fuera una niña muy bien educada.

Nadie pudo darse cuenta de lo alegre o de lo triste que estaba mi corazón. En cambio, en la cara paliducha de Sulfia se podían leer todos los pensamientos que le pasaban por la cabeza en ese momento.

Sólo Dios sabe que lo había intentado todo para enseñarle a disimular: si tienes miedo, nadie debería notártelo. Si tienes dudas, nadie debería notártelo. Si quieres a alguien, ¡ni se te ocurra mostrarlo! Y si odias a alguien, entonces tienes que sonreírle con especial delicadeza. Había dado lo mejor de mí con Sulfia, pero todo para nada. No tenía ningún tipo de talento, no tenía ni siquiera una chispa de inteligencia para entender aquello que le decía. Ese día no fue una excepción: por razones inexplicables, Sulfia estuvo triste durante toda la comida, y eso lo pudo ver todo aquel que quisiera hacerlo.

A mi yerno le caí bien, algo perfectamente comprensible. Yo era una mujer guapa. Con casi cincuenta parecía que tenía treinta y algo. Mi piel estaba tersa y reluciente, y yo me maquillaba todas las mañanas antes de ir a ningún sitio, aunque fuera a la cocina. En aquel tiempo había descubierto los colores rojo y negro para mi ropa. Me lo podía permitir.

En la primera comida con nuestra nueva y ampliada familia llevaba puesto un sencillo vestido negro y medias negras de nailon. Mis piernas tenían una forma bonita, ya me encargaba yo de que no estuvieran demasiado delgadas.

Siempre llevaba tacones altos. Sulfia nunca. Ese domingo se había calzado algo que

parecía una mezcla de pantuflas y zapatillas de deporte. Dijo que esos zapatos se los había traído mi yerno de América. ¡De América! ¿Se llevaba allí semejante porquería, o es que esos zapatos eran los más baratos? Si mi marido me hubiera regalado unos zapatos así, no le habría dejado entrar en nuestra cama durante semanas.

Eso sí: mi marido nunca había sido enviado por trabajo a América. Al parecer, yo sí que había conseguido enseñarle alguna cosa importante para la vida a Sulfia, dado que ahora tenía un marido que hacía ese tipo de viajes de trabajo.

En general, fue un domingo muy bonito.

Nos despedimos civilizadamente en el pasillo. Mi yerno estuvo encantador. Ponderó todo: la comida, el ambiente, el esfuerzo, la gracia de la anfitriona. Si no le hubiera interrumpido, habría hecho referencia incluso a mis piernas y a mi peinado. Era uno de esos hombres que normalmente se fijaban en eso. Tenía un leve presentimiento de que era algo de lo que pronto iba a saber más.

Sulfia no se demoró nada en salir de nuestra casa. Daba la impresión de que no contaba con volver a aparecer hasta que no hubiera que celebrar las honras fúnebres por Kalgánov. Pero no había tenido en cuenta a Aminat.

Aminat se me tiró al cuello y llenó mi collar de perlas con sus lágrimas.

–Abuela, quiero que te vengas –sollozó en mi cara.

Me solté de ella y le acaricié la cabeza. Se agarró a mi vestido. Su cara se desdibujó en una mueca horrible.

–¡¡¡ABUELA AAAA!!! ¡NO QUIEEERO ESTAR LEJOS DE TIII!

Sulfia palideció. Mi yerno no sabía exactamente qué decir. Mi marido dio la impresión de estar en otro lado. Acaricié el pelo fresco de Aminat.

–Nos veremos pronto, cariño –le dije.

Sulfia se estremeció. Aminat dejó súbitamente de llorar. Levantó su carita llorosa hacia mí.

–Mamá no quiere –soltó.

–¡Ah, qué bobada! –dijo mi yerno elevando la voz. Sulfia se quedó callada.

–Seguro que mamá quiere –dije yo con voz firme–. Te recojo de la guardería el miércoles, ¿vale?

Aminat se fue corriendo hacia Sulfia y se agarró a los extremos de su bufanda de lana.

–Mami, la yaya me recoge el miércoles, ¿vale?!

–El miércoles es perfecto –dijo mi yerno y me guiñó el ojo. Le pasó la mano por el pelo a Sulfia, como si fuera su hermana pequeña.

–¿De acuerdo? –repitió y sonó amenazante.

Los ojos de Sulfia se oscurecieron y enturbiaron. Asintió.

Una familia civilizada

Nos volvimos una familia civilizada.

Recogí a Aminat por primera vez en su nueva guardería. Gritó de felicidad y saltó dando vueltas. Le ordené que se abrigara. Siguió dando gritos y bailando. Una educadora se entrometió:

–Anyá, otra vez estás molestando a todo el grupo –Aminat le sacó la lengua.

Le añadí un poco de hierro a mi voz.

–Que te vistas, *şaytán*⁷.

Le puse las botas y envolví su cuello delgado con la bufanda. Era todo cotidiano y normal. Como si no hubiera habido un tiempo en el que mi corazón casi se desgarraba de pena porque temía no volver a verla. Aminat dejó de gritar, se sentó en el banco sonriendo, extendiendo sus pies hacia mí. Yo no había olvidado cómo había sido todo sin ella. Ni por un segundo lo olvidé.

Le puse las manoplas de lana a las manos nerviosas de Aminat. Me miró directamente a los ojos. Sulfia nunca lo había hecho. Sulfia apartaba siempre la mirada, y todavía seguía haciéndolo. Pero Aminat nunca miraba para otro lado, le daba igual quién la mirara.

La cogí de la mano y la llevé hasta la parada de autobús. Aminat chapoteaba en los charcos, el agua salpicaba hacia todos los lados; yo casi no la regañé, porque en esos momentos mi corazón también brincaba de alegría. El invierno se retiraba, la nieve se deshacía y se ponía gris. El aire se volvía cada vez más cálido y se llenaba de olores. Los árboles estaban aún desnudos, pero las ramas tenían una fuerza renovada.

Nos montamos en el autobús que nos llevaba a casa. Aminat se sentó junto a la ventana, reía y señalaba con el dedo todas las cosas que le llamaban la atención. La primavera estaba a las puertas, y mi corazón palpitaba henchido de cariño.

Éramos una familia civilizada, nos llevábamos bien. Recogía a menudo a Aminat de la guardería para ayudar a la joven pareja, que tanto tenía que trabajar.

Me preguntaba qué habrían hecho antes de que yo les ayudara. Sin mis consejos, sin mi ayuda. Muchas veces llevaba a Aminat a mi casa, porque estaba más limpia y porque allí tenía todo lo que necesitaba. Pero Sulfia prefería que Aminat se quedara en su piso, y si Sergéy me lo pedía, cumplía su deseo. Entonces cuidaba de Aminat en el piso de Sulfia, aunque fuera menos práctico. Jugábamos, le leía cuentos, pintábamos juntas, yo le contaba historias edificantes de mi vida y de la vida de otras personas. Ella me

escuchaba, pero no con mucha atención. De repente estaba con la cabeza en otro sitio y empezaba a tararear.

Me sentía responsable de la educación de Aminat, de decirle lo que estaba bien y lo que no lo estaba. Para algo era una pedagoga con formación. Conmigo delante no se hacía ruido al comer ni se metía la mano en la fuente. De vez en cuando le daba una bofetada en la cara o en los dedos, si hacía cosas que a mí no me gustaban por razones de peso, como por ejemplo meterse el dedo en la nariz o rascarse entre las piernas. La llamaba *şaytán e işak*⁸, pero con cariño. De todas las maneras, ella no entendía qué significaba.

También me hice cargo de la limpieza de la casa de Sulfia, alguien tenía que hacerlo. Recogía la cocina, el pasillo e incluso el dormitorio. Pasaba la aspiradora, limpiaba el suelo y hacía el baño. No quería que Aminat creciera en la inmundicia, entre las bacterias intestinales de su padrastro sobre el asiento del váter y sus virus del herpes en los pañuelos de tela usados que dejaba repartidos por la casa. Los recogía, buscando debajo de las mantas y detrás de los cojines, los sacaba de debajo del sofá, los lavaba en una palangana, los tendía para que se secaran, y finalmente los planchaba. Y así con toda la ropa usada que me encontraba.

Sulfia seguía igual de desagradecida que siempre. Sólo decía:

–Madre, déjalo ya, por favor –me gritó un día incluso. Eso fue después de que le ordenara el armario, y doblara y ordenara los calzoncillos, los sujetadores y las medias, apartando lo que estaba agujereado para zurcirlo a mano. Había hecho todo eso, a pesar de que en ese rato hubiera preferido ver la televisión o leer el periódico, y encima me había gritado de tal manera que Aminat apareció por la puerta, preguntando:

–Mamá, ¿estás loca?

Sulfia no había gritado hasta entonces, sino que se limitaba a un «Madre, por qué. Madre, deja eso. Madre, por favor, no toques ese armario». Yo dejé que gritara. Pensé que todo el mundo tiene que gritar una vez en su vida. Un par de minutos después pensé también que ya bastaba.

Cuando pensé que ya bastaba, cogí mi bota con una mano y le di con ella a Sulfia en la cara. Sulfia se llevó una mano a la mejilla. En ese momento Aminat saltó hacia mí, me quitó la bota que aún tenía en la mano y bramó:

–¡Como vuelvas a hacerle daño a mi madre, no te vuelvo a querer!

Estaba aturdida. El cariño era un tema constante en nuestra familia. Sabíamos en todo momento que nos queríamos mucho los unos a los otros. Nos lo decíamos a menudo, sobre todo Aminat y yo. Bajé la bota. Pero Aminat no salió corriendo, ni siquiera se cubrió la cara. Estaba de pie con las piernas separadas como un pequeño albañil, y me miraba directamente con sus ojos negros.

–¿Qué has dicho?

Y ella lo repitió lento y claro:

- Como vuelvas a hacerle daño a mamá, no te vuelvo a querer. Nunca más.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque no quiero tener una abuela mala –dijo Aminat y se alejó a la pata coja.

¿Soy una mujer mala?

Siempre prestaba atención a lo que Aminat decía. Parecía mal educada porque muchas veces decía cosas acertadas. Yo intentaba por todos los medios evitar que dijera en voz alta todo aquello que se le pasaba por la cabeza, porque muchas veces daba en el clavo, y eso es algo que a la gente normalmente no le gusta. A Aminat le sentaban muy mal las tonterías y era capaz de expresar con palabras precisas la fealdad de la gente. Era algo que lógicamente no podía seguir así, y me impliqué mucho en que no lo hiciera. Pero a pesar de todo, siempre escuchaba con atención lo que ella decía.

Aquel día en el que Aminat dijo que no me iba a seguir queriendo, me volví a poner las botas sin decir palabra y salí del piso de mi hija Sulfia sin despedirme. Me fui a casa en trolebús. Por el camino tuve todo el rato la vocecita de Aminat en mi cabeza: «No quiero tener una abuela mala. No quiero tener una abuela mala».

¿Era una abuela mala? Me miraba en el reflejo de la ventana sucia del trolebús. ¿Era ése el aspecto de una abuela mala?

Ya en casa me contemplé con atención, esta vez en mi espejo perfectamente limpio.

No tenía para nada aspecto de abuela. Tenía un aspecto fenomenal. Era una mujer guapa y no se me veía la edad. En cambio, se veía perfectamente que tenía fuerza y que era inteligente. Muchas veces tenía que evitar que mis ideas se reflejaran en mi cara, para que otros no las pudieran leer y me las robaran.

Fui a la cocina, donde mi marido estaba comiendo un pisto de verduras, y le pregunté si era una mujer mala.

Él se atragantó y empezó a toser. Esperé pacientemente. Tosió aún más fuerte. Sus ojos redondos se petrificaron del miedo. Yo esperé. Él siguió tosiendo, yo le di palmadas en la espalda.

—¿Entonces? —insistí—, ¿soy una mujer mala?

Él clavó el tenedor en una berenjena. Yo se lo quité de las manos antes de que se volviera a llenar la boca.

—¿Soy una mujer mala?

Él se quedó mirando al suelo. Sus densas pestañas negras, que un día había amado tanto, temblaban como si fueran las de una jovencita. Se me ablandó el corazón: me acordé de los años de penuria de mi juventud. Una pena que Sulfia no hubiera heredado esas pestañas, pensé. Pero estaba bien que al menos Aminat las tuviera.

—Bueno —pregunté—, ¿soy una mujer mala?

—Pero cómo puedes pensar eso, cariño —tartamudeó mi marido—. Eres tan, tan maravillosa. Eres la mejor. Eres tan inteligente... Y tan guapa... ¡Y cocinas tan bien!

—Pero eso no responde a mi pregunta de si soy mala o no —dije, terca—. Puedo ser una

cocinera maravillosa y que aun así todos me tengan que sufrir.

–No, gorrión –dijo mi marido, utilizando una carantoña de nuestra juventud–. A ti no te sufre... no te sufre nadie. Eres tan buena con nosotros.

–¿También con Sulfia?

–Sulfia... –mi marido reflexionó. Yo esperé–. Pero si Sulfia –dijo mi marido– es nuestra única hija. Tú sólo querías lo mejor para ella.

–Lo sigo haciendo.

–Ya. Lo sé.

–¿Y crees que Sulfia también lo sabe?

–Seguro. Es decir, antes quizá no lo supiera. Es muy normal que un niño no sepa valorar lo que hacen sus padres por él. Pero ahora ya es mayor y creo que se ha dado cuenta de lo mucho que la quieres.

Yo escuché con atención. Estaba sorprendida de que mi marido hubiera pensado tantas cosas.

–¿Estás seguro?

Mi marido calló, siguió jugando con el tenedor en su plato y mirándome de reojo, como si tuviera miedo de que le fuera a quitar de repente la comida.

–Completamente seguro –dijo él–. Tú eres la mejor, la más guapa... y tienes un corazón tan grande.

Si mi marido lo veía así, pensé, entonces también Aminat se tenía que haber dado cuenta de ello. No podía haber dicho en serio las palabras que escuché. Había sido una descarada, nada más.

Cinco días después volví a mi casa y me encontré una carta de mi marido en el alféizar de la ventana. En la carta ponía que amaba a otra mujer y que a partir de entonces quería vivir con ella. Me daba las gracias por nuestros años en común y me pedía de todo corazón que le dejara en paz.

No ponía más.

Al parecer hay mujeres a las que se les saltan las lágrimas ante noticias así. Se les doblan las rodillas y se dejan caer sobre las baldosas del suelo ajedrezado de la cocina, y sus familiares tienen que hacer grandes rodeos para llegar a la nevera. Yo no era de esas.

Lo primero de todo, me hice un té, siguiendo todas las reglas de ese arte. Precalenté la tetera y eché agua hirviendo sobre las hojas. Si había algo que odiaba, era el té mal hecho y de baja calidad. Bebí mi extraordinario té a pequeños sorbos, comí mi mermelada casera de grosellas y me quedé pensando.

Imaginé cómo sería entrar por la puerta y no ver a nadie en la cocina haciendo ruido al comer. Nadie que pusiera a prueba mis nervios devorando fría la comida que le tenía preparada, porque no había sido capaz de calentarla. La comida en general: podía dejar por completo de cocinar. Por la mañana cocería un puré de avena y por la noche me

haría una ensalada. ¡Cuánto tiempo me iba a ahorrar con eso! Podría emplear ese tiempo en leer, ver la televisión o hacer ejercicios de gimnasia.

Seguí pensando. Al volver del trabajo, no tendría que hablar con nadie. Empecé a contar cuántas camisas no tendría que lavar ni planchar ya cada semana, cuántos calcetines, pantalones, calzoncillos.

¡Y la compra! Ya casi no tendría que cargar nunca con pesadas bolsas de la compra, porque me harían falta muchos menos alimentos. Ya no tendría que limpiar tanta suciedad, porque yo no mancho. Podría hablar con Dios las veces que quisiera. Me enfadaría muchísimas menos veces, porque no habría nadie que me pusiera constantemente de los nervios. Y podría quedar con hombres. Hombres desconocidos, jóvenes, que me echaran piropos y se fueran por la mañana, a casa de su mamá o de su novia, tanto me daba. Que me hicieran sentirme de nuevo mujer. Porque tengo que admitir que desde hacía tiempo ya no me gustaba que Kalgánov me tocara. Cuando, dormido, me rozaba sin querer una pierna, yo la retiraba llena de asco. Y hacía mucho tiempo que él había dejado de hacer eso con algún tipo de intención.

Claro que no todo eran ventajas en esa carta del alféizar. Como todo el mundo sabe, en la vida no se regala nada. Tendría que pagar algo por mi libertad. A partir de ahora, por ejemplo, sería una mujer abandonada. No es el mejor estatus. Tendría que aprender a convivir con miradas llenas de prejuicios. Pero todo lo demás estaría, con la ayuda de Dios, en mis manos.

Mi marido era un cobarde: me dejó a mí la tarea de transmitirle la noticia a su hija y a su nieta.

Decidí ocultar mi falta de pena. Fui a casa de Sulfia. Pensé que la situación exigía que todos nosotros olvidáramos los desencuentros del pasado y los golpes con las botas o las malas palabras. Antes de salir, dejé una carta para Kalgánov en el alféizar.

Debemos portarnos civilizadamente los unos con los otros. Te deseo todo lo mejor, y que tengas buena salud. Por favor, déjame tu nuevo número de teléfono, para que te pueda localizar.

Tu Rosa.

Sabía que volvería a pasar por casa para recoger sus cosas, y que buscaría un momento en el que yo no estuviera. Si ya en tiempos mejores procuraba apartarse de mi camino, precisamente ahora no se arriesgaría a encontrarse conmigo.

Por la tarde fui en trolebús a ver a Sulfia. Me abrió la puerta, su cara tenía aspecto cansado y ausente.

—¿Madre? Entra.

No me había pintado los labios, sólo me había empolvado un poco las mejillas y la frente. Me puse la ropa más sencilla que tenía, la que llevaba sólo cuando íbamos a nuestro huerto del campo. Lo único estiloso que me había puesto eran las botas de tacón.

—¿Va todo bien? —preguntó Sulfia, después de que por fin me hubiera mirado a la cara.

–¿Aún no lo sabes?

–¿Ha pasado algo con papá?

–Se puede decir que sí –dije yo.

En ese momento se asustó.

–¿Qué ha ocurrido?

–Tu padre me ha abandonado.

Se apoyó contra la pared. Se descolgaron los músculos de su cara.

–¿Qué? –preguntó–. ¿Qué has dicho?

–TU PADRE ME HA ABANDONADO.

–No... ¿Él?... ¿A ti?... No.

–Sí –susurré.

Sulfia cayó de rodillas delante de mí e intentó cazar mi mirada desde abajo.

–Mamá –dijo sollozando–, mamá, ¡no!

Probablemente pensaba que yo también estaba llorando.

Me cubrí la cara con las manos, para dejar que siguiera pensando eso. Sulfia se puso rápidamente de pie, me cogió una mano, y yo me estremecí. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos tocado.

–Mamá –me pidió impotente–. Por favor, mamá, no estés triste.

–¡Déjame! –dije. Los labios de Sulfia empezaron a temblar, como si ella fuera la abandonada y no yo.

–No ha muerto nadie –dije yo, por si acaso me había entendido mal.

–¿Habrías preferido que se hubiera muerto?

Pensé un momento.

–Sí, probablemente habría sido mucho mejor.

Sulfia dejó de preguntar más.

Yo era un ejemplo

La marcha de mi marido tuvo, como he dicho, sus ventajas. Una de ellas fue que Sulfia empezó a quererme. Parecía ser la primera vez que se daba cuenta de lo amable que soy en realidad.

Empezó a hablar conmigo. Me preguntó cómo me iba. Yo cuidaba de sus sentimientos, transmitiéndole una imagen no muy lisonjera de mi estado. Me llamaba todas las mañanas para preguntarme. Parecía temer constantemente que cualquier noche pudiera llegar a ahorcarme. Y un día me llamó y dijo:

–Sé quién es... la nueva mujer de papá.

En ese momento yo me estaba pintando las uñas. Había comprado la laca en un bazar. Me habían asegurado que era alemana. Rojo cereza. Sostuve en el aire mi mano izquierda con los dedos extendidos. Con la derecha sujetaba el auricular. Las uñas de la mano derecha ya estaban pintadas. Tenía cuidado de que la laca no manchara. Se secaba demasiado rápido, estaba un poco pasada. Era algo que ya había notado al pintarme: la laca era demasiado densa. Había pagado cuatro rublos por ese frasquito y me habían timado. No era un producto alemán, sino de poca calidad.

–¿Y? –pregunté llena de ira.

En el auricular, la voz de Sulfia se estremeció. No sabía nada de mi decepción por la laca de uñas, pensaba que la noticia me había dado de lleno en el corazón.

–Por favor, cálmate –me pidió–. Ya no se puede volver atrás.

Algunas veces sí, pensé yo. Podría llevar la laca reseca, tirársela a la cara a la vendedora y pedir que me devolvieran mi dinero.

También podría echarle un poco de acetona, y así la laca se volvería líquida otra vez.

–Bah, idos todos al cuerno –dije y colgué.

Una hora más tarde apareció ella ante mi puerta. Alrededor de ella, dando vueltas, brincaba Aminat. La mirilla de la puerta desfiguraba la cara de mi hija de una manera especialmente horrible. Su nariz era exageradamente grande y sus ojos increíblemente pequeños.

–Hola, hola –cantaba Aminat, tiró una bota y siguió brincando por el rellano medio descalza–. Hola, hola, abuelita, hola, abuelito, Anya está aquí, Anya está aquí.

Desapareció en su antiguo cuarto. Un segundo después la otra bota salió volando por la puerta y golpeó contra la pared. Con lo que me esforzaba yo con esta niña y seguía siendo una malcriada. Ya era hora de que tuviera a Aminat bajo mi cuidado antes de que fuera demasiado tarde. Ahora tenía sitio, y tiempo también.

Sulfia recogió la bota y la colocó en el zapatero. Luego vino hacia mí y me abrazó. Me quedé petrificada.

Dios mío, qué baja era. Seguía igual de escuchimizada que siempre. Le había dado de comer sin parar, le había obligado a comérselo todo, pero ella ni crecía ni engordaba. Cuando aún iba al colegio, le ponía todas las mañanas un desayuno bien surtido, carne con guarnición o una sopa nutritiva. No la dejaba salir de casa con el estómago vacío.

Había hecho de todo para que se fortaleciera. A duras penas le había enseñado a nadar, aunque ni yo sabía nadar, pero el agua fría del río le sentaba fatal. Tiritaba, los labios se le ponían azules y, en un abrir y cerrar de ojos, cogía una cistitis que le duraba varias semanas. Sólo Dios sabe lo que me esforcé con ella, y todo para nada.

La aparté de mí y me fui a la cocina.

Sulfia me servía ahora en mi propio hogar. Lógicamente no era capaz de hacer un buen té. El agua no estaba hirviendo, había puesto muy pocas hojas. Ese caldo carecía de aroma alguno y tenía un aspecto asqueroso. A pesar de todo me bebí lo que Sulfia me puso delante, no quería desanimarla.

Entonces se sentó frente a mí, entrecruzó los dedos de las manos y dijo:

–Madre, esa mujer tiene su edad. O sea... un poco mayor que tú.

Yo la miraba sin decir palabra. Parecía incómoda.

–Madre –dijo–, he conocido a esa mujer. Está enferma. De corazón. Papá me ha llamado, quería que le pusiera en contacto con nuestro médico. Está muy enferma.

Miró a un lado, avergonzada.

–Me siento tan mal –dijo–. La he visto. Está realmente mal. Y yo... yo la debería ayudar. Pero yo... no siento ninguna compasión. Porque es la culpable de que a ti te vaya tan mal.

Pensé en mi Dios. Sabía que me otorgaba el derecho de desearle lo más horrible del mundo a esa mujer de quien Sulfia hablaba de forma tan extraña. Pero yo no deseaba absolutamente nada. No quería que muriera, pero al mismo tiempo me daba completamente igual que siguiera viviendo o que dejara de hacerlo.

Sólo tenía un poquito de curiosidad.

–¡Cuéntame! –dije.

Sulfia dijo que la mujer se llamaba Anna y que trabajaba como profesora de ruso y literatura. Llevaba ropa gris, gafas, moño, tenía mejillas sonrosadas y una sonrisa delicada. Estaba separada y no tenía hijos. Había conocido a Kalgánov en el parque, mientras éste estaba sentado en un banco, pensando en la muerte.

–¿Se dirigió él a ella? –pregunté yo, desconfiada.

–Al parecer sí –Sulfia miraba su taza, disgustada.

Ya, pensé yo.

Sulfia tenía su dirección y su número de teléfono, para probarlo me los dictó, y me pregunté qué es lo que esperaba de mí. ¿Debía llamar en ese momento y pedirle la entrega de mi marido? ¿O aparecer delante de la puerta del piso de la profesora con

medio litro de ácido? ¿Qué pensaba Sulfia que iba a hacer? Pero todo lo que hiciera era importante: no en vano yo era un ejemplo.

Un buen día abrí la ventana del dormitorio para dejar que entrara el aire primaveral. Aún estaba completamente sellada para el invierno. Arranqué las tiras de papel con las que había sellado las ventanas en otoño y saqué el algodón de las ranuras. Así destrozaba el resultado de horas de esfuerzos: en otoño había sido un trabajo horrible preparar las ventanas para que no se colara el aire y se enfriaran los cuartos. Por eso Klavdia dejaba los algodones también en verano, y nunca abría su ventana. Pero lo que yo quería era aire fresco.

El cuarto se llenó con el ruido de los motores, las voces y el tintineo de los trolebuses. Me coloqué junto a la ventana y aspiré profundamente. Sí, eso sí que era primavera de verdad. Había puestos con helados y flores. Habían desaparecido los pesados abrigos de invierno y las pieles pardas. La gente llevaba chaquetas ligeras y colores atrevidos. Los pasos eran más calmados. Volví a ver pelo: muchos habían dejado sus gorros en casa.

Debajo de una farola, en el bordillo de la calle, había un hombre de pie que tampoco llevaba gorro. Desde arriba se podía ver perfectamente su calva, en la que se reflejaba el sol.

Era Kalgánov, mi marido.

Estaba debajo de la farola y miraba hacia mí. Me escondí detrás de la cortina. Me sentí sorprendida.

Su cara redonda y blanca se quedó mirando en mi dirección: lo podía ver a través de la tela. ¿Qué querría? ¿Por qué no estaba con su profesora de ruso y literatura? ¿Habría perdido las llaves de su nueva casa? ¿Se habría perdido? ¿No se le estaría pasando por la cabeza volver tan pronto a mi casa? Me sobrevino un ligero pánico.

Era algo que a Kalgánov siempre se le había dado muy bien: ponerme de mal humor. Era capaz de ensombrecer cualquier momento magnífico con su sola presencia. El día primaveral empezaba a palidecer. El aire ya no dejaba una impresión tierna, sino traicionera. Cerré las ventanas y corrí las cortinas.

Me senté en mi sillón y cogí las agujas de hacer punto. Estaba haciendo una bufanda para Aminat. Por supuesto que no era cualquier cosa. Estaba tejiendo gatitos. Convertir algo tan sencillo como una bufanda en una pieza única se me daba muy bien. Me concentré en contar los puntos.

Me obligué a terminar de tejer la bufanda. Hasta que no hubo pasado una hora y media, no volví a mirar a la calle. Kalgánov se había marchado. Respiré tranquila.

Una esposa perfecta

Aquella noche soñé por primera vez con Kalgánov. Era extraño. En el sueño, mi marido aún era joven. Tenía el mismo aspecto que en nuestra primera cita. Yo tenía dieciséis, y él era un amigo de mi hermano. Cinco años mayor que yo, un hombre adulto. Tres años después, mi hermano saltó del duodécimo piso de un rascacielos: siempre había sido una persona extraña.

Boris, pensé. Boris, ése era el nombre de pila de mi marido. Pero nunca lo llamé así. Tenía mis propios nombres para él. Recordé que fui yo quien le abrió aquel día la puerta, cuando vino a visitar a mi hermano. Acababa de mudarme del orfanato al piso de mi hermano: era mi único pariente y, con veintitantos, era ya un adulto responsable. Me acordé de que Kalgánov me saludó educadamente con un «Hola, pequeña». Y de lo confundida que me quedé cuando vi que un hombre podía ser tan guapo. Sí, hubo un día en que mi marido fue guapo. Casi lo había olvidado por completo. Me gustó tanto desde el primer momento, que pensé: Si me caso con uno así, entonces mis hijos serán guapos. ¡Y un cuerno!

Nos casamos al poco de cumplir yo los dieciocho. Entre medias él había tenido una novia, que no era ni guapa ni lista, pero aun así me dio un ataque de celos. Me había arrodillado en el baño en secreto y le había pedido a Dios que me apoyara. En realidad lo único que quería era que a mi futuro marido no se le pasara por la cabeza casarse con esa otra antes de que yo tuviera la edad. Pero una vez más Dios volvió a exagerar. La novia de mi futuro marido se murió de repente de tuberculosis.

Para Kalgánov no había ningún dios. Era del *Komsomol*⁹, y eso también me parecía bien. Me alegraba de que estuviera comprometido políticamente, tenía muy claro que eso podría abrir muchas puertas en el futuro.

Era tártaro, se veía perfectamente a la primera. Pero nunca quería hablar de eso. Siempre decía que la división entre rusos y ucranianos, judíos y gitanos, uzbekos, baskires, azerbaiyanos, armenios, chechenos, moldavos... y tártaros era arbitraria. Había nacido en Kazán, pero nunca acabó de encajarlo bien. Tenía un sueño: mezclar a toda la gente, alejarlos de las casas de sus padres, librarlos de todo aquello que se denomina raíces culturales, como si fueran un pesado fardo. Opinaba que todas esas diferencias discriminaban a la gente.

Era algo de lo que hablaba mucho en nuestros primeros años juntos. Yo le escuchaba: sabía cómo debía comportarse una esposa. Lo más importante era no hacerle notar al marido la cantidad de tonterías que estaba diciendo. La indulgencia de la mujer es la garantía de estabilidad de todo matrimonio. Aprendí mucho del tema, primero desde el

plano teórico, luego demostré mis habilidades también en la práctica. Era una esposa perfecta.

Hacíamos una buena pareja. Al menos al principio. Los dos altos, delgados, sanos, con ojos brillantes. En aquel entonces yo siempre me quedaba embarazada, y eso era un problema. No teníamos ni casa ni dinero, a pesar del trabajo que él tenía. Era un comunista con ideales, no uno de esos que se ocupaban de que su familia tuviera garantizadas las condiciones básicas de vida. Según su opinión, no nos tenía que ir mejor que a los demás. Nunca he contado las veces que, por ese motivo, se mandaron al cielo almas inocentes. Tampoco serían muchas más que en otras parejas.

En algún momento mi marido trajo tubitos de goma para su órgano. Mi influencia sobre él dio sus primeros resultados: lento, pero constante, comenzó a hacer carrera. Empezó como un trabajador más, y luego se implicó en el sindicato. Sus ojos brillaban, ascendió y llegó a tocar cosas que otra gente sólo podía conocer de oídas.

Esos tubitos, por ejemplo. Eran eficaces contra el embarazo. Impedían que se iniciara el proceso que conducía al bebé. Los tubitos eran escasos y valiosos. Después de usarlos, yo los lavaba y los colgaba para que se secaran. Los dejaba columpiándose durante mucho tiempo en el tendedero de nuestro cuarto. Tenía la impresión de que cuanto más tiempo estuvieran colgados ahí, menos se me iba a acercar mi marido. Entonces yo estaba cansada y flaca, estudiaba pedagogía y trabajaba por la noche como cuidadora en una guardería de jornada completa, y mi entusiasmo por el matrimonio empezó a disminuir lenta, pero constantemente.

Entonces tuvimos la oportunidad de tener dos habitaciones en nuestro piso comunal. A la próxima alma que llamara a mi puerta, la dejaría vivir. Fue Sulfia. Nunca me pregunté qué habría sido de los niños que había mandado de vuelta al cielo. Dios me lo perdonaba. Me dio a Sulfia, y eso era una suerte. Me podría haber dado un completo lisiado.

Cuando nació Sulfia, mi marido se quedó tal cual. No le gustaba su nombre tártaro. Al contrario que en mi caso, tenía una gran familia llena de nombres tártaros. Yo, en cambio, no tenía a nadie más que a mi prima Rafaella.

Kalgánov quería llamar a nuestra hija Mariya. Pero una Mariya no entraba en mi casa. Había manadas de Maşas por ahí, llenando guarderías y parques.

Mi marido apenas se interesaba por nuestra hija, mucho menos a partir del momento en que decidí bautizarla Sulfia. Y cuando hacía algo con ella, estaba mal, invariablemente. La cogía de tal manera que casi se le caía de las manos. Y tratándose de una Sulfia, lo mejor era que se cayera de una vez, y que todo acabara. Estaba delgada y débil. Podía quedarse mirando al aire durante horas y no hacer nada. No había visto nunca un niño así.

–¿Qué es lo que va mal con nuestra hija? –le pregunté a mi marido, y él respondió:

–Déjala. Igual está pensando ahora mismo.

Y yo decía:

—¿Pensando? Pero qué ocupación es ésa.

Eso no quiere decir que yo no pensara nunca. Pero para eso no me tenía que sentar, cruzar las manos sobre mi regazo y poner cara ausente. Para mí, lo de pensar era algo paralelo. Tenía que trabajar y educar a mi hija. Sin ayuda de nadie.

No quería trabajar con niños, me bastaba con Sulfia. Tampoco quería trabajar con alumnas de escuelas profesionales, porque no tenían nada en la mollera. Encontré un buen puesto en una escuela de pedagogía. Mi trabajo era muy importante: recopilaba nuevas publicaciones científicas en torno a la pedagogía y las archivaba. Llevaba a Sulfia a la guardería en régimen de internado. Es decir, yo la llevaba todos los lunes y la volvía a recoger el viernes; tosiendo y descompuesta, porque Sulfia pasaba tan desapercibida que a menudo se olvidaban de ella. Me parecía que las educadoras de la guardería sólo la alimentaban y la limpiaban porque me tenían miedo.

Sólo Dios sabe cuánto me he ocupado de esta hija. Todos los veranos pasábamos un mes en el campo, en casa de unos parientes lejanos de mi marido, que hacían su propio embutido en vez de comprarlo en la tienda.

Los parientes de Kalgánov se dedicaban al *qasiliq*, la salchicha de caballo. De vez en cuando había ollas por todas partes, donde ablandaban durante días la carne de caballo. Después le daban la vuelta a los intestinos de los animales, los lavaban con agua fría, limpiaban la mucosidad de las paredes, les daban la vuelta y los cosían por un extremo. Los rellenaban con carne y tocino, ataban los extremos y colgaban las salchichas al sol durante días. Así estaban colgadas por todos lados, el aire las bamboleaba suavemente, y por los poros que se abrían en las paredes de los intestinos goteaba la grasa sobre la tierra. Después de unos cuantos días, las salchichas se trasladaban a la bodega, donde se pasaban meses, pero ya esa misma tarde me encontraba en la mesa con *qasiliq* cocido de la hornada anterior, cortado en gruesas rodajas. Yo no tocaba nada: los parientes de Kalgánov no se lavaban nunca las manos.

Era horrible pero yo apretaba los dientes. Eran gente muy sencilla. Hablaban un ruso espantoso. Yo hablaba tártaro con ellos, pero no entendían nada. Casi se me había olvidado porque había perdido a mi familia cuando era una niña y en el orfanato se hablaba ruso. Ahora excavaba en las profundidades de mis recuerdos para encontrar las palabras y estaba sorprendida de lo bien que se me daba.

Los parientes de Kalgánov conseguían con sus muecas y sus dientes centelleantes que incluso Sulfia sonriera. Al principio imitaba su lengua, murmurando en voz alta para sí *turpir-mur*. Después empezó a soltar palabras y fragmentos de frases que captaba al vuelo, a las que no siempre les faltaba el sentido. No le prestaba atención. Estaba orgullosa de mi ruso perfecto, desde que me quedó claro que no era algo tan común.

Lo más importante era que tenían cabras. Sólo por eso íbamos al campo. Bueno, y también por el aire saludable de allí. Aunque la verdad es que prefería bastante más el humo de la ciudad al olor a estiércol de vaca que tenía que aspirar en el campo. Pero por

mi hija aguantaba lo que fuera. Había escuchado que la leche de cabra le hacía a uno fuerte y sano, y Sulfia estaba demasiado escuchimizada.

Todas las mañanas y tardes le dábamos a Sulfia una taza de leche de cabra recién ordeñada. Por supuesto previamente hervida, porque todo allí estaba lleno de gérmenes. Yo la cocía personalmente y utilizaba para ello el horno de barro.

Sulfia ponía caras nada más ver la taza. No le sabía bien. Yo le decía: «Es medicina para que no te vuelvas imbécil del todo». Sulfia olía la taza asqueada, compungida. Me miraba. Como con mi mirada podía hacer que otra clase de personas saltara por la ventana, era un juego de niños hacer que Sulfia bebiera. Se tomaba la leche lo más rápidamente que podía. Luego se agarraba la tripa. Cuando uno se toma la leche tan rápido, es normal que le entre dolor de tripa. La expresión de pena de la cara de Sulfia me sacaba de quicio.

A veces ocurría que se tapaba la boca con la mano y salía corriendo para vomitar en el rincón de las frambuesas. Era una niña educada y no habría manchado nunca el suelo. Si Sulfia vomitaba la leche de cabra, le daba una segunda taza y ponía atención en que se la bebiera lentamente. No sé si mi hija habría alcanzado siquiera la edad escolar de no haber tomado aquella leche. Yo me sacrificaba para que se repusiera.

Yo no bebía leche de cabra. La había probado sólo una vez, por curiosidad, cuando Sulfia se quejó por primera vez por el sabor amargo: siempre se estaba quejando por cualquier cosa. Tomé un trago y yo misma tuve que ir corriendo donde las frambuesas. Sí, esa leche era algo que no se podía ni oler, y me alegraba de no ser yo quien se la tuviera que tomar como fuese.

Otro tipo de preocupaciones

Los primeros días sin mi marido los llené pensando. Pasé revista a mi vida. Estaba claro que no todo había estado exento de complicaciones. Pero yo había intentado sacar lo mejor de cada situación. Con casi treinta me hice, por ejemplo, un nuevo pasaporte, porque el anterior me lo habían robado. Para eso necesitaba mi certificado de nacimiento, que ya no tenía. El orfanato en el que pasé la mayor parte de mi infancia se había quemado, y todos los documentos se habían perdido. En el organismo que expedía el certificado se tuvieron que fiar de los datos que yo les daba: así fui siete años más joven, cosa que encajaba perfectamente con mi aspecto.

Siempre había intentado corregir los fallos de otras personas, con consejos, interviniendo, con la mejor de mis voluntades. Como todo el mundo sabe, ésta no es una tarea precisamente agradecida.

A veces interrumpía mis pensamientos, me ponía de pie y me dirigía a la ventana. Muchas veces veía a mi marido parado debajo de la farola. En ocasiones incluso de noche. Me preguntaba qué es lo que querría. Así que no volví a abrir la ventana, por si se le ocurría pensar que le estaba llamando para que entrara. No hacía nada, se quedaba simplemente ahí parado con un aspecto miserable.

Pero yo tenía otro tipo de preocupaciones.

Había visto a mi yerno en el centro con una mujer rubia.

Estaban sentados en un café, al sol, en torno a una mesa redonda, como en una película extranjera. Estaban tomando helado en copa. Sulfia no hacía nunca eso: estar sentada en un café y tomar helado. La extraña se reía como una imbécil. Mi yerno sonreía y la miraba. De vez en cuando él le cogía una mano, que ella apartaba enseguida, para gesticular con ella en el aire. Era una mujer muy nerviosa y joven.

Me escondí detrás del monumento a Lenin. Con mis ojos de lince pude verlo todo. Cómo pagaba él y la ayudaba a ponerse el abrigo. Uno verde claro, con un color muy atrevido. Conocía todos los modelos que se habían estado vendiendo en los últimos cinco años, podría haberlos recitado de memoria. Y este abrigo no estaba entre ellos. Este abrigo tenía una pinta sospechosamente americana. Obviamente mi yerno no le había traído un par de pantuflas a esta mujer.

Fueron juntos a la parada de autobús. Allí se besaron a la vista de todo el mundo. ¿Qué desvergüenza era ésa? ¿No podrían haberse buscado mejor un portal o un parque vacío?

Me concentré en pensar las alternativas que tenía.

Rechacé una de ellas: ir corriendo hacia ellos y empujar a la zorra de verde para que la arrollara un tranvía. Iría por otro camino. No dudaba lo más mínimo de que lo habría. Sólo que lo tendría que encontrar. Y mirándolo todo en conjunto no tenía apenas tiempo.

Al poco tuve una buena idea. Esperé a Sulfia en la entrada de su clínica quirúrgica. Trabajaba mucho, al final sí que había conseguido recuperar su formación y hacerse una enfermera de verdad. Cuando por fin apareció, cargada con cinco bolsas de red a reventar en las que había metido, como un ama de casa más, toda la compra que había hecho a mediodía durante la pausa, reaccionó con tranquilidad.

–¿Madre? –dijo–. ¿Qué ocurre? –miró el paquete que tenía entre mis manos y frunció el ceño–. Eso sí que no me lo voy a probar siquiera. Ahórrate el esfuerzo, por favor.

Porque desde hacía un tiempo había empezado a ayudarla a vestirse mejor. Ahora que la veía más, sencillamente no lo podía soportar. Un pantalón cualquiera con el trasero y las rodillas deformadas, y por encima un jersey del armario de su marido. Con eso puesto, quién podría extrañarse de que luego pasase lo que estaba pasando. Así que empecé a llevarle cosas que me ofrecían conocidos y colegas para que se las comprara, porque las habían conseguido por caminos inverosímiles, y luego se habían dado cuenta de que no les quedaban bien. Eran cosas bonitas, distintas de las pesadillas de tela color de hez que colgaban en las tiendas. A Sulfia ya le había regalado una blusa de color crema con grandes botones dorados. Un vestido que le llegaba hasta la rodilla y resaltaba el pecho, aunque no se tuviera. Todo tipo de vestidos, blusas, pantalones, pero Sulfia se negaba a ponérselos. No se probaba nada de eso, y ni siquiera yo conseguía obligarla a ello.

Esta vez había llegado a mis manos un tesoro muy especial. Un abrigo ligero de lana, en un tono rosa palo. Con él puesto, Sulfia, con su pelo negro, parecería una princesa. Eso es lo que le dije. Ella sacudió la cabeza, terca como una mula. O sea que me estaba dejando los riñones intentando salvar su matrimonio y ella sólo sacudía la cabeza.

–Pero si no has visto aún el abrigo –le dije.

–No necesito ningún abrigo –dijo Sulfia–. Me basta con éste.

–Pero hija mía, este de aquí tiene ya diez años.

–Bueno, ¿y qué? Está casi nuevo.

–Sulfia, escucha a tu madre.

–Madre, nos ahorraríamos mucho tiempo si no me trajeras estos chismes. Tengo bastantes cosas ya. Suficientes.

–No hay más que verte.

–Lo que yo lleve puesto no te tiene por qué gustar a ti – dijo Sulfia.

«¿Y a Sergéy?», estuve a punto de decir ante semejante descaro. «¿A él tampoco le tiene que gustar? Pues descuida, ¡porque a él tampoco le gusta! Si tiene que decidirse entre una mujer que parece un cuervo desgreñado y otra que parece la personificación de la brisa en primavera, ¡pues adivina por cuál de las dos se decidirá!»

–Estoy cansada, madre –dijo Sulfia–. ¿No nos podríamos ver en otro momento? He dormido tan poco...

–Espera –dije–. Tengo que hablar contigo.

Sulfia se quedó parada. Sus bolsas llenas a reventar de patatas, remolachas y pepinos se abrían al golpearse constantemente con sus rodillas.

–Vente conmigo –dije–. Te tengo que contar algo.

–En otro momento, ¿vale, madre? Ahora me voy a ir a casa.

–¡Es importante! –dije.

–Pues dímelo ahora mismo –dijo Sulfia y le echó un vistazo por encima de mi hombro al autobús que se estaba marchando en ese momento.

–¡Pero ahora no te lo puedo decir! ¡Y mucho menos aquí!

–Pues entonces déjalo. Otra vez será.

Simplemente no quería. No quería mi ayuda. Me impedía que yo salvara su matrimonio. Podía hacer lo que quisiera, pero siempre me topaba con su rechazo. Mi mejor época con ella se había pasado de la misma manera que su mejor época con Sergéy.

–Madre, me voy a caer de espaldas del cansancio. Déjame irme, ¿vale?

La cogí de la manga y la miré a los ojos.

–Sulfia –le dije–, tienes que quedarte embarazada. Enseguida.

Sulfia empezó a pestañear.

–¿Qué? –preguntó–. ¿Qué es lo que tengo que hacer según tu opinión?

–Quedarte embarazada.

–¿Cómo?

–Tener un crío.

–¿Qué?

–¡¡¡QUEDARTE EMBARAZADA, SULFIA!!! ¡Dios santo!

–¿Pero cómo?

Suspiré. Me di cuenta de que nunca le había explicado cómo se hacía bien. Primero había pensado que era demasiado joven. Luego pensé que para qué, si no le iba a hacer falta. Entonces nació Aminat. Y ahí pensé que ya no lo iba a necesitar más.

Sulfia me miró de pronto con cariño.

–Madre, seguro que tú también has tenido un día muy duro. ¿Quieres que te acompañe a casa?

–Pero si hace un momento no querías...

–Creo que es mejor que vaya contigo.

Y así nos tiramos un tiempo en constante tira y afloja. Ella me ofrecía acompañarme a casa y yo lo rechazaba. Le decía sencilla y constantemente una y otra vez que tenía que quedarse embarazada cuanto antes. Ése es el único camino hacia la felicidad. Sulfia hizo el intento de colocar sus manos frías sobre mi frente. Yo insistí en un nuevo hijo. Le dije que Sergéy podría ser sin problemas el padre de un niño precioso.

Las pálidas mejillas de Sulfia se volvieron ligeramente sonrosadas. Pero ni entró en mi argumentación. Me cogió del brazo y me llevó calle abajo. Yo la dejé hacer: así tenía más ocasiones de transmitirle mi mensaje. Estaba segura: conseguiría algo de Sulfia, siempre que se lo estuviera repitiendo sin cesar. Sólo tenía que ser terca, y eso es algo que se me da muy bien.

Sulfia abrió la puerta del piso, me ayudó a quitarme el abrigo, me condujo hasta el dormitorio y consiguió que me sentara en la cama. Entonces lo entendí: Sulfia me acababa de tomar por una persona enferma de los nervios. Quizá pensara que eso es algo que le puede pasar a alguien que ha sido abandonado.

–Si un hombre tiene un hijo, no se marcha tan rápido –susurré–. Si un hombre es medianamente decente, eso le hace entrar en razón. Entonces está atado. Sergéy seguro que no deja tirado a su hijo.

Miré a Sulfia: había vuelto a palidecer.

Es un ángel

Sulfia no fue capaz de llevar a la práctica mi propuesta. Un mes después me llamó Sergéy. Era pronto por la mañana y yo estaba a punto de irme a trabajar, cuando me dijo que tenía que pasar urgentemente por su piso, porque Sulfia se encontraba mal y él no tenía tiempo para ocuparse de Aminat.

Cogí enseguida un taxi. Desde que se fue Kalgánov junto con su dinero tenía sorprendentemente más dinero que antes: contra todo pronóstico, lo cual no estaba nada mal.

Sulfia estaba tumbada en el sofá del cuarto de estar, su cabeza colgaba y su pelo tocaba el suelo. Había vomitado sobre la alfombra. Ahora roncaba a todo volumen. Junto al sofá había tirada una botella de vodka, se había vertido una gran cantidad. Lo primero que hice fue cogerla y ponerla en vertical, aunque de todas maneras ya estuviera vacía.

Escuché un gorjeo extraño. Aminat se había metido debajo de la mesa supletoria, aunque ya no era una niña pequeña. Sus ojos negros miraban a través del flequillo. Ahora se sorbía con más fuerza los mocos, agradecida de que alguien por fin lo notara.

–Ven aquí –dije. Aminat salió gateando y se puso de pie. Llevaba puesto su camisón al que le había tenido que coser el codo.

Sequé su cara con mi pañuelo de encaje.

–No tienes motivos para llorar –dije severa–. No se ha muerto nadie. Rosa se ocupará de todo.

Aminat me miró de abajo arriba. No me creía.

–Tienes un aspecto horrible. No te hablo hasta que no te laves y parezcas una niña decente. ¡Al baño, lávate los dientes, péinate, vístete!

Salió corriendo del cuarto, y yo me dediqué a Sulfia.

Mi hija Sulfia nunca bebía alcohol. Ni vodka, ni cerveza, ni champán de Crimea. Nunca. Ni en Fin de Año.

Acomodé la cabeza de Sulfia en el sofá. Traje una toalla mojada y le lavé la cara. Fui a por un trapo y limpié el suelo. Le recogí el pelo. Ella gimió y se estremeció de brazos y piernas. Olía como un vagabundo. Le eché un edredón por encima.

Aminat reapareció. Llevaba puesto su uniforme marrón del colegio con el delantal negro arrugado y se había hecho dos trenzas. La raya que se había hecho ella sola era una chapuza. Le quité las cintas, la peiné de nuevo y volví a hacerle las trenzas. Le di a Aminat su abrigo de piel y el gorro, los guantes y su mochila del colegio, y la acompañé hasta la puerta.

Le eché agua fría por la cabeza a Sulfia, hasta que volvió en sí. Después hice un café fuerte con mucho azúcar y zumo de limón y le preparé un huevo revuelto. La convencí

para que se echara en la cama. Sacudí las almohadas. A Sulfia se le saltaban constantemente las lágrimas, auténticos torrentes que le mojaban el camisón que le acababa de poner.

Se sentía mal. Tenía dolor de cabeza, tenía que vomitar. Como dije, no estaba nada acostumbrada a beber alcohol. Pensaría que reduciría así el dolor del alma, sin saber que nunca se debe beber cuando se está triste, porque el alcohol lo engrandece todo, tanto las desgracias como las alegrías.

–¿Por qué no te has quedado embarazada? –le pregunté.

–¿Cómo? –dijo Sulfia. Yo suspiré.

Más tarde se durmió. Llamé a Sergéy al trabajo.

–Ven aquí a ver cómo está esto –le dije.

–Ya lo he visto –respondió él secamente.

–¿Sabes que vas a ir al infierno? –le pregunté, pero noté enseguida que era el argumento equivocado: Sergéy, como era físico, no creía en el infierno.

–Lo siento –dijo él.

–Deberías arrastrarte –también esto estaba por debajo de mi nivel.

Él calló.

–Es un ángel –dije.

–Hay una mujer a quien quiero más –dijo Sergéy.

–Cobarde –le dije y colgué.

Volvió a pasarse por el piso para hablar. Afortunadamente, aún estaba yo allí y le hice una papilla de sémola a Aminat. Sulfia ya no se levantaba para nada. Escuché cómo abrió la puerta Sergéy, sus pasos dirigiéndose hacia el interior del piso. Decidí no molestar: los cónyuges tenían que aclarar la situación entre ellos. Me quedé en la cocina, hasta que Aminat me arrastró al cuarto de estar, tirándome del delantal:

–Mamá está loca.

Daba la impresión de que tenía razón. Sergéy metía los libros en una maleta. Sulfia estaba tirada en el suelo y le agarraba por los pies.

–¡Ponte de pie! –bramé.

–¿Lo ve? –me dijo Sergéy con disgusto. Sulfia estaba como loca. En ese momento intentaba agarrar a Sergéy por la manga. Él se soltaba todo el rato. Yo aparté a Sulfia con violencia.

–Desaparece de aquí –le dije a Sergéy, mientras luchaba con Sulfia–. Te espero mañana a la una delante del monumento a Lenin. Hablaremos allí.

–No puedo a esa hora –dijo Sergéy.

–Por supuesto que sí puedes. Y lárgate ya de aquí.

Llevó precipitadamente la maleta llena de libros hasta el ascensor. Yo dejé a Sulfia, que colgaba de mis brazos como una muñeca de tela, hundirse sobre la alfombra y cerré

de un portazo detrás de Sergéy. Cuanto más durara la despedida, más lágrimas, pensé. Y no venían a cuento.

Llegué con media hora de retraso al monumento a Lenin, no en vano era una mujer. Sergéy estaba ya allí con un aire de persona independiente. Llevaba puestas unas gafas de sol americanas sobre la nariz, y tenía el pelo más largo, algo de lo que no me había dado cuenta el día anterior, porque Sulfia me había distraído.

—¿Me invitas a un café? —le pregunté.

Nos sentamos en la misma mesa en la que le había visto con su nueva mujer. El servicio se hizo de rogar, eran aún los tiempos del Socialismo. No dije nada, quería que fuera Sergéy quien rompiera el hielo. Pero él se reclinó y se puso a mirar: no sé exactamente hacia dónde, porque llevaba puestas las gafas de sol. Estuvimos callados cinco minutos, luego diez.

—¿Y ahora? —pregunté yo.

Se encogió de hombros, cruzó las manos en su regazo.

—Lo siento muchísimo —dijo.

—¿No te da vergüenza?

—Sí —dijo él—. Y tanto.

—Está enferma de pena —dije yo—. Todo por tu culpa.

—Pero también está usted —dijo Sergéy.

—Te maldeciré y te mandaré al infierno —dije yo.

Él suspiró en dirección al horizonte.

—Y ella se queda con el piso.

Sergéy mostró los primeros atisbos de sentimientos.

—¿Perdón? ¿Y dónde vivo yo entonces? Ahora tenemos tres habitaciones, y es, se mire como se mire, demasiado espacio para dos personas. Podemos organizar un cambio por dos pisos más pequeños, uno para mí y otro para ella.

—Eso no va a ocurrir. Sulfia se queda con Aminat en el piso. Tú te puedes mudar al de la nueva.

—Vive aún con sus padres.

—Ése es tu problema.

Ahora tenía aspecto de estar realmente preocupado. Yo sabía que el omnipresente problema de la vivienda puede amargarle a uno el amor. Dónde queda la pasión cuando al otro lado de la fina pared los suegros ven la tele y los sobrinos o sobrinias pueden entrar en cualquier momento en el cuarto. Sergéy nunca iba a estar tan bien como cuando estaba con Sulfia, ya me iba yo a encargar de eso.

Por fin se quitó las gafas. Sus ojos estaban enrojecidos.

—No tengo ya nada más que añadir —dije yo y me levanté.

—Llámeme si surge cualquier cosa —dijo Sergéy. Sin las gafas, su cara recordaba al hocico de un perro.

–Sin falta –prometí y me alejé sobre mis altos tacones.

Lo del piso fue una pequeña victoria, que sorprendentemente no me costó nada. Si Sergéy se hubiera cerrado en banda (y si yo hubiera sido la nueva, me habría empeñado en que organizara la permuta de los pisos), no me habrían quedado entonces muchas bazas: Sulfia y Sergéy estaban ambos registrados en el piso, habría sido legal dividirlo o permutarlo por otros dos pisos más pequeños.

No llegué a saborear la victoria: Sulfia se derrumbó por completo. Sencillamente no tenía ya ganas de tomarme como ejemplo.

Se quedó metida en la cama. Aminat empezó a ponerse el despertador ella sola. Cuando sonaba, se levantaba de la cama y se iba descalza a ver a su madre, para decirle buenos días y para ver si seguía aún con vida. El mayor miedo de Aminat era que Sulfia pudiera morir.

Lo único que Sulfia hacía era darse la vuelta sin decir palabra. Aminat se iba a la cocina y se untaba un pan con mantequilla. Luego cogía su mochila y la llave del piso y se marchaba al colegio, embutida en su uniforme arrugado, con las uñas sucias y con unas trenzas que se deshacían en mechones sólo una hora después.

Yo iba todos los días y daba lo mejor de mí para aportar vida y orden a esa casa. Le arrancaba a Sulfia la manta de encima de un tirón, pero ella ni se inmutaba. Un par de veces le eché una taza de agua fría por encima, pero ni eso provocaba reacción alguna. Era un caso difícil. Yo también tenía que ir al trabajo, no podía estar sentada durante días en el borde de su cama contemplando su dejadez. Antes de irme, le ponía una taza de té y un par de panecillos con queso sobre la mesita de noche.

Después del trabajo hacía la compra y me iba corriendo a casa de Sulfia y Aminat. Sulfia seguía tumbada en la cama. No había ni tocado la comida. A menudo pasaba que Aminat no estaba en casa. Yo me iba en su busca, gritaba su nombre y miraba detrás de los garajes, en los sótanos y en los arbustos. Aminat aparecía siempre cuando yo estaba mirando en la dirección opuesta y gritaba a mis espaldas:

–¡Pero si estoy aquí!

–¿Dónde estabas? –preguntaba y le tiraba con fuerza de las coletas. Ella me sonreía abiertamente y respondía:

–¡Paseando!

–¿Con quién? –preguntaba yo, severa.

–¡Sola! –se reía.

Estaba claro que había llegado el momento de cuidar más de Aminat.

Acababa de cumplir los siete, una alumna de primero de primaria, pero en el último verano había crecido casi diez centímetros. Ahora tenía unas piernas largas y parecía un cervatillo. Las rodillas eran huesudas y estaban llenas de arañazos. En los rasgos de su cara se había fijado cierta dureza, y si se le miraba a los ojos, uno podía sentir miedo.

Entrecerraba los ojos a menudo. Yo le ordenaba que no lo hiciera, porque salen unas arrugas que no hay quien las quite luego.

En esas semanas, mientras Sulfia permanecía tumbada en la cama sin moverse, yo no conseguía controlar a Aminat como debiera. Me tenía que ocupar de dos casas, de cocinar y de intentar razonar con Sulfia. Llevé varios médicos a casa, primero del clínico, luego también privados, a los que pagaba de mi propio bolsillo. Uno dijo que Sulfia se tenía que esforzar, otro que todo se solucionaría por sí solo, el tercero le recetó masajes e inyecciones de vitaminas.

Sulfia no tomaba partido en las elucubraciones. Miraba por la ventana o dormitaba, ni siquiera resolvía los crucigramas que le dejaba junto a la cama, con la esperanza de que le despertaran las ganas de vivir.

No estaba preocupada. Por lo que sabía, nadie se había muerto aún por haber estado demasiado tiempo tumbado en la cama. Entonces ocurrió que Aminat volvió un día a casa, abrió la puerta, dejó tiradas las cosas del colegio y se volvió a marchar. Sobre el felpudo sólo estaba la mochila con un dibujo de Caperucita. Se había marchado sin decir palabra. En ese momento fui consciente de que no había cuidado de mi nieta y de que había vuelto a ser culpa de Sulfia.

Empecé a ordenarlo todo. Abrí la mochila y le di la vuelta. Cayeron al suelo varios cuadernos llenos de grasa, un par de pipas de girasol sin pelar y un torrente de monedas de diez y cinco kopeks. Hice montoncitos con ellos y los conté. Siete rublos y 89 kopeks, ¡un dinerall!

Con un oscuro presagio, cogí el diario de colegio de Aminat, en el que ella hacía sus deberes y los profesores ponían las notas y escribían sus comentarios. Tendría que haber echado un vistazo mucho antes. Hacía meses que Aminat no había hecho los deberes. Había muchísimos comentarios en rojo: «Molesta en clase», «No ha hecho los deberes», «Practicar la lectura en casa», «Vuelve a molestar en clase», «Agresiva», «Los padres tienen que acudir urgentemente a una tutoría». Y así todo el rato, página tras página.

No, no me chocaba nada. Encajaba. Cuando a un niño no se le cuida, y tampoco se le educa ni corrige, acaba siendo una mala hierba. Esta niña iba sola por la vida, robaba monedas donde fuera, y evidentemente no era ninguna casualidad que últimamente a Aminat se le cayeran pipas de los bolsillos. Eso quería decir que iba donde las mujeres que vendían patatas, ajos silvestres y muguetes de sus huertas. Sólo allí había grandes sacos de pipas abiertos, y, por diez kopeks, estas mujeres analfabetas llenaban vasos y vertían su contenido en papel de periódico o directamente en los bolsillos de la chaqueta del comprador.

Kalgánov siempre se había comprado pipas de girasol al principio, una mala costumbre que corté rápidamente. No había nada que me pareciera tan paleta, falta de clase y de higiene como la fea costumbre de meterse en la boca las pipas sin pelar y escupir luego las cáscaras, como hacían las viejas que se sentaban en bancos combados delante de la

puerta de sus casas, chismorreando y ensuciando el suelo a sus pies. Siempre le había dado la vuelta a los bolsillos de los pantalones de Kalgánov en busca de la pipa que lo pudiera delatar, y ahora, al cabo de tantos años, tenía que hacer lo mismo con mi nieta. Yo, como pedagoga, sabía perfectamente que pasar por alto ese tipo de cosas era un completo desastre. Pero en parte era culpa mía: me había dejado distraer por Sulfia.

Así que me fui al cuarto de Sulfia, le quité de encima la manta de un tirón, la agarré por sus hombros huesudos y la sacudí con fuerza. Sulfia profería ruidos sollozantes, pero sus ojos volvieron a llenarse de vida.

–Levántate –dije yo–. A recoger.

La volví a soltar, cogí mi nuevo y precioso bolso y me fui en busca de Aminat. Me enfurecía que ella también me lo pusiera tan difícil.

La estuve buscando durante casi dos horas, les preguntaba a los niños por la calle, miraba en portales extraños, apartaba ramas y me metía entre la maleza que rodeaba casas y parques infantiles. Me rompí las medias. Por fin encontré a Aminat, con la ayuda de Dios y de mi intuición, en el sótano lleno de moho de un bloque vecino. Estaba sentada junto a una niña que yo no conocía delante de una cesta destrozada en la que se movían ovillos de lana de colores.

Lo primero que pensé fue que eran ratas, pero entonces vi que eran gatitos, como mucho de dos semanas, que acababan de abrir los ojos. Daban pequeños chillidos y Aminat los escuchaba con tanta atención que no oyó el eco de mis pasos sobre el suelo de hormigón. No se dio la vuelta hasta que no enrosqué su coleta alrededor de mi muñeca.

–¡Abuela! –gritó, con un maravilloso dominio de sí misma: en vez de miedo y mala conciencia, sólo había una alegría clara en su voz–. ¡Mira, abuela, qué gatitos más bonitos! En cuanto su madre deje de darles de mamar, nos llevamos uno, ¿vale?

Saqué a Aminat por la coleta del sótano. Los pelos de su cuero cabelludo se tensaron, pero, después de un primer quejido, se calló y siguió sin decir nada cuando la conduje hacia la parte trasera de los garajes, le bajé el pantalón y la azoté con un viejo cinturón de cuero de Kalgánov que había metido, previsora, en mi nuevo bolso. Después me la llevé a casa. No dijo nada más. Sólo se pasaba su sucia manga por la cara, hasta que también se lo prohibí, porque de ese modo se repartían gérmenes peligrosos por los ojos y la nariz.

Una niña limpia

No podía ser de otra manera: lo mejor que podía hacer una mujer por su familia era ejercer un liderazgo claro y rígido. La indulgencia no aportaba nada. Y así, cuando entré con Aminat en el piso, Sulfia ya estaba en la cocina fregando.

Pasé a su lado tirando de la terca de Aminat en dirección al baño, abrí el grifo del agua caliente y eché un chorro generoso de espuma de baño que Sergéy había traído de la RDA en un frasco muy bonito. Nosotras no podíamos comprar una espuma de baño así, y la utilizábamos de forma muy ahorrativa. Aminat se quedó mirando cómo se perdía el chorro de agua entre las montañas de espuma. No se movió hasta que no le ordené que se desnudara. Se quitó la ropa y la tiró al suelo descuidadamente. La aparté con el pie.

–Métete –le dije.

–Está muy caliente –dijo Aminat después de haber metido el dedo gordo del pie en el agua.

–El infierno sí que está caliente –dije yo y Aminat dudó, sacó el pie y lo volvió a meter en la espuma hasta que se dejó caer de repente en la bañera, llenándome de espuma de pies a cabeza.

–¡Ten cuidado! –le grité. Aminat se sumergió y volvió a salir, la espuma adornaba su cabeza como una corona. Resoplaba y reía.

No le dejé que disfrutara tanto del baño. No se lo había merecido. Le obligué a ponerse de pie en la bañera y, con una esponja, la enjaboné de los pies a la cabeza. Quería que por fin estuviera limpia. Puso una cara entre terca y triste, que me recordó a la de su madre. Trabajé todo su cuerpo con una esponja, frotando todos y cada uno de sus pliegues.

Le dije que se arrodillara, y le lavé dos veces el pelo. Estaba demasiado largo. Dejé que saliera de la bañera y la envolví en una toalla. Su piel tenía marcas rojas: la esponja era demasiado vieja y estaba demasiado dura.

–Ahora has dejado de ser una cerda y ya eres una niña grande –dije.

Le corté a ras las uñas de las manos y de los pies. En muchos dedos apuré tanto con las tijeras que empezó a sangrar, pero no se quejó. La llevé al cuarto de estar, extendí un par de periódicos sobre el suelo, coloqué el taburete de la cocina encima e hice que se sentara en él.

–Cierra los ojos –le dije, y ella obedeció sin rechistar. Hasta que no cayó el quinto mechón al suelo no se dio cuenta de qué era lo que estaba haciendo.

–¿Qué haces? –gritó y quiso levantarse de un salto, pero yo la sujeté en el taburete.

–Quédate sentada; si no, te acabaré cortando una oreja –dije yo.

Me golpeó en la mano y la sujeté por la muñeca.

–Has visto que mamá estaba enferma, ¿o no? –le susurré al oído.

Aminat me miró con el rabillo del ojo y asintió asustada.

–¿Y sabes también por qué estaba enferma? Porque has sido una niña maleducada. ¿O no lo has sido?

Aminat se quedó quieta y sentada en el taburete. Sí, había sido una niña mala, y lo sabía perfectamente. Siempre había tenido una visión clara de sí misma y del mundo.

–¿Y quieres que mamá se vuelva a poner buena? –pregunté y le corté un par de mechones más. Aminat movía los ojos, seguía la caída libre de su pelo. Asintió, giró la cabeza y rozó con la oreja la punta de las tijeras.

Cogí mi pañuelo y limpié las gotas de sangre del filo.

–Entonces tendrás que hacer lo que yo diga –dije y noté lo fértil que era el terreno en el que caían mis palabras.

Había conseguido vencer su resistencia. La dureza desapareció de los rasgos de su cara; parpadeaba, torció el gesto y se echó a llorar en silencio, mientras yo paseaba las tijeras por su pelo, que cada vez se volvía más corto, unos cuantos centímetros, para que tuviera el aspecto de una niña limpia y aseada.

Bien mirado, tenía el aspecto de un chico, un muchacho guapo con el pelo muy corto. Cuando le permití levantarse, Aminat salió corriendo al pasillo, para contemplarse en el espejo grande. Permaneció allí durante un tiempo sospechosamente largo, mientras yo barría el pelo. Era un montón considerable de mechones negros y brillantes. No lo pude evitar, cogí uno, lo envolví en papel de periódico y lo metí en mi precioso bolso. El resto lo envolví también en una página doble de periódico y lo tiré a la basura. Pasé junto a Aminat, que seguía delante del espejo, aparentemente sin poder moverse. Debía de estar espantada, porque ¿qué chica quería parecerse a un chico? Pero yo pensé que un poco de horror no le podía venir mal a esta niña.

Me confundí: Aminat estaba encantada. Le parecía genial parecer un chico. Decidió convertirse en uno. Si hubiera sospechado que el corte de pelo iba a tener esas consecuencias, me lo habría pensado dos veces antes de coger las tijeras.

Pero ya no había más tiempo para lamentarse. Me tenía que ocupar del rendimiento escolar de Aminat.

Lo primero que hice fue ir a ver a su profesora. Era una persona pequeña y redonda con gafas grandes y una coleta. Me presenté después de la clase y esperé en el pasillo hasta que los niños fueron saliendo uno a uno del aula. Así pude ver cómo Aminat empujaba a un chico con las dos manos, con tanta fuerza que la nariz del chico se clavó entre los omóplatos del que estaba delante. Era evidente que había sido el niño quien había empezado todo.

Aminat estaba tan ocupada que no me vio. Lo preferí así. Esperé a que el pelotón desapareciera en dirección al comedor, y entré en el aula. Yo llevaba unos pantalones negros, ligeramente brillantes, que subrayaban la bella silueta de mis piernas. Sobre mis

tacones, superaba con creces en altura a la pequeña profesora, que, asustada, levantó los ojos hacia mí, mientras seguía revolviendo los cuadernos.

—Soy la abuela de Aminat Kalgánova —le dije, sonriendo amistosamente—. Permítame, por favor, que le dé este pequeño presente.

Coloqué sobre la mesa una caja de pralinés de chocolate delante de ella. Había encontrado los pralinés en casa de Sulfia: recibía a menudo regalos de los pacientes, con lo que uno sólo podía preguntarse cómo esas personas enfermas podían llegar a conseguir tabletas de chocolate y botellas de coñac, que estaban empezando a desaparecer de las tiendas. Había escogido una caja de tamaño medio. A Sulfia ni se le había pasado aún por la cabeza regalarle algo a la profesora de Aminat. Al contrario que yo, no sabía cómo hacer para que hubiera una buena relación.

La profesora primero dijo que ella no podía aceptarlo, después dijo que no hacía falta, y por último me dio las gracias y cubrió los pralinés con los cuadernos, para que ya no nos estorbaran más.

Nos sentamos en un pupitre. La profesora era una persona insegura. Decía que acababa de hacerse cargo de la clase en sustitución de una compañera enferma. Estuvo dando rodeos durante un largo rato. Ese tipo de mujeres me ponían nerviosa. Pasaba una eternidad hasta que se les sonsacaba algún tipo de información útil. Los pralinés tuvieron el efecto esperado, la profesora puso cuidado en no lanzar una retahíla de insultos sobre mi nieta. Era además muy fácil de convencer. En realidad había contado con ganarme su simpatía regalándole la próxima vez unas botas de invierno, pero no cabe duda de que había sobrevalorado el precio de su favor.

A esta profesora no le parecía que Aminat fuera terrible, sino desenvuelta (¡y eso que el nuevo corte de pelo lo tenía sólo desde hacía un par de días!). Sí, seguramente Aminat molestara bastante en clase; era capaz de darles patadas por debajo de la mesa y de lanzarles bolitas de papel a varios compañeros en un radio de dos metros. Y tampoco hacía sus deberes. Pero si se le preguntaba en clase, solía responder correctamente, sobre todo si se tenía en cuenta que no atendía nunca. Además, se pasaba varias horas en el pasillo frente a la puerta de la clase, sentada sobre el radiador, como castigo por sus interrupciones. Y, por si fuera poco, les quitaba el apetito a sus compañeros en el comedor, comparando la comida con excrementos.

Yo chasquéé la lengua. Por algún motivo, esta profesora me tenía miedo. Tamborileaba con sus dedos sobre la superficie de la mesa y dijo que Aminat tenía el comportamiento de un niño inteligente, pero falto de atención... y que le gustaba mucho cantar.

—A menudo tenemos aquí familias rotas —dijo la profesora.

La interrumpí. La madre de Aminat, mi amada hija Sulfia, había estado enferma, le dije. Durante ese tiempo había confiado en que el colegio cumpliría su cometido educativo, una expectativa que no se había visto satisfecha. Dejé caer dónde trabajaba

Kalgánov. Le prometí que Aminat iba a convertirse en una niña completamente distinta. Y en lo que se refería a sus impertinencias: en mi casa ningún niño había sido descarado.

Le pedí a la profesora su número de teléfono. Ella cada vez estaba más confundida. Entonces arrancó una hoja cuadriculada de un cuaderno. Esperé que no fuera el de Aminat. Escribió su número en ella y al lado su nombre: Anna Nikolayevna. Me guardé el papel. Debería haberle llevado una cajita mucho más pequeña.

Cumplí mi palabra. Aminat se convirtió en una muchacha educada. Sulfia seguía oficialmente convaleciente, aunque en realidad no estaba enferma: tan sólo era vaga. Pero yo, en cambio, pasé a la ofensiva. Lo organicé todo para ser yo quien recogiera a Aminat a la salida del colegio. Le hice a Sulfia un plan semanal. En casa, Aminat sólo podía jugar media hora y luego tenía que sentarse a hacer los deberes. Por la tarde me unía yo. Me comía las patatas horneadas de Sulfia, que no estaban ni quemadas ni frías, y repasaba los deberes de Aminat. Y por cada pipa de girasol que le encontrara encima, Aminat tenía que escribir veinte veces «No quiero ser una garrula» en un cuaderno reservado para ello.

Aminat no se sabía ninguna regla gramatical, pero escribía todo correctamente. Había nacido con la ortografía metida en las venas: no cometía errores. Pero lo que sí hacía era todo tipo de borrones y manchas de grasa. Su caligrafía era horrible.

No se daba cuenta de nada de eso y me ponía delante de las narices, orgullosa, sus deberes hechos: se había acostumbrado enseguida a que le revisara todo. También se habituó pronto a que le arrancara las hojas llenas de chapuzas y le ordenara que lo repitiera. Al principio eran muchas las hojas arrancadas, hasta que comprendió por qué lo hacía y mejoró rápidamente.

Aminat estaba sorprendida cuando trajo a casa su primer cinco, la mejor nota posible. Después de dos semanas le pusieron un cuatro, y ella se sintió decepcionada. Esa tarde, los deberes estuvieron perfectos a la primera. No quería volver a fallar.

Sulfia se reincorporó al trabajo. Yo iba a visitarla cada día. Por fin todo marchaba bien, y yo quería gozar de los últimos años de mi juventud y belleza.

En realidad no tenía mucha experiencia

Decidí que estaba preparada. Los hombres ya me podrían dirigir la palabra en la calle. Había notado que muchos lo querían hacer. Antes siempre les había puesto una cara que se lo impedía. Incluso el hombre más tonto se daba cuenta de que no le respondería. Era guapa, pero no para él. Sin embargo, aquel día decidí cambiar a una marcha más larga.

El primer hombre que me dirigió la palabra iba en el autobús. Se levantó para que me pudiera sentar (los hombres en general siempre se ponían de pie para dejarme el sitio tan pronto como accedía a un medio público de transporte). Antes sólo asentía, olvidándolo enseguida. Pero esta vez miré directamente a los ojos al hombre que me había cedido el sitio. Tenía las pupilas un poco dilatadas y una vena reventada en el ojo izquierdo. En el autobús estábamos a oscuras, pero lo más probable era que se hubiera excitado por mi aparición. Le eché una edad de unos 37 o 38 años. Llevaba un anillo de casado, que era estrecho y probablemente no habría costado mucho dinero. Tenía las uñas cortas, algo que yo apreciaba en los hombres. Aunque eso sí, estaban bastante mal cortadas. A un hombre así lo primero que le enseñaría sería a cortarse bien las uñas.

Sólo me bajé del autobús para ponerlo a prueba. Lógicamente él se bajó enseguida detrás de mí. El autobús estaba lleno. En vez de apartar a la gente a empellones, repetía levantando la voz:

–¡Disculpen, por favor! ¡Tengo que bajarme enseguida! ¡Disculpen, por favor!

El resto del pasaje maldecía y le tachaba de imbécil. Yo me uní a ellos mentalmente, hasta que él consiguió pasar por fin entre las puertas del autobús, que estaban a punto de cerrarse.

Esperé hasta que se bajó, entonces empecé a caminar lentamente por la Avenida Lenin. Enseguida se puso a mi lado. Dimos un par de pasos juntos. No dijo nada, sino que sólo me miraba. Perdí la paciencia y aceleré el paso. Entonces él también fue más rápido, me alcanzó y me cogió del codo.

–¡Quítame la mano de encima! –le dije suavemente.

Él me miró. Sus pupilas tenían el tamaño de alfileres, porque el sol le daba directamente en los ojos.

–Es usted la mujer más bella que haya visto jamás –dijo él con voz ronca.

Me pareció encantador. Con un par de hábiles señales conseguí transmitirle que para mí no sería algo indigno comer pastelillos con él en el café de la esquina. Nos sentamos y hablamos de mi belleza y de mi opinión sobre Shakespeare. Descubrimos nuestras primeras cosas en común: ambos amábamos la primavera. Hablamos un poco sobre el matrimonio. Yo me terminé mi café y noté una mirada triste clavada entre mis omóplatos cuando me alejé de él.

Me había gustado. Dos días después nos volvimos a ver en el autobús. Formaba parte de las cosas que yo ya sabía de antemano. Cuando me vio, estaba radiante de alegría. Esta vez no me pudo ofrecer su sitio, porque ya estaba de pie y se agarraba a la barra con una mano. Olía a jabón y sólo un poco a sudor nervioso. Cuando el autobús frenó, me caí sobre él como por casualidad y escuché la excitación de sus latidos.

Yo estaba muy nerviosa. En realidad no tenía mucha experiencia, por lo menos en lo que se refería a la parte práctica. Le propuse ir a mi casa. Él no consiguió pronunciar ni una palabra más.

Klavdia no estaba. Le pedí al hombre que esperara en la cocina, cerré la puerta con llave y marqué el número de Sulfia. Le dije que me llamara una hora más tarde. Si no lo cogía, le pedí que llamara a la *Milítsiya*. El hombre tenía un aspecto inofensivo, pero yo no quería correr riesgos. Lo que más me gustaba de Sulfia era que siempre hacía lo que le pedía, sin hacer preguntas superfluas.

Mientras él esperaba en la cocina, me fui a mi dormitorio. Decidí desnudarme del todo. La verdad es que no tenía ningún tipo de práctica. Y lo que menos necesitaba era que los dedos nerviosos de un extraño estuvieran lidiando con mis botones. Cuando me quité las medias, deslizándolas por mis piernas, me quedé prendada de la forma de mis pantorrillas. Retoqué mi maquillaje, me metí en la cama, extendí la manta por encima de mí hasta debajo de mi barbilla y llamé con un grito a mi nuevo conocido.

Anduvo un poco perdido a oscuras por nuestro largo pasillo, hasta que por fin encontró la puerta adecuada. Entonces entró. Yo ya había practicado ante el espejo mi sonrisa seductora. Cogió carrerilla como los saltadores de longitud, se tiró sobre mí y empezó a besarme. Se le notaba que no había sido adúltero muchas veces. No besaba bien. Notaba sus manos pringosas.

Mi excitación decayó. Se deshizo de su camisa y tiró su pantalón a un lado. Me pareció cómico y tuve cuidado de no reírme. Se volvió a tirar sobre mí y me pilló el pelo con su codo. Yo grité. Él lo tomó como una señal de impaciencia por mi parte y se arrimó al objetivo. Mi pelo seguía pillado. Tenía miedo de que me lo arrancara. Él terminó y se tumbó boca arriba. Volví a recomponer mi pelo. Acababa de yacer con el segundo hombre en mi vida.

Me abrazó y me susurró:

–Te quiero.

–Yo también te quiero –le respondí susurrando también.

Me pregunté cuándo se iría a casa de una vez. Entonces sonó el teléfono. Era Sulfia. Tenía que cogerlo; si no, habría tenido que llamar a la *Milítsiya*, cumpliendo mis órdenes. Y eso que aún no había pasado ni media hora. No era capaz ni de leer el reloj. Le dije a Sulfia que todo estaba en orden y a mi invitado que mi hija iba a venir enseguida a visitarme.

Empezó a recoger sus cosas, se recolocó el anillo y se dirigió a mí con los ojos brillantes y con los brazos extendidos.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó. Yo me encogí de hombros. Me pidió mi número de teléfono. Como acababa de escucharme hablar en el pasillo, no iba a quedar bien que le dijera que no tenía teléfono. Le dicté una ristra aleatoria de números, que él apuntó a bolígrafo en la palma de su mano. A su lado dibujó una rosa: otro detalle que me volvió a parecer encantador.

Cuando por fin se fue, me di una ducha. Era raro oler a hombre. Me lavé a conciencia. Me rocié generosamente con el perfume que había comprado tres meses antes en el bazar. Ahora olía a cajera. Me volví a meter en la bañera y me lavé hasta quitarme el olor.

Me estaba haciendo un té cuando Klavdia entró por la puerta. Respiraba trabajosamente, en los últimos años su sobrepeso había aumentado en unos 15 kilos. Se dejó caer en una silla, cogió mi plato con las galletas y empezó a zampárselas una a una. Yo la miré y me alegré de no estar en su piel. «Si al comer haces el mismo ruido que Klavdia, algún día te parecerás a Klavdia», le decía a veces a Aminat.

—Estás tan distinta —dijo Klavdia y me examinó de la cabeza a los pies. Me preocupaba que pudiera seguir oliendo a hombre, y por precaución fui a ducharme otra vez.

Yo estaba acostumbrada a captar la atención de los hombres. Los hombres siempre me habían seguido con la mirada. Levantaban sus paraguas y me dejaban pasar en las colas. Eso era antes. Lo que pasaba ahora rozaba la hechicería.

Me paraban y me pedían el número de teléfono. En muchas ocasiones me daban espontáneamente ramos de flores. Comía más tartas que en toda mi vida. Podía dejar mi monedero en casa sin preocuparme de más. Los desconocidos pagaban por mí en el café, en el autobús y en la tienda de alimentación y decían que era un honor para ellos.

No podía acostarme con todos. Era algo que no podía ser. Tampoco quería acostarme con todos. Ni podía hacerlo con todos aquéllos con los que me habría gustado. Porque tenía que trabajar, comer, dormir y revisar por teléfono los deberes de Aminat.

Tenía un esquema que me facilitaba la elección. Excluía enseguida a los hombres que olían mal, tenían acné o un resfriado. Los modales eran algo importante, así como unas uñas limpias. Siempre mandaba a los hombres al baño a que se lavaran las manos antes de meterse en mi cama. Al fin y al cabo tocaban las partes íntimas de mi cuerpo. Hablar demasiado era un punto negativo, así como las miradas amargadas.

La belleza masculina era mi debilidad. Era una esteta. El anillo de casado no suponía ningún problema. Un hombre así no estaría constantemente pegado a mí. Bien vestidos: por descontado. Me impresionaban siempre, porque eran un bien escaso. Con coche propio: también. Empecé a excluir automáticamente a los hombres que iban en autobús, con algunas excepciones: algunos, al ir en autobús, daban la impresión de tener el coche en el taller.

Tengo que decir que me equivocaba pocas veces. Tenía buena mano para los hombres con suficiente tacto como para mostrarse tiernos y decididos en el momento justo, y

también lo bastante hombres como para aceptar que sólo los quisiera ver una vez. De vez en cuando pasaba que uno me aguardaba en la parada de autobús o delante de mi trabajo, para preguntarme por qué ya no nos veíamos. Ocurría también que algunos lloraban. Incluso dos empezaron a tomar pastillas para dormir, aunque consiguieron superarlo. También había de vez en cuando flores delante de la puerta de casa o en el buzón. Llamadas, muy pocas: a todos les hacía notar enseguida que no me gustaba que acapararan mi teléfono.

En mi otra habitación se empezaron a acumular magníficas tabletas de chocolate, perfumes sin desenvolver, algún que otro libro, bebidas con alto porcentaje de alcohol envueltas en papel de regalo, esculturas de hierro fundido, jarrones, medias de nailon del extranjero, un diccionario ruso-polaco (una nunca sabe para qué pueden llegar a servir las cosas) y un pequeño óleo de una naranja sobre una mesa de madera (uno de los hombres tenía un estudio de pintura).

Lógicamente no me fue posible ocultar todo esto a Klavdia, tenaz vigilante. Demasiadas veces estaba sorbiendo té en la cocina, embutida en su albornoz lleno de manchas, mientras yo saboreaba los labios de un nuevo conocido a la vez que buscaba las llaves de mi cuarto. Por eso no intenté ni siquiera mantenerla alejada. Le regalaba las colonias que no me gustaban o que tenía repetidas, la mayor parte del chocolate (tenía que guardar la línea), un par de medias de nailon, alfileres extranjeros con personajes de dibujos animados y una cinta de una mujer que se llamaba como la Virgen.

Klavdia también cambió. Se hizo la permanente y se pintó las uñas con la laca que yo le había dado. Cuando yo despedía a uno para siempre, lo acogía Klavdia; le preparaba té, le daba los dulces de sus predecesores y le dejaba desahogarse llorando en su regazo. Eso redujo su maldad y nos empezamos a llevar bien de nuevo.

Sin mí, nada funcionaba

Un domingo estaba yo tumbada en la cama jugando con mi anillo, mientras mi amante, recién levantado, se estaba vistiendo para ir al aeropuerto a recoger a su mujer y a su suegra. Entonces se me ocurrió algo que se me había olvidado hasta entonces. Besé a mi amante y lo saqué a empujones:

–Vas a llegar tarde –le dije, aunque en realidad era yo misma quien tenía prisa.

Me puse unos vaqueros con flecos y un jersey azul cielo que había hecho yo misma, subí las cremalleras de mis botas y me hice un moño con unas horquillas.

Klavdia sacó la cabeza por la puerta de su habitación, parecía satisfecha, la noche anterior se había acostado con un hombre.

–¿Y esas pintas? –preguntó–. ¿Se te ha subido el esperma a la cabeza? ¿Se te ha olvidado la edad que tienes?

–En el oeste –dije yo mientras me alisaba el jersey–, todo el mundo lleva esto.

En el trabajo muchas veces hojeaba las revistas *Burda* que mi compañera se traía prestadas de una vecina. Aunque no podía llevarme las revistas a casa ni copiarme los patrones, memorizaba todo lo que me gustaba.

Me fui en taxi a casa de Aminat y Sulfia. A pesar de que me había comprado mucha ropa nueva, sobre todo clandestinamente, cada vez tenía más dinero. A veces me encontraba billetes grandes en los bolsillos de mis abrigos.

Hacía cuatro semanas que no veía a Aminat, de lo ocupada que había estado. Me había limitado a llamar de vez en cuando. Ahora, de repente, estaba intrigada: ¿qué es lo que estarían haciendo sin mí?

Sulfia estaba sentada en el cuarto de estar y cosía. Y lo que estaba cosiendo eran los puños y el cuello del uniforme del colegio de Aminat.

Como era marrón y tenía un cuello y unos puños de encaje blanco, no hacía falta lavar tantas veces el vestido, porque era un color muy sufrido; además, normalmente tardaba demasiado en secarse. Pero los puños se ponían perdidos enseguida. Todas las madres separaban los puños y el cuello los fines de semana, los lavaban, secaban, planchaban y cosían de nuevo.

Yo también lo había hecho cuando me ocupaba de Aminat, para que no tuviera un aspecto de pordiosera. Más tarde le enseñé a Sulfia cómo se cose el encaje al uniforme, y le procuré un segundo par de puños y otro cuello: así se podían intercambiar y no había que lavarlos inmediatamente.

Ahora vería cómo Sulfia intentaba coser los puños. Cogía la aguja grande entre los dedos, y sus yemas estaban cubiertas de puntos rojos. Cuando entré se acababa de clavar la aguja por enésima vez y se estaba chupando el dedo. Qué torpe era. Sujetaba el

puño con el pulgar y lo clavaba en la aguja. Y se volvía a pinchar otra vez. Pero si es enfermera, pensaba para mí. ¿Clavará así la aguja en el cuerpo a sus pacientes?

Levantó los ojos de su trabajo manual y dejó caer el vestido de Aminat. Se puso de pie, vino hacia mí y se me lanzó al cuello sin previo aviso. Palmeé su espalda huesuda. No me gustaba mucho abrazarla, pero era mi deber.

–¿Dónde está Aminat? –le pregunté.

Se me quedó mirando.

–Aminat –repetí.

–¿Aminat?

–Aminat. La niña, Aminat. Mi nieta, tu hija.

Sulfia me miró sin decir palabra.

–¡AMINAT! –chillé.

Durante la hora siguiente estuve corriendo por la casa. Por la información que conseguí sacarle a Sulfia pude saber que Aminat había estado allí al mediodía. Lo que hubiera pasado después no lo sabía. Toqué el timbre en casa del vecino.

De apenas una docena de gargantas, a lo largo de cuatro pisos, escuché que nadie había visto a Aminat en todo el día, pero que sería perfecto si, para variar, dejara de patear y gritar tan fuerte. Que las paredes son muy finas y los suelos también. Prometí controlar a Aminat. En tres ocasiones se me pidió que la vigilara para que no pusiera gatos vagabundos con su camada recién parida detrás de los contenedores de basura, pues ya lo había hecho en dos ocasiones. Un vecino había descubierto a los animales y había metido a los gatitos en el contenedor y ahuyentado a la madre. Yo les prometí todo a cada uno de ellos y seguí corriendo, hasta que los gritos de Aminat me alcanzaron desde arriba.

Volví al piso, me costaba respirar aún por el esfuerzo y estaba enfadada. Aminat estaba en la puerta y sonreía, le faltaba un diente. El pelo que ya le había crecido estaba de punta, y las uñas, sucias. Llevaba puesto un camisón que hacía tiempo que le quedaba pequeño y unos leotardos con un agujero a la altura de la rodilla. Se había vuelto a convertir, una vez más, en una niña descuidada. La miré y suspiré. Mis hombres tendrían que esperarme hasta que esta niña hubiera sido educada del todo. Sin mí, nada funcionaba. Tenía que invertir cada segundo en esta niña para que no acabara en el arroyo.

–¿Dónde has estado? –le pregunté y mi voz temblaba de ira.

–En el armario –dijo Aminat–. Me escondo a menudo en el armario, ji, ji. Y entonces, mamá me busca.

Levanté el brazo y le repasé la cara con la mano abierta.

–Cochina –le dije–. Niña mala, mala. Enséñame tus cuadernos.

Aminat me trajo los cuadernos y su cartilla de notas sin decir palabra. Lo hojeé todo, me leí cada página. Y me quedé asombrada. Los cuadernos estaban limpios. Ni una

mancha, ni una línea torcida, una caligrafía esmerada, clara y ordenada, renglones derechos.

Me leí su cartilla. Las notas eran muy buenas, los deberes estaban resueltos con limpieza, sólo de vez en cuando destacaba algún comentario en tinta roja: «Descarada con el profesor», «Les ha quitado las ganas de comer a otros niños».

Cerré la cartilla de un golpe.

–*Esto* lo has hecho bien –dije.

Saqué mi monedero, encontré un billete de un rublo y se lo di. Era mucho dinero. No se atrevía a cogerlo. Nadie le había dado tanto dinero en su vida, un fallo a todas luces.

–Para ti –le dije–. Te lo has ganado.

Tuve una idea. Llamé a Aminat para que viniera, le di un bolígrafo y un papel y le pregunté:

–¿Qué es lo que más deseas en este mundo?

–Un papá y un gato –dijo Aminat sin pensárselo.

–Entonces escúchame bien –le dije–. Primero, si prestas atención y cuidas más tu aspecto para que no estés tan sucia; segundo, si sigues haciéndolo tan bien en el colegio; tercero, si friegas los cacharros todas las noches alternándote con tu madre; cuarto, si pasas la aspiradora todos los sábados; quinto, si preparas la ropa de tal manera que tu madre la pueda lavar bien; sexto, si miras siempre qué alimentos hay que comprar... ¿Lo has apuntado todo? Bien. Si consigues hacer todo esto durante tres meses seguidos, entonces tendrás un gato.

Aminat me escuchó sin pestañear. Sujetaba con fuerza el bolígrafo en su puño.

–Venga, vamos. Apunta. ¿Te lo repito otra vez?

Aminat se rayó el cuello con el bolígrafo y empezó a escribir. En pocos minutos compuso una lista enumerada. La última línea rezaba: «Si hago todo esto, entonces tendré un GATO».

Cogí el bolígrafo y firmé debajo.

Había congelado mi vida privada. Como mujer, se tienen cosas más importantes en la cabeza. Después del trabajo iba a casa de Sulfia. Abría la puerta con mi propia llave, recorría las habitaciones y miraba en los rincones. Era como si me hubiera casado con un solterón. Ya no había ropa sucia tirada por ahí, el suelo estaba limpio, y había desaparecido también el montón de botellas de leche y kéfir sin fregar.

Por fin había en este piso un ama de casa, una cabeza de familia y una sustituta de mi propia sangre: era mi nieta Aminat, de ocho años.

Cuando ella estaba en casa, hacía alguna tarea y tarareaba mientras tanto canciones de las películas. No había que darle apenas indicaciones, porque observaba atentamente cómo se hacían las cosas. Recogía las bolsas de plástico vacías, las fregaba en la pila y las colgaba encima del radiador para que se secaran, como si nunca hubiera hecho otra

cosa. No tiraba comida. Si el embutido empezaba a ponerse verde en la nevera, Aminat cortaba las zonas afectadas, cocía brevemente la salchicha y la freía después en la sartén: yo no podría haber sido más eficaz.

Estaba claro. Un niño necesita tener responsabilidades. Quizá me había equivocado con Sulfia: por culpa de su debilidad, había hecho demasiadas cosas por ella. Aminat me saludaba ahora en cada una de mis visitas con un sonoro: «¡Quítate las botas, que acabo de limpiar!». Incluso su voz cambió, y ponía un gesto muy definido a la hora de conversar. Me recordaba enormemente a alguien. Pero no conseguía recordar a quién podría ser. Le pregunté a Sulfia.

–Te imita a ti –dijo Sulfia.

Pensé en mi niñez. Siempre tuve hambre, sólo tenía un vestido y un par de leotardos, y éramos cuatro compartiendo la misma habitación: eso fue lo mejor de nuestra infancia. En comparación, Aminat era una mimada.

Yo cumplí mi parte del pacto poco antes de que se pasaran los tres meses.

Aminat no había hablado ni una vez más del tema. Tres meses eran mucho tiempo, eran muchas horas con el aspirador y una infinidad de platos fregados. Pero Aminat no daba la lata y no hacía preguntas. Tiempo después descubrí en su armario, detrás de la puerta, una hoja de papel en la que iba tachando cada día que pasaba.

Siete días antes de que se cumpliera el plazo, era sábado, fui a buscar a Aminat. Llevaba puesta una chaqueta algo vieja, que normalmente me solía poner cuando iba al campo, a nuestro huerto. Sulfia estaba en ese momento pelando patatas en casa. El ejemplo de Aminat le había dado valor: también ella había aprendido un par de tareas que le hacían posible la supervivencia.

Le dije a Aminat que se pusiera ropa limpia y abrigada. Que le esperaba una sorpresa. Me hice la interesante. Aminat se calló completamente cuando nos bajamos del autobús delante del mercado de pájaros, y si se le hubiera anunciado antes, se habría sentido sin duda decepcionada, porque habría tomado el nombre al pie de la letra.

Claro que había pájaros allí: canarios, periquitos, cuervos y gallinas; criados o cazados, de todos los tamaños y colores. Trinos, gorjeos y graznidos de miles de gargantas flotaban en el aire, mezclándose con ladridos y gañidos de otro tipo de animales que debían cambiar de dueño aquel día por un par de rublos.

–¡Oh! –fue lo único que dijo Aminat, y sus ojos se volvieron muy grandes–. ¡Oh! ¡Oh!

Los pájaros que aleteaban en jaulas demasiado pequeñas empezaron a chillar, histéricos. En los maleteros abiertos se ofrecían cachorros de perros y cochinitos. Se pasaban de mano en mano pedigrís falseados.

Aminat se quedó mirando a una niña que pasaba llevando un hámster en una bolsa de plástico atada. El animalito pateaba en plena agonía entre las tiras de papel que habían metido dentro de la bolsa. Como muy tarde, se ahogaría en el tranvía, vaticiné, pero no dije nada: la gente tiene que cometer sus propios errores, yo tenía suficiente con dirigir a mi propia familia.

–¿Puedo yo también? –jadeó Aminat.

–¿Qué?

–Un hámster de éstos.

–Creí que querías un gato.

Sonrió prudentemente, con una de las comisuras de sus labios. No confiaba en mí. Caminamos un poco, pasando a lo largo de las hileras de puestos. Había gatos a montones: diminutos ovillos de pelo maullando agudamente en cestas, cajas y mantas extendidas.

–Escoge uno –dije.

Aminat me tiró de la mano. La suya tenía el dorso áspero y agrietado, es lo que pasa si se anda por la calle a temperatura bajo cero sin guantes o con las manos sin secar. Decidí untar sus manos con glicerina para suavizarlas.

–¡Quiero ése! –dijo Aminat y señaló un gatito gris, tumbado en la palma de un hombre con barba que apestaba a alcohol. Era probablemente el animal gatuno más pequeño e insignificante que estaba aquel día a la venta en ese lugar.

–Escoge otro –dije–. Éste es demasiado pequeño, se morirá enseguida.

–No, quiero éste –dijo Aminat y le preguntó al hombre–: ¿Cuánto cuesta este gato?

El barbudo movió su mano enorme y miró a Aminat por el rabillo del ojo. El gatito casi se cae al suelo, pero él lo atrapó al vuelo.

–Éste es un gato exótico chino de pura raza –dijo con voz ronca–. Es un gato muy especial. Cuesta diez rublos.

–Venga ya –dije yo enfadada–. Vámonos, Aminat.

–Quiero éste –dijo Aminat, terca. Yo seguí andando, pero ella se quedó plantada. El barbudo le tendió la mano. Aminat acariciaba al gatito diminuto con un dedo mientras el barbudo la camelaba.

–Debería darle vergüenza –le dije yo al hombre sin contenerme.

–Seguro que no vas a encontrar un gato mejor –le dijo al oído a Aminat, como si la estuviera jurando. Se había inclinado mucho sobre ella. Yo vi cómo se esforzaba Aminat en que no se notara el asco que le daba su aliento.

–Éste no va a ser, Aminat –dije yo desde la distancia.

–Entonces no quiero ninguno –dijo ella.

–Pero mira: aquí los hay mucho más bonitos.

–Yo quiero este de aquí.

–Podemos intentar encontrar otro parecido –dije. Le estaba dando todo tipo de facilidades, pero ella sólo negaba con la cabeza.

–Este de aquí.

–Pues entonces nos vamos a casa ahora mismo –dije yo y la cogí de la mano, que ella apartó enseguida.

Fuimos en dirección a la salida. Yo estaba descontenta conmigo misma. Había estado malcriando a Aminat, y ahora se me ponía en mi contra. Debería haberme dado cuenta

antes. Querer cumplir los deseos de un niño es algo peligroso. En vez de cariño y agradecimiento sólo había cosechado rencor. Aminat estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—¡Un segundo! —escuchamos que nos gritaban desde atrás—. ¡Quedaos quietas, hembras tártaras!

El barbudo mentiroso vino corriendo hacia nosotras.

—No le hagas caso —ordené yo, pero Aminat se quedó esperando con las piernas separadas hasta que el hombre nos alcanzó.

—Ten —dijo él y le puso a Aminat el gatito en las manos—. Para ti. Gratis.

Luego se fue caminando pesadamente en dirección a su coche, y los ojos brillantes de Aminat se volvieron triunfantes hacia mí.

—¿Tengo o no tengo suerte, abuelita? ¿Has visto qué suerte más grande?

Yo me quedé callada. No había sido una buena idea ir con ella al mercado de pájaros y dejar que eligiera. Aminat empezó a cubrir al gatito de besos y cariñitos. Antes de que yo pudiera reaccionar, ya se había contagiado de todas las enfermedades que llevara ese engendro en su cuerpo miserable.

—¡Apártalo de tu cara! —grité—. Los gatos son peligrosos. Se te puede llenar todo el cuerpo de manchas por su culpa y la tripa de gusanos.

Aminat ya no me prestaba atención.

Rosenbaum

Durante las primeras semanas esperé que el gatito muriera. Ya lo sabía: si alguien no me gustaba, podía ocurrir que muriese de repente. Pero el gato no se moría, sólo enfermó gravemente, no hizo más que enfermar gravemente: a quién le extraña, con lo pronto que fue separado de su madre. Los ojos se le pegaron y le entró diarrea, y Sulfia llamó a casa, presa del pánico.

De fondo, escuchaba los sollozos de Aminat. Primero pensé que el problema se había solucionado ya por sí solo, pero había subestimado la voluntad de supervivencia de ese gato. Le dije a Sulfia que tenía que intentar solucionar alguna cosa por sí misma. Sulfia lo admitió, se disculpó y colgó.

Como después pude averiguar, fue al veterinario y pidió una receta para medicamentos y una mezcla especial para dar de comer al gato. Costó una fortuna. Ese gato era duro. Primero dejó de estar a punto de morirse, y luego llegó incluso a sanar. Aminat lo bautizó Panchito, y yo siempre lo llamé Parásito.

La adquisición del gato tuvo también sus ventajas. Por razones inexplicables, Aminat partía de la base de que Parásito me seguía perteneciendo. Con sólo amenazarla con que se lo iba a quitar, Aminat hacía todo lo que yo quisiera. Además dejó por fin de llevarles restos de embutidos a los gatos vagabundos.

Había escuchado que los gatos traen suerte a una casa. Y realmente, al cabo de un mes, Sulfia conoció a un hombre.

Ese hombre había sido también su paciente. Un buen día me lo encontré en la cocina de Sulfia. Yo había conseguido un kilo de naranjas, después de haberme pasado horas en la cola, y mi primera preocupación fue que este hombre se las iba a comer enseguida. Con Sulfia siempre tenía la impresión de que, en cuanto se enamoraba de un hombre, él podía obtener todo lo que quisiera de ella. ¡Pero nunca las naranjas de Aminat!

Aquel hombre no estaba nada mal. La ropa que llevaba estaba limpia, y su camisa tenía un motivo digno. Eso sí: era judío. Yo reconocía enseguida a los judíos. Cuando me vio, se puso de pie y me besó la mano. Me pareció galante. Dijo su nombre: Mijaíl. Le pregunté por su patronímico y por su apellido: Rosenbaum. ¿Tengo o no buen ojo?

Lo encontré preocupante, pero no catastrófico. Los judíos eran judíos. Con ellos había que tener cuidado, ¿pero con quién no? No estaba segura de si Sulfia se había llegado a dar cuenta de que era judío. Lo miraba embelesada, tímida como una jovencita, y él le devolvía la misma mirada. Seguro que se había dado cuenta enseguida del piso tan estupendo que tenía Sulfia. Los judíos siempre han sido gente práctica.

–¿Dónde vive usted? –pregunté.

Vivía cerca de la estación de tren, o sea no precisamente a la vuelta de la esquina.

¿Trabajaría en algún lugar cerca de aquí, intentaría conseguir acortar su camino al trabajo con este contacto? Quien tuviera la mala suerte de tener que ir cada mañana a la otra punta de la ciudad para ir al trabajo podía llegar a esperar una hora en la parada al autobús, que llegaba tan lleno que ni empujando se podía uno meter dentro.

–¿Vive usted solo? –pregunté.

–En casa de mis padres –dijo él con amabilidad.

–¿Y a qué se dedica usted profesionalmente, si me permite la pregunta?

Era ingeniero.

–Qué original –dije.

Además era deportista. En invierno esquiaba y en verano hacía escalada. Me sorprendía que hubiera judíos que hicieran eso. Los tenía por más razonables. Durante una salida al monte sufrió una fractura complicada. Sulfia lo estuvo cuidando hasta que sanó. Aunque aún arrastraba la pierna, pero era algo que ella no podía cambiar. Tenía una buena calva y casi cuarenta años. Eso era algo que estaba bien. Era mejor que Sulfia tuviera un marido al que ninguna mujer más deseara.

Me despedí amablemente. En el pasillo aparté a Parásito de la bota que estaba mordisqueando. Cuando llegué a casa, llamé a Sulfia. El judío ya se había ido, lo que hablaba bien en su favor. Un hombre que se quiere quedar demasiado tiempo desde el principio resulta sospechoso. Le dije a Sulfia que tenía unos dientes bonitos. Sulfia no entendió qué es lo que le quería decir en realidad: que el judío no me parecía mal y que le deseaba mucha suerte con él.

La verdad es que no quería decir con eso que se tuviera que quedar embarazada enseguida. Pero Sulfia debía de estar aún confundida por lo de Sergéy, y tenía bien presente lo que ocurría si no seguía mis consejos. En cualquier caso, al poco se quedó embarazada del judío. Al Rosenbaum no le había creído capaz de tanta fertilidad.

Sulfia estaba contenta. Aminat también. Se cumplían sus deseos más íntimos. Primero había tenido un gato al que pronto le seguiría un hermanito. Empezó a separar los juguetes para que el nuevo niño tuviera algo con lo que jugar.

Sólo había un problema. Rosenbaum no tenía ninguna prisa en casarse, aunque mi hija llevara a su hijo judío debajo de su corazón tártaro. Hice hablar a Sulfia y averigüé lo siguiente: ni siquiera le había propuesto el matrimonio. Peor aún: sus padres no sabían ni siquiera que ella existía.

–Sus padres son gente mayor, y la madre está enferma del corazón –dijo Sulfia. Ya estaba en su cuarto mes.

–Se lo tiene que decir a sus padres y casarse contigo –exigí–. Enseguida. Si no, se largará.

–Eso no lo va a hacer –dijo Sulfia, soñadora.

–Bueno, pues que se case contigo.

–Lo hará. Más adelante.

–Con estas cosas no hay que dejar que pase demasiado tiempo.
Estaba claro que yo me tenía que volver a ocupar de todo.
–Dame su dirección –dije.
–¿Por qué?
–Dame su dirección y no se hable más.
–No, por favor, madre.
–No voy a hacer nada. Sólo necesito su dirección.
–No –dijo Sulfia.
–¿No me digas que no tienes su dirección?!
Calló: una vez más había dado en el clavo.
Con lo que tuve que buscar la dirección en el listín telefónico.

Me preparé a conciencia, como siempre. No quería ir al ataque con ellos, quería darles la oportunidad de tratar como se merecía a mi hija Sulfia, que estaba embarazada. Me tendrían que ver como si fuera una paloma de la paz.

Cogí dos tabletas de chocolate de la despensa de Sulfia: quería parecer simpática pero muy humilde. Llamé a una puerta revestida de madera (siempre había querido tener una así) y esperé.

Pasaron unos cuantos minutos hasta que la puerta se abrió. Antes vi una sombra en la mirilla: alguien me había estado observando durante un largo rato.

La puerta se abrió lentamente, pero aún estaba sujeta por la cadenilla. Vi una nariz y los cristales de unas gafas, después la silueta integral de una mujer: pequeña, con el pelo gris, intelectual.

–Buenos días –dije–. Soy Rosalinda Ajmetovna y querría hablar con usted sobre su hijo. Sobre Mijaíl –añadí, para que entendiera que no me estaba echando un farol, sino que lo conocía de verdad.

Los ojos detrás de las gafas adquirieron un resplandor de preocupación.

–¿Ha ocurrido algo?

–Depende de cómo se mire –dije.

La cadena fue desenganchada, pude entrar.

La madre de Rosenbaum era regordeta y estaba tensa. Toda su pequeña persona irradiaba desconfianza. A pesar de ello me dio un par de pantuflas para mis delicados pies cubiertos con medias de nailon color carne y me condujo a la cocina, donde se sentó, cruzando las manos sobre el regazo.

Parpadeaba presa de los nervios. Yo me preguntaba qué era lo que se estaría imaginando. La situación estaba clara: Rosenbaum era un judío hijo de mamá. Allí, en esa casa acolchada con alfombras y equipada con muebles pesados, había crecido como una mimosa en un invernadero.

–Se trata de mi hija Sulfia –dije–. Es una muchacha muy buena.

La madre de Rosenbaum pestañeaba.

–Nos alegramos mucho por el bebé –dije.

Abrió la boca y su cara se quedó petrificada en un gesto bobo.

–Me alegro tanto de conocerla –dije–. Nuestras familias se van a entender a la perfección.

Se agarró el corazón.

–Somos tártaros –dije–. Y usted es... Bueno. Mi marido dice que todas las personas son iguales. Lo más importante es que tengan buenos modales.

La madre de Rosenbaum se empezó a caer a la izquierda.

Rosenbaum me echó en cara que su madre hubiera sufrido un ataque al corazón. Me hizo responsable de la situación. Yo le respondí, echándole la culpa a él. Que no se le ocurriera culparme a mí de que sus padres no supieran nada de Sulfia y de su cada vez más inmediata paternidad.

A pesar de todo, dijo mucho de él que, después de que la madre hubiera sido dada de alta, organizara enseguida un encuentro. Quiso convencer a sus padres de que nos invitaran. Pero yo preferí que fuera al revés. Quería mostrar que Sulfia tenía una buena familia y sería una buena esposa. Sabía que los judíos eran criticones. Era algo que compartía con ellos.

Los Rosenbaum aceptaron mi invitación. No les quedaba otra. Por esa razón llamé a casa de la profesora de ruso y literatura, y le pedí que mi marido se pusiera al teléfono. Seguí llamándolo «mi marido», para que estuvieran claras las relaciones de propiedad, aunque «mi marido» sonara cada vez más a «mi problema».

Cogió el teléfono y dijo:

–Rosita, qué alegría escucharte.

Enseguida fui al grano. Dije:

–Kalgánov, tu hija se va a casar.

Él guardó silencio.

–Sulfia –le di una pista–. Ha encontrado a un hombre.

Le hice saber mis intenciones. Los padres del novio nos visitarían, comerían con nosotros y se llevarían una buena impresión. De la familia, y sobre todo de los padres de la novia.

–Ésos somos yo y tú –expliqué–. ¿Me entiendes?

–Pero... –dijo él y volvió a sumirse en el silencio.

Suspiré. Entonces empecé a contárselo desde el principio. Le dije que no pretendía en absoluto que él volviera a casa. Se trataba simplemente de dar buena imagen. Los judíos se tenían que llevar la impresión de que nuestra familia estaba completa. En el auricular se escuchaba la respiración trabajosa de Kalgánov. En mi casa estaba más en forma.

–¿Qué pasa? –pregunté presa de la excitación–. ¿Vas a venir o no? Se trata de tu hija.

–De Sulfia –añadió.

–¿Qué pasa, que tienes más? –pregunté y colgué. Iba a venir, de eso no me cabía

ninguna duda.

Pescado gefilte

Le dije a Sulfia que se vistiera. En esta ocasión no quería dejar nada al azar. Algo que parecía comprender hasta ella misma.

Tenía la impresión de que esta vez las condiciones de partida eran muy buenas. La fealdad y timidez de Sulfia la convertirían en la perfecta esposa a los ojos de los padres de Rosenbaum.

Lo primero que quería decirles era que Sulfia había hecho toda la comida que yo les iba a servir. Anduve mirando en libros de cocina, pregunté a mis compañeras en el trabajo y pensé. Decidí hacer pescado *gefilte*¹⁰ y *forşmack*¹¹, y de postre, *tsimmes*¹². Todo eso lo preparaba por primera vez en mi vida, lo que aumentó mis nervios. Eso sí, resultó que el *forşmack* era el primer plato que yo solía hacer para cenar en Fin de Año. De forma rutinaria pasé el arenque cortado, el pan blanco mojado, las cebollas y una gran manzana por la picadora y trituré un huevo duro con vinagre.

El pescado *gefilte* resultó ser una especie de albóndiga fría de pescado que me robó horas, y que luego no supo a nada. No me pareció que tanto esfuerzo hubiese merecido la pena. La mezcla rallada de rábanos y remolacha hizo que me congraciara un poco con la cena, comí grandes cantidades untadas en pan blanco, para asegurarme de que me había salido bien. Durante la preparación del *tsimmes* decidí que ya no me hacía responsable del sabor. Zanahorias estofadas con uvas y ciruelas pasas, a las que se le añaden albóndigas de sémola: si éstas eran las recetas de los judíos, entonces yo tampoco podía hacer maravillas.

Sulfia se vistió bien por una vez en su vida. Es decir: no bien, pero correcta para la ocasión. Su vestido gris que le llegaba hasta la rodilla tenía aspecto de barato, pero estaba limpio al menos. Se había recogido el pelo en una cola de caballo como una colegiala. Quedaba claro que una nuera así no iba a gastarse todo el dinero en ropa.

Aminat tenía que estar también presente, claro, aunque yo habría preferido renunciar a ella. A pesar de que había trabajado a fondo con ella y logrado grandes avances, seguía siendo imprevisible. Pero los judíos tenían que ver a toda la familia al completo. Aminat era además el ejemplo perfecto de que Sulfia era capaz de tener un hijo guapo y sano.

Por eso aparté a un lado a Aminat y le dije claramente que Sulfia se pondría enferma si ella, Aminat, no se portaba bien. Era lo único de lo que Aminat sentía miedo de verdad, si obviamos la pérdida de su gato Parásito.

Una hora antes de que vinieran nuestros invitados, Kalgánov llamó a la puerta. Llevaba puesto un traje gris que habíamos comprado juntos una vez. De las mangas colgaban hilos y pelusas, con lo que tuve que coger un cepillo y limpiárselo todo. Le

volví a hacer el nudo de la corbata, de la que Kalgánov no se había olvidado porque yo le llamé ex profeso tres veces para recordárselo.

–¡Siéntate donde veas y espera a que hayan llegado los invitados! –le dije–. No desordenes nada ni te manches, por Dios.

–Sí, Rosita –respondió él.

Y en esto llegaron los Rosenbaum, vestidos con sus trajes marrones de buena tela. Le trajeron a Aminat un trozo de *halva*¹³. Todos eran un poco tímidos. Rosenbaum no era para nada un hombre pequeño, pero sus padres eran minúsculos.

Sulfia se escondió detrás de mí. Yo la agarré y la empujé hacia delante. Entonces aparté a Aminat, tirando de su trenza. No tenía por qué acaparar toda la atención sobre sí. Era Sulfia quien debía casarse.

Se comportó de forma adecuada. Ante los padres de Rosenbaum era muy tímida, prácticamente igual de pequeña que ellos, y sonreía mirando al suelo, mientras su cara se iba llenando de manchas rojas. Pensé: Si yo tuviera un hijo de mamá como Rosenbaum, estaría bastante contenta con una nuera como Sulfia. Y los padres de Rosenbaum la miraban realmente con buenos ojos.

Senté a Aminat a mi lado para tenerla controlada en todo momento. Sulfia se situó entre la vieja y el viejo Rosenbaum. Su hijo se puso a mi lado.

A Kalgánov le dije que se sentara en la cabecera de la mesa y que, de vez en cuando, contara algo de su trabajo. Nada más.

Sólo cometí un error: había olvidado decirle que Sulfia estaba embarazada. Y así ocurrió que tuvimos una conversación educada sobre los niños como regalo de este mundo. Los padres de Rosenbaum picoteaban mientras tanto en sus respectivos pescados, al igual que Kalgánov, quien de repente se sacó una espina y dijo a viva voz:

–¡Pero nosotros ya tenemos una, y nos es más que suficiente!

Sulfia se puso roja. Yo intenté darle una patada a Kalgánov por debajo de la mesa. El viejo Rosenbaum se secaba los labios con una servilleta y hacía ruidos extraños. Yo miraba su pequeña boca e intentaba interpretar los sonidos. Hasta pasado un rato no me quedó claro que se estaba riendo entre dientes. No entraba dentro de sus planes desmayarse por el hecho de que su hijo hubiera dejado embarazada a una chica tártara que había dejado de ser precisamente joven. Señalaba los restos de pescado sobre su plato y se partía de risa. Yo acababa de explicar que Sulfia hacía esas albóndigas una vez por semana. (Ya lo conseguiría yo de alguna forma antes de la boda. Si quisiera, le podría enseñar a cocinar hasta a una cobaya.) Entonces dije que todos los pueblos eran hermanos, más o menos como me lo peroraba Kalgánov al principio de nuestro matrimonio, y el viejo Rosenbaum perdió la compostura y se cayó sobre el plato con su melena gris.

Su mujer lo miró con severidad y él se volvió a erguir entonces, la acercó hacia sí y le

dio un beso en la sien. Entonces estiró el brazo por encima de la mesa, me cogió la mano y la besó. Durante un momento no supe cómo me debía tomar aquello. Su mujer lo miraba con severidad, pero no con maldad. Al parecer era algo que solía hacer a menudo.

Me pareció galante. Kalgánov no había sido nunca tan galante. Se inclinó ligeramente a un lado. No podía estar pasando: en esos momentos se estaba empezando a quedar dormido. ¿En qué lo habría convertido la profesora de ruso y literatura? No podía alcanzarlo para despertarlo sin que se notara. Estaba a punto de caerse roncando de la silla y, aparte de mí, nadie más lo notaba.

Antes de que nos pusiera a todos en ridículo, tenía que suceder algo que distrajera a los invitados. No se me ocurrió otra cosa mejor que prenderle fuego al mantel sin que me vieran. Llevaba en el bolsillo de mi delantal la cajita de cerillas que utilizaba siempre para el horno de gas. Sacrifiqué mi bonito mantel por una causa mejor, y cuando las llamas empezaron a bailar sobre él y todos gritaron y saltaron, nadie se dio cuenta de la fuerza con que le tiré a Kalgánov de las orejas para que se despertara.

El joven Rosenbaum trajo un cubo de agua de la cocina y lo echó sobre los platos sucios. El fuego se apagó rápidamente. Kalgánov miraba irritado a su alrededor, como si no supiera dónde se encontraba en ese momento. La comida concluyó.

Rosenbaum salió de casa partiéndose de risa. Su mujer le regañaba entre dientes, yo lo podía oír desde el hueco de la escalera. Por lo visto la relación de pareja discurría igual que en el caso de la gente normal.

Rosenbaum y Sulfia se casaron un día de invierno frío y oscuro. La boda fue discreta. No paraba de nevar y, cuando los recién casados abandonaron el juzgado, del pelo negro de Sulfia se quedaron prendidos unos enormes copos de nieve, que se fueron derritiendo. Ninguna de las dos familias había invitado apenas a gente. A los Rosenbaum las grandes bodas les parecían burguesas. En realidad no eran más que unos tacaños, pero yo les seguí el juego: al fin y al cabo Sulfia aún no se había casado. En lo que a mí respecta, me pareció más razonable no despertar la atención de muchos desgraciados sobre el hecho de que Sulfia había vuelto a conseguir un hombre bueno.

Llevaba el traje de novia que había llevado la madre de Rosenbaum en su boda. Aunque ambas eran mujeres menudas, el vestido de color crema convertía a cualquier ratita en una princesa. Incluso a Sulfia. Su pelo negro estaba recogido, la cola llegaba hasta el suelo, y los ojos le brillaban con una alegría tal que uno casi caía en la tentación de tomarla por guapa. Ahora se llamaba Sulfia Rosenbaum. Era algo a lo que me tenía que ir acostumbrando.

En las fotos, el padre de Rosenbaum estaba detrás de Sulfia y se reía entre dientes sin parar. La madre de Rosenbaum estaba a su lado y le tiraba a su marido de la manga para llamarle al orden. Yo le agradecí a Kalgánov que hubiera dejado en casa a su profesora.

Los Rosenbaum no tenían que saber que la familia estaba dividida hasta después de la boda.

Rosenbaum no se mudó enseguida a casa de Sulfia y Aminat. Yo estaba dispuesta a darle su tiempo. Eso sí, no demasiado. Para el nacimiento del nuevo niño se tenía que haber acostumbrado ya a ser el marido de Sulfia. Poco a poco se fue instaurando una especie de ritmo entre los recién casados. Rosenbaum comenzó a pernoctar en casa de Sulfia y Aminat, primero los fines de semana, y luego también entre semana. De vez en cuando traía cosas, incluso galletas caseras, un trozo de asado, albóndigas o un tarro de tomates en conserva. No andaba mandándole constantemente cosas a Aminat y lavaba él mismo los platos que manchaba. Su ropa la llevaba a casa de mamá Rosenbaum. Aunque las cosas no fueran a ser siempre así, para Sulfia era perfecto.

El fin del mundo

Una noche me despertó un estallido y me volví a dormir. Por la mañana fui a la ventana para descorder las pesadas cortinas y me quedé pasmada. En el horizonte, una enorme columna de humo ascendía al cielo. En esa dirección estaba la estación central de tren. Sulfia y Aminat vivían en otro lugar, pero las llamé de todas formas. Aminat se puso al teléfono.

–¿Por qué no estás en el colegio? –le pregunté.

–Mamá está llorando –dijo Aminat–. Por la explosión.

–No debe llorar –dije yo.

Llamé a mi trabajo y dije que no podía ir por lo de la explosión. Al parecer ellos sabían más que yo, porque no hicieron ninguna pregunta. En la acera crujían los cristales bajo mis botas. Levanté mi brazo y enseguida paró un pequeño *Moskvich*¹⁴. Al volante había un simpático hombre con barba, le di la dirección de Sulfia y maldije los cristales que habían destrozado las suelas de mis zapatos.

–¿Se ha reventado también su ventana, señorita? –me preguntó el conductor.

Me limpié la mano sobre la tapicería.

–Esto es una desvergüenza, una cochizada –dije yo.

–Le pregunto si sus ventanas se han reventado también.

–¿Por qué?

–Bueno, porque en mi bloque se han roto varias ventanas.

–¿Las ha roto alguien?

–No. ¿Estaba borracha anoche? Ha explotado un depósito en la estación.

Para cuando llegué al bloque de Sulfia, ya sabía todo. En la estación había descarrilado un vagón y se había estampado contra otro. Se había producido una explosión que había derribado del todo algunas casas de los alrededores, dejando otras gravemente afectadas.

El médico de urgencias ya estaba allí. Sulfia estaba tumbada en la cama. Con una mano se apretaba el vientre y con la otra se tapaba la cara. Las lágrimas le caían entre los dedos.

–Mijaíl quedó sepultado por los escombros –susurró Sulfia cuando yo me abrí paso entre las batas blancas para preguntarle qué era lo que le había pasado esa vez.

–Ah, ya –dije yo–. No te pongas nerviosa ahora, hija.

Pero Sulfia no me prestó atención, se alteró enormemente. Tenía convulsiones por el llanto. En cierto modo sí que podía comprender lo que le estaba pasando: se acababa de casar, eso sí que era una pena.

–¿Murió enseguida? –pregunté, y ella gritó:

–¿¿Cómo que murió?! ¿Pero qué estás diciendo? ¿Cómo se te ocurre?

–¿Ni siquiera está muerto? –pregunté.

–Señora, haga el favor de esperar fuera –dijo el médico de urgencias, porque Sulfia se estaba poniendo hecha un basilisco.

Al poco rato pasó delante de mí metida en la camilla en la que se la llevaban. Se agarró a mi mano.

–Madre, por favor, prométeme...

–¿Qué?

–Que te vas a ocupar de ellos.

–¿De quién? –que me iba a ocupar de Aminat y de Parásito estaba claro de todas formas.

–De Mijaíl, de su madre y de su padre –susurró Sulfia.

–¿De su madre y de su padre?

Los enfermeros querían pasar a mi lado. Yo solté la mano de Sulfia y le sequé de pasada las lágrimas.

–Feliz estancia en el hospital, hija –le dije.

–¿Me lo prometes? ¿No me vas a dejar tirada?

–Dios mío, Sulfia, ¡como si no tuviéramos nosotras suficientes preocupaciones!

–¡Por favor!

Asentí contra mi voluntad y me quedé en el piso con Aminat, que lloraba, y un Parásito amedrentado, que estaba bajando como podía del zapatero en el que se había escondido de los extraños.

Era demasiado honesta y bondadosa. Una vez más, cumplí mi palabra. Empecé a llamar por teléfono. Sí, el piso por encima del de los Rosenbaum se había derrumbado y un par de sus paredes también. La vieja y el joven Rosenbaum habían resultado prácticamente ilesos, tan sólo al viejo le había abollado la cabeza un trozo de pared. Estaba en el hospital, en la misma sección quirúrgica que Sulfia. Allí es donde al parecer se encontraban todos. Lo único era que Sulfia estaba ahora en la sección ginecológica.

Delante de mi puerta aparecieron al poco los dos Rosenbaum ilesos. La vieja Rosenbaum estaba completamente deshecha.

–No se ponga tan triste, querida –dije yo cuando les hice pasar dentro. Llevaba consigo un fardo pesado, como si fuera una refugiada de guerra.

–Mi casa ha sido destruida –exclamó y se tiraba de los pelos, que ya de por sí estaban bastante revueltos.

–Pero sus huesos están aún sanos –dije yo.

–Mi marido está gravemente herido –sollozó ella.

–Los hombres son duros –la consolé.

La mujer estaba completamente fuera de sí. Ya era de por sí de naturaleza sensible: no

pude evitar recordar que mi primera visita a su casa ya había concluido con una ambulancia. No era poco que aún se mantuviera en pie. Parecía una vagabunda, se echaba de menos en ella un poco de estilo y compostura. El joven Rosenbaum estaba detrás y miraba desorientado a su alrededor.

—¿Dónde está Sulfia? —preguntó.

Le expliqué que Sulfia estaba en peligro de perder al niño del susto que se había llevado por su culpa. Rosenbaum se sentó en el taburete de la cocina y se cubrió la cara con las manos. Su madre rompió en un llanto aún más escandaloso.

—Oh, no —exclamó—. ¡Sólo nos faltaba esto! ¡Es el fin del mundo!

Me costaba tragarla. Y para más inri, Aminat no acababa de comprenderlo todo: se ponía siempre rarísima cuando Sulfia no se encontraba bien.

—Por favor, piense un poco en la niña —le dije yo, cortante.

—Este mundo no es bueno para los niños, no, ¡no es bueno para los niños! —se lamentaba la vieja Rosenbaum.

—¿UN TÉ? —pregunté yo con voz atronadora.

—Sí, madre, contrólate —dijo Rosenbaum y se quitó por fin las manos de la cara.

—¡Nuestra casa ha sido destruida! —gritó su madre. Entonces empezó a contar cómo se había despertado esa noche y había tenido la sensación de que el fin del mundo estaba a las puertas. Cómo se habían acercado las paredes a su alrededor, cómo se desplomó el techo y se cayeron las estanterías, cómo reptó por debajo de los escombros para llegar a la habitación de al lado y salvar al niño.

—¿Ese niño de allí? —pregunté yo y señalé al joven Rosenbaum, que en esos momentos se estaba sirviendo de la fuente de rosquillas de semillas de amapola.

—Es el único que tengo —siguió lamentándose.

—Cálmese de una vez —dije yo—. A mi hija la acaban de llevar en ambulancia al hospital, mientras su hijo engulle rosquillas sin problemas.

La vieja Rosenbaum se calló.

—¿Pero dónde vamos a vivir ahora? —preguntó más calmada.

—Aquí —dije yo suspirando. Sabía que era la voluntad de Sulfia.

La vieja Rosenbaum miró a su alrededor con atención. La locura se le fue lentamente de los ojos.

—El piso es bien grande —dijo ella en un tono neutro.

Tuve cuidado de que no se agenciara el precioso cuarto de Aminat. Porque desde el momento en que le ofrecí en asilo el piso de Sulfia, la vieja Rosenbaum había olvidado completamente su conmoción y había empezado a tomar posesión de él. Lo primero que hizo fue desempaquetar el fardo que había traído. En él había no sé qué trapos, que había conseguido salvar heroicamente del fin del mundo y, al parecer, habían sido sus vestidos en algún momento. Luego estuvo chapoteando un buen rato en la bañera. Probablemente utilizando todo el champú que Sergéy había traído de la RDA y del que

ya no quedaba casi nada. Yo lo había estado guardando para Aminat. La vieja Rosenbaum salió por fin del baño, envuelta en el albornoz de Sulfia, con el pelo mojado y con las mejillas sonrosadas, fresca como una novia, y preguntó diligente:

—¿Y dónde dormiré yo?

El joven Rosenbaum había estado todo el tiempo sentado en la cocina mirando a la pared. Probablemente se preocupaba así por Sulfia y el bebé. Pensé que sería la voluntad de Sulfia si él dormía en su cuarto, al fin y al cabo era el marido y el padre del nonato.

A la madre le dije amablemente, pero con decisión:

—En el cuarto de estar.

Sí, eso la dejó completamente decepcionada. Estaba claro que había contado con la habitación de Aminat. Algo que probablemente hubiera consentido, aunque no fuera judía. Me alegraba poder organizarlo todo sin Sulfia. Porque ella habría ubicado seguro a la vieja Rosenbaum en el cuarto de Aminat o le habría cedido incluso su propio dormitorio.

Abrimos juntas el sofá-cama. Le mostré a la Rosenbaum lo cómodamente que se podía echar una en él.

—Qué tragedia es que una pierda su propia casa —dijo la Rosenbaum mientras yo le hacía la cama, ponía un cojín y sacudía la manta.

Le encargué al joven Rosenbaum que se ocupara de Aminat. Ya que estaba allí, no tenía por qué estar sentado sin hacer nada.

Me fui a ver a los dos enfermos. Antes me recorrí toda la ciudad buscando vitaminas. Normalmente era algo que tenía tanto sentido como buscar oro en un montón de estiércol. Pero yo le pedí a Dios que me ayudara, y él lo hizo. Al final estaba completamente bañada en sudor, pero había conseguido una bolsa de naranjas y un kilo de uvas, además de un par de periódicos.

A Sulfia le llevé además ropa interior, dos camisones planchados, un albornoz y un cepillo de dientes. Para el viejo Rosenbaum había metido el chándal viejo de Sergéy, que él se había dejado cuando se mudó. El viejo se tendría que remangar las mangas y las perneras. Porque la vieja Rosenbaum no estaba en situación de ocuparse de su marido, y era yo quien tenía que ocuparme de todo.

Primero visité a Sulfia, que estaba en un cuarto con diez camas y que intentó sonreír valientemente en cuanto me vio. Estaba enchufada a un gotero y tenía los ojos rojos del llanto. Desempaqueté lo que le había llevado y ordené un poco su mesita de noche. Fui al lavabo para lavar la fruta, que venía del sur, y que por eso estaba llena de gérmenes. La lavé a conciencia debajo del chorro de agua, me fui luego a ver a las enfermeras para pedirles agua hirviendo. Quería escaldar la fruta para desinfectarla del todo. Por supuesto, no me la quisieron dar y me dijeron que no estábamos en un restaurante, pero yo les recordé que Sulfia era su compañera y que todo esto lo estaba viendo Dios. Entonces me dieron el agua y yo desinfecté la fruta por completo.

Coloqué todo sobre la mesita de noche y deslicé una uva entre los labios de Sulfia.

Pelé una naranja, la partí y le quité la piel y los hilos blancos. Fui metiendo los gajos uno a uno y sin contemplaciones en la boca de Sulfia.

–Mastica bien –dije. Sus ojos estaban cansados y el jugo de la naranja le corría cuello abajo. Yo limpié los regueros con mi pañuelo–. Mañana vengo otra vez –dije y me fui a ver al viejo Rosenbaum a la unidad quirúrgica. Pero no me dejaron pasar a verle. Aún no podía hablar, porque la abolladura en su cabeza había sido al parecer muy profunda. Les regalé a las enfermeras un par de naranjas para que se ocuparan bien del viejo Rosenbaum y me marché a casa.

Nos acoplamos. Resultó que Rosenbaum sabía cocinar varios tipos de gachas. No sólo de avena, sino también de mijo y de alforfón, los fines de semana además puré de sémola o de arroz. Planchaba también el uniforme de Aminat. La vieja Rosenbaum se pasaba mucho tiempo sentada delante de la televisión y encima decía que el aparato volvía boba a la gente. Yo me enfadé con Sulfia cuando me enteré de que le había regalado todas las uvas a sus compañeras de cuarto. A Sulfia y al viejo Rosenbaum les dieron el alta a la vez.

Es decir: el piso se volvió pequeño de repente.

Los Rosenbaum no hicieron ademán alguno de querer mudarse a otro lado. Yo le pregunté al joven Rosenbaum si no tenían parientes o amigos. Él negó, triste, con la cabeza.

Sulfia llegó a casa con una palidez que la hacía parecer casi transparente. Se movía a pequeños pasos, sin hacer ruido, mientras se sujetaba el vientre, como si tuviese miedo de que se le fuera a salir el bebé. Le dije que tenía que comer más naranjas. Antes de ir a trabajar, al volver o durante la pausa del mediodía intentaba comprar naranjas, hasta que acabé por no aparecer casi en mi puesto de trabajo.

Entonces recibí un apoyo inesperado de la vieja Rosenbaum. Cada vez que no estaba yo, era ella quien hacía mi papel e iba detrás de Sulfia, llevándole gajos de naranja, las zapatillas de andar por casa y una manta; hacía que se tumbara, le decía que no se agachara, que no cogiera nada que pesara más que un cepillo de dientes, y que no se pusiera junto a la ventana, donde había corriente. Tres veces al día le indicaba la Rosenbaum a Sulfia que se metiera en la cama y se tapara bien, luego abría todas las ventanas: vigilaba por que hubiera un aporte constante de aire fresco.

El viejo Rosenbaum, en cambio, podría haberse quedado un año más en el hospital, pensé para mí. Porque aún no había vuelto en sí del todo. Llevaba puesta una venda en la cabeza que le daba un aspecto de momia. Ya no se reía entre dientes. Estaba sentado todo el rato junto a la ventana, ahí donde Sulfia no podía estar porque había corriente. Miraba afuera. A veces decía algo que yo no entendía, lo tomé por yidis. La vieja Rosenbaum decía siempre entonces «Psss, padre, has vuelto a tener pesadillas», aunque no estuviera durmiendo, sino despierto y bien sentado en una silla.

Sulfia estaba de vez en cuando a su lado y renovaba sus lazos con él, acariciándole la

mano. Le hablaba cariñosamente, y entonces él se reía entre dientes como en los viejos tiempos. En esos momentos la vieja Rosenbaum le decía:

–Angelito mío, deja al viejo y piensa más en ti. A éste ya no hay quien le ayude.

Yo estaba completamente de acuerdo.

Pero Sulfia se volvió terca. Un día se fue sin más. Justo en ese momento yo no estaba. La vieja Rosenbaum me relató entre lágrimas que había intentado impedir que Sulfia saliera de casa, pero que al final había tenido que ceder.

–Si es que no puedo luchar con ella. ¡Y si pasa algo!

Sulfia volvió al poco, con una radio bajo el brazo. Mantuvo en secreto el lugar de donde la había sacado, aunque, de todas formas, no funcionaba. Colocó la radio sobre el alféizar delante del viejo Rosenbaum y le dio un destornillador. Los ojos de Rosenbaum comenzaron a brillar.

Tiempo después yo y la vieja Rosenbaum lamentamos muchas veces no haberle impedido a Sulfia traer esa radio. Porque el viejo Rosenbaum cogió el destornillador y empezó a desarmar el aparato. Al cabo de una hora, el alféizar estaba sembrado de un sinfín de piezas pequeñas, tornillos, alambres y pletinas. Y cuando la vieja Rosenbaum se acercaba a esa inmundicia con una bayeta, Rosenbaum gritaba con voz ronca y agitaba los brazos. Parecía una gallina defendiendo sus huevos.

–Dejadle –pedía Sulfia desde el dormitorio.

–¡No es negociable! –chillaba la vieja Rosenbaum y lo intentaba desde el otro lado. Rosenbaum la apartaba de un manotazo.

–Y encima ahora se vuelve violento –dijo la Rosenbaum sollozante–. ¡Vuélvete a echar! –le decía a Sulfia, que había aparecido con su tripa por la puerta.

–Déjele –pedía Sulfia–. Hágalo por mí –y se ponía la mano en la tripa.

La vieja Rosenbaum estaba entre la espada y la pared. Quedaba claro que Sulfia acababa de hacer de las chapuzas su causa personal. Cada intento que se hiciera de limpiar la cochinidad de Rosenbaum tenía que ser visto, a partir de entonces, como una patada directa al vientre de Sulfia. Fue algo que entendió la vieja Rosenbaum. Dejó colgada la mano con la bayeta y se quedó mirando a su marido llena de ira.

–¿Pero por qué, Sonyacita? –preguntaba la Rosenbaum–. Mira cómo lo ensucia todo. No es nada bueno para la niña.

Pero la situación ya estaba clara. La Rosenbaum pasó la bayeta por otros rincones, y el viejo Rosenbaum sembró el cuarto de estar de pedazos de la radio. Dos días después, sin embargo, habían desaparecido todas las piezas. Yo pensé en un principio que la Rosenbaum no se había atenido a las órdenes de Sulfia y había tirado todo a la basura, pero en realidad había desaparecido todo dentro de la carcasa. Rosenbaum había vuelto a montar la radio de nuevo, la enchufó a la corriente y el aparato empezó a graznar en inglés. Sulfia dio palmas y le besó la calva al viejo. Ese mismo día trajo otra radio más, y todo empezó otra vez desde el principio.

No era mi niña

La hija de Rosenbaum y Sulfia nació justo en el momento en que había conseguido encontrarles una casa a los viejos Rosenbaum. Para ello había tenido que ir de administración en administración, ponerles delante de las narices a varios funcionarios el certificado del traumatismo con graves consecuencias de Rosenbaum, regalar kilos y kilos del chocolate de las reservas de Sulfia y llamar al final a Kalgánov, exigiéndole que, como secretario general de un sindicato, ejerciera por fin sus obligaciones de padre y abuelo. El resultado fue un apartamento de una sola habitación que no tenía mucho que ver con el respetable piso en el edificio antiguo de los Rosenbaum, pero que podía ser ocupado enseguida. Otras víctimas de la explosión tuvieron que esperar mucho más para que les dieran sus nuevos pisos. Porque no tenían a ninguna Rosalinda a su lado.

A mí no me pareció mal que el nuevo piso no fuera tan grande. Si las cosas empeoraban, Rosenbaum se lo pensaría dos veces antes de esfumarse a casa de sus padres. Sabía que muchos padres tenían esa tentación en cuanto nacía el bebé. Ayudé de buen grado a los Rosenbaum a empaquetar sus chismes en bolsas y cajas.

El nuevo bebé era claramente un Rosenbaum. Tenía incluso la misma calva que su padre. Era una niña con mucho peso y una gran cabeza. Se la llamó Yelena. Lena. Este bebé no era mi niña, sino la de todos. Era muy fea.

–Espero que mejore pronto –dije yo después de haberla visto por primera vez.

Todos me dieron la razón menos Aminat, que me gritó llena de ira:

–¿Cómo puedes decir algo tan malvado de mi hermana?

Tenía que ser precisamente Aminat quien le hubiera hecho enseguida un hueco en su corazón a la nueva niña.

Sulfia y Rosenbaum querían poner la cuna en su dormitorio, como tenía que ser. Pero Aminat exigió que su hermana durmiera por la noche con ella. Todos se opusieron, yo la primera: si había alguien que necesitaba dormir, ésa era Aminat con sus escasos nueve años. Pero la primera en ceder fue Sulfia, y más tarde también Rosenbaum. La cuna se llevó al cuarto de Aminat.

Mi hija Sulfia tenía ahora una familia completa. Tenía un marido que podía cocinar cada mañana un puré distinto, y suegros que la adoraban. Tenía una hija crecida y excepcional y una pequeña, fea, pero al menos con un padre de verdad. E incluso tenía un gato.

Yo no me ocupaba de la pequeña Lena. Ya tenía una nieta, y para los Rosenbaum

Lena era la primera.

Se comportaban de manera extraña. Venían todo el rato al piso y mecían a ese bebé calvo y de ojos saltones y cuidaban de que la nevera y las ollas estuvieran siempre llenas. El viejo Rosenbaum lavaba los pañales de Lena, y el joven los planchaba por los dos lados.

Al viejo Rosenbaum se le fue aclarando poco a poco la mente. Sulfia puso a la pequeña Lena en el viejo carrito amarillo de Aminat, la cubría con un cojín, y el viejo Rosenbaum la paseaba por el parque. Si hubiera sido mi niña, nunca la habría dejado al cargo de un viejo con la cabeza ida. Sulfia parecía compartir al menos este punto de vista, porque, cuando Rosenbaum se iba con Lena de paseo al parque, muchas veces permanecía en la ventana observándolos. Desde el noveno piso se podía ver perfectamente todo el parque.

Al contrario que Aminat, Lena estuvo enferma desde el primer día. Tenía bronquitis, diarrea y alergias a todo.

Serían probablemente los genes de los Rosenbaum.

Yo me había dado cuenta muchas veces de que las cosas que deseaba se cumplían sin más. Señal de que Dios estaba conmigo. A veces él pasaba de largo, lo que probablemente se debiera a que no había formulado mis deseos de forma precisa.

Así ocurrió que muchos judíos se marcharon en aquellos años a su patria histórica. Todo el mundo conocía a alguno que quería emigrar a Israel. También los Rosenbaum, a los que por entonces ya pertenecía mi hija, empezaron a prepararse para huir de nuestro país.

Una tarde, cuando pasé a controlar los deberes y las uñas de Aminat, me enteré de ello. Sulfia estaba sentada en la cocina y lloraba, y Rosenbaum se paseaba arriba y abajo y gesticulaba con las manos, como si estuviera defendiéndose de una nube de mosquitos. Aminat jugaba en su cuarto con la pequeña y arrugada Lena.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

Quería irse en tres meses.

—Bueno, tampoco es tan grave —le dije a Sulfia—. Si hace muy buen tiempo allí.

Yo partía de la base de que Aminat se quedaría conmigo. ¿Qué iba a hacer allí sola, entre tanto judío? Había oído que en Israel había tormentas de arena, y que no tenían letras como es debido.

—Iremos de vez en cuando a visitaros —dije.

—¿Quiénes? —preguntó Sulfia y dirigió sus ojos de conejita hacia mí.

—Yo y Aminat.

—Ah —dijo Rosenbaum.

Sulfia se cubrió la cara con las manos y gemía.

Estaba preparada para dejar que Sulfia se fuera lejos con su nueva familia judía. Pero

en el trato no entraba que Aminat emigrara también. Aminat era mi niña. Estaba contenta de que Sulfia tuviera ahora a Lena. Aminat era mayor, más guapa, mejor y más sana. Aminat podía arreglárselas sin Sulfia, ya que me tenía a mí.

Así que la cosa estaba clara. Pensé que ahora podía mudarme al piso de Sulfia. Tres habitaciones para Aminat y para mí, sin vecinas y sin un calendario de limpieza para las zonas comunes: era una perspectiva de futuro que me alegraba. Sólo tenía que prestar atención para que Klavdia no se agenciara mis dos habitaciones. Por lo menos podía tener la seguridad de que no le comunicaría a la administración del inmueble que yo ya no vivía en el apartamento comunitario. Ya que entonces habría que haber devuelto las habitaciones inmediatamente, y los nuevos vecinos seguro que no serían tan amables, simpáticos y solícitos como yo.

Sulfia tenía cada vez peor aspecto (aunque parezca imposible). Le dije que tenía que tomar más vitaminas. Que en Israel las iba a necesitar. En el piso había un par de libros que se titulaban *Ulpán*¹⁵, y folletos como «Bienvenidos, nuevos ciudadanos». Una vez pillé a Aminat con un libro de éstos entre las manos. Se lo quise quitar y le dije:

–Eso no te hace falta a ti.

Ella sujetó el libro con fuerza, mientras yo tiraba del otro extremo.

–Papá dice que me lo vaya empezando a leer –dijo ella. Ahora de repente llamaba papá a Rosenbaum. Era como antes, cuando aún era pequeña y le tenía que impedir que llamara papá a cada hombre que pasara por la calle.

–No lo necesitas –repetí y conseguí quitarle el libro. Pero en el transcurso de la operación la tapa hizo un ruido lamentable. Coloqué el libro en la parte más alta de la estantería, para que no pudiera cogerlo.

Fui a ver a Rosenbaum, que estaba recalentando pasta del día anterior, y le pregunté:

–¿Se lo habéis dicho ya a Aminat?

–¿El qué? –me miró cariñosamente a través de los cristales gruesos de sus gafas.

–Lo de Israel.

–Claro.

–¿Y por qué tiene que leerse esos libros absurdos?

–Porque es una buena preparación.

–¿Para quedarse?

–No –dijo amablemente–. Para emigrar.

–Aminat no se marcha –subrayé yo–. ¿No te has enterado? Aminat se queda aquí, conmigo.

Se volvió a concentrar en la cacerola y le dio vueltas con fuerza a la pasta. Antes de contestarme bajó el fuego y volvió hacia mí su cara enrojecida por el calor.

–Aminat se viene con nosotros. Es algo que estaba claro desde el principio.

–Pero Sulfia... –gemí. Parecía como si alguien me hubiera estampado la cabeza contra la pared–. ¡Pero Sulfia!

–Para Sulfia –dijo Rosenbaum y repartió la pasta en cuatro platos–, era algo que estaba fuera de toda duda. Créame.

Pobre diablo

Algo se había torcido en mi vida. Nunca debería haber transigido con que Sulfia tuviera tratos con un judío. Me estaba bien empleado. Por culpa de una recién nacida horrible y mofletuda, mi hija estaba ahora unida para siempre a una familia judía. Y encima se querían largar. No era algo fuera de lo común, siempre querían hacerlo, yo no tenía nada en contra; ¿pero qué les daba el derecho a destrozarme? ¿Qué era lo que se habían imaginado exactamente? ¿Qué iba a hacer yo sin Aminat? ¿Aquí, en esta ciudad, en este mundo? Si Aminat desaparecía de mi vida, se llevaría todos los colores y sonidos. Entonces todo dejaría de tener sentido.

En el piso de Sulfia revoloteaba ahora Rosenbaum, metía cosas en cajas y colgaba listas en la pared, que completaba constantemente e iba quitando: «Encontrarse con», «Conseguir urgentemente», «Preguntar si lo quieren: Qué/Quién», «Papeles». Era muy amable conmigo, y su mirada al otro lado de sus gruesas gafas despedía compasión de una forma humillante.

Fui a la clínica quirúrgica donde trabajaba Sulfia para hablar con ella sin que nos molestasen.

La esperé en la entrada, como muchas otras veces. A mi alrededor había personas pobres y enfermas, apoyadas algunas contra la pared, con vendas en la cabeza, las piernas o los brazos, y cigarrillos en la mano. Ya no me daban pena, porque ahora me iba a mí mucho peor que a ellos. Quizá estuvieran heridos, pero a ninguno de ellos le arrancaban el corazón del pecho estando vivos.

Cuando Sulfia salió, pasó de largo junto a mí: de primeras no me había visto. Entonces se dio otra vez la vuelta, me miró sorprendida y volvió hacia mí:

–Madre, por Dios, ¿qué haces aquí?

–Tengo que hablar contigo –dije con voz ronca.

–Pues vente a casa.

–No. Quiero hablar sólo contigo. Sin él.

–¿Sin quién?

–Sin él. Vente a mi casa.

Fuimos a mi casa en trolebús. Sulfia no dijo nada. Sujetaba su bolso sobre el regazo. Ahora tenía por fin un bolso bonito como una mujer de verdad. De cuero marrón con un cierre dorado.

–Bonito bolso –dije yo, aunque el momento para las cortesías había pasado hacía tiempo.

Sulfia lo abrió, sacó su pequeño monedero, un pañuelo doblado y su cuaderno de notas, y me dio el bolso. El bolso estaba ahora completamente vacío, incluso miré dentro

por si las moscas, porque no me lo podía creer. Le devolví el bolso. No se me iba a escapar por un precio tan bajo.

Me costó abrir la puerta. Cada movimiento provocaba un eco sordo en mi alma. Miré cara a cara a mi soledad, me hacía muecas horribles.

Sin Aminat estaba sola y mi vida no tenía sentido. Se lo expliqué a Sulfia.

–¿Por qué me quieres matar? –le pregunté.

–Podríamos intentar llevarte con nosotros –dijo Sulfia y evitó mirarme a los ojos.

Quise gritar que yo no era una maleta, pero no dije nada. Era menos que una maleta. A mí no me querían conservar, a diferencia de todos sus malditos chismes.

–¿Y qué es lo que voy a hacer yo entre tanto judío? –le pregunté–. ¿Y qué es lo que va a hacer mi niña allí?

–Aminat es *mi* niña, madre –dijo Sulfia.

Yo ya no sabía qué más podía hacer.

–Sin Aminat me acabaré consumiendo –dije–. Por favor, deja aquí a Aminat. Me ocuparé muy bien de ella. Te lo ruego. Eres mi única hija.

Sulfia se puso lentamente de pie y se alisó el vestido.

–Lo siento, madre. De verdad. Muchísimo.

No dije nada más. Les ayudé a hacer el equipaje. Me pasaba por su piso y escogía con Aminat los juguetes y los libros que se quería llevar. No la quería poner triste antes de tiempo.

Aminat estaba de buen humor. Me hacía preguntas sobre Israel. Entonces comprendí que ella creía que yo emigraría también dentro de poco. No era ninguna mala idea por parte de Sulfia. Aminat se iría encantada con ellos, me esperaría... Y acabaría olvidándose.

Una noche llamé a la puerta de Klavdia. Klavdia había engordado, era más ancha que alta. Desde que los hombres habían dejado de fluir hasta mi puerta, se volvió a reconciliar conmigo, aunque seguía igual de frustrada. Estaba sorprendida de verme así. Había cambiado desde que supe que iba a perder a Aminat. Me había convertido en una piltrafa.

Tenía un plan, y Klavdia me iba a servir de ayuda.

Le conté que Sulfia quería llevarse un buen cargamento de pastillas para dormir a Israel, porque allí estaban muy caras.

–¿Las quiere volver a vender allí? –preguntó Klavdia, diligente.

–Seguro. ¿Cuántas puedes conseguir? –pregunté.

Dos días después tenía catorce paquetes de no sé qué preparado. De esos temas no sabía prácticamente nada, porque durante toda mi vida no había tomado ningún medicamento. Klavdia seguía siendo muy audaz. Cuando notaba que en algo había negocio, no lo dudaba. Se compadecía de mí: no tanto por la separación que me esperaba, sino más bien porque mi hija y mi nieta iban a vivir entre judíos. Klavdia

estaba entre dos aguas. Por un lado opinaba que cada judío que abandonaba el país era un buen judío. Pero, por otro, los envidiaba a todos porque iban a vivir en un lugar soleado. A Klavdia le habría parecido mucho más correcta una emigración a la estepa mongola.

Mi despedida

El último día, los Rosenbaum celebraron una gran fiesta de despedida. Querían celebrarlo hasta antes de ir a coger el vuelo. Las maletas estaban hechas y las cajas llenas, una parte ya había sido enviada con antelación. El piso estaba casi vacío, sólo quedaba una gran mesa en medio, sobre la que todos los invitados habían puesto una fuente de ensalada o una tarta. Después, un compañero de Rosenbaum, que tenía coche, iba a llevar a la familia al aeropuerto, y en otro coche se llevaría el equipaje. Nadie sacaba el tema, pero la tarea de recoger todo después de la fiesta recaía sobre mí. No dije nada. En ese momento, el último de mis problemas sería quién iba a recoger los restos.

Aminat cantó y bailó, y decía a su alrededor palabras graciosas que había aprendido en su *Ulpán*. Yo estaba sentada en mi silla sin hablar con nadie, mirando cómo Sulfia era abrazada por una multitud de personas a las que no había visto en mi vida, cómo la vieja Rosenbaum llevaba media noche secándose las lágrimas con el pañuelo de Sulfia, cómo se prometían unos a otros volverse a ver. Quizá fuera yo la única que en aquel momento ya sabía que ese tipo de promesas nunca se cumplían.

Poco antes de medianoche me puse en pie. Aminat, cansada, se había hecho un ovillo sobre un colchón en el cuarto de los niños. Tenía entre sus brazos a la pequeña Lena. Me incliné y besé la frente sudada de Aminat.

Nadie se dio cuenta de que abandonaba el piso. Paré un coche en la calle, que me llevó a casa. Le di un billete grande al conductor, y él, aparentemente, me tomó por borracha. Le pedí que fuera siempre amable con el resto de la gente. En ese momento me tomó por loca.

Una vez en casa cogí las cajas con los somníferos y una botella de leche y me fui a mi cuarto. Me desnudé, me puse el albornoz y me fui al baño. Me quité el maquillaje y me lavé a conciencia. Después me sequé el pelo con el secador y le di forma con un rizador y un cepillo, me puse un camisón de encaje y me volví a maquillar. Ni para mi boda lo habría podido hacer mejor. Pero una boda se podía repetir en la mayoría de los casos, la muerte, en cambio, no.

Me gustó lo que vi en el espejo. Me había empolvado las mejillas hasta hacerlas más pálidas. Estaba preciosa y parecía eternamente joven con mi pelo negro y mis labios rojos. Una pena que a nadie se le ocurriera la idea de fotografiarme cuando me hubieran metido en el ataúd.

Me senté en la cama y empecé a abrir las cajas y a sacar las pastillas de sus

envolturas. Cayeron sobre la colcha, las amontoné con las manos, me las metí una a una en la boca, las machaqué con los dientes y me bebí entonces medio litro de leche. Aún no notaba nada aparte de lo fuerte que latía mi corazón.

Me acordé de que no había dejado ninguna carta de despedida. Pero tampoco era necesario. No se me encontraría hasta que Sulfia y Aminat hubieran llegado ya a Tel Aviv. Entonces Sulfia tendría que volver otra vez para ocuparse del entierro. En fin, era algo por lo que tendría que pasar.

En ese momento me empecé a sentir extraña. No podía comprender si lo que tenía era dolor de estómago o si estaba mareada. Notaba en mis sienes el pulso cada vez más acelerado y me sujeté la cabeza con las manos. Al mismo tiempo sentí que estaba a punto de vomitar. Pero eso no podía ser. Eché las pastillas en mi vaso vacío, vertí un poco de leche por encima y lo revolví todo con una cuchara. Las pastillas no se disolvían bien, yo las machacaba y las hacía polvo y sentía horrorizada que mis dedos ya no me obedecían. Probablemente estuviera ya medio muerta. Vertí el puré de pastillas en mi boca, me lo bebí todo y me metí rápidamente debajo de la manta. Crucé las manos y cerré los ojos. Mi penúltimo pensamiento fue para Aminat y el definitivo para Dios.

Otra vez a solas

Cuando volví a abrir mis ojos doloridos, vi a Sulfia, que me medía el pulso con la cara vuelta hacia otro lado. Volví a cerrar los ojos y reflexioné.

Me acordé de la fiesta de despedida, de la frente sudada de Aminat, de su mejilla aplastada contra el colchón y de su brazo, con el que cogía en sueños a su pequeña Lena. Ella fue mi desgracia: estaba a punto de perder a Aminat en el país de los judíos sólo porque Sulfia se había casado con un Rosenbaum. Afuera era de día, y Sulfia, que hacía tiempo que debería haber cambiado en Moscú al avión que la llevaría a Tel Aviv, estaba junto a mí y recogía su aparato para medir el pulso. Me tenía que haber perdido algo.

Sulfia se puso de pie y se fue a la ventana. Abrí los ojos un poco y me quedé mirando su esquelética espalda. Sobre el alféizar había dos bolsas grandes, en una de las cuales Sulfia estaba buscando algo en ese momento.

Palpé mi cuerpo debajo de la manta. Tenía puesto otro camisón. Me habían cambiado de ropa. Me palpé el pelo, para averiguar la forma de mi peinado. Humedecí mis dedos con saliva y me toqué las mejillas. Me habían cambiado de ropa y lavado la cara.

No me di cuenta a tiempo de que Sulfia se había dado la vuelta y me estaba mirando. Era demasiado tarde para volver a cerrar los ojos. Me quedé mirándola sin decir nada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sin sonreír.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté. Me costaba hablar, me escocía la garganta, que estaba completamente seca.

Sulfia no respondió.

—¿Dónde está Aminat? —dije con voz ronca.

Sulfia salió de la habitación y volvió con un vaso medio lleno de agua. Pasó su mano por debajo de mi espalda y me incorporó. Puso el vaso en mis labios. Bebí un trago de agua. La fría humedad irritó mi garganta.

—¿Dónde está Aminat?

Sulfia puso el vaso en el alféizar.

—En el colegio.

—¿Y los Rosenbaum?

Sulfia volvió su cara hacia la ventana y me dio la espalda.

—En Tel Aviv.

—¿Y tú? ¿Cuándo vuelas para allá?

—No voy a ir.

—¿Y Lena?

—¿Qué pasa con Lena?

–¿Dónde está Lena?

Sulfia se volvió hacia mí, sus ojos no brillaban.

–Lena está en Tel Aviv. Duerme otro poco más, madre.

Estábamos otra vez a solas: Aminat, Sulfia y yo, sin maridos, sin nuevos niños, en dos pisos grandes, uno de ellos ya sin muebles. Por eso se mudaron Sulfia y Aminat a mi casa, en la habitación que ya habían compartido al poco de nacer Aminat.

–Tiene miedo de que te vuelvas a hacer algo –me dijo Klavdia desde la cocina. Pero eso era una tontería: ¿por qué me iba a hacer nada ahora que tenía junto a mí a mi corazón?

Sulfia nunca habló de aquella noche en la que decidió no subirse al avión. Tuvo que haber cambiado de idea en el espacio de unas pocas horas. Nunca conseguí averiguar qué fue lo que la había llevado a ir a mi casa, y qué ocurrió luego. Me había salvado sin la ayuda de un médico de urgencias, porque, de lo contrario, no me habría podido quedar en casa, sino que me habrían encerrado en el psiquiátrico por suicida. Me di cuenta de que Klavdia sabía más de lo que decía, y yo sospechaba que algo no había funcionado con las pastillas: habían sido demasiado baratas y obviamente tenían demasiada poca sustancia activa.

Mi garganta seguía ardiendo y me escocía el estómago, que estaba en carne viva, como si lo hubiera llenado de piedras. No me quejé. Estaba postrada en la cama con las manos cruzadas sobre la manta, y Sulfia estaba junto a mí. A veces tenía la sensación de que la manta abrigaba demasiado. No tenía que decir nada. Sulfia me lo notaba con sólo mirarme a la cara. Sacudía la manta y le daba la vuelta. Yo no le daba las gracias por ello. Era mi hija y yo me había estado ocupando de ella durante toda su vida. Ahora podía hacer por fin algo por mí.

Mientras Sulfia sacudía la manta, me limpiaba la cara con un trapo húmedo, me daba de beber, me ponía no sé qué inyecciones y me medía la presión, Aminat alborotaba en el cuarto de al lado. Escuché cómo saltaba al otro lado de la pared y cómo pateaba, cómo se tiraba contra las paredes y lanzaba cosas. Era como si se hubiera vuelto loca. A veces gritaba, entonces Sulfia salía y se iba a la habitación de al lado. Yo escuchaba su seco susurro. Y Aminat guardaba silencio.

Mientras estuve enferma, Aminat no entró ni una sola vez en mi habitación. Al principio me alegraba. Estaba demasiado débil como para saber siquiera qué decir. Pero luego empecé a echarla de menos. Le pregunté a Sulfia por ella. Sulfia respondió que yo estaba demasiado débil, y que Aminat estaba siendo demasiado impertinente. Entendí qué era lo que quería decir. Aminat no se iba a comportar en mi presencia, gritaría y rabiaría, y me echaría cosas en cara de las que luego se arrepentiría tras mi muerte, que se acababa de posponer.

Si no me hubieran encontrado a tiempo, habría derramado un par de lágrimas en Tel

Aviv y me habría llamado por las noches, hasta que se hubiera apagado en ella mi recuerdo. Me habría convertido en una foto sobre su pared.

Ahora todo era distinto. En el Mar Muerto sólo se estarían bañando los Rosenbaum.

Sulfia siguió trabajando en la unidad quirúrgica. Aminat volvió al colegio, y yo ya me había recuperado lo suficiente como para dar un par de paseos alrededor del bloque, aunque me paraba a menudo para coger aire. Sulfia envejeció en pocos días. No debía convertirse en algo permanente, pensé yo, con un gesto tan amargado no iba a volver a encontrar a un hombre en su vida.

Aminat también había cambiado. Había dejado de alborotar. Se convirtió en una niña extraordinariamente callada. Nunca decía una palabra de más. Al salir del colegio, volvía directamente a casa y hacía sus deberes. Cuando acababa de hacerlos, se tumbaba en la cama, con la cara vuelta a la pared.

—¿Qué problema tiene? —le pregunté a Sulfia—. Prométele que pronto iréis de vacaciones al mar. Que Rosenbaum te envíe dinero, que seguro que ahora es rico.

Sulfia me miró y dijo:

—¿De qué mar estás hablando? Echa de menos a su hermana.

Sí, ahora yo también me daba cuenta. Aminat sentía nostalgia por esa niña mofletuda de pelo ralo y de punta. Había escondido fotos en sus cuadernos y libros: Lena sobre el caballito de madera, Lena con una manzana, Lena sentada en el retrete. Nunca mentaba a su hermana, pero las fotos se caían de todos los lados y Aminat las recogía rápidamente y las volvía a guardar.

Tampoco Sulfia hablaba nunca de Lena. Cuando desaparecía por la noche en el cuarto que compartía con Aminat, no escuchaba más que silencio. No hablaban entre ellas. Tenía la impresión de que callaban sobre lo mismo.

Y en esto sonaba nuestro teléfono. Aminat salía corriendo al pasillo y cogía el auricular. Al principio, Rosenbaum llamaba a menudo. Contaba que habían llegado bien, el calor que hacía, que vivían los cuatro en un piso vacío y que los vecinos les habían dado muebles viejos. También que iban a clases de hebreo, que por la mañana temprano él seleccionaba *šaron*¹⁶ en una frutería, porque era el único trabajo que había para él, que la vieja Rosenbaum estaba enfermando mientras que su marido rejuvenecía.

—Pásame a Lena —pedía Aminat, y entonces yo escuchaba que gritaba «¡Lena, soy tu hermana mayor, Aminat!» y luego le susurraba cosas al auricular que nadie más que Lena debía escuchar—. Y ahora dime tú algo —pedía Aminat, que callaba durante un rato. Y eso que Lena apenas podía hablar, iba algo retrasada para tener dos años. Lo más seguro era que Rosenbaum le quitara enseguida el auricular a Lena, porque las llamadas eran caras. Aminat se iba a su cuarto y cerraba la puerta. El silencio invadía todos los rincones de nuestro espacio, llenándolo de tensión.

Llegó una carta de Rosenbaum con varias hojas, que, según el matasellos, llevaba dos

meses dando vueltas. Sobre los sellos había letras dadas la vuelta y la dirección del remite parecía de otro planeta. En el sobre había fotos: Lena en la playa, delante de un muro de piedra y con un helado.

–¡Lo que ha crecido! –dijo Aminat, aunque Lena tenía el mismo aspecto que antes de marcharse. Llevaba puestas cosas extrañas. Una camiseta con un ratón dibujado, una gorra y pantalones cortos mojados. De fondo, una playa vacía.

Aminat se quedaba sentada durante horas delante de esas fotos. Al contrario que Sulfia, que sólo les había echado una mirada fugaz, apartando enseguida los ojos de ellas.

–Mira, mamá –dijo Aminat.

–Sí, sí, cariño –dijo Sulfia.

–¡Tienes que ver esto!

–Ya lo he hecho, corazón.

Sulfia tampoco leía las largas cartas de Rosenbaum. Aminat insistía en saber lo que ponía en ellas, pero no podía descifrar la caligrafía irregular. Con lo que yo le acababa leyendo las cartas. Rosenbaum enumeraba sobre todo cada uno de los productos que se podían comprar allí en las tiendas y sus precios, aunque también escribió que las primeras palabras de Lena fueron en *ivrit*, en hebreo moderno, y que tenían muchas ganas de volverlas a ver y de que la familia estuviera otra vez junta. En este punto paré y miré por encima del borde de la carta a Aminat, que me miraba con los ojos ligeramente cerrados.

Volví a doblar la carta. Aminat me la arrancó de las manos y se fue a su cuarto.

Sulfia, necesitas un extranjero

Las cosas se fueron poniendo cada vez más feas.

Sulfia pasaba los días convertida en sombra de sí misma, y la cara de Aminat empezó a adoptar el gesto de su madre: con las comisuras de los labios colgándole hacia abajo y una mirada perdida en el infinito. Yo notaba además que ninguna de las dos me tenía ya ningún respeto. Sulfia y Aminat miraban educadamente en mi dirección si declaraba mi punto de vista sobre el tiempo o sobre el desplome del rublo, pero sus caras expresaban el deseo de que me callara de una vez.

Había cambiado el viento, también en la calle. Se vaciaban los estantes de las tiendas de alimentación. Nos teníamos que esforzar mucho para llenar nuestros estómagos. Antes de ir a la compra, llevaba todos los cascos retornables, las botellas de leche y kéfir bien fregadas, y contaba exactamente las monedas que me daban. Con el dinero que me daban por los cascos compraba pan y patatas.

Afortunadamente tenía mi huerto en el campo, que fue el que nos estuvo alimentando en ese tiempo. Mis pepinos y tomates crecían en el invernadero. El camino en autobús hasta allí duraba casi dos horas. Yo prefería que Kalgánov me llevara hasta el huerto y, sobre todo, que me trajera de vuelta con el maletero lleno de cajas de verduras y cestas de fruta. Me llevé a Aminat y ella se paseó en silencio entre los bancales, cogía manojos de cebollino y se los metía en la boca. Necesitaba vitaminas.

No dejábamos que nada se estropeará. Sulfia se tiró horas subida a una escalera con un cubo colgado de una cuerda al cuello recogiendo bayas de espino, de las que hacíamos mermelada. Era un trabajo horrible, y yo me alegraba de que Sulfia no se quejara aunque las ramas espinosas le arañaran las manos y el zumo de las bayas reventadas le causara escozor en las heridas. Yo me pasé noches en la cocina esterilizando tarros, que llenaba con tomates, pimientos, pepinos y setas, con mermeladas y compotas, y soñaba a veces con un congelador.

La política no me interesaba. De hecho dejé de leer el periódico, porque ahí decían cosas que me ponían de peor humor. No necesitaba malas noticias del periódico, lo podía ver todo con mis propios ojos. Mientras afuera la economía se colapsaba, yo me preocupaba de que mi familia no pasara hambre. Los surtidos de tarros de conserva, colocados ordenadamente en el cuarto de estar y cubiertos con viejas mantas de lana, me hacían ver todos los días que sin mí nada marcharía. Pero a pesar de eso, todo se volvía cada vez más complicado. Comprar azúcar, por ejemplo, era una auténtica suerte, y yo lo necesitaba para mis mermeladas y para el hongo del té.

Hacía tiempo que nos habíamos acostumbrado a las cartillas de racionamiento, para nosotras no era ninguna novedad que en la escalera estuviera sentado alguno de la

administración y que los vecinos hicieran cola para recoger los cupones que les permitían comprar ciertas cantidades de embutido o azúcar. Lo difícil era utilizar los cupones. En cuanto oía que se vendía azúcar en algún sitio, dejaba corriendo mi trabajo y me iba hasta allí. Llevaba siempre encima, por si acaso, mis cupones, los de Sulfía y los de Aminat. Los vales de embutidos los cambiaba con las vecinas por los de azúcar. Había decidido que las vitaminas de mis mermeladas eran mejores que los productos a base de cartílago, piel y papel que recibían el nombre de fiambre, y que sólo se podían conseguir con muchísima suerte.

En un momento dado tuve que admitir que no podía alimentar la voracidad de azúcar de mi hongo del té. Así que me lo llevé a mi huerto y lo eché en el compost, aunque me doliera en el alma.

Si había algo que me hubiera gustado tener por encima de todo en aquella época, habría sido una vaca. Porque la leche se había convertido en algo muy raro. Cerca de nuestra casa se montó un pabellón con máquinas automáticas de leche, la gente traía sus bidones de leche y botellas de tres litros para rellenarlos. Delante del pabellón se formaban colas, por las que se extendía un murmullo cada vez que se había vaciado la máquina de tanto ordeñarla. Eso sí, la mayoría de las veces colgaba el cartel «Hoy no hay leche». Me preguntaba por qué la leche se había convertido en algo tan escaso. ¿Dónde estaban nuestros rebaños de vacas?, ¿ahora resultaba que se habían despoblado las praderas de nuestro inmenso país?

El mismo misterio pesaba sobre los huevos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que me comí un huevo así, sin más. En nuestro bloque vivía una mujer que tenía en su cocina una gallina viva. De vez en cuando la sacaba fuera y dejaba que picoteara en los parterres. Yo no podía disimular que me moría de la envidia.

El edificio del colegio de Aminat era demasiado pequeño para tanto estudiante, y faltaban profesores. Su clase tenía ahora horario de tarde: empezaban a partir de las dos. Volvía a casa cuando ya era de noche. Por las mañanas andaba sola por ahí sin hacer nada. Cuando me daba tiempo, al volver del trabajo, recogía a Aminat a la salida del colegio. En aquella época desaparecían muchas niñas a plena luz del día. Más tarde se las encontraba violadas y asesinadas en algún sótano.

Las cartas desde Tel Aviv se hicieron cada vez más cortas y llegaban con menos frecuencia. Al final sólo llegaban postales en los cumpleaños. «Te deseamos todo lo mejor, sol y optimismo» era lo que normalmente ponía, con ligeras variaciones. Lena empezó a tener el pelo largo en las fotos. Las llamadas internacionales, que se anunciaban con un timbre distinto, fueron cada vez más escasas y muy cortas, y solían discurrir siempre igual. Ya no teníamos nada que decirnos.

—Sulfía —dije yo una mañana—, necesitas un marido.

En ese momento ella estaba disolviendo en su taza una cucharilla de café. La lata estaba ahora casi vacía, dentro de dos días ya no tendríamos más café, y probablemente

durante bastante tiempo. Pensé que no había dicho nada especial. Pero Sulfia, la Sulfia tranquila, fea y de mirada amargada, tiró la taza al suelo y empezó a gritar.

Me gritó que no me volviera a meter en su vida, pues ya la había destrozado, y esta vez para siempre, rompiéndole el corazón, robándole a su pequeña hija y quitándole a su familia; le había machacado su futuro, atándola a mí, y de paso también a Aminat.

Estaba claro que Sulfia estaba al borde de un ataque de nervios. Por eso no dejé que me afectaran sus palabras. En sus momentos de locura solía decir cosas feísimas. Pero yo no era rencorosa.

—Sulfia —le dije con cariño—. ¿No entiendes que se trata de Aminat? En este país ya no tiene futuro. Se la tragará y no dejará ni sus huesos. Tienes que encontrar a un extranjero, Sulfia.

Ella se sentó en el suelo justo al lado del charco de café y la taza hecha añicos y se deshizo en llanto.

Resultaba que acababa de firmar no sé qué papeles de separación. Rosenbaum le había pedido con toda amabilidad que diera ese paso. De su actitud él había deducido que ella no se plantearía nunca seguir sus pasos, había perdido toda esperanza y se había enamorado en Tel Aviv de una emigrante.

Sulfia firmó todo y le dio los papeles a un hombre que se había presentado como mensajero y abogado de la familia Rosenbaum. Hablaba bien el ruso, pero con un acento suave como el terciopelo, y pareció agradablemente sorprendido de que todo se resolviera de manera tan sencilla. Al despedirse nos besó la mano a mí y a Sulfia y dijo que los Rosenbaum no tenían previsto volver a poner nunca un pie en suelo ruso.

Yo miré al hombre desde su cabeza calva hasta sus pies lujosamente calzados y dejé que se marchara. Llevaba un anillo ostentoso y visiblemente nuevo.

El alemán comatoso

No me di tan fácilmente por vencida. Le pedí a Dios una nueva oportunidad para Sulfia. Aminat debería crecer allí donde se pudiera comprar siempre leche y no sólo los días de suerte. Y esto no tenía por qué ser a pleno sol y entre judíos, sino en Europa, por ejemplo.

Dios me atendió antes de lo que hubiera esperado. Justo en esos días se ingresó a un extranjero en la unidad de Sulfia. Un extranjero estupendo, con cuarenta escasos, aseado, en coma: un alemán.

Me enteré cuando Sulfia estaba discutiendo en la cocina sobre idiomas con Aminat. Aminat iba a pasar pronto a quinto y tenía que decidirse entre el alemán y el inglés. Aminat dijo que el alemán no era un idioma, porque nadie lo hablaba. Sulfia la contradijo: hacía sólo tres días que había sido ingresado un hombre que hablaría alemán si estuviera consciente. Agucé el oído.

–¿Lleva anillo de casado? –pregunté yo enseguida.

Sulfia negó con la cabeza. El alemán había sido encontrado en la calle inconsciente, probablemente le habrían dado una paliza para robarle, dijo ella. Ya no llevaba cartera, pero afortunadamente sí un pasaporte. Lo más seguro era que le hubieran robado también el anillo.

–No, no –dije yo–. El anillo no se lo quitan a uno tan fácilmente. Para eso habría que haberle cortado prácticamente el dedo.

Cansada, Sulfia se masajeó las sienes.

–¿Cómo se llama? –pregunté.

–Dieter Rossmann.

–¡Qué nombre tan bonito! –dije yo–. ¿Y tú cuidas de él? ¿Te ha dicho ya algo?

–Madre, acabo de decir que está inconsciente.

–Sulfia –le dije–. Ésta es tu última oportunidad.

Este alemán comatoso le había vuelto a insuflar vida a nuestra familia. Volvíamos a tener un tema de conversación. Le preguntaba a Sulfia todos los días cómo seguía el postrado. Al principio me hacía un gesto brusco con la mano, porque no quería hablar, pero luego empezó a contar cosas de él. Siempre se preocupaba por sus pacientes. Dieter parecía estar completamente solo en nuestra ciudad, nadie había preguntado por él, ni siquiera estaba claro si estaba alojado en un hotel o en casa de alguien y qué era lo que buscaba aquí.

–Cuando se despierte, es imprescindible que estés a su lado –le insistí a Sulfia.

–Venga, madre, por favor –dijo Sulfia, y eso que este procedimiento le había dado ya dos maridos.

–¿Y qué es lo que ocurre en realidad –pregunté– cuando alguien así despierta del coma?, ¿puede hablar enseguida?

–Depende del caso, madre. La mayoría de las veces, no.

–¿Y se puede saber enseguida si se acuerda o no del tiempo anterior al accidente?

–Poco a poco, madre. A los que están gravemente heridos hay que darles tiempo.

–Y si le dijeras que tú eres su prometida rusa, ¿se lo creería?

–Madre, no digas tonterías, por favor –dijo Sulfia. No me tenía ningún respeto. Además, siempre estaba ocupada. Nos habíamos acostumbrado a que el agua sólo saliera de las cañerías los días de suerte y a calentarla normalmente en el hogar, y yo pensé que ya no podía haber nada que nos llegara a pillar de sorpresa. Pero entonces vino el primer invierno después de mucho tiempo en el que nos cortaron el agua por completo, siempre durante días, y yo empecé a notar dolorosamente lo que era vivir sin hombres. Yo aún estaba muy débil, de modo que casi siempre era Sulfia quien tenía que ir al punto de suministro, a un kilómetro de distancia, para traer dos cubos de agua, a pasos cortos, poniendo cuidado en no derramar ni una gota. Una vez en casa, se frotaba durante un buen rato las manos y la espalda.

Si en ese momento le decía que se pusiera el pelo bonito cuando fuera al trabajo, dejando que cayera sobre la frente un mechón juguetón, o si me ofrecía a peinarla, y le aconsejaba ponerse una falda bonita debajo de la bata, Sulfia no decía nada, sino que se limitaba a poner los ojos en blanco.

Una tarde nublada llamaron a la puerta. Sulfia tenía turno de tarde, y Aminat estaba aún en el colegio. A través de la mirilla vi una cara redonda y risueña, y una calva sobredimensionada. Abrí la puerta y me encontré a mi marido Kalgánov, que hacía tiempo me había abandonado por una profesora de ruso y literatura. Su cuerpo estaba ladeado, debido a que llevaba en la mano una pesada maleta.

–Perdóname, Rosita –me dijo.

Yo me aparté a un lado para dejarle entrar en el piso. Estaba demasiado sorprendida. Además, su nariz tenía un aspecto que invitaba a la compasión. Entró, puso la maleta en el suelo, cerró la puerta y se volvió hacia mí.

–Corazón, ahora estoy de vuelta –me dijo y me abrazó, para mi gran horror.

Se me cortó la respiración. Oía a hombre viejo, sucio y enfermo. Todo eso lo había olvidado ya.

Le aparté con la mano.

–¿Un té? –le pregunté. Hacía ya tiempo que no recibía ninguna visita y quería saber qué mosca le había picado a Kalgánov.

Se sentó a la mesa de la cocina con toda naturalidad, como si siguiera viviendo en casa.

–Me gusta tanto que me atiendas, Rosita –dijo.

–Las cosas están fatal –dije antes de que se le llegara a pasar por la cabeza que yo le fuera a servir de comer.

–Sobre todo para una mujer que vive sola –dijo Kalgánov con intención, me cogió la mano y la llevó a sus labios.

–¿Qué es lo que te pasa?

Kalgánov frunció el ceño.

–Fue un error capital, Rosita. Pero tú has sido siempre tan fuerte. Nunca habría pensado que ibas a sufrir tanto.

–¿Cómo? –pregunté irritada.

–Por favor, no lo vuelvas a hacer, mi mujercita linda –dijo Kalgánov, se bajó de la silla, se dirigió a mí de rodillas y depositó su cabeza calva sobre mi regazo.

De la sorpresa, me levanté de un salto y le di con la rodilla en la mandíbula. Él gimió y me abrazó las piernas con los dos brazos. Me pareció desagradable que sus manos tocaran mi piel. A mis ojos había perdido todo derecho a poderme manosear cuando quisiera. Puse las dos manos sobre la mesa y moví mis piernas con cuidado. Se agarró a mí con más fuerza aún.

–Kalgánov, vuélvete a sentar –le pedí–. Te quiero mirar a la cara.

Volvió a la silla y me miró apesadumbrado.

–¿Por qué no me has dicho nada? –preguntó.

–¿De qué demonios estás hablando?

–Que no quieres vivir sin mí.

–¿Que no quiero vivir... –repetí–, sin ti?

Ahora me miraba confiado.

–Lo sé todo, Rosita. Nuestra hija me lo ha contado.

–Nuestra hija.

–Sulfia.

–Cuál si no.

Kalgánov bebió un sorbo de su té y se acercó el azucarero con un movimiento brusco.

–Un poco amargo –dijo él y se echó tres cucharadas de azúcar. Me estaba poniendo negra: era el único azúcar que nos quedaba y con él endulzaba la papilla de avena de Aminat–. Sabes que no te he podido olvidar en todo este tiempo.

–Claro –dije.

–Hice lo que pude –dijo Kalgánov–. Sabía que eras orgullosa, así que lo hice a escondidas.

Quise preguntar a qué se refería, pero entonces me volví a acordar de los billetes en mis bolsillos. Había tenido todo el rato unas llaves y había estado entrando y saliendo de aquí, había llenado mis cajones y armarios, y yo ni me había dado cuenta. Pero me pareció una exageración darle en ese momento las gracias.

–Nunca ibas a haber estado sola –dijo Kalgánov–. Mientras yo viva, estaré junto a ti.

Y después también.

Lo miré en silencio.

—A partir de ahora no nos separaremos, Rosita —dijo Kalgánov. Su mano se paseó por la mesa en dirección a mí. Sulfia me había tendido una trampa.

Esa noche llamé a la puerta de Klavdia con una botella de vodka en la mano. Klavdia estaba echada en su cama y veía un concierto en la pantalla en blanco y negro de su pequeño televisor, pero sin sonido. Cerré la puerta y me apoyé con la espalda contra ella. Kalgánov estaba hablando con Aminat de sus notas. Ella le respondía educada pero brevemente: ya no sabía bien quién era.

—¿Qué pasa? —preguntó Klavdia. Yo levanté la botella. Los ojos de Klavdia empezaron a brillar.

—A ver, un momento —dijo ella—. Un segundo. No te vayas.

Cogió del alféizar dos vasos de té vacíos y los puso sobre la mesa pequeña junto a la cama. Yo serví, brindamos en silencio y ella se bebió la mitad de un trago. Yo bebí un sorbo. Bastaba para hacer que se me cayeran las lágrimas.

—¡Quiereeee volver conmigoooo! —sollocé, mientras Klavdia rellenaba mi vaso diligentemente.

—Qué horror —dijo ella—. ¿A qué viene eso ahora?

—Piensa que no puedo vivir sin él.

—Qué cabrón —dijo Klavdia, mientras yo le contaba mis penas: que no sabía si debía aceptar a Kalgánov como repatriado o si le tenía que echar de casa, porque tener un hombre en casa quizá no estuviera tan mal en estos tiempos tan duros. Pero la idea de meterme en la cama con él me llenaba de asco.

Klavdia asintió empática sin apartar los ojos de la pantalla.

—¡No puedo! —sollocé, y Klavdia dijo:

—¡Pues échalo entonces!

—¡Pero es que siempre me ha estado pasando dinero y ahora hay que ahorrar tanto!

—Pues déjale que se quede.

—Quédate con la botella —le dije y salí de la habitación. Fui hasta el teléfono, abrí un cajón y encontré el papel con el número de teléfono de la profesora de ruso y literatura que había apuntado años atrás y que casi no había vuelto a tocar desde entonces. Era tarde, pero tampoco nadie tenía alguna consideración conmigo. Marqué el número, lo cogieron enseguida. Había estado sentada junto al teléfono, esperando.

—Aquí Rosalinda Ajmetovna —dije educadamente—. Perdone que le moleste a estas horas, pero mi marido ha vuelto de repente. ¿Se han peleado por casualidad?

Ella guardó silencio.

—¿Me escucha? —pregunté—. ¿Podría venir a recogerle? Me gustaría meterme en la cama. Coja un taxi, él se lo pagará.

Ella colgó. Esperé diez minutos y me fui entonces a mi dormitorio. Kalgánov estaba

sentado en el borde de la cama en calzoncillos y camiseta interior, como si no se hubiera marchado nunca.

–Ha llamado tu profesora –dije yo–. No puede dormirse sin ti. Te va a venir a recoger.

–¿Qué? –preguntó.

–Que te vistas, no la hagas esperar.

–¿Qué? –volvió a preguntar.

Cuando llamaron a la puerta, yo había conseguido por fin que se volviera a vestir. Le di su pesada maleta y lo eché al pasillo. Abrió la puerta de entrada, yo escuché el chasquido de una bofetada y el gemido lamentable de Kalgánov. La puerta se cerró. Yo salí al pasillo y la cerré con llave.

A la mañana siguiente me levanté sin haber pegado ojo. Fui a la cocina y me encontré allí a Sulfia, que estaba sentada a la mesa con la cabeza apoyada sobre sus manos cruzadas. A veces estaba tan cansada después del trabajo, que se dormía sentada.

Le rocé la espalda. Ella levantó la cabeza y se me quedó mirando. Le temblaban las manos, tenía los labios hinchados y mordidos, y en sus ojos había un brillo demencial.

–Dieter ha vuelto en sí –dijo Sulfia.

Resultó que Dieter tenía los ojos azules y sabía algo de ruso. Se acordaba de su accidente, seguía sabiendo quién era y qué extraño motivo le había llevado a nuestra ciudad.

–Quizá tengas que hablar con él –le supliqué a Sulfia–, tienes que ser todo para él mientras esté postrado en la cama y tú le cuides.

–Venga, madre –dijo Sulfia, pero por fin me escuchó. Antes de ir a trabajar se maquillaba los ojos y los labios y dejó que le ondulara el pelo con el rizador. Así parecía un poco más voluminoso. Me acordé rápidamente de las palabras alemanas que había tenido que aprender en el colegio y se las enseñé a Sulfia. «Buenos días», «Cómo está», «Arriba las manos», «Mi nombre es Sulfia, ¿y el suyo?» y «Encantada de conocerlo».

Desgraciadamente no sabía cómo se decía «¿Por casualidad está usted casado o prometido?», pero Sulfia dijo que Dieter podía decir lo esencial en ruso.

–Eso da igual –dije yo–. Si te esfuerzas por hablar su lengua, obtendrás enseguida la llave de su corazón.

–Ay, madre –dijo Sulfia, pero ya no era tan reacia como antes.

–Alemania es un buen país –le dije–, he oído que allí se lavan las calles con champú.

Intenté comprender qué era lo que quería hacer Dieter en nuestra ciudad. Era el primer extranjero aquí del que yo hubiera tenido noticia en mi vida. Sulfia dijo que era una especie de periodista y que escribía una especie de libro.

–¿Un libro sobre qué? –le pregunté. Ya había oído yo hablar de periodistas extranjeros, pero nada bueno. Conseguían permisos ilegales para entrar en nuestros orfanatos o cárceles y escribían sobre abusos de los derechos humanos e infecciones de sida.

Sulfia dijo que Dieter escribía sobre cocina.

–¿Sobre qué? –pregunté.

–Sobre gastronomías nacionales –dijo Sulfia. Ya había recorrido el Cáucaso y quería dirigirse a los pueblos de los Urales para recopilar viejas recetas de nuestro estado multiétnico.

–¿Recetas? –pregunté desconcertada. Hacía tiempo que aquí teníamos todos las mismas recetas: pasta con mantequilla, salchichas con patata sin pelar, puré de avena con compota pasada, té con pan duro de especias. Eran los únicos ingredientes que se podían conseguir sin contactos.

–¿Para qué quiere recetas un hombre? –le pregunté a Sulfia–. ¿Es de la otra acera?

–Escribe un libro –repitió ella.

–¿Le has dicho ya que eres tártara?

Negó con la cabeza.

–Pero mira que eres tonta, Sulfia. Dile que nos visite, entonces le cuento yo todo sobre la cocina tártara. Dile: viejas recetas tártaras secretas, que se transmiten de generación en generación.

–¿Y entonces?

–Sulfia –dije–. Hazlo y punto.

Un idiota extranjero

Pasaron unos buenos meses hasta que Dieter estuvo en condiciones físicas de aceptar mi amable invitación.

Durante ese tiempo tuve la sensación de conocerlo ya muy bien. Sulfia parecía tener una buena relación con él. A veces yo me preguntaba por qué sus compañeras no le disputaban ese tipo de pacientes. Entonces lo entendí: los hombres de Sulfia eran defectuosos. En el caso de Sergéy se veía a primera vista que era un donjuán, y en el de Mijaíl, que era judío. En el caso de Dieter faltaba información. Era un extranjero, pero si resultaba lucrativo o no era algo que en un principio no quedaba claro. Al parecer no tenía relaciones y no tenía medios: si no, no habría tenido que tirarse varios meses en una habitación con diez camas de la unidad de Sulfia sin recibir ninguna visita. Le pegaba a Sulfia que el extranjero no perteneciera a la variante opulenta. Pero Dieter Rossmann era mejor que nada.

Tenía ojos azules, una nariz respingona y una boca chica. Su cara se me parecía a la de un cerdo. Llevaba una chaqueta de cuero y debajo un jersey burdamente tejido, que le habría comprado probablemente a una abuela en el bazar.

Estaba pálido y demacrado, pero seguía teniendo una barriga considerable.

Cuando le quise dar las zapatillas de andar por casa, levantó su pie y me enseñó sus calcetines de lana, que pegaban con su jersey. Si no hubiera sido un extranjero y nuestra situación tan precaria, habría decidido en ese momento que Sulfia podía envejecer tranquilamente sin un hombre a su lado.

Dieter tenía una expresión en la cara que con su sola presencia debía de atraer a los chorizos por la calle. Su sonrisa decía: «Soy nuevo aquí y no tengo ni idea de nada. Por favor, coged todo mi dinero y pegadme en la cabeza como me merezco».

Le invité a tomar asiento en nuestra mesa con una sonrisa tan dulce que me dolían las comisuras de los labios.

No era nada fácil llevar algo a la mesa en tiempos de tanta escasez. Había conseguido carne de ternera que había sido congelada muchas veces y descongelada otras tantas, pero me faltaban la mantequilla, los huevos y la nata agria. Había intentado compensarlo con zanahorias, patatas y pepinillos en vinagre de nuestro huerto. Nos sentamos a la mesa, y ya me estaba dando pena tanto esfuerzo por mi parte y todo el dinero que me había gastado.

Dieter se sentó enfrente de Aminat y la miraba constantemente.

—¿Es ella también su hija? —dijo en su ruso divertido.

—No, ella es su hija —señalé a Sulfia. Mi alemán mejoraba con cada frase.

—¿Cómo está usted? —pregunté—. ¿Le sigue doliendo la cabeza?

Llené el plato de Dieter con la sopa de *kvas* en la que había echado verduras troceadas, en realidad un plato veraniego, pero por lo menos tenía los ingredientes para hacerlo. Dieter cogió su servilleta, la desdobló y la extendió sobre su regazo.

–¡No mires así! –le dije en voz baja a Aminat.

–Se parece mucho a usted –me dijo Dieter.

–¿Quién? –pregunté.

–Ella –Dieter señalaba con su cuchara a Aminat.

–Es verdad –dije yo llena de orgullo.

Dieter comía de forma extraña. Pinchaba pequeños trozos de verdura con su tenedor, los deslizaba hacia dentro de su boca y cerraba los ojos. Mientras masticaba se movían los globos oculares debajo de sus párpados cerrados. Todas nos quedamos un poco desconcertadas. Sulfia y yo apartamos la vista a la vez. Aminat empezó a partirse de risa. Yo le di una patada por debajo de la mesa. Dieter tragó y abrió los ojos. Cogió su copa de vino, se la llevó a la boca y olió durante un buen rato.

–El vino no está picado –me apresuré a decir. Se lo habían regalado a Sulfia, pero eso me lo callé, naturalmente. Dieter movía sus cejas, que reptaban como dos orugas enormes por su cara de cerdo, y bebió un trago. Era algo horrible de ver: en vez de tragar, movía el contenido de un carrillo a otro, como si estuviera haciendo un enjuague bucal contra el dolor de muelas. Sólo le faltaba empezar a hacer gárgaras con el vino.

–He oído que recopila usted recetas –dije yo, para que parara de una vez de comer. Estaba empezando a tener que lidiar con las ganas de vomitar. Sulfia lo tenía más fácil: como enfermera, estaba acostumbrada a cosas peores.

Dieter tragó por fin el vino.

–Oh, sí, sí –dijo con vocecita de niño.

–¿Y qué es lo que hace usted con ellas?

Cogió una punta de la servilleta que descansaba sobre su regazo y se quitó la grasa de los labios.

–Escribo un libro –dijo él.

–¿Sobre qué, si se puede preguntar?

–Sobre recetas, sólo recetas –dijo Dieter–. Recetas antiguas, originales.

–¿Y quién las va a hacer? ¿Su mujer? –pregunté sin ningún tipo de esperanza.

–Soy un hombre que no está casado con una mujer –formuló Dieter en su ruso divertido.

–Entonces, ¿su madre?

–Que en paz descanse.

Me empezó a doler la cabeza. Dieter tenía una sonrisa de oreja a oreja.

–Yo cocino –dijo él–. Yo, yo, yo.

–Oh –dije yo. Un idiota extranjero, como si no tuviéramos suficientes aquí.

Casi no podía esperar a que se fuera. Aunque, eso sí, se quedó sentado un buen rato,

obstinado. Probablemente se sentiría cómodo y todo con nosotras. Como comía dando pequeños bocados y masticando largo rato, pasaba una eternidad hasta que conseguíamos pasar de un plato al siguiente. Esperé a que hiciera preguntas sobre los platos, pero no las hizo. Se comía las exquisiteces nacidas de mi necesidad como si fueran puré de patatas de antes de ayer. Aunque también me alegraba un poco de no tener que estar jugando a las preguntas y respuestas. Había intentado recordar los platos de la familia del campo de Kalgánov, pero seguro que no era eso lo que le interesaba al alemán. Además, para conseguir los ingredientes habría tenido que hacer magia. Había decidido mentir si llegaba el caso e inventarme recetas, asegurando que habían sido transmitidas de generación en generación en mi familia. Pero estaba también contenta de retrasar el momento lo más posible.

Entre el plato principal y el postre, Dieter le pidió de pronto a Aminat que le enseñase su cuarto. Yo la pellizqué por debajo de la mesa. Se fueron juntos y yo recogí con Sulfia los platos sucios y saqué los limpios. Volvimos a poner la mesa. Saqué el postre que me había inventado yo misma, una especie de tarta fría hecha de galletas machacadas, margarina y manzanas.

Entonces fui al cuarto de Aminat, me quedé parada delante de la puerta entreabierta y espí. Dieter estaba jugando con las cosas de Aminat. Había puesto platos y cubiertos sobre un taburete como si éste fuera una mesa, y colocado en torno a él a tres de sus muñecas viejas y a un oso de peluche. Aunque Aminat hacía tiempo que no tocaba las muñecas, le siguió el juego, para no molestar al invitado.

–¿Y qué es lo que van a comer ellos ahora? –preguntó Aminat, y yo noté en su voz lo molesta que estaba. Pero peleaba con fuerza por que mejoraran nuestras condiciones de vida.

–*Qıstıby*¹⁷ –dijo Dieter–. ¿Gusta a ti?

–No lo conozco.

–¿*Talkıŝ*¹⁸?

–¿De qué habla usted?

Aminat tampoco conocía la cocina tártara y yo no había podido prepararla para estas extrañas preguntas. Se había convertido en una niña soviética, tal y como lo quiso siempre Kalgánov. No sabía qué hacer con las palabras y no ocultaba su desconocimiento.

–¿Me das un beso? –preguntó Dieter.

–Sólo si se casa usted con mi mamá –dijo Aminat.

No le dije a Sulfia que había estado escuchando la conversación. Primero tenía que darle vueltas. Ahora ya sabía que mi objetivo se iba a cumplir antes de lo que había planeado, y que no dependía de que Sulfia se pusiera o no una falda corta o medias de malla. Me guardé mis conocimientos para mí, quería esperar a que tuviéramos los pasaportes rojos en nuestras manos.

Sulfia había seguido a Dieter llena de pesar con la mirada, después de que éste hubiera metido sus calcetines de lana en los zapatos y se hubiera atado dificultosamente los cordones. Formaba lazos con ellos y se los ataba de una manera rara y extranjera.

Yo, Aminat y Sulfia nos quedamos de pie delante de él, mirándole y esperando a que terminara. Algo que no le sacó de su parsimonia. Tiró de un nudo ya hecho y volvió a deshacer toda la construcción. Aminat suspiraba y se balanceaba sobre sus pies. Sulfia movía sus dedos. No habría hecho falta mucho para que hubiera caído de rodillas delante de Dieter solucionando la tarea por él.

Cuando se cerró la puerta detrás de él, las miré. Aminat hacía muecas como cada vez que se tenía que aguantar algo. Se había convertido en un prodigio de autocontrol. La cara de Sulfia tenía un aspecto melancólico y soñador. Yo le eché un vistazo a mi cara en el espejo del pasillo. Tenía un aspecto de cruda resolución.

—¿Y ahora? —preguntó Sulfia y se fue a la cocina con la cabeza gacha. Yo la seguí. Abrió el grifo, pero no salió nada. Estábamos preparadas y teníamos una reserva de agua en cubos y en la bañera. La eché en nuestra olla más grande y la puse en el fuego para hervirla y utilizarla para fregar.

—Le vamos a volver a ver pronto.

—¿Tú crees? —ella me miró como si estuviera segura de que yo lo sabía todo en este mundo. Al contrario que Aminat, parecía haber llegado a una edad en la que empezaba a apreciar la sabiduría materna.

—Va a volver dentro de muy poco, hija mía —dije yo—. ¿No has notado que te comía con los ojos? En Alemania no hay mujeres como tú.

—Pero si apenas me ha mirado —me contradijo Sulfia con vehemencia.

—Por timidez —dije yo—. Arriba ese ánimo, hija. Si nos comportamos todos bien, pronto estaremos todos en Alemania.

Por una vida mejor

Sulfia me creyó. Era realmente boba y quería seguir siéndolo toda su vida. Creía en la bondad y las visitas regulares de Dieter podían interpretarse, con muchísima fantasía, como fruto del interés por ella, como muestra de agradecimiento por sus cuidados, como afecto hacia toda la familia, como interés por mis mermeladas. Las mermeladas me hicieron ganar puntos. Dieter decía que en Alemania las mermeladas se cocían con azúcar gelatinizante, durante poco tiempo, y que al final se obtenía una pasta amarga y viscosa. Yo en cambio pelaba las manzanas y las cortaba en trozos pequeños, las rociaba con sirope de azúcar y las dejaba reposar durante muchísimo tiempo, lo cocía todo, lo dejaba enfriar, reposar durante horas, repitiendo el proceso tres veces. Los trozos de manzana eran de una belleza transparente, el sol se reflejaba en ellos y repartían por la boca el sabor del verano.

Tomábamos mermelada con el té, porque era lo único dulce que teníamos. Después de una conversación sobre el arte de cocinar, Dieter se ponía de pie y se dirigía como por casualidad al cuarto de Aminat. Decía que con un niño podía hablar especialmente bien el ruso, que aprendía así de una manera distinta, y sobre todo con Aminat. Y que tenía una voz preciosa, que le gustaba mucho escucharla, pero que desgraciadamente paraba siempre de cantar en cuanto lo notaba. Que Aminat odiaba sus visitas era algo que sólo una persona ciega como Sulfia podía no ver.

Yo había hablado con Aminat sobre lo mal que estaban las cosas. Que todos teníamos que apretar los dientes y ser también simpáticos con las personas que en realidad no nos caían bien, porque quizá así podríamos tener una vida mejor.

Aminat me escuchaba sin mirarme. Aún no nos habíamos reconciliado. A pesar de todo, contaba con su comprensión. De vez en cuando, cuando andaba por la calle con Aminat, dábamos un rodeo por el poblado gitano, un par de calles de subdesarrollo en medio de nuestra ciudad. Allí jugaban niños morenos y sucios que llevaban en invierno varias capas de paños de lana sobre sus chaquetas repletas de agujeros. Gritaban con voz ronca en una lengua incomprensible y tiraban piedras a los que pasaban por allí. Sabía que Aminat identificaba a esos niños gitanos con tártaros, por razones que a mí se me escapaban, y que por tanto estaban emparentados con todos nosotros. Era algo que me venía muy bien para mi argumentación. Si Aminat se portaba bien, entonces conseguiríamos ir a Alemania; si no, le aseguraba que acabaríamos aterrizando en el poblado gitano.

Aminat sonrió por primera y última vez en presencia de Dieter cuando éste anunció que en tres días se volvía a casa.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —le pregunté sin acabar de decidirme entre el alivio y la

decepción.

Contábamos con que iba a decirnos algo más. Pero no ocurrió nada. Nos dio la mano a cada una de nosotras, como si estuviésemos en una recepción de Estado. Miré su brazo extendido, lo acerqué hacia mí tirándole de la mano y le di tres besos en las mejillas. Habría sido mejor que lo hubiera hecho Aminat. Pero tenía miedo de que, al hacerlo, le vomitara sobre los pantalones.

Cuando Dieter se marchó, Aminat corrió de un extremo al otro del pasillo, y cantaba:

–El extranjero tonto del culo se ha pirado, ¡viva! Por fin se ha ido el extranjero tonto del culo, ¡viva!

Sulfia se fue a su habitación sin decir palabra y se tumbó en la cama.

–Volverá pronto –auguré yo, aunque dudaba de ello. La vida me había dado tantas veces patadas en el trasero que ya no podía estar segura de nada.

O tres o nada

Dos semanas después sonó el teléfono y nos estremecimos las tres. Hacía mucho que no habíamos recibido noticias de Israel, y el timbre del teléfono anunciaba una llamada internacional. Sulfía descolgó el auricular.

Mientras graznaban por el teléfono, Sulfía comenzó a sonrojarse. Escuchaba con el ceño fruncido, no entendía nada y las manchas de su cara crecían cada vez más por el esfuerzo. Le cogí el auricular de la mano.

Era Dieter, pero yo no le reconocía apenas. Primero porque hablaba rápido y en un tono agudo. Segundo porque no me acababa de quedar claro de qué lengua se trataba.

Entonces entendí sólo una palabra, afortunadamente importante: «invitación».

–Invitación, sí –dije yo–. Para tres. Rosalinda, Sulfía, Aminat.

En el auricular hubo un silencio sepulcral.

–O tres o nada –le comuniqué al silencioso de Dieter.

Después de haber colgado, me volví a Sulfía, que apretaba las palmas de sus manos sobre sus mejillas recalentadas.

–¿Lo ves? –dije–. Nos invita a Alemania.

Los ojos de Sulfía se pusieron enormes.

–¿Cuándo?

–Pronto –dije yo, pero no estaba nada contenta. Ante nosotras se abría un camino larguísimo, y sentía ese panorama como si fuera una piedra en el riñón.

Para meterle prisa a Dieter, necesitaba una foto bonita de Aminat. Toqué al timbre de un vecino del que sabía que se ganaba la vida vendiendo fotos de mujeres. Tuve que llamar durante un buen rato. Cuando por fin me abrió la puerta, vi que sólo llevaba puestos unos calzoncillos.

–¿Qué quieres? –dijo y me miró por el único ojo que tenía abierto. El otro lo tenía aún cerrado.

–Fotos –dije yo. Me dejó pasar al piso y desapareció detrás de una de las múltiples puertas. Miré a mi alrededor. Las paredes estaban blancas, sin tapizar, cubiertas con fotos en blanco y negro de hembras desnudas.

–¿Las has hecho tú todas? –le pregunté en cuanto volvió a aparecer. En la mano llevaba un paquete de leche abierto, un reguero blanco bajaba por su barbilla. Me quedé mirándole y tragué. Me habría encantado preguntarle de dónde había sacado la leche.

Cuando me dijo el precio de las fotos, le pedí que no se anduviera con bromas: el tema era serio.

–Pues háztelas tú misma –me dijo el vecino. Cerré de un portazo.

Podía hacer de todo. Menos sacar fotos. Ni siquiera tenía una máquina fotográfica. Vagamente me acordaba de que Kalgánov se había encerrado hacía años en el baño con una lámpara roja y había sumergido papel en pequeñas palanganas y, lentamente, habían aparecido los contornos de una cara. Pero no confiaba en que Kalgánov fuera capaz de sacar fotografías bonitas.

Fui al estudio de fotografía a la vuelta de la esquina y examiné las fotos del escaparate. Todos los hombres tenían aspecto de asesinos en serie y los niños salían todos bizcos. Y Aminat ni siquiera era fotogénica.

Cuando volví a casa, abrí el armario. Tenía dos abrigos de piel, uno viejo y otro más nuevo que me había regalado uno de mis admiradores cuando aún tenía alguno. Me volví a probar el abrigo una vez más. Últimamente me lo había puesto poco. Porque ya había robos a plena luz del día, sólo un suicida se atrevería a andar por la calle con algo tan valioso encima.

Acaricié el pelo, estaba fresco y era suave, y mimaba mis manos deshechas de tanto fregar platos. Volví a doblar el abrigo y lo metí en una bolsa de deporte negra.

Durante todo el camino hasta la tienda de empeños sentí pálpitos. Me esforcé en parecer una miserable, para que ningún ladrón se pudiera imaginar el tesoro que llevaba en mi bolsa. Cuando por fin llegué, pude volver a respirar tranquila. La vendedora se resistió a ir a la trastienda conmigo y con mi abrigo, así que lo saqué en plena tienda y dije que quería que me dieran inmediatamente el dinero porque no podía esperar hasta que alguien comprara el abrigo para recibir mi parte. Estaba claro que el abrigo no se iba a tirar mucho tiempo en la tienda.

La vendedora miró mi magnífico ejemplar con cierta cara de asco. No me dejé engañar por ello. Esperé a que la mujer hubiera palpado la piel, le hubiera dado la vuelta y hubiera tirado de cada pelito. Su mirada era cada vez más escéptica, y entonces dijo la mitad de la cantidad que yo había esperado en el peor de los casos.

–No –dije yo, ya me sabía yo esos trucos–. Pregúntele a la encargada o, si no, me voy a otra tienda.

La vendedora se encogió de hombros, desapareció y volvió con otra mujer, que se le parecía hasta en el pelo. La segunda mujer ni siquiera me miró a la cara. Empezó a pellizcar la piel con el índice y el pulgar. Yo tenía la impresión de que le estaba haciendo daño a mi abrigo. La segunda mujer dijo una cifra aún menor.

–Pero un momento... –dije yo–, su colega... –la mirada de unos ojos fríos casi sin color me hizo callar. Entendí: por cada palabra adicional me descontaban cinco rublos.

–Quédense con él –les dije y vi cómo arrastraban mi abrigo a la trastienda, volviendo con un montón de billetes hechos trizas. La pérdida de ese tesoro empobreció mi vida un poco más.

Una niña buena

Aminat era una tumba cuando yo le lavé el pelo con los últimos restos de champú extranjero, se lo sequé con un secador y se lo ondulé con un rizador. Renuncié a lazos almidonados y a otros chismes vulgares, pero en cambio sí que obligué a Aminat a ponerse el traje que yo le había hecho para la última fiesta de Año Nuevo. Entonces me había empeñado en que Aminat hiciera el papel de *Snegúrochka*¹⁹ en la obra de teatro del colegio, un papel protagonista que normalmente todas las niñas querían hacer. Yo le había regalado a la profesora dinero y chocolate, y cosido este vestido, un sueño blanquiazul de seda y encaje, que sin embargo nadie se probó: Aminat se negó a ponerse el vestido y a representar el papel. Después de pelear durante días, tuve que dar por perdido el regalo, como si hubiese sido una inversión inútil.

Aminat estaba ahora callada y obedecía como una niña buena. El traje le estaba pequeño. Le amplié el cuello y las mangas y extendí sobre los hombros de Aminat su pelo negro, que había conseguido ondular después de mucho trabajo. Tenía un aspecto infantil y frágil que la hacía más joven de lo que era, salvo por el gesto de su cara, que lo estropeaba todo.

–Tienes que poner cara amable –dije yo cuando se sentó en el taburete alto del piso del vecino.

El fotógrafo estaba junto a la ventana fumando y lanzando la ceniza sobre los viandantes. Decía que no tenía sentido coger la cámara hasta que Aminat no dejara de poner cara de cocodrilo.

–Odio a los niños –dijo él, y yo no pude evitar enrollar en mi dedo uno de los mechones de Aminat y empezar a dar tirones.

–¿Te duele? Así es como me destrozas tú siempre los nervios –dije yo entre dientes, mientras a Aminat se le saltaban las lágrimas del dolor y la rabia. En ese momento el vecino se dio la vuelta, me gritó que me apartara y se puso la cámara delante de la cara.

Estuvo haciendo clic durante una hora, cambió varias veces de película, le daba vueltas al objetivo, probando de frente o de lado. Yo me adelantaba constantemente y clavaba mi dedo índice entre los omóplatos de Aminat para que se sentara derecha, o revolvía su pelo. Cuando todo pasó, Aminat se bajó de la silla y se rascó la cabeza. En su frente había perlas de sudor. Sus rizos estaban pegados y la verdad es que tenía pinta de boba con ese vestido que le estaba tan pequeño.

Yo no me esperaba nada bueno cuando el vecino llamó a la puerta de nuestro piso y me dijo de mala gana que ya estaban las fotos. Subí con él por las escaleras del bloque,

preparándome interiormente para pelear por mi dinero. En un primer momento, cuando vi los rectángulos dispuestos encima de la mesa de la cocina, pensé que se trataba de las fotos de otra persona. Esas fotos mostraban a un ángel aún muy joven, con una tristeza sin límites en sus ojos profundamente negros, con un pelo que parecía movido por una leve brisa veraniega. Hasta que no me incliné más sobre la mesa para mirar más de cerca el traje divino del ángel, no entendí que se trataba de Aminat.

Cogí una foto. Parecía magia. La cara de Aminat, normalmente tan terca y angulosa, irradiaba melancolía. Llegaba al corazón, reflejaba la belleza de la Creación y le llevaba a uno a querer hacer enseguida algo bueno. Sin dudarlo, cogí el sobre con los billetes que me habían dado por mi abrigo de piel, y lo deslicé por encima de la mesa.

–Gracias, maestro –dije.

Le pedí a Aminat que dibujara algo para Dieter. Me trajo una hoja blanca con un árbol desnudo en medio. Le grité que se esforzara un poco más. Entonces se me ocurrió lo siguiente: busqué en una vieja enciclopedia la foto de una tártara en traje tradicional y puse el grueso libro abierto delante de Aminat.

–¿Quién va por ahí así? –preguntó Aminat.

–Tus antepasados –dije yo.

Aminat se inclinó sobre las páginas abiertas y deslizó sus dedos sobre las figuras coloridas, los gorros inclinados, los trajes encordelados. La enciclopedia mostraba los incontables pueblos de la Unión Soviética vestidos con sus trajes tradicionales.

–¿Son personas de verdad? –preguntó ella.

–Dibuja este traje –dije yo.

Contra todo pronóstico, a Aminat le gustó hacerlo. Copió el traje dibujándolo con bastante exactitud y lo coloreó con rotulador. Sobre el cuello pintó una cara con las mejillas sonrosadas, oscuros ojos rasgados y pelo negro peinado en dos trenzas.

–Escribe tu nombre debajo –le dije–. Y encima pon: Para Dieter. Espera, escríbelo en alemán, yo te enseño.

Metí el dibujo en un sobre y una sola foto dentro. No se las había enseñado a nadie, sino que las había metido inmediatamente en el armario debajo de un montón de ropa. Lo tenía claro: aquellas fotos eran como una droga que debía dosificarse bien. Escribí en el sobre la dirección de Dieter y lo llevé a Correos.

Pasaron un par de semanas hasta que volvió a sonar el teléfono en nuestra casa. Mi carta había llegado. Dieter parecía muy cortado. Me pidió que le diera las gracias a Aminat por el dibujo que le había hecho. Se lo prometí. Esperé a que dijera algo de la foto, pero Dieter ni la mencionó. O sea: que lo había entendido todo.

–Invitación –repetí yo en mi perfecto alemán de colegio–. Invitación para tres.

Un mes después nos llamó un desconocido y dijo que Dieter le había dado un paquete para nosotras. Fui a recogerlo. Era una bolsa de plástico preciosa que tenía impresa una

foto con fresas rojas de verdad. Una vez en casa, llamé a Aminat y a Sulfia y le di la vuelta a la bolsa sobre la mesa de la cocina. Cayó un sobre marrón en el que encontré la invitación. Y además: tres tabletas de chocolate, una bolsita de avellanas, un paquete de chicles de menta, dos tubitos con pastillas efervescentes que olían a frutas (le dimos unas cuantas vueltas hasta que pudimos descifrar en un lado la palabra «Vitaminas»), una lata de leche en polvo y un gran paquete verde decorado con flores de cerezo rosas y la cara sonriente de una mujer. La palabra alemana para decir «compresas», *Damenbinden*²⁰ me hizo pensar que quizá fueran vendas.

–Mira con qué gusto empaquetan los extranjeros incluso los productos sanitarios –le dije a Sulfia.

Las dos estaban tan ocupadas con los chismes de colores que no se habían dado cuenta de lo más importante: un pequeño sobre de papel blanco que contenía marcos alemanes.

–Pensad lo que os queréis llevar –les dije–. Nos vamos a Alemania.

Aún fueron necesarios varios meses, un montón de dinero y muchos nervios hasta que conseguimos recopilarlo todo. Me fui a Moscú. Después de pasarme veintisiete horas en el tren, me planté en la embajada de Alemania hasta que me dieron los visados y los billetes de avión, y conseguí los certificados pertinentes: que ninguna de nosotras estaba enferma ni de la cabeza ni de nada contagioso, y que tampoco teníamos antecedentes penales. Corrí de una ventanilla a la siguiente, equipada siempre con un arsenal de regalos.

El último dinero que nos quedaba lo invertí en *souvenirs*. Llamé a familiares y a amigos, y metí en la maleta cosas que suponía que le gustarían a todo el mundo en Alemania: cucharas de madera pintada de todos los tamaños, príncipes rusos de metal, chapas con los personajes más bonitos de las series de dibujos animados.

Hicimos dos grandes maletas y las atamos con cuerda de tender para que no reventaran. Hacía casi quince años que no las utilizaba. Aquella vez habíamos ido al Mar Negro.

Estaba un poco nerviosa y sobre todo muy cansada. Kalgánov nos llevó en coche al aeropuerto. Miré la lluvia a través de la ventana, no tenía ninguna gana de volver allí nunca más.

Kalgánov cargó con nuestras maletas completamente abatido. Sulfia le quiso ayudar, pero yo se lo impedí.

–Te traeremos algo –le dije yo para animarle.

–No hace falta, Rosita –dijo él. Me besó, se inclinó como pudo hacia Aminat, abrazó a Sulfia, que sollozaba. Me estaba poniendo de los nervios, y le dije que alguien como ella no podía viajar más allá del barrio de al lado, como mucho.

Me sentía vacía y agotada, e intentaba animarme con la imagen de las botas de invierno que me compraría nada más llegar a Alemania.

El país que nunca nos había conquistado

Sulfia y Aminat no habían volado nunca, y mi única experiencia había sido treinta años atrás. Estábamos tan nerviosas que parecíamos niñas, por lo menos en el caso de Sulfia y en el mío. Todo nos parecía que era como por arte de magia, sobre todo las azafatas y los cinturones de seguridad.

–¡Mira, mira! –gritaba Sulfia todo el rato. Señalaba el ojo de buey en el que siempre se veía lo mismo: nubes, blancas como algodón de azúcar. Aminat callaba y miraba a su alrededor con los ojos medio cerrados. Su gato Parásito había aprovechado el trajín de las maletas para escaparse de casa, y cuando nos fuimos no había aparecido. Por lo visto, el animal era más inteligente de lo que yo había pensado.

Aterrizamos en Moscú. Para hacer el transbordo teníamos que esperar día y medio.

Había oído que habían abierto un restaurante nuevo en la calle Maxim Gorki, delante del que se formaban unas colas enormes. Fuimos en metro hasta allí, y era verdad: si uno estaba en un extremo de la cola, no podía ver el extremo contrario. Nos pusimos a la cola, lógicamente. Me turnaba con Sulfia: la una guardaba el puesto, la otra descansaba del dolor de piernas en un banco del parque al sol. Después de tres horas y media, habíamos alcanzado nuestro objetivo. Nos estudiamos las fotos en color de los diferentes platos, que colgaban ampliadas en las paredes, repetimos en voz alta nombres que nunca habíamos oído hasta entonces. Pedimos patatas cortadas en rodajas finas, crujientes y esponjosas, carne en un panecillo increíblemente blando y *vareniki*²¹ rellenos de manzana y fresas silvestres. Todo estaba sofisticadamente envuelto en papel y servido, además, en pequeñas cajas de cartón.

–Es un restaurante muy bueno –le dije a Sulfia.

En una mesa alta sacamos nuestra comida de su envoltorio. En muy poco tiempo, todas las cajas estaban vacías. Metí dos de ellas en mi bolso, porque me parecieron muy prácticas. Cuando salimos del restaurante tuvimos que pasar junto a una señora que decía:

–¡Gracias por su visita y hasta pronto!

Sulfia se dio contra la pared de lo aturdida que se quedó y ni a mí misma se me ocurrió una buena manera de responderle.

Cuando ya habíamos andado un par de metros, me di la vuelta, miré la larga cola de aquellos que aún esperaban para entrar en ese templo de la degustación, y tuve la sensación de haber degustado Occidente por primera vez.

De Moscú volamos a Frankfurt. Ya no fue tan excitante. Aminat miraba en silencio a

través de la ventanilla. Estaba cansada, habíamos estado paseando mucho por Moscú, y no le había dejado de doler la tripa.

En Frankfurt el aire era más cálido que en Rusia. Cambié la hora de mi reloj.

—Ahora vivimos con hora alemana —dije yo.

Nuestras maletas no habían sido abiertas por el camino. El corazón me latió tan fuerte antes de pasar por el control de pasaportes que tuve miedo de que se me pudiera salir del pecho. Me preocupaba que algo no estuviera bien en nuestros pasaportes o visados.

Un chico joven con un uniforme elegante abrió mi pasaporte. Sus manos eran bonitas y estaban tan cuidadas como las de una mujer. Miró el visado holográfico, volvió a hojear el pasaporte, miró mi foto y luego me miró a mí. Noté cómo se me congelaba la sonrisa. Él guiñó el ojo, cerró el pasaporte y me lo dio. Yo lo tomé, cogí a Sulfia por el codo (su pasaporte le había interesado mucho menos al funcionario de aduanas), agarré a Aminat con la mano que me quedaba libre y anduvimos entonces las tres juntas un par de metros y, por fin, llegamos a Alemania.

Casi no me lo podía creer: estábamos en el extranjero, las tres, y no en cualquier sitio, sino en Alemania. En el país que nunca nos había conquistado. Estaba orgullosa de mí. Aminat acababa de cumplir los doce y ya había cruzado una frontera, algo que yo hasta aquel momento sólo había podido leer en los libros.

Todo estaba muy limpio. Nuestros zapatos se reflejaban en el suelo.

Fuimos con nuestras maletas al encuentro de Dieter.

En un primer momento, no lo reconocí en absoluto. Sulfia fue la primera que lo vio y lo señaló con el dedo: un gesto horrible que yo había conseguido que Aminat dejara de hacer.

Su cara era aún más redonda. A través de su pelo mucho más corto se vislumbraba la piel rosa de la cabeza. La tripa le colgaba sobre el cinturón.

—¡*Buenos días!* —gritó Sulfia en alemán, corrió hacia delante y se le tiró al cuello.

Aminat y yo nos quedamos mirando cómo le daba palmaditas en la espalda a Sulfia e intentaba sacudírsela de encima.

No hizo ni el gesto de ayudarnos a llevar las maletas. Caminaba a nuestro lado y nos iba indicando el camino con la mano. Entre tanto le intentaba coger la mano a Aminat, sin conseguirlo.

Alemania resultó ser verde y despoblada. Anduvimos largo rato en coche. Dejamos la autovía, cogimos otras carreteras que eran más pequeñas y estrechas, pasamos junto a colinas y bosques.

—Aquí es —dijo Dieter cuando paramos ante una casa gris de varias plantas.

Por lo visto, la casa no era toda de Dieter, sino sólo un apartamento en el último piso. Entramos en él y yo enseguida eché un vistazo a mi alrededor. Lo primero de lo que me di cuenta fue de que las paredes estaban inclinadas. Parecía que se iban a desplomar

sobre la cabeza de uno en cualquier momento. Dejé la maleta y fui hacia el interior del piso. Era difícil decir dónde terminaba una habitación y empezaba la siguiente. No había puertas.

Pasé por un arco y llegué a la cocina. Todo estaba desnudo. Ni una alfombra, pocos muebles. Parecía como si Dieter se acabara de mudar a ese piso y no hubiera desempaquetado aún las cajas de la mudanza. Me preguntaba cómo podría uno vivir allí. Pero todo estaba limpio. Dieter nos mostró el cuarto en el que había una mesa con un ordenador de verdad, un sofá y, junto a él, un colchón inflable.

Entendimos enseguida que nosotras dormiríamos allí.

–Dos personas –dijo Dieter–. Y Aminat... aquí –señaló al interior del piso.

–¿Qué dice? –preguntó Aminat, tensa.

Nadie le respondió.

Le hacía falta una mujer

–Vuestra primera comida en Occidente serán unas hamburguesas –dijo Dieter.

Nos sentamos a la mesa: platos blancos, cubiertos grises, servilletas decoradas con flores. Ante nosotras, un plato con unas albóndigas de carne y otro con panecillos partidos por la mitad, rodajas de tomate y de pepinillos, lechuga troceada y una cosa que habíamos descubierto el día anterior en el McDonald's: kétchup. Daba la impresión de que Dieter aún no hubiera terminado de cocinar. No había ninguna duda: le hacía falta una mujer.

Me quedé mirando cómo cogía Dieter uno de los panecillos, lo abría, metía dentro una albóndiga y la rociaba con kétchup. Encima puso la verdura cruda y la otra mitad del panecillo. ¡Y esta persona había tenido el valor de ponerle peros a mi extraordinaria cocina! Condujo el engendro a su boca, la abrió tanto que se podían ver las coronas doradas de sus dientes, y entonces mordió. La lechuga crujió entre sus dientes y el zumo de tomate salpicó nuestras caras.

Intercambié miradas con Sulfia, a continuación miré a Aminat y asentí. Las tres a la vez cogimos un pan y lo abrimos. Intentamos imitar a Dieter, metimos las manos en los platos, amontonamos la verdura y la salpicamos de kétchup. Aminat no era capaz de abrir tanto su boca para poder morder, así que volvió a desmontar el bocadillo.

Después de un tiempo que nos pareció adecuado dijimos «Gracias». Cada una de nosotras teníamos restos en el plato, sólo nos habíamos comido el pan, porque teníamos muchísima hambre.

Dieter empezó a recoger los platos. Yo le hice un gesto a Sulfia con la cabeza. Ella se levantó para ayudarle. Eso irritó a Dieter. Sulfia ya se estaba atando el delantal, quería fregar los cacharros. Demasiado pronto. Dieter intentaba quitarle el mandil. Sus cuerpos se tocaron. Finalmente Sulfia se sentó y Dieter volvió a poner sobre la mesa un plato grande más, cuya visión hizo sonreír a Aminat.

Sobre la mesa había más dulces de los que había visto en toda mi vida. Pequeñas tabletas de chocolate envueltas en papeles de colores, cuadradas y redondas metidas en envoltorios dorados, pequeñas cajas, una de las cuales abrió Aminat enseguida: cayeron pastillas de todos los colores que eran también de chocolate, largas barritas rellenas de una crema espesa y dulce. Almendras cubiertas de chocolate y también pasas, e incluso manzana, galletas, con o sin chocolate, cosas extrañas de gelatina, caramelos, barquillos...

Aminat se estaba portando mal. Pero es que tenía también mucha hambre después de esa comida intragable. Empezó a coger dulces con las dos manos. El resto nos quedamos sentados como si fuéramos de piedra, mientras ella se metía dulces en la boca,

bruscamente, desesperada por la idea de no ser capaz de probar todo inmediata y simultáneamente.

–Despacio, despacio –le susurré yo, pero Aminat no me escuchó.

–¿Y qué? ¿Está bueno? –preguntó Dieter en ruso.

Ella lo miró con la boca llena y la barbilla manchada, y asintió con desgana.

Le expliqué a Dieter que, para empezar, Aminat no dormiría en el sofá del cuarto de estar, sino conmigo en el cuarto pequeño. Sería Sulfia quien se echaría en el cuarto de estar. Le dejé claro que desde aquel momento él dejaba de ser quien llevara los pantalones en casa. La distribución de los lugares para dormir era mi tarea.

Aminat se tiró sobre el colchón inflable todo lo larga que era. Estaba tan cansada que no se podía ni lavar los dientes. La desnudé con ayuda de Sulfia y la acosté, mientras Dieter estaba parado en la puerta y nos miraba.

Aminat concilió el sueño rápidamente, pero yo no fui capaz de dormirme hasta pasado un buen rato. Y cuando ya tenía la sensación de estar quedándome frita, escuché un ruido horrible. Aminat estaba de rodillas sobre el colchón vomitando y lo que acababa de devolver había puesto todo perdido. Eran cantidades que me parecieron imposibles. Mientras yo aún seguía pensando que estaba en medio de una pesadilla, Sulfia vino a ver qué pasaba y reaccionó inmediatamente. Cogió la cabeza de Aminat y la puso sobre nuestra maleta, cuyo contenido vació antes rápidamente en un rincón.

Un minuto después todo había pasado. Aminat se enroscó sobre el colchón y siguió durmiendo como si nada. Gemía un poco. Sulfia y yo nos miramos y luego dirigimos la vista a nuestro alrededor. Era una catástrofe.

–Cierra la puerta –le dije, y nos pusimos manos a la obra.

Naturalmente nos fue imposible ocultarle a Dieter este desagradable acontecimiento. Porque olía demasiado mal, por mucho que hubiéramos abierto las ventanas enseguida. Recogimos el vómito de Aminat con las camisetas grises de Sulfia, porque no sabíamos dónde guardaba Dieter los trapos para limpiar. Varias veces crucé sigilosamente el pasillo hasta el baño: la primera vez para coger papel higiénico y frotar con él el suelo y las paredes, luego otra vez para tirar el papel usado al váter. Por desgracia Dieter salió justo en ese momento del cuarto.

–Aminat enferma –le expliqué a Dieter y volví a tirar una vez más de la cadena. Dieter se acercó y miró dentro. Un remolino de papel sucio daba vueltas en el agua. El nivel del agua no descendió y a continuación empezó a subir más.

–¡Taponado! –gritó Dieter con voz aguda, lastimosa. Esta palabra alemana no la conocía aún, pero no prometía nada bueno.

Por suerte no entendí lo que Dieter dijo a continuación. Dieter nos dio un cubo de plástico de colores y un extraño objeto blando (ambas cosas parecían más juguetes que útiles de limpieza) y volvimos a frotar la alfombra con un agua espumosa y aromática.

Desgraciadamente se seguían viendo las manchas, y sólo conseguimos que el terco olor ganara un par de matices de vinagre y limón.

Aminat se despertó tarde, tenía hambre. Le mandé que se duchara y se lavara los dientes, para que al menos oliera bien, y le prohibí comer dulces.

Una vez que Dieter se hubo recuperado de este incidente, nos contó lo que tenía planeado: ciudades que visitaríamos, fortalezas, castillos y un zoo. Me llevé una bolsa de plástico al coche y pedí a Dios de corazón que dejara el contenido del estómago de Aminat allí donde tenía que estar. Temía que Dieter no fuera capaz de superar otro ataque a su propiedad.

Tuve que pensar bien qué se ponía cada uno, porque no teníamos mucha ropa. Había metido un vestido rojo en la maleta, y ése fue el que me puse, junto con unas sandalias doradas. En vez de un bolso me llevé la bolsa de plástico con las fresas. Sulfia se puso unos vaqueros sin forma y una camiseta. Después me di cuenta de que Sulfia había acertado plenamente con el estilo de las mujeres alemanas: cara lavada, sin maquillar, zapatos planos y nada de faldas.

Dieter nos llevó a Frankfurt, donde fuimos a pasear sobre adoquines y a lo largo de la orilla del río. En cada esquina había un puesto donde se vendían salchichas, helado y crepes. Me habría encantado probar de todo, pero no tenía dinero. Ya sólo me quedaban dos billetes de diez marcos, pero los había dejado en la maleta porque me parecía que allí estarían más seguros. Todas teníamos un hambre terrible.

Finalmente le dije a Dieter que una niña tenía que comer a menudo, porque, si no, no crecía. Entonces le compró un trozo de pizza a Aminat y más tarde una bola de helado. Al menos había alguna persona en Alemania a quien no le daba completamente igual que Aminat tuviera hambre.

Bueno con Sulfia

Así que visitamos varias ciudades. No podía ya decir cuál de todos los adoquinados había destrozado mis tacones. Tenía ampollas en los pies. En un momento dado había visto ya suficientes castillos. Quería ir de compras y se lo dije a Dieter. Noté enseguida que la idea no le gustó nada. Le dije que igual podríamos comprar un par de cosas para Aminat. Percibí en su cara su lucha interior. Sí, aquí nadie nos regalaba nada.

Nos sentamos en el sofá de su cuarto de estar y no nos dijimos ni una palabra. Dieter se miraba las uñas. Sulfia ordenaba sus postales, que él le había comprado en un alarde de generosidad. Aminat miraba la luz y bostezaba. Entonces noté su cabeza sobre mi hombro y el calor de su aliento en mi cuello. Se había dormido.

Le di un empujón a Aminat para que se apoyara sobre el respaldo del sofá. Entonces me puse de pie y salí del cuarto. Cuando volví, Dieter estaba sentado en mi sitio. La cabeza de Aminat descansaba ahora sobre su hombro. Yo no dije nada y me senté en el sillón bajo que estaba enfrente de él. Sulfia levantó brevemente la vista de sus postales y sonrió conmovida.

–Sulfia –dije–, tráeme un vaso de agua.

Cuando estuvo lo bastante lejos, me incliné por encima de Aminat, que dormía plácidamente, y le susurré a Dieter al oído:

–¿A que estaría genial que Aminat se pudiera quedar aquí?

Se estremeció.

–Si su madre se casa con un alemán, entonces Aminat se podría quedar en Alemania –le dije.

Sulfia volvió con el vaso de agua. Lo puse sobre la mesa delante de mí. No tenía sed, de repente me había entrado un sueño horrible. Así que me fui a dormir y los dejé solos.

Por la mañana tenía jaqueca. Ése era un tormento nuevo. No podía ni siquiera levantarme de la cama. Cuando abrí mis ojos doloridos, Aminat ya estaba despierta. Estaba tumbada sobre el colchón con la mirada perdida. En ese aspecto se empezaba a parecer a su madre. Le tuve que decir que aquello no podía seguir así. Que en Alemania no se podía pasar una el día tirada como una vaga. Que aquí a uno no le regalaban nada ni le hacían las cosas.

Pero no podía decir nada, porque cada palabra dicha, cada pensamiento incluso, suponía un dolor en mi irritado cerebro. Le pedí a Dios que alguien echara las cortinas por mí.

Aminat me miró. Yo intenté no pararme a pensar por qué no conseguía recordar el

momento en que Aminat me había dejado de querer.

Me sentía como si me hubieran desenchufado de la corriente. La única que se preocupaba por mi estado era Sulfia. Se sentó junto a mí y me puso su mano fría sobre la frente. Luego me trajo una pastilla y cerró las cortinas.

Dios había tomado las riendas de la situación. Yo ya lo había preparado todo. Por lo menos las cosas resultaron tal y como yo las había urdido. Porque un poco más tarde se sentó Sulfia a mi lado en el borde de la cama y me quitó el trapo mojado de la frente que antes había empapado en agua fría y colocado en el congelador, y que ya se había calentado sobre mi piel. Lo cogió y me lavó la cara con él. Eso me molestó.

–Te tengo que contar algo –dijo ella seria y en voz baja. Casi no se la oía.

–Habla más alto, que no te entiendo –le dije.

Ella levantó la voz, pero sólo por un instante. Me dijo que Dieter le había ofrecido quedarse con Aminat. Que allí podía ir al colegio y que él se ocuparía de ella. Y que a ella le había parecido una oferta extraordinaria.

Yo me incorporé indignada, tiré la manta a un lado y me levanté. El dolor golpeaba mis sienes, pero yo lo ignoré. Me vestí y llamé a la puerta del dormitorio de Dieter.

Él estaba tumbado en la cama y se sobresaltó al entrar yo.

Era la primera vez que entraba en su dormitorio. Siempre lo cerraba con llave cuando salía y nos dejaba solas en la casa.

Curiosa, eché un vistazo a mi alrededor.

En este cuarto había una gran cama. En un rincón había una tabla de planchar, sobre la que yacía una camisa. En las paredes colgaban fotografías que mostraban no sé qué cabañas delante de las que jugaban niños pequeños con los ojos rasgados. Rápidamente encontré lo que buscaba: la imagen angelical de Aminat estaba en su mesita de noche. Cuando Dieter apoyaba la cabeza sobre la almohada, podía mirar a Aminat directamente a los ojos.

Dieter protestó, pero yo ya me había acostumbrado entre tanto a entender sólo lo que me interesaba.

–*Aminat se queda si Sulfia y yo se queda* –dije yo en mi alemán impecable–. *Si no, no. Si no Aminat ya conmigo a casa. Y entonces con otro hombre a Alemania.*

Me senté en su cama y crucé las piernas. Tenía unas piernas bonitas, pero a Dieter no le interesaban mis piernas.

–*Bueno con Sulfia* –le dije–. *Tú bueno con Sulfia. Sólo así.*

Me recosté. Dieter apartó la mirada, asqueado.

–*Aminat, Sulfia, Rosalinda* –repetí–. *Sólo juntas.*

Dieter se decidió y, gracias a ello, se convirtió en un tipo más agradable. A lo mejor estaba tan impresionado por su propia valentía que ya todo le daba igual. Durante unos días olvidó incluso su tacañería. Se fue de compras con Aminat y Sulfia y volvió con un

montón de camisetas blancas con Mickey Mouse, vaqueros y zapatillas de deporte blancas como la nieve, con las que uno no podía atreverse a caminar más que en calles alemanas recién lavadas.

Sulfia brillaba de alegría. Estaba pasando por unos días felices. No sé cómo se podía ser tan tonta como para tomar la leve atención de Dieter por verdadero afecto. Sulfia le achacaba a la otra cultura y al carácter retraído de Dieter todo lo que pudiera resultar extraño. No en vano se ganaba un par de gramos de su simpatía cuando, al irse ellos de compras, no quería que él le comprara nada. Absolutamente nada. Ni siquiera cuando nos íbamos sólo nosotras dos.

Le pedí a Dieter 150 marcos (me parecía que todo marco que diera por nuestra pequeña era poco) y me llevé a Sulfia de zapaterías y a las secciones de perfumería. Pero ella no ponía ningún interés, ni siquiera mostraba entusiasmo por la variedad y belleza de los productos. Sonreía cuando, en el supermercado, yo le sacaba fotos con la cámara de Dieter a la variedad de clases de yogur. Quería enseñárselo a Klavdia. Pero Sulfia no se probó nada. Lo único que le compramos fueron cinco bragas blancas.

No me pregunté qué era lo que Sulfia pretendía con esa actitud. Dieter le había hecho una propuesta de matrimonio. La había besado en la mejilla. Sulfia lo tomó por un romántico. Lo quería y estaba contenta. Nunca se preguntó qué pensaría un hombre como Dieter de una mujer como ella.

Fue Sulfia quien volvió a casa para solucionar un par de asuntos. A mí me quedó claro que no se podía dejar a Aminat sola con Dieter. Aunque era un cobarde, yo no me fiaba de nadie. Devolvimos dos de los billetes de avión. Casi no me podía creer la suerte que teníamos. Era justo lo que había deseado con todas mis fuerzas: no tener que volver a usarlos nunca más. De modo que Sulfia voló sola. Recibió órdenes precisas de mi parte: lo que tenía que decirle a cada uno, lo que tenía que hacer, qué documentos tenía que conseguir. Dieter y Sulfia ya habían ido al registro y habían traído una lista de papeles que les hacían falta para poder casarse. En Alemania, la boda era por lo visto una ceremonia oficial. Bueno, no me asustaba. Más tarde, cuando Sulfia volviera, sería yo la que volaría a casa para solucionar el resto de eventualidades.

No le dijimos a Aminat que no volvería nunca más a Rusia. Sólo le dijimos que se tendría que quedar un poco más aquí. Que tendría que ir al colegio, comprarse un par de cosas bonitas, aprender un poco de alemán. No le pregunté nunca lo que le parecía todo aquello.

Estaba muy orgullosa de mí. Aminat estaba en Alemania. Y yo estaba a su lado.

Y Sulfia iba a casarse por tercera vez.

Puedes estar contenta

Sí, estábamos en Alemania, en el piso de tres habitaciones de Dieter. Yo había conseguido un permiso de residencia limitado. Lo primero que hice fue quitarle a Aminat todos los libros en ruso, para que a partir de entonces sólo leyera alemán. Lo segundo fue decirle a Dieter que la matriculara en el colegio. Los niños tenían que ir a la escuela. Lo noté enseguida: a Dieter le gustaba hacer las cosas tal y como había que hacerlas. Ya de por sí se apartaba demasiado del camino correcto como para arriesgarse a tomar más bifurcaciones.

Poco a poco empecé a enterarme más de dónde nos encontrábamos. Dieter vivía en un barrio periférico de una ciudad que no era ni muy grande ni muy bonita. Un autobús iba hasta el centro, cada hora para ser exactos y siempre puntual. En la parada de autobús colgaba un horario de autobuses. Los alemanes tenían bien organizadas ese tipo de cosas.

El viaje al centro costaba 3,40 marcos. Carísimo, como me explicó Dieter. Sobre todo si también uno quería volver en autobús. Él iba de vez en cuando en coche al centro, y entonces nos llevaba a mí y a Aminat.

Dos semanas después de que Sulfia se hubiera marchado, Aminat empezó el colegio. Tenía que ir al centro en autobús y luego coger un tranvía.

Compramos cuadernos y bolígrafos, y Dieter cogió una mochila de la buhardilla. Según nos explicó, allí los niños iban con eso al colegio. Hojeamos las páginas tan brillantes de los cuadernos y olimos la goma nueva, que parecía una fresa.

–Puedes estar contenta –le dije a Aminat.

Aminat miró para otro lado.

De vez en cuando recogía yo a Aminat a la salida del colegio, para ver cómo se iba integrando. Encontré el colegio enseguida, porque me crucé con un río de niños gritando. Los niños alemanes, las cosas claras, eran muy ruidosos. Algo de lo que ya me había dado cuenta en el tranvía. Gritaban por todo el vagón. Primero pensé que se iban a zurrar de un momento a otro, pero sólo se reían. Me di cuenta de que la mayoría de los niños estaban vestidos de forma descuidada. Siempre procuraba que Aminat saliera de casa con las trenzas bien hechas y un pantalón planchado. Era algo por lo que destacaba.

Fue fácil pescar a Aminat en ese río de alumnos. No sólo porque era la única con la ropa planchada, sino porque estaba siempre sola y se movía a un ritmo distinto del resto de niños a su alrededor. El gesto de su cara impedía que nadie le dirigiera la palabra.

Yo me preguntaba qué era lo que le faltaba. Si estaba ya en Alemania. Si tenía bolis

nuevos y camisetas. La llevaban casi todas las mañanas en coche al colegio. Y a pesar de todo miraba de esa manera.

La aparté a un lado y le dije que así no podía seguir. Dieter aún no se había casado con Sulfia. Aunque ya habían ido juntos al registro, fue sólo para que les dieran la lista de los documentos necesarios. Aún podía echarse para atrás sin mayor problema, porque aún no estaba atado más que por su palabra, y en el caso de un hombre eso significaba menos que nada. Si Aminat se seguía comportando así, entonces Dieter nos podría llegar a mandar de vuelta y buscarse donde fuera a una jovencita buena y cariñosa.

Todo eso se lo expliqué a Aminat una noche en el cuarto que compartíamos. Yo dormía en el sofá y ella seguía haciéndolo sobre el colchón hinchable. Le había ofrecido dormir conmigo, pero ella no quiso. No quería acercarse a mí. Y mucho menos a Dieter. Pero se esforzaba: porque le había dicho que, sin Dieter, mamá no podía volver a Alemania. Y le dije además que entonces nunca podría curarse. Poco antes de partir para Alemania nos habíamos enterado de que Sulfia estaba enferma. Su cuerpo destruía desde dentro algunos órganos. Por eso se sentía cansada tan a menudo y tenía que tomar medicamentos. Le dije a Aminat que la salud de Sulfia dependía ahora sólo de ella.

No dejé que Aminat escribiera a sus amigos. Quién sabe, quizá nos veíamos obligados a tener que volver. Era mejor que los amigos no se enteraran de que habíamos estado en la rica Alemania. Tampoco se podía llamar por teléfono porque era muy caro.

Aminat le escribía cartas a Sulfia. Yo las leía antes de meterlas en el sobre. Aminat escribía muchas cartas y cada una empezaba con las palabras: «Querida mamá: ¿Cómo estás? Yo estoy bien». Yo las recopilaba y enviaba varias en un sobre para ahorrar en sellos.

Dieter dijo que no estaba en condiciones de alimentarnos. Él tampoco trabajaba, sino que escribía en su ordenador y rebuscaba en no sé qué libros. Escribía él mismo algunos: yo había descubierto en la estantería unos cuantos en los que ponía su nombre. Pero probablemente no había nadie que quisiera comprarlos.

Dieter me dijo que yo podía hacer algo. Le respondí que encantada, que toda mi vida había estado trabajando en buenos puestos. Que Dieter se preocupara por alimentar a su nueva familia, es decir a Aminat y a Sulfia, que yo ya me las apañaría sin él. Seguro que aquí había alguna escuela de pedagogía.

Cuando le dije eso a Dieter, se rió con ganas. Llegué incluso a pensar, por cómo se reía, que había sufrido un ataque de nervios. Ya me había dado cuenta antes de que tenía un par de tics. Entonces me dijo:

–No sabes nada de alemán.

Claro que sabía alemán. Se lo intenté explicar a Dieter en su idioma, pero él no me quiso entender, de la misma manera en que a veces yo tampoco quería comprenderle. Entonces me contó algo sobre mi permiso de residencia sin permiso de trabajo y me dijo que tenía una idea sensacional para mí.

Dos días después tenía trabajo.

Dieter me puso en la mano un papel con una dirección, un mapa de la ciudad y 6,80 marcos para el autobús. Salí de casa dos horas antes de la cita. Al fin y al cabo yo nunca llegaba tarde, por lo menos no cuando se trataba de un trabajo importante. Y aquél iba a ser mi primer trabajo en Alemania. Me vestí bien, un pantalón estrecho, una blusa color crema, medias, zapatos nuevos de tacón alto. Me recogí el pelo y subrayé convenientemente los rasgos de mi cara con polvos, colorete y sombra de ojos.

Tuve algunas dificultades con la dirección. Le pregunté a varias personas en la calle. Lo que me dijeron era difícil de entender porque hablaban demasiado rápido y poco claro. Yo les mostraba mi mapa, y ellos recorrían con su dedo índice las calles, clavando la uña donde estaba mi supuesta meta. Todo eso sin mirarme a los ojos. Fue un gran acierto por mi parte el haber salido con tiempo.

En un momento dado estaba delante de una verja con una portezuela. Comparé el nombre debajo del timbre con el nombre en mi papel: Schmidtbauer. Un nombre rarísimo, pero así debían de llamarse muchos en Alemania. La pradera delante de la casa estaba muy cuidada: toda la hierba tenía exactamente la misma altura. Los alemanes tenían su césped controlado.

Un poco más atrás había un tobogán de plástico de color y un cajón de arena con moldes pequeños y palas. Debía de ser una guardería. Bueno, aunque no era una maestra de jardín de infancia, sí que era una pedagoga.

Apareció una mujer en la puerta. Lo primero que deseé fue que no fuera mi jefa. Por aquel entonces era algo muy común que los superiores fueran más jóvenes que sus colegas. La mujer me hizo pasar. Llevaba el pelo corto y tenía ojeras debajo de los ojos. Pude ver cómo asomaba el tirante de su sujetador por su escote. Me pareció un detalle de descuido. Me indicó que pasara a un cuarto grande en el que había un sofá blanco y varios sillones. ¿Una sala de reuniones? Señaló un sillón y yo me senté.

Entonces entendí que me preguntaba si quería tomar algo.

–Café –dije yo–. Con leche y azúcar.

La mujer me trajo un café cubierto de espuma. Lo probé: se le había olvidado el azúcar.

–Azúcar –repetí.

–Oh, disculpe –dijo, se levantó y me trajo un bote metálico y una cuchara.

No había casi ruido, probablemente hubieran recogido ya a todos los niños. Me di cuenta de que ésa no era una guardería normal. Tenía aspecto de ser muy exclusiva, lo que normalmente significaba niños maleducados, bien lo sabía yo como pedagoga.

Intenté entender lo que la mujer me decía. Me hizo un gesto con la mano: una invitación a que la siguiera. Me puse de pie con elegancia. No todo el mundo es capaz de levantarse con tanta dignidad de un sillón blando. Yo sí.

Seguí a esa mujer que me enseñaba los cuartos haciendo círculos con las manos. Parecía un poco nerviosa. En la cocina abrió el microondas y volvió a hacer movimientos

circulares. Seguimos avanzando, me enseñó el cuarto de baño e incluso la escobilla del váter. Subimos por la escalera de mármol y yo estaba sorprendida: la habitación que ahora me enseñaba era claramente un dormitorio; ¿se pensaba que yo me quería mudar allí?

Entonces abrió una puerta, le dio al interruptor y se hizo a un lado. Yo miré dentro con curiosidad.

Era un cuarto muy pequeño en el que prácticamente sólo había estanterías. En las estanterías había botellas y tubos con cremas. Los había visto muchas veces en los supermercados: eran productos de limpieza.

La mujer hizo un gesto como invitándome a algo.

Entonces se marchó. Yo me quedé parada mirando todos esos botes de colores. Nunca había visto juntos tantos productos químicos de limpieza. La mujer volvió y me dio un par de guantes de goma. En la otra mano tenía unas pantuflas naranjas. Las colocó delante de mis pies y me dejó a solas.

Se trataba claramente de un malentendido. Pensé qué podía hacer yo en esa situación. Entonces me quité los zapatos y metí los pies en las pantuflas. Me dejé puestas las medias: nunca se sabe quién podía haberlas tenido puestas antes que yo, y lo último que me faltaba era tener hongos alemanes entre los dedos de los pies. Dejé mis zapatos en un estante vacío del cuarto de la limpieza.

Me puse los guantes y me miré de arriba abajo. No estaba vestida para la ocasión, pero por suerte pude trabajar bien sin mancharme. Llené el cubo con agua, eché algo azul celeste dentro y empecé a fregar el suelo.

Estuve fregando unas tres horas. Había mucho suelo en esa casa. Aunque, eso sí, estaba bastante limpio. Enseguida me empecé a aburrir. De modo que dejé el suelo en paz y empecé a buscar suciedad en otra parte. Miré en la cocina debajo de la mesa, donde había migas. Las recogí inmediatamente. Miré en el fogón. Era una superficie lisa que estaba llena de manchas. Estaba cogiendo una esponja del fregadero cuando la mujer apareció detrás de mí y empezó a gesticular como una loca.

–¡Vitrocerámica delicada! ¡Vitrocerámica delicada! –decía.

Yo me encogí de hombros y me seguí ocupando del suelo.

Se quedó junto a mí. Cuando me fui al dormitorio, me trajo una aspiradora. La enchufé y empecé a pasarla por debajo de la cama. En ese momento entendí que era *su* cama. Lo que no comprendí era por qué me había llevado hasta allí. Yo nunca habría permitido que entraran extraños en mi dormitorio, aunque hubiera sido tan vaga como para no ordenarlo.

Chisporroteaba dentro del tubo: la aspiradora se había topado con suciedad. La pasé alrededor de la mujer y aspiré en los rincones. Entonces levanté la vista al techo y descubrí un par de telarañas. Las aspiré también. Me olvidé del tiempo y no paré hasta

que no me tocó el hombro con el dedo índice y dijo «¡Basta! ¡Basta!». Al parecer lo decía todo dos veces. A mí no me importaba si a ella le venía bien.

Asentí, me quité los guantes de goma de las manos, los fregué y los colgué sobre el borde del cubo. Me volví a poner mis bonitos zapatos, fui al baño que acababa de limpiar y me volví a preparar. Cuando salí de nuevo, la mujer tenía un sobre en la mano.

–¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! –me dijo.

Yo cogí el sobre, asentí y me lo guardé. Entonces me dirigí a la puerta de entrada. La mujer me alcanzó.

–¿El próximo martes otra vez? –preguntó. Yo la miré por encima del hombro.

–Okay. Okay –dije.

Ya en la calle, abrí el sobre y miré qué había dentro. Había tres billetes de diez marcos. Diez marcos por cada hora de trabajo. Empecé a echar cuentas: 80 marcos por ocho horas de trabajo al día, 560 marcos a la semana. No era mal comienzo.

Me volví a casa en autobús. El billete me lo pagué yo misma. Me sentía como una reina.

Dieter me dijo que mi oficio se llamaba «señora de la limpieza». Me pareció que la expresión tenía algo de nobleza. Dieter me dijo que se ocuparía de que tuviera más encargos. Yo asentí, majestuosamente.

Me dijo que me callara la boca, en la medida de lo posible, porque no pagaba impuestos. Pero de todas maneras yo no sabía a quién se lo podía haber contado. Si no conocía a nadie.

Mi peculiaridad fue siempre: brillar en todo lo que hiciera.

Naturalmente que sabía limpiar. Aunque nunca me habían pagado por ello. Me quedó claro que hasta para limpiar hacía falta talento. Yo lo tenía sin lugar a dudas.

Sólo había que mirar cómo trabajaba. Entraba en una casa y me alegraba de que estuviera sucia. Al cabo de un tiempo iba ya a muchas casas. La primera mujer que me pidió que limpiara su casa le dio enseguida mi número a sus amigas, que tampoco eran capaces de limpiar por sí mismas. Conocí más casas y pisos. Para entonces ya me sabía de memoria el mapa de la ciudad. Me orientaba en él: aquí estaba el cuarto de baño que olía mal, y aquí la cocina en la que limpié la salpicadura roja de la pared.

Tenía la sensación de que me pertenecían todos esos pisos y casas. Esperaban a que yo llegara y los limpiara de una vez. Me alegraban las telas de araña, las migas de pan y los espejos manchados. Entre tanto tenía la ropa adecuada: guantes de goma, zapatillas de goma y un mono azul, regalo de un propietario para proteger mis pantalones elásticos, que marcaba mi silueta.

Me daba un poco de pena la gente para la que limpiaba. Eran como niños: no eran capaces de ocuparse de sí mismos. Sin mí se habrían visto obligados a meterse en una bañera que no desaguaba porque el desagüe estaba taponado por un montón de pelos.

Empecé a ampliar mi ámbito de acción. No sólo limpiaba de forma brillante, sino

también muy rápido. Con lo que tenía tiempo para un par de tareas extras. No sólo fregaba la nevera, sino que ordenaba también los alimentos. Lo que iba a caducar pronto, lo colocaba delante. Lo que tenía mohos o estaba podrido, lo tiraba a la basura. Si me encontraba con una botella de vino abierta en la nevera, la vaciaba.

A veces me llevaba un par de alimentos cuando tenía la sensación de que aún estaban bien, pero que de todas maneras no iban a ser consumidos allí. Me llevaba manzanas de los fruteros, paquetes con frutos secos variados que estaban a punto de caducar, y también pastillas de vitaminas.

Eso era lo que más me gustaba de Alemania: que aquí podía comprar uno tantas vitaminas e incluso oligoelementos. Me encontraba muchos en los armarios de las cocinas y los baños. Metía algunos en botes de plástico vacíos que llevaba ya siempre conmigo. Cuando me encontraba aspirinas o supositorios contra el mareo u otro tipo de cosas útiles, me llevaba alguna también. Así me fui surtiendo de un pequeño botiquín casero, y me sentí aún más a gusto.

No era en Alemania

Aminat no paraba de preguntar por Sulfia. Aunque me tuviera a mí a su lado y viviera ya en Alemania. Iba al colegio, hacía sus deberes con ayuda de un diccionario y yo le daba incluso algo de paga: un marco a la semana. Pero, a pesar de todo eso, seguía preguntando por Sulfia. Que si iba a volver.

Yo le dije que claro, que adónde iba a ir si no.

No podíamos hablar mucho por teléfono: para Sulfia era demasiado caro y Dieter se ponía nervioso cada vez que marcábamos un número extranjero en su teléfono. Aunque yo amenazaba con volverme a casa con Aminat si surgía algún problema entre nosotros, tenía mis dudas de si este argumento seguía teniendo algún peso.

Aminat se había vuelto desagradable. Engordó. Nunca antes en nuestra familia había habido una mujer gorda, y me horrorizaba que ella pudiera llegar a ser la primera. Se abalanzaba sobre los dulces. No era de extrañar que le salieran granos. Cada vez que la veía por la mañana pensaba: Oh, Dios mío, le han salido más.

Naturalmente que luché. Estaba segura de que en algún lugar profundo de su ser seguía estando su antigua belleza, en realidad mi belleza. Sólo tenía que rescatarla de esa capa de grasa y granos.

Le declaré la guerra a los granos de Aminat. Dos veces por semana le preparaba un baño de vapor. Hervía agua con manzanilla y le obligaba a Aminat a tener la cara encima de la olla. Después le explotaba los granos y lo desinfectaba todo con el *aftershave* de Dieter.

Tiré a la basura todos los dulces que encontré. Le quité la paga de un marco para que no pudiera comprárselos. Pero lo que no pude evitar del todo fue que Dieter le trajera dulces a Aminat. Era el único vínculo de ternura entre los dos. Precisamente a las chucherías era lo único a lo que no se podía resistir la terca e incorruptible de Aminat.

En un primer momento no se confirmó mi preocupación de que Dieter pudiera mandarnos rápidamente de vuelta a casa por culpa de la mutación en el aspecto de Aminat. Daba vueltas a su alrededor como un niño en torno a un perro atado, dividido entre el sentimiento de pena y el deseo de acariciarlo y el miedo a que le mordiera la mano. Como yo estaba tan ocupada por los trabajos de limpieza, hasta entonces no me había dado cuenta de las capacidades de Dieter. Era capaz de llenar por sí solo la nevera, preocuparse por que la niña comiera a su hora y por lavar la ropa sucia.

Al principio yo apartaba nuestra ropa sucia y me preocupaba de lavarla cuando tenía tiempo. Lo lavaba todo a mano en el lavabo y colgaba las cosas en el baño para que se secaran. Dieter me calculó la cantidad de agua que consumía si lo lavaba todo a mano. Dejé que me mostrara dónde estaba la cesta de la ropa sucia y cómo funcionaba la

lavadora. Tenía muchos botones, pero yo no era tonta. De todas formas, seguía metiendo nuestras mudas sucias en una bolsa de plástico que guardaba en nuestro cuarto.

Me quedó claro: el piso de Dieter todavía no era Alemania. De repente, la casa me empezó a parecer pobre. Porque yo había visto otras casas entre tanto. Tampoco Dieter era el alemán que yo me había imaginado. Ahora que tenía una referencia para comparar, me di cuenta de que algunos de los jóvenes alemanes que había conocido llevaban mejores zapatos.

Tampoco Aminat era ya la nieta que yo me había imaginado.

Como ya he dicho, al principio no me gustaron nada los niños de aquí. A primera vista, la mayoría de ellos estaban muy mal educados. Luego me fijé más. Mi mirada cambió. Llegó un día en el que me sorprendí mirando en el tranvía a una niña, no una turca, sino una verdadera niña alemana, que no me pareció descuidada. No podía dejar de mirarla. La niña parecía tan relajada, tan distinta a Aminat, con su cara rígida y sus hombros encogidos.

Primero pensé que Aminat no sabía alemán. Siempre ponía cara de no entender ni una palabra. Pero era engañoso.

Un día volví a casa y escuché que gritaba llena de ira. Me preocupó que hubiera podido hacerle algo a Dieter y fui corriendo a su cuarto. Afortunadamente él no estaba herido. Su murmullo asustado hacía de bajo de los gritos agudos de Aminat. Me quedé parada delante de la puerta cerrada y escuché. Entendía sólo algunas palabras. Pero se me escapaba el sentido. Aminat maldecía en alemán, con frases largas y complicadas. No sólo hablaba mejor que yo, sino que había una diferencia abismal entre nosotras. Hablaba como los niños alemanes. No me había dado ni cuenta de eso.

Cuando entré, los dos se callaron. Aminat me dio la espalda y empezó a teclear con fuerza en el teclado del ordenador de Dieter.

–¿Qué es lo que pasa? –pregunté.

–Nada –dijo Aminat enfadadísima.

–Está todo bien –dijo Dieter.

–¿Cuándo viene Sulfía? –me preguntó Aminat. A mí. ¡En alemán!

–Dentro de cuatro días –le dije. Eso quería decir que yo viajaría a Rusia tan sólo una semana después. Dieter me pagó el billete, y a cambio yo participaba en los gastos domésticos. También me compraba mi propia ropa. Ya conocía un par de tiendas en las que podía comprar barato. Allí se vendía al peso ropa usada y casi no costaba nada. Y si se buscaba el tiempo necesario, uno podía encontrar cosas bonitas. Al principio era algo que me había dado mucho asco, pero ahora iba casi todos los días a alguna de esas tiendas y miraba si había entrado algo nuevo.

En Alemania, muchas mujeres no se preocupaban de su aspecto, con lo que resultó muy sencillo destacar. Uno podía haber señalado a cualquier mujer que pasara por la

calle: yo estaba mejor vestida que ella, mejor maquillada y tenía una figura mucho más bonita y sexy que la mayoría de las chicas jóvenes de aquí.

–Por fin te vas a ir –dijo Aminat. A mí. ¡En alemán!

Pero Sulfia no vino. Dos días antes de la fecha prevista de su vuelo, llamó por teléfono. Ya me había imaginado que tendría problemas. No podía conseguir documentos tan magistralmente como yo. Se dejaba amedrentar y ahuyentar mucho más rápido. Le había dado veinte tabletas de chocolate, con leche y avellanas, para que se las pudiera dar al funcionario de turno en el momento adecuado. Pero a Sulfia le daba vergüenza. Por eso, cuando escuché la voz de Sulfia por el teléfono, pensé que me tenía que preparar para el trabajo que se me venía encima. Pero fue distinto. Sulfia dijo que, hacía dos días, a Kalgánov le había dado una embolia cerebral.

–¿Y? –grité yo y empecé a recordar a toda prisa el derecho de sucesiones ruso. Al fin y al cabo Kalgánov y yo todavía no nos habíamos divorciado.

–No está nada bien –dijo Sulfia.

–¿Cómo? ¿Vive aún? Y si aún no se ha muerto hasta ahora, ¿va a seguir viviendo mucho más? –pregunté yo.

–Es posible –dijo Sulfia, tan experta ella.

Lo que oí después fue algo que apenas pude creer. Sulfia llamaba para decir que no podía volver a Alemania porque quería ocuparse de su padre. La situación en los hospitales era tan horrible que no se podía dejar solo a un familiar vivo. Algo que sabía ella misma de buena tinta como profesional del servicio público de salud.

–¿Qué? –grité yo–. ¿Te has vuelto completamente loca? ¡Nos estás dejando tiradas a las dos! ¡No lo estarás diciendo en serio!

Sulfia estaba haciendo una tontería y yo no podía hacer nada para impedirlo. No estaba en mi mano volver a casa y tirarle de los pelos. Eso quería decir que ahora me tenía que quedar en Alemania.

Porque no podía dejar a Aminat sola con Dieter. Si le acuchillaba por algo que no le gustara, podríamos ir olvidándonos de la boda y la nacionalidad alemana.

Una segunda Sulfia

A Dieter no le entristeció demasiado que Sulfia no viniera. Se lo noté. Pero probablemente sí lamentaba que yo siguiera estando allí. En las primeras semanas, yo hablaba muchas veces por teléfono con Sulfia. Al menos había sido capaz de encontrar a una mujer que alquilara su piso y el de Aminat. Yo instruía a Sulfia por teléfono: que tuviera cuidado con que la mujer no fumara en el piso, ni bebiera, y que no le permitiera organizar fiestas con más de diez invitados. Sulfia me daba el parte del estado de salud de Kalgánov. Estaba postrado en la cama, babeaba y miraba a la nada. Pero no se moría.

–¿Y la profesora? –pregunté.

–A ella le ha dado algo en el corazón –dijo Sulfia. Casi se me olvidaba que Sulfia misma estaba también enferma, porque no le gustaba mucho hablar de su salud. Siempre decía que todo iba bien.

Aminat estaba enfadada. Conmigo. Al parecer estaba segura de que era yo quien organizaba el desarrollo de la cosas sobre la tierra. Y razón no le faltaba. Me dijo:

–¡Tú tienes la culpa de que no vuelva mamá!

Le expliqué qué era lo que estaba pasando en realidad: que Sulfia no podía volver porque Kalgánov estaba enfermo.

–¿Como tú aquella vez? –preguntó Aminat llena de odio. Y eso que yo creía que lo de Israel hacía tiempo que lo había olvidado. Entre tanto sabíamos todos que Israel era un país peligroso. Allí explotaban autobuses todo el rato. Alemania era mucho más segura, y el clima más suave.

Lo más importante era que Aminat hiciera sus deberes. Le había dejado claro que tenía que ser muy buena en el colegio. Porque ella quería acabar con una buena nota, estudiar medicina, hacerse médico y ganar mucho dinero. Yo le decía alternativamente o «Ganar dinero» o «Descubrir un medicamento que salve a Sulfia».

Aminat se pasaba mucho tiempo en su cuarto sentada delante de los libros, porque no tenía amigas. Fue algo de lo que en algún momento me di cuenta: no era normal que una niña estuviera todo el rato sentada en su cuarto y no recibiera nunca una llamada o visitas. Necesitaba amigas precisamente porque no estaba guapa, porque, si no, acabaría convirtiéndose en una segunda Sulfia. Le dije a Dieter que Aminat necesitaba amigas.

Incluso me sorprendió descubrir que tenía un poquito de cariño por él. Quizá por su fidelidad hacia Aminat. Había muchas cosas de mí que le ponían nervioso, pero en el caso de Aminat reaccionaba con paciencia. A mí me gritó una vez que partí los espaguetis para que cupieran en la olla. Si Aminat hacía lo mismo (y por las noches muchas veces tenía hambre y entraba sigilosamente en la cocina para hacerse pasta, que engullía echándole ketchup y queso rallado por encima), entonces Dieter no le decía

nada, ni siquiera que debía comer menos. Se controlaba incluso cuando Aminat se dejaba el grifo abierto al lavarse los dientes: todo lo contrario que cuando lo hacía yo.

Y eso que era un auténtico tacaño. Ahorraba luz, agua, papel, calefacción y bolsas del supermercado, por mucho que éstas no costaran nada. Metía la basura en las bolsas de la compra y así se ahorraba comprarse bolsas de basura, con lo bonitas y prácticas que eran. En cuanto yo salía de una habitación, acudía corriendo y controlaba que de verdad hubiera apagado la luz. Cuando empezaba a oscurecer afuera, bajaba las persianas enseguida. Para que la casa no se enfriara, me explicó, y para que los vecinos no miraran por las ventanas iluminadas.

Ni una sola vez se trajo Dieter una mujer a casa. Nunca pasaba fuera de casa el tiempo suficiente como para quedar con una mujer en otro lado, y no llamaba nunca por teléfono. Por lo visto sólo nos tenía a nosotras. A él y a mí nos unía que queríamos a la misma niña, que con el tiempo se había convertido en un ser tan repugnante.

Dieter dijo que todo eso era normal. Que Aminat estaba entrando en la pubertad. Pubertad: me parecía indecente hasta la propia palabra. Dieter decía que eso le pasaba a todas las niñas. Yo me intentaba acordar de cómo fue en el caso de Sulfia o en el mío, y llegué a la conclusión de que ninguna de las dos había tenido una pubertad así. Se era simplemente una niña y, un buen día, una persona adulta. No era razón suficiente como para volverse gorda, fea o descarada.

Pero Aminat era por lo menos inteligente, decía Dieter. Yo me quedaba mirándole sin decir nada. Bueno, si ésa era su opinión, pues vale. Pero eso no mejoraba la situación. Sólo una mujer guapa se podía permitir ser inteligente si quería tener posibilidades de conseguir marido algún día. Aunque Dieter opinaba que en Alemania las cosas eran distintas, yo no le creía.

En la calle a Aminat la tomaban a menudo por turca. Yo no lo podía comprender. Me gustaban las niñas pequeñas turcas: llevaban ropa bonita y horquillas de colores en el pelo. Las más mayores no eran tan guapas y elegantes, por lo menos yo no podía verlo debajo de lo que llevaban puesto. El turco se parecía sólo un poco al tártaro. De todas formas estaba contenta de que Aminat se mantuviera alejada de los turcos. Lo malo era que también lo estaba del resto.

Un día vino a casa y preguntó qué era un tártaro. Tenía que hacer una exposición sobre eso.

—¿Quién te pide que hagas eso? —pregunté extrañada.

—El profesor —dijo Aminat. Toda la clase tenía que hacer una exposición sobre el lugar de donde venían sus familias. Me pareció un trabajo absurdo: por qué tendrían que perder los niños el tiempo con algo que les importaba un comino.

—Escribe que eres la tataranieta de Gengis Kan —le dije a Aminat para animarla.

—¿De quién? —preguntó Aminat.

Intenté explicárselo todo. Eso sí, me di cuenta al hacerlo de que había muchas cosas

que yo misma había olvidado. Era posiblemente por culpa de la influencia de Kalgánov. Nunca quiso tener nada que ver con eso, y ahora era Aminat quien tenía que pagar los platos rotos. Yo no sabía mucho sobre mi propia familia porque mis padres murieron siendo yo tan niña y mi hermano algo después. Nunca vi a mi abuela Aminat, la de las montañas. En el orfanato y en el colegio no era un tema del que se hablara. Siempre tenía cosas mejores que hacer, hablaba perfectamente el ruso y trabajaba muchísimo, siempre había vivido entre rusos, y las preguntas de Aminat ahora me resultaban molestas.

Me miró con gesto de enfado y se fue a ver a Dieter. Éste sacó no sé qué libros y cuadernos gordos completamente llenos de notas. Yo me encogí de hombros y limpié los fuegos por hacer algo.

Por la noche, cuando Aminat ya se había metido en la cama, saqué su carpeta de la mochila y leí lo que había escrito. Eran cinco páginas.

No entendí ni una palabra.

Ahora ya tenía idea de muchas cosas. Cada vez hablaba mejor alemán, porque había conocido a mucha gente. Limpiaba en casa de gente tan importante que apenas me quedaba tiempo para limpiar nuestra propia casa. En nuestro piso era Dieter quien limpiaba. Decía que no tenía dinero suficiente como para contratarme. Era una broma.

Yo miraba a las mujeres a las que les hacía las camas y les limpiaba los cuartos de baño, y me fijaba lógicamente también en sus maridos. En general era mucho lo que sabía sobre estas personas: quién tenía diabetes y quién problemas de tiroides, quién era adúltero y qué mujeres tomaban la píldora.

Había casas que me gustaban tanto que miraba a la mujer que vivía allí y pensaba si Sulfia no podría sustituirla. Eso sí: hasta las mujeres alemanas eran más guapas que Sulfia.

Me gustaban los hombres alemanes, porque eran altos y rubios, y porque pasaban mucho tiempo fuera. Todos menos Dieter. Los turcos no me gustaban, me recordaban a Kalgánov, y los polacos aún menos, por la misma razón. Pero me gustaba mirar a los alemanes. Aunque desde que conocí mejor a Dieter sabía del peligro de imaginarse que algo es bueno sólo por ser desconocido.

Un día estaba limpiando una cocina, y entró el hombre que me contrataba, un profesor de autoescuela con el pelo rubio de punta. Me di cuenta de que había entrado porque me dio un cachete en el trasero. Normalmente yo trataba con su mujer, que estaba embarazada. En ese momento estaba ingresada porque tenía riesgo de aborto, y el profesor de autoescuela estaba delante de mí y me sonreía burlonamente.

Lo miré de arriba abajo. Oía un poco a cerveza, lo que no me parecía que le sentara mal a un hombre. Le amenacé juguetona con el índice y le volví a dar la espalda. Sentí su aliento en mi oreja, mientras deslizaba su mano por mi blusa.

Hacía mucho que no me había acostado con un hombre, y éste era muy macho. Quizá

demasiado. Me daba pena su mujer. Para variar, no estaba mal. Pero con el tiempo me acabaría hartando. Me preocupó el terciopelo de mi traje de seda. Mi mono estaba justo ese día en el cesto de la ropa sucia y me había puesto ese vestido para limpiar, con unas medias color carne y sandalias de tacón. Lo de las medias parecía no haberlo visto él. Las tendría que tirar después, pensaba todo el rato.

Cuando me volví a dar la vuelta, él salía de la cocina.

Me fui al baño y me adecené. Tiré las medias y la ropa interior en el cubo de la basura debajo del lavabo, saqué la bolsa llena y la cerré haciéndole un nudo para tirarla de camino a casa. Tenía un segundo par de medias en mi bolso pero no una muda, con lo que me quedé como estaba. Sequé el terciopelo de mi vestido frotando con una toalla. Después volví a la cocina y seguí donde lo había dejado.

Un poco más tarde concluí mi trabajo, colgué el delantal en el armario de la cocina y eché un vistazo a mi alrededor. Normalmente me ponían el dinero sobre la mesa, metido en un sobre en el que estaba escrito mi nombre, pero la mujer estaba ahora en el hospital y no había ningún sobre.

–¡Hola! –llamé por toda la casa–. ¡Hola, señor!

Me lo encontré en el dormitorio. El profesor de autoescuela estaba tumbado con los zapatos puestos sobre la cama que yo acababa de hacer y leía una revista. Se le veía en la cara que no le hacía ninguna gracia que yo todavía estuviera allí.

–¿Qué? –preguntó.

–Necesito mi dinero –dije yo.

Me apoyé contra el marco de la puerta y me quedé mirando cómo se levantó a duras penas, buscó su cartera y la encontró finalmente en la chaqueta que tenía tirada por el suelo.

–¿Cuánto era? –preguntó sin mirarme.

–Cuatrocientos marcos –le dije tranquilamente.

Se le cayó la cartera de las manos, pero la pilló al vuelo. Yo sabía que la casa era de su mujer, porque también limpiaba el despacho de ella y su escritorio y porque reordenaba sus papeles.

Encontró un billete de veinte y me lo dio.

–Quinientos –dije yo. Nos miramos a los ojos. Yo nunca era la primera en apartar la mirada. Me dio cuatro billetes de cien marcos. Esperé. Me dio otro de cincuenta, tres de diez. Esperé. Sacó las monedas de sus bolsillos. Cuando tenía todo en sus manos, lo puso en las mías y huyó de la habitación.

Asunto arreglado, pensé yo.

Una doncella de hierro

Aminat y Sulfia se escribían cartas. Sulfia no solía escribir mucho. Siempre empezaba sus cartas con la frase: «Mi querida hijita, queridos mamá y Dieter». Después contaba cómo le iba a Kalgánov: «Cada día un poco mejor». Escribía que pensaba muchas veces en nosotros y nos compadecía porque estábamos tan solos en el extranjero. Yo me detenía en las partes en las que hablaba de los precios de los alimentos, el resto lo ventilaba de un vistazo.

Pero en cambio las cartas de Aminat las leía con mucho más detalle.

Era bastante práctico que me tuviera que dar las cartas, ya que yo controlaba los sobres y los sellos. Por eso supe siempre lo que Aminat escribía. La mayoría de las cosas no eran interesantes. Escribía sobre su colegio, el horario, cada una de las asignaturas y el tema que estaban viendo en clase. Buscaba lugares en los que me mencionara a mí o a Dieter: «La abuela trabaja mucho y no está casi nunca en casa. Nos va bien. Te mando un beso, tu hija Aminat».

Una mañana Aminat se quedó en casa y dijo que no se sentía bien. Yo no tenía tiempo, porque tenía que ir a trabajar. Le palpé la frente, que estaba fría, y concluí que no podía estar tan enferma. Le dije a Dieter que le hiciera una manzanilla y me fui.

Cuando volví por la noche a casa, Aminat estaba otra vez tumbada en la cama. Dieter me dijo que se había pasado el día sin hablar. Se había levantado de vez en cuando, pero luego se había vuelto a tumbar. No se había bebido la manzanilla. Lo que sí había hecho era escribir una carta bastante breve a Sulfia que concluía con la frase: «Te escribo más en cuanto se me haya pasado el dolor de tripa».

Fui a la habitación a ver cómo estaba Aminat. Estaba tumbada de lado hecha un ovillo y seguía despierta a pesar de lo tarde que era. Cuando le palpé la frente, seguía fría y húmeda.

–¿Estás mejor? –le pregunté.

–No lo sé –dijo Aminat.

Le dije que se durmiera. Que durmiendo uno se cura.

Por la mañana Aminat no se podía levantar. Le dije a Dieter que pasaría un día más en la cama. Mientras yo estaba en el baño, Dieter llamó a la ambulancia. Cuando salí del baño vestida y peinada, el médico de urgencias le andaba palpando la tripa a Aminat. Sus piernas se levantaron y empezó a gritar. Entendí que la palabra alemana *Blinddarmenzündung*, de la que todos hablaban, se refería a una apendicitis de lo más banal. Al poco le subió la fiebre a Aminat. Yo no tenía más remedio que ir al trabajo. Además no era yo quien podía operar a Aminat.

–Yo iré con ella –dijo Dieter, cuyas manos temblaban.

–Calma, calma –le dije–. Si estamos en Alemania. Aquí no le puede pasar a uno nada. Dieter me miró como si estuviera loca. Me miraba muchas veces así.

Después del trabajo fui enseguida a la clínica pediátrica. Pregunté por Aminat Kalgánova. Nadie entendía ese nombre, lo escribí y me agarré el vientre, para mostrarles los dolores. Una enfermera me explicó que Aminat estaba en Ginecología.

–¿Qué? –pregunté yo. Me escribió algo en un papel, era el nombre de la unidad y otro nombre, que debía de ser el del médico.

Corrí con el papel por los pasillos. Tenía la cabeza a punto de estallar de lo increíblemente furiosa que estaba. Yo no me chupaba el dedo. Me imaginaba lo roja que se me había puesto la cara: últimamente, cuando perdía la calma, tendía a subirme la tensión. Abrí de un tirón una puerta de cristal y corrí por el pasillo. En un rincón al lado de un acuario estaba sentado Dieter leyendo una revista con recetas a todo color.

–¡Cerdo! –le grité antes de arrancarle de las manos la revista, enrollarla y darle con ella en la cara. Era lo único que podía decir en alemán en esos momentos, así que cambié a mi lengua materna.

–Cómo se te ocurre... Que sólo tiene catorce años... ¡Eso no era lo que teníamos hablado! Había confiado en ti. Y tú aún no te has casado con Sulfia.

Dieter se cubrió la cara con las manos. Pero enseguida tiré la revista al suelo y empecé a buscar algo más contundente. El acuario era demasiado grande y la maceta con la yuca también. Metí la mano en la maceta, cogí un puñado de cultivo hidropónico y le tiré las piedras a Dieter a la cara.

No paré hasta que oí pasos en el pasillo. Además Dieter me estaba cogiendo de las muñecas. Aunque yo, recuperando el alemán, gritaba:

–Suéltame, cabrón pedófilo –me soltó las manos y me tapó la boca. Enseguida teníamos dos enfermeras de pie a nuestro lado que nos dijeron que, si no abandonábamos inmediatamente el edificio, llamarían a la policía.

Me senté con Dieter en un banco a la sombra. Me encendí un cigarrillo. Cuando me ponía nerviosa me gustaba fumarme un cigarrillo, pero sólo de vez en cuando, porque no quería perder la frescura del color de mi cara.

Dieter no tenía ninguna culpa. Aminat no estaba embarazada. Era virgen. Precisamente ése era el problema: era una doncella de hierro, una pequeña maravilla médica. Había llegado a la edad en la que toda mujer tiene que sufrir cada mes. Pero Aminat estaba herméticamente cerrada y tuvo que ser desvirgada con un escalpelo sobre la mesa de operaciones. El médico dijo que se había derramado medio litro de sangre sobre sus pantalones. Eso era lo que antes de la primera operación se había tomado por una apendicitis: el vientre endurecido y los dolores y toda esa sopa infectada en la cavidad abdominal. Se le había realizado la apertura imprescindible, limpiándole luego el vientre por dentro.

Ya veía yo desde hacía tiempo que había algo raro en Aminat. Pero no se me había pasado por la cabeza una solución de ese estilo. A quién se le podía llegar a ocurrir algo así. Eso sí: prefería un escalpelo a Dieter, mucho más higiénico además.

Me gustó el médico que había operado a Aminat. Llevaba unos vaqueros debajo de su bata blanca y tenía el pelo gris y una sonrisa de jovencito. Cuando pasaba visita, bromeaba con todo el mundo.

Aminat no le respondía a las bromas. Estaba tumbada con la cara de una terrorista suicida. Yo sentía un poco de vergüenza ajena por lo antisocial que era. Si bien es cierto que el ambiente era demasiado para una chica joven. Me volví a acordar de la concepción milagrosa de Aminat y me pregunté si tendría algo que ver. Le pregunté al médico canoso si podría tener hijos, y el doctor me respondió:

–Los que quiera.

Y Aminat dijo:

–Voy a potar.

En el pasillo cogí al médico por la manga de su bata y le conté cómo había llegado Aminat al mundo. El médico me escuchó frunciendo el ceño. Era la primera vez que escarbaba tan hondo en la historia de la familia delante de un extraño. El médico dijo:

–No se preocupe, está sana –y luego siguió diciendo que esperara un segundo, que me quería dar algo. Esperé en el pasillo a que volviera y entonces él me hizo entrega solemne de un folleto de una organización con el nombre de *Familienbildungsstätte*²².

No le dije a Sulfia que Aminat había tenido que ser operada. Aminat entendió que eso sólo habría preocupado innecesariamente a su madre. Bastante mal le iba ya a Sulfia, como para que encima le llegaran malas noticias desde Alemania. La profesora de Kalgánov me llamó y me dijo que tenía que conseguir urgentemente medicamentos para Sulfia. El medicamento que solía tomar se había dejado de hacer en Rusia de un día para otro. Teníamos que conseguirlo en Alemania. Me dictó el nombre de la medicina.

Me lo tomé en serio. Volví a llamarles y fue Sulfia quien cogió el teléfono. Su voz sonaba apagada y no tenía ninguna gana de hablar de medicamentos. Me dijo que era verdad lo de la medicina, pero que había un sustituto que era el que ahora estaba tomando, y que, gracias a él, todo estaba solucionado. Que no me preocupara, que yo ya tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Una mujer joven

Me di cuenta de que para Alemania yo era una mujer bastante joven. Parecía como si hubiera dejado de envejecer. Aunque no había olvidado la edad que verdaderamente tenía. En Rusia sabía que era joven, pero también que otras mujeres a mi edad hacía tiempo que lo habían dejado de parecer. Aquí me di cuenta de una cosa: las mujeres de mi edad eran realmente jóvenes, aunque tuvieran un aspecto mucho peor que el mío.

Muchas mujeres más mayores que yo eran aún jóvenes. Me quedé mirando un buen rato a la primera anciana que me adelantó en bicicleta con su pelo morado. A la segunda la fotografié, después de la tercera me quedé pensando. Me compré entonces una bicicleta de segunda mano que anunciaban en el periódico.

Era la primera vez que me subía a una bicicleta. No fue fácil. Pero lo que esa abuela era capaz de hacer yo también quería hacerlo. Primero lo intenté sola. La bicicleta se cayó. Me acordé de cómo aprenden los niños a montar en bici. Al principio, siempre tenían a un adulto que los sujetaba.

Obligué a Dieter. En el fondo no tenía nada que hacer. Por la noche íbamos juntos al aparcamiento vacío del supermercado, y yo daba pedales mientras Dieter sujetaba la bicicleta. Al principio se tuvo que esforzar mucho, yo le gritaba en cuanto la bicicleta se empezaba a inclinar. Entrenamos durante unas semanas, y juro que la cara de Dieter empezó a coger un color mucho más saludable.

Conseguí rápidamente mantener el equilibrio. Después de unas pocas semanas podía avanzar un par de metros sin apoyo. Liberé a Dieter de su tarea, ya había empezado él a hacerme notar que era demasiado pesada para él y que tenía mal la espalda. Sea como fuere, yo seguí practicando sola. Daba mis vueltas por el aparcamiento y pronto también por las aceras.

Siempre iba por la acera, aunque estuviera repleta de gente. No me fiaba de los conductores de coche.

Lo siguiente que hice fue aprender a conducir.

Ya conocía a un profesor de autoescuela, aquél cuya mujer ya había traído un niño al mundo y cuya cara no volví a ver desde que ella volvió a casa. Llevaba como accesorio permanente sobre su hombro un babero que olía amargo. Al parecer, su hijo no toleraba bien la leche, con lo que toda la casa estaba llena de manchas.

Iba a la autoescuela a última hora. Para una persona como yo, con una ocupación, era muy práctico que la autoescuela estuviera abierta hasta entonces. Aquí, en Alemania, había muchas mujeres que no trabajaban, y el mundo giraba alrededor de ellas. En

cualquier caso, me encontré en la autoescuela al hombre cuya mujer me pagaba por limpiar. Estaba rellenando no sé qué papeles sobre una mesa. Cuando me vio, lo único que dijo fue:

–¡Ah! ¿Y ahora qué?

–Quiero aprender a conducir –dije yo.

–¿Lo ha intentado alguna vez? –me preguntó.

–No –le dije.

Sacó un formulario de inscripción y empezó a rellenarlo. Me acerqué a él inclinándome.

–Precio de amigo –dije con toda confianza en su oreja peluda.

Nos miramos a los ojos. Estaba segura de que no me iba a asesinar. En Alemania a uno lo metían en la cárcel por hacer eso. Me acercó el papel deslizándolo sobre la mesa, para que yo lo firmara, y me dio un par de folletos. Dos días después tenía que aparecer por allí para las clases teóricas.

Y así me vi sentada entre niños de diecisiete escuchando las normas de tráfico. El propietario de la autoescuela estaba de pie junto a una pizarra y desplazaba imanes de diferentes colores e iba dibujando flechas. Yo prefería ir leyéndome las reglas en mis libros, porque no estaba muy segura de si lo que decía era correcto.

Aprobé mi examen teórico con pocos fallos (Aminat me había ayudado a repasar varias veces los tests antes), y entonces tuve mi primera clase práctica.

Mi profesor era un tío pequeño con orejas grandes y ojos tristes detrás de unas gafas gruesas. Me senté al volante y él de copiloto. Me señaló los retrovisores y los pedales y el intermitente. Pero yo quería salir ya, así que giré la llave para arrancar. El coche brincó. El profesor sacó la llave, se la metió en el bolsillo y volvió a empezar por el principio. Pero allí la clienta era yo, estábamos en Alemania y yo le dije:

–He venido aquí para conducir.

El profesor me dijo que precisamente las mujeres mayores son las que más problemas tienen a la hora de aprender a conducir. Incluso aquellas que eran capaces de entender el proceso teórico normalmente tenían demasiado miedo. No sabían conducir porque se impresionaban por cualquier cosa. Por eso había que repasar varias veces los pasos y luego practicar mucho tiempo en un aparcamiento hasta que una mujer se sintiera lo suficientemente segura como para atreverse a circular con tráfico de verdad en una zona por la que no pasaran casi coches.

–Dame las llaves, sabelotodo –le dije yo y señalé con el dedo el bolsillo donde las tenía metidas.

A continuación tuvimos un pequeño forcejeo. Desgraciadamente era duro de mollera. Pero conseguí la llave, la metí, pisé los pedales, tiré con violencia de la palanca de cambios. El coche estaba probablemente algo roto, porque sólo se movió a trompicones antes de toser y apagarse.

Lo seguí intentando, apartando con un codo al profesor, que intentaba coger las llaves. Se quejaba y maldecía con su vocecita ronca.

–Oiga, abuelo –le pedí–, repítame por favor el orden de los pasos.

Se secó la frente con un pañuelo de tela. Sus rodillas estaban un poco agarrotadas. Él también tenía pedales en su lado, que pisaba todo el rato: probablemente fuera por eso por lo que no me movía del sitio.

Se sorprendió mucho cuando fui capaz de conducir el coche por el aparcamiento. Acaricié el volante, pisé más fuerte los pedales, sentí en carne propia lo que era el freno y el acelerador, y conduje. Salí del aparcamiento a la calle. Ahí había un ruido horrible, muchos coches pitaban. A mi lado, el profesor se estremecía constantemente y me cogía el volante. Yo le dejaba hacer, si con eso se sentía mejor. Lo importante era que estaba conduciendo.

Aprendí rápidamente. Mis nervios eran de acero. Lamentablemente suspendí el práctico dos veces, lo que era lógico: también en Alemania hay mafia, el examinador probablemente quería dinero y yo no lo había comprendido. Me volví a matricular, volví a dar las clases obligatorias y pronto tuve un carné de conducir en mis manos. Cuando, pasado el tiempo, volví a mirar otra vez las facturas, me di cuenta de que sólo había pagado las tasas del examen.

Todo el dinero que ganaba lo metía en sobres y lo guardaba entre mi ropa interior. De vez en cuando contaba cuánto tenía, pero normalmente tenía la cifra en la cabeza. Ganaba mucho dinero, por lo buena que era. Con que dijera una sola palabra, la gente que me contrataba subía mi sueldo un par de marcos. No gastaba casi nada.

No iba a la peluquería a que me cortaran el pelo, porque los precios eran altísimos. A casa de una de mis clientas iba una peluquera a cortar el pelo a toda la familia, y yo podía ir también. Tenía un pelo extraordinario, muy buenos genes, ni una cana. En casa de otra clienta me hacía las uñas por el mismo procedimiento. No podía hacerme las de las manos porque las necesitaba para trabajar. Pero las uñas de mis pies estaban perfectas. Limadas y pintadas de rojo cereza. Ya de por sí tenía unos pies bonitos, delgados, ni grandes ni pequeños, muy cuidados, para comérselos.

Dieter no me quería dejar conducir su coche. Aunque para entonces ya me había dado cuenta de lo viejo y feo que era: había visto unos cuantos completamente distintos. En cualquier caso, empecé a cogerlo sin más. Él estaba casi todo el rato en casa, y cuando yo necesitaba el coche, cogía las llaves del cajón y me marchaba.

Recogí a Sulfia del aeropuerto con el coche de Dieter. Era la primera vez que hacía sola un trayecto tan largo. Si nos ponemos exigentes, era la primera vez que circulaba sola por la autopista. Mi corazón no cabía en sí de gozo y excitación. Me perdí un par de veces, pero llegué a tiempo.

Con lo ocupada que había estado, no había echado de menos a Sulfia. Pero a pesar de todo era bueno que estuviera de vuelta. Sulfia tenía tantas ganas de volvernos a ver... Yo

no había podido ir a verla, porque no quería dejar a Aminat sola con Dieter, y no podía ir con Aminat, porque no la quería sacar de su proceso de adaptación, en el que ya de por sí llevaba un retraso considerable. Ahora Sulfia estaba delante de mí, con la maleta con la que la había equipado para el viaje. Tenía ruedas, pero a pesar de todo casi no podía tirar de ella. Su cara estaba hinchada, la piel flácida, y debajo de sus ojos había unas sombras profundas.

Al ver cómo estaba Sulfia, sentí un violento odio hacia Kalgánov.

Su tercer marido

Sulfia se quería quedar sólo dos semanas. Dijo que más no podía ser, porque no podía dejar tirados a Kalgánov y a la profesora de ruso y literatura. Pero que tenía todos los documentos necesarios para la boda. Se le tiró al cuello a Dieter, acarició sus mejillas y gritaba lo mucho que lo había echado de menos. Aminat se le tiró al cuello a ella y se quedó un rato colgada, hasta que la regañé. Incluso un ciego podía ver lo cansada que estaba Sulfia. Casi no se podía tener en pie.

Yo había hecho la comida: pollo, patatas y verduras, con una ensalada para acompañar, y de postre: tarta. Sulfia comió poco. Sonreía todo el rato, pero su sonrisa me parecía miserable.

Lo primero que quería era que Sulfia se casara; lo segundo, que se recuperara un poco. Hacía tanto que no había tenido unas vacaciones. Le di todas mis vitaminas. Sulfia decía a todo «gracias». Pero estaba muy apagada. Incluso su propia boda le interesaba más bien poco. Se tumbaba a menudo. Y de repente me dijo que no se quería casar con Dieter porque no podía ser una buena esposa.

–No digas tonterías –le dije–. Eres la mejor esposa del mundo.

Ella sólo parpadeaba.

Dos días después de su vuelta tenían cita en el registro civil.

Antes yo había estado revolviendo en la maleta de Sulfia. Estaba muy mal hecha. Saqué las cosas, las lavé, planché y doblé bien. En esa ocasión encontré también un neceser en el que Sulfia guardaba sus medicamentos. Había por lo menos medio kilo de un tipo de preparado y otros más. Me apunté lo que ponía en los envoltorios. Con ello fui a ver a uno de mis clientes, que era internista, y le enseñé lo que Sulfia estaba tomando.

Mi cliente, un hombre muy bien parecido con una perilla que le hacía aparentar tener menos de sus 55 años (yo había ordenado muchas veces su despacho de casa y sabía cuándo cumplía años), negó con la cabeza y me dijo que una medicación así era una imprudencia. Que no podía sustituir el medicamento original que ya no se fabricaba en Rusia. Que no le extrañaba nada que Sulfia estuviera tan débil.

–¡Necesito el medicamento correcto! –dije yo–. ¿Lo hay en Alemania?

Como todo el mundo sabe, en Alemania hay de todo. Mi cliente me hizo una receta para una dosis de un año. Yo le cogí la mano y se la besé. Estaba muy orgullosa de mi trabajo, que me abría las puertas de gente así.

Me dijo también que sería conveniente hacer un reconocimiento a Sulfia en profundidad. Le pregunté si él podía hacerlo. Me preguntó por su seguro médico. Le pregunté si podía venir sin más a su consulta. Siempre se podían echar luego las cuentas,

y él sólo la tenía que mirar. El hombre se mesó la perilla. El besamanos había sido una precipitación, pensé. Le pedí ayuda a Dios. Surtió efecto: el hombre me dio su tarjeta de visita y me dijo que pidiera cita en su consulta.

Por la dosis anual del medicamento había que pagar más de lo que me costaron el carné de conducir y el vuelo. En la farmacia tenían que pedirla primero. Yo estaba muy contenta de mi trabajo porque me había hecho ganar mucho dinero. Vacié todos mis sobres. Me daba igual, podía ganar mucho más, porque estaba sana, no como Sulfia.

–No tenías por qué haberlo hecho, madre –dijo Sulfia. Pero empezó a tomar inmediatamente esas pastillas y me dijo que con ellas ya se sentía mucho mejor.

Lo que no quería hacer era ir al médico. Dijo que no tenía tiempo y que su seguro de viaje sólo cubría urgencias.

–Pero mírate, si eres una urgencia con patas –dije yo. Pero era más terca que diez mulas juntas. No conseguía obligarla a ir al médico. Debería haberlo hecho, pero me fue literalmente imposible. Ya era suficientemente difícil convencerla para que se casase. En este caso basé mi argumentación en Aminat. Que era mejor que Aminat se quedara en Alemania, y que todo tenía su precio.

Yo quería ir de compras con Sulfia para la boda. Pero ella dijo que no podría hacerlo. Se pasaba mucho tiempo tumbada en el sofá y le costaba respirar. Me quedé mirándola y me preguntaba cómo era capaz de cuidar de un convaleciente en su casa. Tenía muchas ganas de volar a Rusia y ahogar a Kalgánov con una almohada, porque de sobra sabía que hasta entonces Sulfia no podría descansar.

Fui a una tienda de segunda mano y le compré a Sulfia un vestido color crema. Era una pieza de calidad y muy noble. No me compré nada para mí. Quería ponerme mi llamativo vestido rojo que mostraba mis excepcionales piernas.

La ceremonia estaba prevista para las diez de la mañana. Nos levantamos a las siete. Le peiné el pelo a Sulfia y se lo recogí, puse maquillaje sobre su pálida piel, algo de colorete sobre sus pómulos. Por lo menos parecía estar viva. Le di rímel.

–Estás muy guapa, mamá –le dijo Aminat.

Sulfia sonrió.

Dieter se puso un traje gris que habría heredado probablemente de su abuelo. Fuimos andando al ayuntamiento del pequeño pueblo en el que Dieter seguía viviendo y nosotras, a la fuerza, también. Fue una boda muy modesta. Éramos sólo nosotros cuatro, y duró diez minutos.

Después fuimos a la heladería. Aminat se comió una gran copa de helado con fresas, el resto tomamos café.

Estaba orgullosa de mí. Mi hija Sulfia, tiempo atrás la niña más fea de toda la calle, tenía ahora a su tercer marido.

Dos días más tarde llevé al aeropuerto con el coche de Dieter a Sulfia, ya esposa de un

alemán. Parecía muy triste. Decía que desde que tomaba los medicamentos que yo le había conseguido le iba mucho mejor. Yo la abracé y la besé, casi de buen grado.

–Bueno, ahora estás de rodríguez –le dije a Dieter cuando volví a casa del aeropuerto. Aminat estaba tumbada en su cama con la cabeza hundida en la almohada. Me pregunté para qué querría tanto a Sulfia. Si yo le podía dar todo lo que quisiera.

Dieter se sentó junto a Aminat y le puso la mano sobre la cabeza. Yo observé todo desde el pasillo. Quería asegurarme de que no se olvidara de con quién se había casado.

Volví a trabajar como una mula. Tenía un objetivo. Sólo un ciego habría podido dejar de ver lo enferma que estaba Sulfia. Necesitaba dinero para su tratamiento.

Me habían dado la dirección de un nuevo cliente. Tenía un nombre bonito: John Taylor. Me dejó de gustar el nombre de Dieter. Un nombre alemán demasiado común. A veces pensaba incluso que no debería haber precipitado tanto lo de la boda de Sulfia.

Tutirğan taviq

John Taylor sólo tenía diez años más que yo, pero era un hombre muy mayor. Viudo. Su mujer acababa de morir. Esto se convirtió en un problema para él. Su hija me había contratado porque él ya no sabía hacer nada. Pero no físicamente; aún estaba fuerte. No era capaz psíquicamente.

Era profesor de inglés y le acababan de dar la baja porque tenía depresiones. Me interesó porque era inglés y porque tenía un nombre bonito.

Era un hombre culto y tenía muchos libros. Estanterías desde el suelo hasta el techo, y la mayoría de los libros ya no eran nuevos. Los lomos tenían polvo. Yo también me habría deprimido. Empecé enseguida a pasar la aspiradora. John sólo decía:

–Tenga cuidado con mi biblioteca. La amo.

Tenía un acento tan bonito. Un poco difícil de comprender. Yo pregunté:

–¿A quién ama, a mí?

Me miró con una mirada apesadumbrada y dijo:

–Aún no.

No le veía casi nada mientras recogía. La mayor parte del tiempo estaba en su dormitorio. La hija decía que era poco sociable. Todo lo contrario que yo, pensé. Sólo que a veces no lo parezco. Iba dos veces a la semana, cuatro horas cada vez. La casa estaba desatendida. La hija de John dijo que valía mi peso en oro. Eso naturalmente ya lo sabía yo.

Lo primero que hice fue limpiar, sin más. Había suficiente trabajo que hacer. La mujer de John había estado mucho tiempo enferma. Yo tenía curiosidad por saber qué aspecto tenía, pero no había fotos por ningún lado. La hija de John decía que las habían retirado todas, porque sólo hacían que John empeorara.

Un día salió John de su habitación. Me preguntó si me molestaba que se sentara en el cuarto de estar. Yo le dije:

–Claro que no, es su cuarto de estar.

Se sentó en el sofá. Yo limpié el polvo y después el parque. No me molestaba que John me estuviera mirando. Cuando me giré hacia él, me di cuenta de que no me estaba mirando en absoluto. Había cogido un libro sin que yo lo notara y estaba leyéndolo.

Ni siquiera levantó los ojos del libro cuando sonó el timbre.

–¿Quiere abrir usted? –le pregunté. Entonces fui yo misma. En la puerta había un hombre muy joven que me dio una bandeja, al parecer con comida, más o menos como en los aviones.

–Comida sobre Ruedas –dijo él, mientras me colocaba todo eso en los brazos. Probablemente tendría aspecto de no enterarme de nada.

–Ah –dije yo, como si hubiera sido perfectamente informada. Quería volver a entrar en casa para coger la propina, pero el chico parecía tener prisa.

–John, aquí hay Comida sobre Ruedas para usted –dije yo y le coloqué la bandeja delante, sobre una pequeña mesa de madera. Él levantó los ojos de su libro. Yo, la tapa de plástico.

–Aquí hay... esto... sopa y aquí... esto... probablemente carne.

–¿Qué hago yo con esto? –preguntó él.

Tampoco yo lo sabía bien.

Me enteré tiempo después: su hija lo había organizado todo. No podía cocinar todos los días para él. Y tenía que comer algo. Comida sobre Ruedas era en Alemania algo así como un servicio de pizzas a domicilio para personas mayores. Le saqué el tema a John.

–Sí, pero sin pizza y sin servicio –dijo John y se rió por primera vez.

Nunca tocaba los yogures de su bandeja. Yo me los llevaba siempre a casa, porque a Aminat le encantaban.

–Si quiere puedo cocinarle algo –le dije.

–No hace falta –dijo John.

–Pero si ni siquiera lo ha probado –le respondí.

Cuando me proponía algo, lo ponía en práctica. Era mi manera de ser.

El domingo a las once de la mañana estaba delante de la puerta de John con una bolsa llena de alimentos. Nadie abría la puerta. Estuve llamando un buen rato. Entonces sacudí la puerta. Tenía una llave. Había anunciado que iría. Golpeé la puerta con el puño. Al final la abrí yo misma: ¿qué había de malo en ello?

Estaba todo ordenado, acababa de estar hacía dos días. Fui a la cocina. Allí había varias bandejas, levanté las tapas: no había tocado la comida. Dejé mi bolsa.

–¡John, soy Rosa! –grité.

Silencio. Subí corriendo la escalera, abrí rápidamente la puerta del cuarto de John. Era la única habitación a la que no tenía acceso. Hasta ese momento. Se notaba a la primera: era un cuarto horrible, lleno de libros, papel y basura. Una cama vacía con sábanas nada limpias. Hacía tiempo que debería haber echado un vistazo allí.

–¡John! –grité. El siguiente lugar al que fui fue el cuarto de baño. La puerta estaba cerrada. La sacudí y pegué mi oreja a la cerradura.

–¡John! –grité en medio de aquel silencio.

Afortunadamente mantenía la calma en cualquier situación. Conocía muchas casas y sabía en cuáles se podían abrir fácilmente las puertas cerradas con llave. Gracias a Dios ésta era una de ellas. Encontré una moneda en mis bolsillos, la metí en la ranura y giré. La puerta se abrió.

John estaba metido en la bañera, su gran cuerpo apenas cabía dentro. Su cabeza aún estaba por encima del nivel del agua, pero se inclinaba peligrosamente a un lado. En el agua no había sangre. Pero él no tenía buen aspecto. Cogí su cabeza y tiré de él.

Entonces, de repente, se me ocurrió taparle la nariz. Así conseguí revivirle. John tosía, agitaba su cabeza, intentaba librarse de mi maniobra y empezó a maldecir, primero en inglés y luego en alemán.

–¿Qué hace usted aquí? –preguntó–. ¿Es usted una pesadilla de carne y hueso?

Siempre se expresaba de forma poco clara. Metí la mano en el agua, estaba fría. No esperaba que me agradeciera que le hubiera salvado.

–Haga el favor de salir –le dije, miré a mi alrededor, descubrí una toalla grande y la extendí delante de mí.

Se incorporó lentamente. Sí, su cara era lo más viejo en él. No pude evitar mirarle. Hacía tiempo que no veía a un hombre. Y nunca había visto a un inglés. Estaba ahí, y el agua le caía por todo el cuerpo. Entonces salió de la bañera, goteando mucho. Se formó un charco alrededor de sus pies. Me cogió la toalla de las manos y se envolvió con ella.

–Me había dormido. Hágame el favor y salga de aquí –me dijo.

–Tengo que fregar esto –le dije.

Cogí una bayeta y fregué el suelo hasta secarlo. Hacía rato que John se había marchado del baño. Estaba en su habitación y preguntó desde allí:

–¿Qué es lo que hace usted aquí?

–Ya se lo dije. Hoy voy a cocinar para usted.

–Es usted una pelma –dijo John–. Lárguese.

–Después de cocinar.

Cerró la puerta de su cuarto. Escuché cómo giraba la llave. Era terco, ¿pero qué era su terquedad comparada con la mía?

Dejé correr agua fría y fregué la bañera. Y todo sin cobrar.

Después me fui a la cocina y me puse a cocinar. Hacía mucho tiempo que no tenía una cocina a mi disposición. La cocina de John me pertenecería ese día. Allí hacía mucho tiempo que no había estado una mujer. Todo estaba limpio, gracias a mí, pero había llovido desde la última vez que se habían tocado las cosas con cariño. Algo que la cocina tenía en común conmigo. Quise llenarla de nuevo de calor, volver a llenarla de vida.

Limpié un pollo bajo el chorro de agua fría, saqué la aguja que me había traído y le cosí la tripa. Separé con cuidado la carne de la piel e insuflé aire dentro. Cerré los puntos por donde se salía el aire. Batí huevos con nata, sal y pimienta y lo metí todo debajo de la piel del pollo. Separé el cuello del pollo, lo envolví en una servilleta de tela y lo metí en agua hirviendo con sal.

Este pollo se llamaba *tutirğan taviq*, un plato que preparaban los parientes de Kalgánov y que yo había recordado justo para ese día. Y no por casualidad, sino porque estuve hablando del plato con Dieter. Mejor dicho, fue Dieter quien me recordó la receta, sólo que él no sabía cómo se llamaba: sólo cómo había que hacerlo. Las cosas que él me contaba antes, naturalmente, ya las sabía yo, pero con el tiempo se me habían olvidado.

El pollo necesitaba una hora y media y era un verdadero plato tradicional tártaro. Puse

la mesa en el cuarto de estar. Hacía tiempo que ya sabía dónde estaba cada cosa. Saqué servilletas almidonadas y copas llenas de polvo que fui fregando a mano y a las que saqué brillo mientras se hacía el pollo. Apagué el fuego y me preparé en el baño. Mi cara estaba ligeramente sonrojada por haber estado cocinando, me la refresqué con agua y me maquillé a continuación. Entonces llamé a la puerta de John.

–Lárguese –dijo John.

Me fui y dejé todo como lo había encontrado. Qué se le iba a hacer: no todo sale bien a la primera.

Elegante y ligera

Me di cuenta de que me faltaba aprender bastantes cosas. Por ejemplo, allí todos sabían nadar, incluso los niños pequeños. Aunque con cuatro años seguían llevando pañales y con cinco se pasaban el chupete de un lado a otro de la boca, y hasta que no llegaban al colegio no sabían ni leer ni sumar, a pesar de todo ello, estos niños malcriados sabían nadar. Sus madres, que eran mis clientas, los llevaban en coche a clase de natación, el maletero lleno de bañadores, toallas, manguitos, tablas y churros de piscina. Y en verano todos iban a la playa.

Le dije a Dieter que debería llevar a la playa a nuestra niña. Que Aminat casi no sabía nadar y yo no tenía ni idea. Que no era de recibo. Que no teníamos por qué ser peores que el resto en nada.

Dieter respondió que quizá dentro de dos años..., que así, de un día para otro, no podía ser... Esto fue en invierno.

Dios se compadeció de mí, porque en cuanto Dieter me dijo esto último, me preguntó una clienta si a la semana siguiente tenía tiempo para ir con su familia a las montañas. Quería ir con sus dos hijos y su marido a Suiza. En realidad el plan era llevarse a su suegra para que por la tarde se ocupara de los críos. Pero la suegra tenía pólipos en el intestino y había que operarla.

Cuando yo era más joven, Kalgánov se iba todos los fines de semana con los esquís de fondo al bosque. Alguna vez lo acompañé, aunque pocas veces tenía tiempo para hacer esas tonterías. O sea, que sabía esquiar, pero nunca había estado en los Alpes. Y Aminat no sabía hacer nada y tampoco había estado aún en los Alpes.

A mi clienta y a su marido no les pareció mal que viniera Aminat. Todo les parecía bien.

Se fueron en coche por delante. Se llevaron nuestro equipaje. Mi clienta me había regalado un mono en el que ella ya no cabía, y una chaqueta de esquí roja para Aminat. Yo compré gafas de sol y dos pares de pantalones, y ya estábamos equipadas. Fuimos en tren, tuvimos que hacer transbordo en Basilea y en Coira. En Coira vi las montañas, altísimas, grises con las cumbres cubiertas de nieve. Nos montamos en un autobús que subía por una carretera con curvas muy cerradas. Nos sentamos justo detrás del conductor: eran los asientos con más posibilidades de sobrevivir si el autobús se despeñaba.

Aminat se había puesto verde bajo sus granos: le sentaban fatal los viajes en coche y autobús. Había heredado demasiadas cosas de su madre Sulfia. Atravesamos bosques, remolinos de nieve y pequeños pueblos iluminados. Cuando el autobús paró en el

penúltimo pueblo y nos bajamos, Aminat vomitó sobre la nieve. Tuvo la amabilidad de terminar antes de que apareciera mi clienta para llevarnos hasta el apartamento.

Se me había olvidado el aspecto que tenía tanta nieve junta. Centelleaba y olía a sandía como en mi niñez.

En el apartamento había dos dormitorios: uno con una cama de matrimonio para mi clienta y su marido, un fiscal superior, y otro con cuatro literas. En las literas superiores dormían los niños, Julius y Justus. En las de abajo, Aminat y yo.

Mi clienta se alegraba de que yo estuviera. No dominaba a sus hijos. Por la mañana, Julius y Justus iban a clase de esquí. El fiscal superior les ponía a los niños cascos en la cabeza, les metía los pies en las botas de esquí y tiraba de ellos con el bastón de esquí hasta un pequeño iglú donde había más diablillos sobre esquís enanos.

Una de mis tareas era recoger a Juluis después de tres horas, hacer la comida y acostarlo. A su hermano mayor lo recogíamos juntos más tarde. Después de la siesta, sentaba a Julius sobre el trineo y lo paseaba. Fuimos al remonte y estuvimos viendo cómo otra gente se deslizaba ladera abajo. Yo no me cansaba de mirar. Entendí que aquello tenía que ver más bien poco con el esquí de fondo. Todos parecían tan guapos y hábiles. En aquel ambiente me molestó de repente la imagen de Aminat. El gesto de su cara me amargaba la estancia y a mi clienta probablemente también. Le dije a Aminat que pusiera otra cara.

El primer día cociné *gulasch* con *spätzle*²³. Mi clienta y el fiscal estaban sentados con las mejillas rojas, e incluso los niños estaban demasiado cansados como para dar la lata. Se respiraba una satisfacción plena.

–Es usted una joya –me dijo mi clienta.

–Ya lo sé –dije yo. Ahora sólo me quedaba una cosa por hacer: esquiar.

A la mañana siguiente fui la primera en levantarme, hice café, tosté rebanadas de pan y puse la mesa. Costó despertar a los niños. Dormían profundamente y aún estaban cansados, pero tenían que ir a clase de esquí. Yo siempre hacía mi tarea de forma impecable: cuando los padres salieron de su cuarto, yo ya estaba sentada a la mesa con los niños y Aminat.

–¿Sabe usted esquiar? –me preguntó mi clienta.

–Aprenderé muy rápido –dije en mi perfecto alemán–. Y Aminat aquí también.

No le había pedido nada. Ellos mismos acordaron la cita con la escuela de esquí. Alquilamos esquís y nos encontramos con nuestro profesor junto al telesquí. En el bolsillo de mi chaqueta tenía el teléfono móvil del fiscal. Si los niños se partían algo, me llamarían a mí en lugar de a sus padres.

Hacía rato que me había dado cuenta de que allí los hombres eran muy guapos y tenían un aspecto saludable. Eran hombres que no se pasaban el tiempo sentados en la oficina, sino que hacían mucho deporte al aire libre: no muy altos, fibrosos, con rizos

negros y ojos azules. Nuestro profesor se llamaba Corsin, nos llevó a una pista verde y nos enseñó cómo debíamos bajar. En mi caso funcionó enseguida.

–Tienes talento –me dijo Corsin. Me pareció encantador. Me tuteaba, cosa que normalmente no me gustaba. Probablemente no habría notado que yo era mucho mayor que él.

Sentía vergüenza ajena por Aminat. Allí, a su edad, todas las niñas sabían esquiar fenomenal y tenían buen aspecto, pero Aminat era una principiante torpe, cuya tosca motricidad saltaba a la vista enseguida. No tenía una postura tan buena como la mía.

Mi clienta se mostró dispuesta a pagarnos tres mañanas de clases particulares. Después de aprovecharlas, yo quería esquiar como los demás.

En nuestra última mañana, Corsin nos llevó con el telesquí a la parte más alta de la montaña. Yo compartí la percha con Corsin y Aminat tenía una para ella sola. La podíamos ver desde atrás. En varias ocasiones casi se cae del telesquí. Yo quería que ocurriera, pero ella se agarraba con todas sus fuerzas a la percha, pataleaba y los esquís se trababan entre sí. Fue un auténtico milagro que no se cayera. La bajada fue igual de penosa. Yo iba por delante, elegante, ligera.

Después de la última clase, Corsin me dio un papel con su número de teléfono. Parecía una tarjeta de visita hecha por un niño.

–Llámame si vuelves el año que viene –me dijo.

No me permití ponerme triste. Estaba alegre: en las montañas, sobre esquís, muy cerca de una clase de vida que me pareció adecuada para mí.

La montaña no me quería

A la mañana siguiente Aminat se negó a seguir practicando. Estuve a punto de darle una bofetada, pero mi clienta y el fiscal no se habían marchado todavía, y no quería que se llevaran una impresión tan mala. Dejé a Aminat en el apartamento leyendo un libro.

Me vestí, cogí mis esquís y me fui sola al remonte. Yo era tan elegante e iba tan segura de mí misma como todas las mujeres arrogantes que venían aquí todos los años y usaban sus gafas de espejo como diademas.

Una vez arriba, fui detrás del hombre que tenía delante trazando con seguridad giros paralelos. Debajo de mí todo estaba blanco, y a mi alrededor también. Entonces noté que también estaba todo blanco por encima de mí. Frené y casi me caigo. Estaba sorprendida, porque se había puesto a nevar. Los copos de nieve me rodeaban, ya no se podía ver el cielo. El viento me tiraba a la cara pequeños trozos de hielo y hacía que me lloraran los ojos.

No podía ver nada. Las lágrimas se me congelaban sobre las pestañas, ahora estaba ciega. La montaña no me quería. Había sido demasiado descarada con ella y me iba a matar.

Me paré justo a tiempo de comprender que delante de mí no había una ladera, sino que se abría un precipicio. Mis piernas temblaban de la tensión. Le pregunté a Dios si había llegado mi hora, y Dios me respondió con una ocurrencia: ¡Corsin!

Sí, Corsin, que esquiaba incluso mejor que yo y aseguraba conocer como la palma de su mano todas las montañas de la región. Me quité el guante y cogí el teléfono móvil del fiscal. Saqué la antena. Era la primera vez que llamaba por un móvil. Me soplé las yemas de los dedos y empecé a marcar el número. Con prefijo suizo, pensé, la llamada va a costar seguro una millonada.

Daba tono, entonces respondió una voz que no estaba claro si pertenecía a una mujer o a un niño. En ese momento había olvidado que Corsin, aunque esquiaba como un dios, tenía el tono de voz de un niño de cinco años.

–¡Ayúdame! –exclamé, y grité al auricular el nombre del remonte, pero Corsin, si era él quien estaba al otro lado, no me entendía. Sólo preguntaba constantemente:

–¿Qué? ¿Quién es? –el viento soplabá en el auricular, probablemente no se me entendiera bien, aunque a todo esto hay que añadir que el entendimiento no era precisamente el punto fuerte de Corsin. En cualquier caso: yo estaba perdida.

–¡Pues ojalá la palmes! –grité al auricular, lo mismo que el viento me estaba deseando, soplándome en la cara. Colgué a Corsin e intenté localizar a mi clienta, sin ningún resultado.

Me metí el móvil en el bolsillo de la chaqueta, me puse los guantes y cogí los bastones.

Miré la pared lisa y helada a mis pies, probablemente era lo que allí llamaban una pista negra. Calculé el número de giros con los que conseguiría superarla, mejor dicho, a cuántos de esos giros sería capaz de sobrevivir.

Cuando me santiguaba con el puño agarrotado, surgió algo rojo de la ventisca. Una persona, un hombre quizá: yo estaba justo empezando a deslizarme y mantenía mis esquís con fuerza sobrehumana paralelos a la ladera, para llamar la atención sobre mi situación de apuro moví los bastones y grité. Lo rojo frenó justo debajo de mí, se quedó pegado a la pared de hielo como una mosca a una ventana, los dientes centelleaban a través de la sopa de nieve y la suave voz de niña de Corsin dijo:

–¡Sujétate a mí, yo te bajo!

Yo no me podía casi mover de lo aliviada y afortunada que me sentía. Corsin me cogió los bastones de las manos y metió los extremos en la pretina de su pantalón, se puso delante con las piernas abiertas y me tendió las manos hacia atrás. Yo me metí en su cuña deslizándome sobre mis esquís. Y entonces silbó el viento en mis oídos, mientras que yo, detrás de la espalda ancha de Corsin, era sólo capaz de frenar lo suficiente como para no estampar mi cara contra la chaqueta roja. Tuve la sensación de que pasaba una hora o dos, y cuando llegamos abajo, al aparcamiento, caía sobre la nieve la sangre que manaba de mi labio cortado. Corsin sonreía, ni siquiera estaba sudado.

–Mujer valiente –dijo él–. No sabe esquiar, pero se sube sola a lo alto de la montaña.

–¿Cómo has sabido dónde estaba yo? –le pregunté y él puso la mano sobre el bolsillo superior izquierdo de su chaqueta y dijo:

–Corazonada.

Volví de las montañas como una vencedora, con un leve bronceado y el porte de una reina sobre esquís. Era una lástima que no pudiera decir lo mismo de Aminat.

Corsin me mandaba postales que mostraban casitas pequeñas iluminadas sobre montañas. Así me enteré de que eso que yo había tomado a veces por un alemán raro era en realidad una lengua completamente distinta. Él y todo su pueblo hablaban la lengua de los antiguos romanos y en sus postales escribía también en esa lengua.

Me escribía: «*Gronda buna a mia amur e splendor al firmament*», «*Vaiel tei fetg bugen*» y «*Far lamur in cun lauter, leinsa?*». Nunca pude adivinar siquiera qué significaba.

En su país, Corsin era una especie de tártaro, tenía otras raíces y sobre todo un aspecto mucho mejor que el resto de la población. Pero mientras en Rusia a un tártaro bien educado nunca se le habría pasado por la cabeza mandar palabras que otros no podían entender, a Corsin obviamente le daba igual. Intenté un par de veces hablar con él de esto. En algún momento lo entendí: no era una falta de educación que le gustara tanto hablar de que era distinto a los suizos normales. Era simplemente una cosa que llevaba muy metida en su cabeza y que ya no se podía sacar de ahí. Claro, no había recibido una educación soviética, sino una un poco más primitiva. Su inclinación a alardear de sus

raíces me recordaba el modo en que las niñas pequeñas se suben la falda para que todos puedan ver sus braguitas nuevas.

En una ocasión Corsin me envió una postal en alemán: que me echaba de menos y que venía el martes siguiente de visita, con su coche directamente desde las montañas, un viaje de cinco horas.

Su visita me metió en un aprieto. Afortunadamente una de mis clientas estaba de vacaciones. Me llevé a Corsin a su apartamento en una casa antigua, esperando no ser vista por los vecinos. Me di cuenta demasiado tarde de que, fuera de las pistas, un hombre como Corsin, más que adornar a una mujer, hacía que pareciera ridícula. Aunque era musculoso, quizá un poco delgado también, miraba a su alrededor como un conejito asustado, y debajo de la manta se confirmó mi sospecha: sólo conocía el monte.

Lo comprobé tres veces, hasta que llegué a la conclusión de que estaba demasiado ocupada para atender a alguien a quien había que explicárselo todo. Acompañé a Corsin a su coche. Cuando volví a casa, tiré sus postales al contenedor del papel.

Las mejores hijas

Estaba contenta conmigo. Trabajaba mucho, porque en verano quería ir con Aminat a la playa, pero sin Dieter; en vez de él a lo mejor con Sulfia: no le vendría mal un poco de sol. Entonces sonó por la noche el teléfono, y Kalgánov estaba al otro lado. Ese Kalgánov al que Sulfia llevaba cuatro años curando de una embolia cerebral. No lo reconocí por la voz: porque era distinta a como la recordaba, y porque me daba totalmente igual a quién le perteneciera la voz que me estaba diciendo que Sulfia había muerto.

–¿Qué? –pregunté–. ¿Para qué?

Lo tomé por una broma sin ningún tipo de gusto y colgué.

Volvió a sonar. Vi en el aparato el largo número con el prefijo 007 sobre la pantalla, y no me moví. Siguió sonando y sonando hasta que Aminat salió del cuarto, medio dormida, vio el número y descolgó.

–¿Mamá? –gritó, acababa de superar lo de las vacaciones de esquí y estaba de mejor humor. Yo me quedé mirando cómo apretaba el auricular contra su oreja, cómo se le cambiaba la cara. La miré llena de esperanza: me tenía que decir de inmediato que nada de lo que había escuchado la primera vez era verdad. Pero por cómo se petrificaba la cara de Aminat, mostrando una mueca completamente fuera de lugar, una sonrisa torcida, para ser exactos, supe que mi capacidad de comprensión no me había traicionado.

Volé a Rusia, y Aminat se quedó con Dieter.

Me tuve que ocupar del funeral, quién lo iba a hacer mejor que yo. Cuando llegué allí, me encontré a gente deshecha como niños que acabaran de quedarse huérfanos. El niño más grande era Kalgánov, a quien, como le dije inmediatamente, la muerte de Sulfia le debería pesar en la conciencia. Sólo por su culpa se había alejado de mi vigilancia y mis cuidados. Ahora Kalgánov estaba bajo los efectos de la conmoción, lo que significaba que de repente estaba mejor. Se podía levantar y empezó a hablar de nuevo: sus primeras palabras con coherencia fueron el anuncio por teléfono de la muerte.

Su profesora de ruso y literatura, una persona vieja y totalmente deformada, me estaba poniendo de los nervios con sus constantes sollozos. La veía por primera vez y tuve la sensación de que me recordaba vagamente a alguien. A cada minuto se agarraba el corazón, hasta que le dije que se encerrara en su habitación y no molestara a los demás.

–Las personas como tú siguen viviendo eternamente –le dije–. Y para eso se llevan por

delante a las mejores hijas de la gente.

En mi antiguo país habían cambiado muchas cosas. Ahora tenía un nombre distinto. Incluso mi ciudad se llamaba ahora de otra manera. Todo estaba muy sucio, y todos vendían algo. Por todos lados había quioscos y tienduchas, pegados unos a otros; se vendían alimentos, ropa, libros y latas vacías de Coca-Cola.

La gente estaba vestida de forma horrible y tenían miseria en la mirada. Todas las chicas parecían prostitutas, y al parecer muchas lo eran de verdad. Las viejas contaban las monedas con manos temblorosas. Los aseos públicos no podían ser pisados por una mujer decente.

Los parientes de Kalgánov, del pueblo junto a Kazán, me vinieron con la propuesta de enterrar a Sulfia según la tradición tártara, envuelta en una tela, sin ataúd. Yo ni reaccioné ante esas ideas de bombero, bastantes cosas tenía ya que hacer. Lo intentaron con Kalgánov, que dijo «Rosita sabe lo que se hace». Se dieron entonces por vencidos y mostraron cara de reproche durante todo el funeral.

En el ataúd, Sulfia tenía un vestido blanco y guantes de seda también blancos. Yo adorné su frente y su cojín con flores y le dije al de la funeraria que se empleara con el maquillaje. Había venido mucha gente, no sabía que Sulfia tuviera tantos conocidos. Sus antiguos compañeros de clase, colegas, vecinos, eran cientos de personas, y todos debían ver qué mujer tan bonita había sido: el largo pelo negro, la cara blanca, proporcionada como la de una muñeca, la nariz fina y arqueada, las pestañas negras, que proyectaban largas sombras sobre las mejillas. Sí que había heredado bastante de mí.

Resultó que Sulfia no había tenido un cuarto propio. Tenía un somier plegable en el salón de la casa de Kalgánov y su profesora, separado por un biombo. Kalgánov y su profesora tenían en su cuarto una cama de matrimonio que habían convertido en una cama doble de hospital. A derecha e izquierda había mesillas de noche llenas de medicamentos.

Después del funeral me tumbé en la cama de Sulfia, que estaba hundida; la manta estaba desgastada. Apreté los dientes. Las sanguijuelas al otro lado de la pared conversaban en voz baja, de vez en cuando se escuchaban sollozos sonoros. Me quité el zapato y lo tiré contra la pared. Entonces se hizo el silencio.

Era una cerdada echarse en la cama vestida y con un zapato puesto, pero lo hice a pesar de todo. Miré al techo. En algún momento, el vecino de arriba había inundado su piso, el techo estaba lleno de manchas que parecían flores exóticas. Si alguien me hubiera hecho eso, le habría tenido colgado el tiempo que hiciera falta con los pies fuera de la ventana hasta que me hubiera pagado la reforma y una alfombra nueva, aunque fuera a costa de sus dientes de oro. Pero Sulfia era una flor en medio del vendaval. Si se le escupía, lo tomaba por lluvia fresca y tendía la mano.

Mi cabeza empezó a hincharse por dentro. Probablemente estuviera repleta. Los pensamientos estaban hechos un ovillo, se enredaban unos con otros, se atraían unos a

otros: una estrechez impensable. Las sienes me presionaban desde dentro y se me salían los ojos y la lengua. Yo me sujetaba por fuera la cabeza con las manos. Sulfia, pensé de repente. Sulfia siempre sabía cuándo alguien estaba mal. Notaba cuándo se la necesitaba. No había que decirle nada: sabía dónde dolía. Lo notaba a miles de kilómetros de distancia. Y sabía lo que podía hacer para curarlo. Podía ahuyentar el dolor. Sulfia, pensé, había sido una maga.

–Sulfia –susurré con unos labios tensos que ya no me obedecían–. ¡Sulfia!

Mis ojos me latían y me quemaban. Temí que me reventaran, de lo fuerte que era la presión. Me los cubrí con la mano.

Entonces cedió el dolor. Tan lenta e imperceptiblemente que no lo noté hasta que pude abrir de nuevo los ojos, temiendo aún que se me salieran de las cuencas. Mis densas y largas pestañas, que aún no me había desmaquillado, me hicieron cosquillas en las palmas de las manos cuando las abrí. Quité las manos y me incorporé. El cuarto estaba a oscuras, la luz de una farola entraba por la ventana. Los faros de los coches proyectaban manchas de luz dentro de la habitación que jugaban con las formas del techo.

–Sulfia –dije–. Ponte derecha.

Sulfia estaba sentada junto a mí, pero no la Sulfia que acababa de desaparecer en el horno del crematorio. Era la Sulfia que había visto en nuestro último encuentro, agotada, pero sonriente, con ojos cansados, atentos. Tan normal que me volví a enfadar por su culpa. Pero entonces me contuve y me agarré a la cama con las manos para no sucumbir ante la tentación de pegarle a un fantasma.

–Sulfia –dije–. Yo...

Sulfia me miraba y sonreía. Estaba demasiado cansada como para hablar: trabajaba tanto. Puso su dedo índice delante de sus labios. Y luego me volví a tumbar, completamente vestida, sin desmaquillarme: Sulfia dijo que después de un día como aquél me podía permitir algo así. Tan sólo cayó al suelo el segundo zapato, junto al primero. La manta ligera que olía a Sulfia me protegió de la soledad y del vacío de aquella habitación y alejó de mí la pesadumbre.

–Quédate conmigo –le pedí antes de dormirme.

Sulfia hizo lo que le pedí. Era algo que siempre había hecho. No la podía obligar, pero lo que le *pedía* no se quedaba nunca en un deseo sin cumplir. Sulfia no dejaba a nadie en la estacada, no era su estilo.

Cuando me desperté, me dolía todo el cuerpo. Las pestañas artificiales se habían despegado y estaban sobre la almohada, mi cara estaba cubierta por una costra mezcla de maquillaje seco y lágrimas. No olía bien la ropa negra que marcaba mi silueta de forma tan favorecedora.

Entré en la cocina. Kalgánov y su profesora estaban dentro. Ella estaba sentada en un taburete, y él de pie junto al fuego, removiendo el contenido de una olla. Los percibí de

repente como una unidad, como dos gotas de aceite en una sopa que se juntaban en una sola. Más tarde les diría yo lo que pensaba de ellos.

Me fui al baño a adecantarme, me eché agua fría sobre el pelo para que brillara, me limpié la cara y me la refresqué también con agua. Me embutí en el albornoz que colgaba de la puerta y no despedía ningún olor: me quedaba claro que había pertenecido a Sulfia y que ahora era mío.

Kalgánov me puso delante un plato con puré de sémola. Lo probé: el puré estaba lleno de grumos, pero no dije nada. Observé los azulejos de la cocina, cada uno adornado con la cara de Sulfia, con un retrato tan maravilloso, tan real, que parecía que se trataba de una fotografía. Los palpé. Eran lisos y estaban templados.

–¿Cómo lo habéis hecho? –le pregunté a Kalgánov.

–¿Qué?

–Este... motivo sobre los azulejos.

–¿Cuál?

–Este de aquí –señalé con el dedo a una de las caras de Sulfia.

Kalgánov se esforzó en mirar en la dirección en la que yo señalaba.

–Son blancos –dijo.

Teníamos que aclarar un par de cosas. Cosas materiales. Las pertenencias de Sulfia: no tenía muchas. Tenía dos estanterías en el armario para su uso personal. No tenía ninguna propiedad: la casa alquilada la había puesto a nombre de Kalgánov.

–¡Le habéis quitado todo! –grité.

–Rosita –susurró Kalgánov–. Así lo quiso ella.

–¿Pero por qué? Sois dos vejestorios. Y ella era joven y... tenía toda una vida por delante.

En cualquier caso, no había nada que hacer con respecto al piso. A no ser que los quisiera denunciar. Al principio incluso me lo planteé. Me obligué a hacerlo, en nombre de Sulfia, pero me resultó imposible: no tenía ganas. Estaba muy cansada. Normalmente no estaba nunca cansada. Siempre dormía poco: cinco horas eran suficientes, después de seis estaba completamente descansada. Pero ahora me había dado por dormir. Cubrí mi boca con la mano para no bostezarle a la profesora de ruso y literatura en su cara hinchada.

–Estoy cansada –le dije a la profesora. Me miró como si estuviera loca.

–Pues acuéstese –dijo ella. Me pareció mejor que me volviera a tratar de usted. Durante el funeral había estado todo el rato intentando tutearme, algo que intenté evitar por todos los medios. Me pareció fuera de lugar que quisiera aprovechar un momento de debilidad para acercarse a mí.

–No me puedo acostar –dije yo–. Al contrario que usted, yo tengo muchas cosas que hacer.

Quería organizar los efectos personales de Sulfia. Sus escasas pertenencias, ropa,

cartas, documentos.

En vez de eso me volví a la cama y me dormí de nuevo.

Mientras tú estés aquí

No me desperté hasta el día siguiente. Había dormido casi 20 horas. Según me contó él mismo, Kalgánov estuvo comprobando durante todo ese tiempo si seguía respirando.

–Ya pensábamos que te habías muerto –dijo él. Pero se había hecho ilusiones demasiado pronto.

Entonces me di cuenta de que la profesora de ruso y literatura había tocado las cosas de Sulfia. Había cogido la poca ropa que tenía y había hecho montones con ella.

Me quedé sin aire de la indignación.

–¿Qué te crees que estás haciendo, gallina calva? ¿Por qué pones tus sucias pezuñas sobre las cosas de mi hija?

–Las quería lavar –dijo lamentosa.

La saqué del cuarto a empujones, me senté sobre la cama plegable y cogí una camiseta interior. Era gris, estaba descolorida y dada de sí, y, si fuera un poco más pequeña, le valdría a un niño. Me enjuagué las lágrimas con ella.

Mientras apretaba mi cara contra la camiseta interior, me di cuenta de que la profesora tenía una sobrina no sé dónde. Este recuerdo se abrió paso a través de mis pensamientos. De repente la vi delante de mí: una sobrina desconocida, una pequeña guarra con un niño, sin marido, en un piso de una sola habitación con sus viejos padres. De repente comprendí por qué la profesora quería lavar la ropa.

Me pasé mucho rato ahí sentada, con la cara metida en la camiseta interior gris. Entonces me levanté y metí la ropa en una caja de cartón vacía. Lo sucio lo llevé al baño y lo amontoné en la bañera. Llamé a la puerta del dormitorio. La profesora estaba sentada en la cama y se sonaba con un pañuelo.

–Ponte dere...! –empecé a decir y me tapé la boca con la mano. Todo se empezaba a mezclar de una forma muy extraña.

Metí la caja en la habitación empujándola con el pie.

–Toma –dije yo–. Puedes regalárselo a tu sobrina.

La profesora apartó el pañuelo de su cara. Deseé que no lo hubiera hecho.

–Sulfia ya no necesita esto –dije yo y me volví a mi cama plegable.

Sulfia no tenía nada. No poseía prácticamente cosas. Todos los pantalones y jerséis que pude encontrar se los di a la profesora para que se los diera a su sobrina. Yo no me ocupé de lavarlos: no hacía mal a nadie que una persona como ella moviera un dedo de vez en cuando. En un rincón del armario descubrí un baúl pequeño con un anillo barato,

una cadena y una caja con cartas. Eran las cartas de Aminat, coleccionadas durante años. Metí las cartas en mi maleta.

Tres días antes de mi vuelo Kalgánov recogió la urna. Estaba claro que iba a ser yo quien se la llevaría. Era muy bonita, las paredes de piedra marmolada y el nombre en letras doradas: así era como tenía que ser. Tenía un nombre bonito, ahora nadie lo iba a decir mal.

Kalgánov caminaba encorvado. En realidad quería enterrar la urna cerca de él, y tuvo la desfachatez de decírmelo. La verdad es que me hubiera encantado estamparle la urna en la cabeza, pero tuve la decencia de no hacerlo.

Cubrí la urna con una bufanda de lana y la metí en una bolsa pequeña. Me la quería llevar como equipaje de mano. Quería volver a casa, ver a Aminat. Organicé los documentos: mi pasaporte, el certificado de defunción de Sulfia, los billetes metidos en un sobre. Me había traído mucho dinero, mucho más del que me había gastado. No había contado con que los amigos de Sulfia iban a poner dinero, tanto, que con él se pudo pagar el funeral. Me preguntaba por qué la gente hacía algo así. Al fin y al cabo, Sulfia estaba muerta, y a mí no me conocían de nada, y no había razón alguna para hacerle la pelota a Kalgánov. Hacía tiempo que era alguien insignificante.

La única razón posible era que Sulfia no estuviera muerta. Otros podían a lo mejor morir, pero ella no. Era algo de lo que cada vez estaba más segura.

Saqué los billetes del sobre. Eran veinte los billetes de cien marcos que me había traído. Una fortuna. Los sostuve en mi mano como si fueran un abanico. Estaban nuevos y olían bien. Fui a la cocina. Kalgánov y la profesora estaban sentados uno enfrente del otro, en silencio. Curiosamente no se alegraban nada de que yo me volviera a marchar. Volvieron sus caras hacia mí, ambos con un gesto que cada vez se parecía más a su falta de esperanzas. Puse los billetes entre los dos y me fui, esta vez para siempre.

No hubo complicaciones. En el aeropuerto mi bolsa de mano no le interesó a nadie. Se me hacía siempre gestos para que pasara.

–Ves, Sulfia –dije yo–. Y tú te habías preocupado.

Aunque eso no era verdad: Sulfia no se había preocupado en ningún momento por el correcto transporte de la urna. Estaba junto a mí y sonreía, ¿por qué nunca hasta ahora me había dado cuenta de lo bonita que era su sonrisa?

Para mi gran sorpresa, Dieter me fue a recoger al aeropuerto. Aminat estaba junto a él, y yo no estaba preparada para ese momento. Había adelgazado. Antes de que la pudiera reconocer, pensé incluso: Qué niña tan bonita, podría ser tártara.

Dieter me abrazó brevemente. Aminat mantuvo la distancia.

–¿Qué pasa? –me preguntó, cuando estábamos sentados en el coche de Dieter.

–No es nada –le dije.

Ya en casa saqué la caja con las cartas de la maleta y se las di. No estaba segura de cómo iba a reaccionar. Pero ella me arrancó la caja de las manos y le quitó la tapa:

–¿¿No las habrás leído??

–¡Tenía cosas mejores que hacer! –le grité, y ella me dio la espalda y se fue a su cuarto.

Por la noche, cuando Aminat estaba tumbada en la cama, saqué dos vasos y una botella de vodka. Me senté junto a Dieter, él cogió la botella.

–¿Cuánto te sirvo? –preguntó.

–¿No ves el borde? –le pregunté, le quité la mano y llené los vasos.

–¡Adelante! –dije–. Nada de brindar.

Dio un sorbito y torció el gesto.

–Tienes que bebértelo de un trago –dije yo–. ¿Qué pasa? ¿Eres un viudo o qué?

Después de media hora lloraba como una magdalena. Yo no entendía qué era lo que le pasaba de repente. Simplemente salió de él. Estaba pálido y lleno de arrugas. Pasaba demasiado poco tiempo fuera y no hacía deporte alguno.

Me apetecía hablar de Sulfia. Estaba segura de que él quería hacer lo mismo. Quizá estuviera empezando a darse cuenta de lo importante que había sido para él. Intentó decir algo, pero no acababa de articularlo.

–Espera –le dije y me fui al cuarto. La bolsa de mano estaba sobre mi almohada. Metí la mano dentro y saqué la urna, pesada, preciosa. Me la llevé a la cocina y la puse sobre la mesa entre nosotros. Le hice un guiño a Sulfia y levanté el vaso.

–¡Nada de brindar! –dije yo: se me había olvidado que ya lo había dicho.

Dieter frunció el ceño y leyó la inscripción dorada. Entonces derramó el vodka.

–¿Qué es esto?

Tiró la silla un metro detrás de él.

–¿Está aquí dentro?

Yo eché la cabeza para atrás porque la vista del techo blanco me ayudaba a pensar.

–En parte.

–Sácala de aquí –dijo Dieter–. ¡No puedes meterla en casa! ¿Cómo voy a dormir esta noche aquí?

–Tumbado –dije yo. Ahora me daba asco. Los hombres histéricos son un castigo de Dios.

–Pero si es... Eso no se puede tener aquí dentro –gritó–. Llévatela al sótano.

Cogí la urna y la sostuve fuertemente entre mis brazos. Me daba la impresión de que tenía que protegerla de él.

–Llévatela –me volvió a pedir.

–¡Esta es la urna con las cenizas de tu mujer! –le grité.

–¡Eso no mejora nada! –me chilló.

Me puse la urna bajo el brazo y salí de la cocina. Él se apartó, pero en la dirección equivocada, con lo que le rocé levemente la tripa con una arista de la urna. Durante un segundo me quedé pensando si le debía dar una buena bofetada para que entrara en razón. Pero Sulfia me puso su fría mano sobre mi hombro.

–No te preocupes, querida –le dije–. No lo haré mientras tú estés aquí.

Dieter me miró aterrorizado.

–No me refiero a ti –le dije–. Piérdete, hazme el favor.

Me fui a mi habitación, puse la urna encima de mi mesilla de noche y me dormí profundamente.

Lo siguiente que supe de Aminat olía a quemado. En mi cabeza se mezclaban las cosas: pensé en la ceniza que supuestamente estaba en la urna, si no me habían timado en el crematorio. Vi una imagen de Sulfia, que estaba riéndose rodeada de llamas, y, antes de despertarme, pensé que el fuego no le sentaba nada mal. Entonces me acabé de despertar y fui corriendo en dirección a las nubes de humo. Venían de la cocina. Aminat estaba quemando un montón de papel en el fregadero.

–Pero bueno, ¿te has vuelto loca? –grité.

Metí la mano por encima de su hombro y cogí una esquina ardiente sobre la que había un sello. Aminat estaba quemando las cartas que había traído de Rusia. Abrí el grifo y ella lo volvió a cerrar.

–¡No lo puedes hacer! –grité yo–. ¡Las tienes que conservar! ¿Qué va a pasar si un día te haces famosa? –hacía mucho que no hablábamos de que un día tenía que ser famosa, o por lo menos tener éxito o mucho dinero.

–Pero yo no quiero –dijo ella.

–Entonces hazte médico –le dije.

–¿Pero por qué siempre yo? –me preguntó.

–Porque a Sulfia le iba a gustar.

Aminat miró el fregadero. Había caído un poco de agua, y los jirones de papel nadaban de un lado a otro entre montones de ceniza.

–Ya lo recojo yo –dije–. Vete a tu cuarto y reflexiona.

–¿Sobre qué? –me preguntó.

–Sobre cómo puedes corregirte. Para que Sulfia esté contenta contigo.

Durante una décima de segundo me incomodó la forma en que me miraba. Pero entonces se marchó, y yo respiré aliviada.

Con la voz de Sulfia

Al principio estuve muy ocupada. Llamé a la administración del cementerio y solicité un nicho para la urna. Llamé a un cantero que hacía tumbas. Sulfia tenía que ser enterrada decentemente y la lápida que pusieran encima tenía que ser bonita. Cogí un bolígrafo e hice un boceto de todo lo que quería. Me daba igual el dinero, pero aun así les pedí que me mandaran presupuestos. Si pasaba demasiado tiempo, llamaba y decía que éste no era un pedido *cualquiera* y que Dios lo veía todo.

Si me enfadaba y gritaba demasiado, sentía la mano fría de Sulfia sobre mi hombro. Notaba que mis gritos le molestaban, y me calmaba. A Sulfia le gustaba el silencio, y yo hacía todo para que se sintiera bien.

No conseguí enterrar la urna. Los chapuzas que hacían tumbas no acababan de hacer lo que yo quería. Ni siquiera por miles de marcos. Tenía la impresión de que no me querían entender. Era la primera vez que yo fracasaba en algo y Sulfia me decía que daba igual.

Le di la razón: la urna era bonita y manejable, no necesitaba una tumba. La dejé encima de la mesilla, junto a un ramo de rosas blancas, que renovaba todos los días. Dieter repitió nervioso que estaba prohibido por ley, y yo le dije que se podía meter las leyes por donde le cupieran.

Seguí trabajando. Tenía que criar a mi nieta. Ahora era completamente huérfana, y yo tenía que sustituir al padre y a la madre. No era algo que fuera nuevo para mí. Pero algo había cambiado. Antes hablaba siempre por mí: ahora actuaba por orden de Sulfia.

Hablaba con la voz de Sulfia. Y lo que resultaba aún más extraño: hablaba con el tono de voz de Sulfia. Cuando Aminat no se quiso levantar un día, aunque tenía que ir al colegio, no le dije: «¡Si sigues así, vas directa al arroyo! ¡Tus compañeros de clase alemanes hace ya rato que están levantados!», sino que dije:

–Vale, quédate en la cama, mi niña –dije esa frase y me mordí la lengua. ¿Qué iba a ser de ella si yo reaccionaba siempre así? ¿Una Sulfia?

Así que empecé una segunda frase en la que aparecía la palabra «arroyo», pero entre medias me di cuenta de que no tenía ganas de acabarla. En vez de eso me fui a la cocina, preparé un cacao cargado y dulce y se lo puse a Aminat junto a la cama.

–Quédate tumbada, mi niña –le dije–. Has tenido que hacer tantas cosas en los últimos años.

Entonces me empezaron a subir por la garganta más frases de ésas, pero las empujé hacia abajo con toda mi fuerza de voluntad y me fui a trabajar.

Hacía tiempo que John tenía la costumbre de encerrarse en el dormitorio en cuanto yo llegaba a limpiar. Se escondió de mí incluso la primera vez que aparecí de nuevo después del viaje. No llamé a su puerta: en realidad no pensaba para nada en él. No pensaba en nada, barría y la verdad es que estaba muy contenta. Por eso me estremecí cuando me preguntó con el ceño fruncido dónde había estado todo ese tiempo.

Yo seguí limpiando, pero al mismo tiempo le describí el vestido que Sulfia había llevado en el ataúd y le conté que le había puesto un ramo de campanillas blancas entre las manos para que pareciera una princesa. John me siguió por las habitaciones, y, cuando encendí el aspirador, lo desenchufó y se quejó de que con tanto ruido no me podía escuchar.

Al final me preguntó si me podía llevar a casa en coche, pero yo pensé que ya había hablado suficiente, le dije «No, gracias» y me volví en autobús.

Claro que no estaba bien mimar a Aminat. Era algo que yo había sabido siempre, y no estaba bien que Sulfia me animara a consentirle siempre todo a la niña. Porque Aminat, cuya vida había sido una montaña rusa, se dirigía a toda pastilla hacia el abismo, y Sulfia me impedía emplear mi energía. Yo hacía como ella: mirar y suspirar con compasión.

Aminat tuvo que repetir curso en el colegio. No ayudaron nada ni mi intercesión ante el director del centro, ni mis apelaciones a lo superdotada que era.

–Déjalo ya, no te preocupes –dijo Sulfia. Yo veía la imagen del arroyo delante de mí: oscuro, sucio, apestoso. Le hice notar a Sulfia que de esa manera Aminat no sería nunca una médico famosa. Sulfia se encogía de hombros según su inimitable costumbre.

Fui a ver a Aminat, que estaba tumbada en la cama desde hacía días, leyendo cómics. Dije:

–Aminat, mi nieta e hija de tu madre Sulfia, si no te levantas enseguida e intentas rellenar tus lagunas de conocimiento, no conseguirás nunca ser una médico famosa. No tendrás nunca una consulta brillante que huela a productos desinfectantes, en la que te esperen muchos pacientes.

–Me da igual –dijo Aminat.

Yo aparté a Sulfia con el codo:

–¡Pero yo quiero que seas médico!

–Si es algo tan importante para ti, hazte médico tú misma –dijo Aminat y pasó la página.

Estuve pensando sobre ello durante dos días y cinco horas. Aminat tenía razón: mi problema había sido siempre que planeaba demasiadas cosas para que las hicieran otros. Y no me hacían caso. Pero yo siempre podía realizar lo que *me* había propuesto. Así que subí una maleta del trastero en la que había metido los documentos más importantes de mi vida. Estaban en ruso y amarilleaban, pero se podían ver muy bien los sellos.

Cogí un archivador de plástico del escritorio de Aminat, en el que ponía «Biología», y

metí mis certificados dentro, con cuidado, para que no se deshicieran. Con esta carpeta me dirigí a la consulta de mi cliente el internista.

Su secretaria no fue capaz de entender durante un buen rato qué era lo que yo quería. Entonces se abrió una puerta lateral, yo vi las gafas metálicas de mi cliente y me metí sin más en la habitación en la que se encontraba. Así estaba sentada de pronto en su sala de consultas y le exponía mi plan: tenía que conseguirme un puesto en una facultad de medicina.

Se rió brevemente, pero se puso serio enseguida. Dijo que me faltaba la selectividad técnica. Cuando le dije que yo era una pedagoga, él replicó que mis certificados rusos no valían ni para fumárselos. Que tenía que volver a hacer la selectividad, y que eso era «una tarea muy ambiciosa a una edad tan avanzada». Le dije que quería trabajar como fuera en un hospital.

Dijo que entonces tenía una idea, pero que no sabía si era eso lo que realmente yo quería. Se limpió las gafas con un paño y se hizo el remolón. Entonces dijo que no podía prometer nada, pero que intercedería por mí para que pudiera trabajar como señora de la limpieza en una unidad médica en la que él disponía de unas cuantas camas para sus pacientes.

Mis mujeres

Era una unidad para mujeres con varias especialidades médicas y había que empezar a trabajar temprano. No me pareció mal, porque Aminat ya no iba al colegio, y, de otro modo, habría estado toda la mañana enfadada por ello. Así estaría distraída en el trabajo. No ganaba mucho, pero al menos era un contrato fijo. El primero que tenía en Alemania.

Firmé un contrato, me dieron una bata blanca y yo tenía que procurarme unos zuecos blancos. Estaba muy orgullosa: por fin era empleada de un hospital.

En algunas habitaciones había tres mujeres, en otras sólo una. Limpiaba rápido y de forma brillante, y, mientras mis manos hacían el trabajo, les preguntaba a las mujeres qué era lo que les pasaba. Algunas de ellas ni me contestaban. Pero otras contaban cosas. Había unas que tenían miomas, otras quistes, algunas querían un bebé a toda costa y otras estaban embarazadas y tenían que estar en el hospital para no perder al niño.

Pronto me conocí a todas, a las locuaces y a las taciturnas, y, como trabajaba muy rápidamente y limpiaba también la sala de reuniones de las enfermeras, le eché un vistazo a la documentación de todas las pacientes, que estaba metida en grandes carpetas negras dentro de un archivador con ruedas. Así supe cómo se llamaban las mujeres, cuándo cumplían años y dónde vivían: algunas de las direcciones me resultaban conocidas, porque ya había limpiado por la zona.

Me leí los historiales médicos, aunque la letra casi no se podía descifrar. Busqué en el armario de las medicinas, miré quién recibía cuánto de qué y me quedé con todo. Tenía buena memoria y una cabeza despierta. Me quedaba hasta el mediodía en el hospital. Después del primer repaso por todas las habitaciones, me mandaban a cambiar las sábanas de las camas o a limpiar alguna guarrería que se había producido a lo largo de la mañana. Incluso llevé a alguna de las pacientes al quirófano cuando las enfermeras no tenían tiempo. Algunas tenían miedo a la operación. Yo les decía que todo saldría bien, y, como sabía exactamente qué le pasaba a cada una, podía personalizar *aquello* que iba a ser mejor en cada caso.

Después de tres semanas en el hospital, me sentía como en casa.

Aplacé mis planes de ir a la universidad. También aquí había bastante que aprender. Cada vez podía descifrar mejor las caligrafías de los médicos y las enfermeras que rellenaban las fichas de los pacientes, y sabía perfectamente dónde estaba cada medicamento. Entonces ocurrió por primera vez que una paciente recién operada se estaba quejando de sus dolores y yo no encontré a nadie en la unidad que la pudiera ayudar. Así que cogí el frasco adecuado y vertí su contenido en el gotero, tal y como lo había visto hacer tantas veces. La mujer dejó de quejarse. La estuve observando durante un largo rato, para asegurarme de que no me había confundido y la mujer no se había

muerto. Medio día después la vino a recoger un hombre y se fue con él, apoyándose en su brazo.

En casa estuve hablando con Dieter sobre los historiales de las mujeres de mi unidad. Hablaba de «mi unidad» y pronto también de «mis mujeres». A veces se unía Aminat y se repanchingaba en un sillón. Volvía a ducharse, planchaba sus camisetas e iba al peluquero. Yo la seguí ignorando. Volvió a salir de casa. No contaba nunca dónde había estado, y yo no se lo preguntaba. La ignoraba. Volvió a coger su libro de biología. Yo me ocupé de mis propios asuntos. Había cogido un manual del cuarto de los médicos y me lo iba leyendo en casa. Un buen día me di cuenta de que Aminat hojeaba también el libro. La dejé. A lo mejor sí que se convertía un día en una médico famosa.

Cuando tuve la sensación de que su vida iba a tomar un rumbo que no la llevaría al arroyo, Aminat desapareció, y con ella la considerable suma de dinero en efectivo de mi cajón, que yo había estado ahorrando para su carrera de medicina.

Dieter quería ir a la policía y denunciar su desaparición. Sulfia me lo impidió y yo se lo impedí a Dieter. Sulfia quería que dejara a Aminat en paz de una vez. Era muy fácil de decir, ahora que la había perdido para siempre. Yo me la imaginaba troceada y metida en el maletero de un coche, pero Sulfia sonreía, como siempre en el momento menos adecuado, y negaba con la cabeza.

Aminat tenía dieciocho y se había marchado de casa: era una vergüenza, porque a una abuela buena no se le marchaban las nietas así. Al principio estaba atenta a cada sonido en la escalera y comprobaba varias veces al día si el teléfono seguía funcionando.

Sulfia echó todo sobre su espalda: dijo que había sido una malísima madre, algo que ni yo había podido evitar. La verdad es que en eso tenía razón. Pero ahora sí que estábamos buenos: Dieter estaba fuera de sí, pero yo le decía que, si él denunciaba la desaparición, entonces yo también iría a la comisaría e interpondría una denuncia bien distinta. Entonces se calló.

Para no volverme loca, me dediqué en cuerpo y alma al trabajo en el hospital. Observaba atentamente a las mujeres nuevas que entraban en mi unidad e intentaba determinar, viendo los gestos de sus caras y su postura, qué era lo que tenían. A partir de eso formulaba mentalmente una hipótesis sobre su enfermedad y después me leía lo que habían escrito en sus informes mis colegas con estudios. Al principio me equivocaba mucho, pero pronto mis diagnósticos empezaron a ser más exactos. Sabía enseguida cuándo la que entraba no podía tener niños, porque todas tenían la misma mirada. Pero también sabía si tenía las trompas de Falopio cerradas o si era demasiado masculina, flaca o si tenía al marido equivocado. Me extrañaba que otros no se dieran cuenta de ello. Y llegó un buen día en el que me acerqué a una paciente que justo se estaba poniendo unas medias de compresión antes de la operación, y le dije al oído:

–Si yo fuera tú, no dejaría que me quitaran el útero. Quizá te haga falta aún.

Sus dedos, que luchaban con la media, se quedaron completamente tiesos.

–Es tu cuerpo –le dije–. No hagas caso de sus tonterías. Está todo en orden dentro de ti.

Mientras limpiaba el alféizar de la ventana en el pasillo oí cómo se cerraba una puerta. La paciente se había vuelto a vestir y corría con su bolso pasillo adelante. Las medias y el pijama de la operación estaban tirados en el suelo de su habitación. Yo los cogí y los tiré a la basura y empecé a cambiar las sábanas.

A la mañana siguiente me echaron.

Ahora tenía tiempo. Tiempo para pasarlo con Sulfia: estaba tumbada en la cama y hablaba con ella. Entonces me volví a levantar y me puse a buscar. Fui al parque, que normalmente evitaba porque allí había mendigos holgazaneando. Hablaba con ellos, les preguntaba cómo se llamaban y si habían visto a mi niña. Fui a la estación de tren y cogí el tren hasta la siguiente parada, sin saber si Aminat se había marchado de la ciudad y, si lo había hecho, en qué dirección.

Sulfia iba corriendo detrás de mí, pero no colaboraba en la búsqueda. A veces tenía la sensación de reconocer a Aminat en medio de un grupo de gente, de espaldas; me acercaba corriendo, la cogía del brazo sin pensármelo dos veces y la que se daba la vuelta era una completa desconocida. Llevaba fotografías conmigo. De Aminat cuando era niña, con el pelo cuidado y una sonrisa que ya por entonces resultaba algo rara. Y de Aminat como había sido en los últimos tiempos, una aparición desagradable con el pelo estropeado y granos infectados en la frente. Todos los días mostraba unas cien veces las fotos de Aminat.

Después de que me despidieran del hospital, perdí de una tacada a cinco clientes importantes. En un momento dado sólo tenía ya dos sitios a los que ir a limpiar, uno de los cuales era la casa de John. Y finalmente sólo la casa de John. Pero mi trabajo ya no lo hacía a conciencia. Cuando iba a casa de John, ya no tenía ninguna gana de hacer nada. Habría sido más honesto haber dejado de ir.

De hecho lo intenté, pero él no lo aceptó. Así que acudí a su casa un cuarto de hora más tarde de lo pactado (¡con lo puntual que yo era normalmente!), y, en vez de quitarme las botas y ponerme las zapatillas de goma, crucé directamente hasta la cocina por encima de la alfombra persa de John con el calzado con el que andaba por la calle, y me senté a la mesa. No intenté ni coger la bayeta: se me habría resbalado de las manos.

Mientras estaba ahí sentada y me leía el calendario de menús de Comida sobre Ruedas que estaba en la puerta de la nevera de John, él hacía té negro con leche, siguiendo todas las reglas del arte que yo siempre había tenido tan en cuenta. Tetera precalentada, hojas sueltas de un bote viejo y con aspecto lujoso, agua hirviendo, leche caliente que era lo que John servía primero en las tazas. Junto con el té, tomamos galletas inglesas recubiertas de azúcar, que yo mojaba en el té. Me bebí dos o tres grandes tazas, y mientras tanto John me informó de todos los acontecimientos que habían ocurrido en el mundo. Desde hacía poco había vuelto a leer el periódico y veía las noticias en la

televisión. Yo hice como si estuviera escuchando. Le pedí que estuviera atento por si aparecía en algún sitio la cara de Aminat o su nombre. Viva, a ser posible. Me lo prometió. Le di fotos de Aminat. Las fijó con imanes a su nevera.

Cuando me terminé el té, me levanté del taburete de la cocina de John y él me quiso dar el sobre con el dinero por la limpieza. Yo aparté el sobre con un gesto de la mano, pero luego, una vez en casa, me lo encontré metido en mi bolso.

Por cierto, la casa de John siempre estaba bastante limpia. Su hija estaba muy contenta de verlo todo arreglado. Le pregunté quién limpiaba tan bien en su casa, y él puso orgulloso una sonrisa de *gentleman* y dijo:

–Yo mismo.

La paciente más guapa de cuidados intensivos

Los años siguientes pasaron muy rápido, aunque no ocurrió nada.

Yo seguía buscando a Aminat. ¿Qué más podía hacer? Pero tampoco es que buscara con mucho entusiasmo. Si me parecía que estaba esperando un poco más adelante en la misma cola que yo, ya no corría hacia ella y le agarraba de la manga a alguien que no conocía de nada. Seguía llevando sus fotos conmigo, metidas en el bolso, pero ya no las mostraba.

John se marchó a Inglaterra a casa de su hermano y su casa cerrada y vacía estaba en la calle como una muela muerta en una dentadura. Yo tenía una llave, porque John me había pedido que comprobara de vez en cuando que todo estuviera bien y que limpiara el polvo, dándome una cifra redonda por hacerlo. Hice lo que nunca había hecho: rompí mi palabra y no cumplí con mi obligación, porque me resultaba agotador ir a casa de John.

En realidad no hablaba con nadie, sólo con Sulfia. Ocurrieron cosas que ya no sabía muy bien si habían ocurrido de verdad o si sólo había pensado que habría estado bien que hubiesen ocurrido. Por ejemplo, no estaba segura de si Aminat me había llamado por teléfono durante el primer año después de su desaparición y me había dicho dos frases:

–Estoy bien, déjame en paz. Con matar a mi madre ya has hecho bastante.

O si en el tercer año me había felicitado de verdad por mi cumpleaños. Sulfia me dijo que no le anduviera dando vueltas. Me aseguró que Aminat me seguía queriendo, pero a su manera, desde la distancia.

Sí, así era Sulfia, en todo veía sólo lo mejor. Yo hacía lo que nunca hubiera hecho: quedarme en la cama, sin más. Cerraba con llave la puerta de mi cuarto, y una noche puse la cómoda delante para estar segura de que nadie me molestaría.

Dieter llamó a la puerta y yo le mandé al infierno desde la cama. Sulfia me decía que me levantara y fuera a ponerme algo de beber. Yo le pedí calma. Era algo que por lo menos me había ganado. Se sentó en el borde de la cama y se puso a llorar, eso me puso de los nervios, así que me di la vuelta y me quedé mirando a la pared.

Le pedí a Dios que devolviera a Aminat a mi lado, porque había llegado mi última hora. Lo susurré a la pared pintada de blanco, como si la oreja de Dios estuviera allí, y entonces escuché de repente la voz de John. Al otro lado de la puerta. Gritaba mi nombre: alto, grave, poco amable. Me preguntó por qué no había ido a su casa, tal y como lo habíamos pactado. No le parecía bien que yo dejara de lado mis obligaciones de esa manera, que en definitiva era para lo que se me pagaba.

–¡Lárguese! –grité yo. Debía sonar fuerte, pero ya no tenía más fuerzas: de mi boca sólo surgió un siseo.

Se me había olvidado la voz de bajo que tenía John, una verdadera voz de profesor

que llenaba mi cuarto incluso con la puerta cerrada. El graznido de Dieter simplemente sucumbía ante la madera.

Tampoco me moví cuando la puerta reventó con un estruendo terrible y John se cayó por encima de mi cómoda, mi intento de evitar que el mundo exterior consiguiera llegar hasta mí. Pensé brevemente en la impresión que John se estaría llevando de mí en ese momento. Mi camisón de seda no estaba aún muy sucio y el ribete de encaje no se había arrugado todavía, porque no me había movido nada sobre la cama. Eso sí, no había contado con una visita masculina, con lo que no me había maquillado antes de acostarme (a Dieter hacía tiempo que no lo tenía por un hombre). Por eso mantuve mi posición inicial, para que John no pudiera ver mi cara desnuda, sólo la larga trenza que me había hecho antes de tumbarme.

Me movió bruscamente el hombro y me preguntó si estaba enferma. Para el tiempo que había pasado desde que nos habíamos visto por última vez, se comportaba de forma bastante familiar. Aunque me opuse, consiguió que diera la vuelta sobre mi espalda. Lo que vio le conmocionó.

—Pero si está más pálida que un muerto —le gritó a Dieter. John no me había visto nunca sin el colorete hábilmente extendido. Sin que nadie se lo hubiera pedido, Dieter le informó de que desde hacía dos semanas no había salido de la habitación, ni ingerido ningún alimento o líquido, a no ser, eso sí, que a lo mejor me hubiera podido meter en secreto en la cocina en una de sus contadas ausencias (¡qué desfachatez!).

John me sacudió como si fuera un cojín al que le estuviera quitando el polvo. Yo gemí, me di dolorosamente cuenta de lo miserable que era mi situación. La impresión que estaba teniendo de mí en esos momentos no podría mejorarla en toda la vida (aunque, por un instante, olvidé que mi vida se estaba acabando). ¿Tenía que aparecer justo ahora, no me podría recordar como la fulgurante Rosalinda que un día fui?

John se largó al pasillo, lo que le agradecí bastante. Aún no sabía en ese momento que había ido a llamar a la ambulancia que, a golpe de sirena, me llevó a la unidad municipal de cuidados intensivos.

Era la paciente más guapa de toda la unidad de cuidados intensivos, y la más escandalosa también. Me aburría estar tumbada en aquella cama llena de cables: los cuidados eran exagerados. Tenía que ir al cuarto de baño y toqué el timbre para que viniera una de las enfermeras de bata lila. Me trajo un orinal y yo le grité como una niña pequeña. Me miró sorprendida. En la unidad de cuidados intensivos normalmente no se gritaba, en todo caso se resollaba: yo lo sabía de sobra, había trabajado en un hospital. La enfermera me habló muy lentamente, con frases cortas, cada palabra dos veces, como si yo no estuviera bien de la cabeza.

Dos días después me trasladaron a una unidad normal, fui andando sola, mientras un enfermero mal afeitado iba detrás de mí llevando mis cosas en una silla de ruedas. Me tumbé en la cama, por lo menos allí había una televisión. Quería ver las noticias: quizá

sacaran a Aminat, hacía mucho que no estaba al corriente de nada. Luego quería esperar para hablar con el médico y llamar a Dieter para que me viniera a recoger.

Vino un médico joven, una asiática con pelo negro liso. Era muy joven, igual incluso más joven de lo que Aminat era por entonces, y su bata blanca le sentaba a las mil maravillas. Llevaba su estetoscopio al cuello, elegante como una boa de plumas. Sobre su pecho había escritas un par de sílabas, que sonaban como el canto de los pájaros. Era china.

Yo lamenté que esa china no fuera mi nieta. Parecía tan diligente, estaba claro que pronto tendría una consulta propia: los chinos conseguían siempre lo que querían.

Y ahora me decía que tenía que quedarme, porque mis riñones estaban a punto de fallar. Yo solté una carcajada y me llevé el dedo a la sien haciéndolo girar. La china iba a tener que volver a estudiar un poco. Mi Aminat nunca habría cometido ese tipo de error.

Le dije que me quería ir esa misma tarde, a más tardar a la mañana siguiente. La de la bata blanca abrió los ojos. Se parecían a los ojos almendrados de Aminat. Mi humor empeoró.

La principiante se marchó, llevándose consigo los resultados de mi análisis de sangre. Yo encendí la televisión. En la otra cama había una anciana que resollaba. Subí el volumen para que escuchara ella también algo y sobre todo para que yo no tuviera que escuchar su resuello. Me volvía constantemente hacia ella. Alguien la tendría que enderezar, pensé, para que pudiera respirar mejor. Estaba a punto de llamar a una enfermera cuando escuché una voz en la televisión y me olvidé de la anciana.

En la pantalla de la televisión estaba Aminat. Al principio yo estaba sorprendida, luego anonadada y finalmente avergonzada. Aminat salía en la televisión: era mucho más de lo que nunca me habría podido imaginar. Pero, por Dios, ¡qué pintas! ¿Por qué no le había dicho nadie cómo debía vestirse? ¿Por qué le dejaban que apareciera con esos pelos delante de la cámara? ¿Por qué no la habían maquillado, por qué se le permitía que hiciera semejante papelón delante de los espectadores alemanes?

El pelo negro de Aminat estaba recogido en una ridícula cola de caballo. Se veía porque la cámara daba vueltas a su alrededor. También se veía perfectamente la mala postura que tenía. Me sentí completamente avergonzada. Llevaba una camiseta azul en la que mi vista de lince alcanzó a ver unas pequeñas manchas y unos vaqueros que le quedaban anchísimos. Por lo menos estaba delgada. Demasiado, en realidad. Parecía muy joven, como si los últimos años no hubieran pasado por ella. Tenía aspecto de no haber comido nada en los últimos años. Seguía siendo una niña, aunque hubieran pasado ya casi diez años.

Y cantaba. Salía cantando en la televisión, y todo el mundo podía escuchar perfectamente que había ensayado demasiado poco. La tenía que haber mandado a una academia de música: al menos así habría cantado algo mejor y no se habría puesto tan en ridículo. Era una canción en inglés, una que ponían mucho en la radio. Creo que iba de amor, por lo menos la melodía era muy triste.

Aminat cantaba bastante bajo. Uno casi no la podía oír. Entonces me di cuenta de que en el plató en el que la estaban grabando había también tres personas sentadas en una mesa muy larga, una mujer y dos hombres. Estaban escuchando a mi niña. Y aunque no me gustaba cómo lo hacía, quedaba claro lo increíblemente triste que era lo que estaba cantando. Incluso la vieja de al lado dejó de resollar sobre su cama.

Aminat había terminado. Su labio inferior estaba hinchado. A lo mejor vivía con un hombre que le daba palizas. De algo tenía que haber estado viviendo en todo ese tiempo, y, como no sabía hacer nada, probablemente había encontrado a un hombre que la mantuviera, seguramente un vejstorio ávido de carne joven y delgada. Una pena que no le hubiera comprado ropa mejor. La cámara enfocó los ojos de Aminat, negros, parpadeando nerviosos en un primerísimo plano para que todo el mundo pudiera ver que había intentado pintarse la raya con el lápiz de ojos, pero se le había corrido y le quedaba fatal.

El nombre que salía en la imagen era el suyo: Aminat K., 19 años. Habría estado mejor que hubieran escrito el apellido completo para que todo el mundo lo hubiera podido leer.

Hacía nueve años que no nos habíamos visto. Tenía que tener casi treinta, pero ése sería su secreto. Y el mío también. Tenía razón: parecía muy joven; además, ¿quién quería ver a una treintañera en la televisión?

—¿Qué edad tienes, Anita? —preguntó un calvo que estaba sentado a la mesa.

Aminat no consiguió decir diecinueve hasta el tercer intento. Estaba nerviosa, se podía ver en su cara que estaba mintiendo. Contrólate, susurré. ¡Y pon la espalda recta! Y como si me hubiera oído, estiró los hombros y repitió:

—Tengo diecinueve.

—¿Y sigues yendo al colegio? —preguntó el calvo.

Negó con la cabeza.

—¿Y quieres ser una cantante famosa?

La cámara captó la boca de Aminat, y todo el mundo lo pudo ver: le faltaba un incisivo. La boca se abrió, la lengua recorrió sus labios reseca y Aminat dijo con voz más ronca:

—Sí. Seré una cantante famosa.

Yo di una palmada, mientras las tres personas en torno a la mesa juntaban sus cabezas. No dejaban de mirar a Aminat, que seguía sola en medio del plató.

—Pasas a la siguiente ronda —dijo la rubia guapa de pelo liso y un vestido brillante. Era muy elegante, perfecta para la televisión.

Pasas a la siguiente ronda, susurré, al tiempo que la cámara empezó a temblar y el calvo se levantó de un salto. Entonces lo pudieron ver todos los telespectadores: Aminat se había desmayado y estaba tirada en el suelo, inconsciente.

Me sentí completamente sana después de haber visto a Aminat por la televisión. Se lo

dije a la china y a los dos colegas que se había traído de apoyo: todos se fijaban en mis riñones, quizá necesitaban donantes. Dejé caer que acababa de ver en la televisión a mi nieta desaparecida, que iba a convertirse pronto en una cantante famosa. Los de las batas blancas intercambiaron miradas. Por fin firmé un papel en el que ponía que yo abandonaba el hospital bajo mi propia responsabilidad.

Había llamado a Dieter y le había pedido que me recogiera. Sonaba tan débil al teléfono como si fuera él quien acabara de salir de la unidad de cuidados intensivos y no yo.

Fui hasta el pequeño lavabo que había en un rincón del cuarto y me miré al espejo. Saqué mi bolsa y empecé a arreglar mi cara. Se había acabado mi época pálida. En la cama del hospital sólo me había dado un poco de rímel y pintado los labios, pero entonces me apliqué todos los colores que tenía, como si alguien me hubiera susurrado que la puerta se iba a abrir enseguida y que no sería Dieter sino John quien estaría esperando en el umbral.

Y realmente estaba allí ese gran hombre de postura erguida y pelo canoso, un verdadero *gentleman* británico. Yo estaba aturdida como una jovencita.

—¿Dónde está Dieter? —le pregunté, y John se encogió de hombros. Llevó mis tres bolsas de viaje por el pasillo del hospital, yo iba corriendo detrás sobre mis tacones altos, y las enfermeras giraban el cuello. Ví por primera vez el coche que tenía John. Un viejo Mercedes de color arena. Un coche que le pegaba. Me abrió la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunté yo: después de girar en tres cruces, ya no era capaz de descifrar la ruta.

—A casa —dijo él.

—Ah, claro —dije yo, y hasta que no metió las bolsas de viaje en su casa no me di cuenta de que se refería a la suya propia.

La mía es la más guapa

No me planteé si las intenciones de John eran serias. Me daba igual. Hacía mucho que no trabajaba, no tenía más dinero, y John tenía una televisión dentro de la habitación en la que yo vivía ahora. La encendí y busqué en todos los canales el programa de Aminat. Entre medias entraba John, me medía la presión de la sangre y me traía té.

Sulfia estaba sentada en el borde de la cama y sonreía. Aminat cantaba en la televisión, la mujer guapa con el pelo largo y brillante le decía que se vistiera de otra manera. Aminat la miraba con el ceño fruncido, yo di una palmada: justo eso era lo que yo siempre le había dicho a Aminat. Pero Aminat negó con la cabeza, qué chica tan tonta, no escuchaba a nadie.

John entró con una taza de té verde en una bandeja de plata. Yo le miré por encima de la montura de mis gafas, que ahora usaba a menudo.

–¿Qué tonterías está viendo? –preguntó John.

–Ésa –dije yo orgullosa– es mi nieta.

John se sentó. No en el borde de mi cama, sino en un sillón que había en un rincón. Empecé a sospechar que aquél había sido el dormitorio de su mujer. Estaba tumbada en una cama con dosel sobre sábanas color crema. Los muebles tenían patas con mucho vuelo y todos los cojines motivos florales en tonos pastel.

–Ésa es Aminat –dije yo–. Tiene mucho talento.

Ahora salía mucho en la televisión. John miraba la pantalla sin decir nada. No sabía nada de nada: cómo había educado yo a Aminat, lo que me había esforzado, cómo había dudado ella siempre de mi buena voluntad, hasta que finalmente se había marchado. No sabía nada de mí, y yo no tenía ganas de contárselo.

–Una chica guapa –dijo John–. Sólo que demasiado delgada. Pero la voz es increíble.

–¿Usted cree?

No tenía ni hijos ni nietos. Me pareció encantador por su parte que mirara conmigo el programa en el que Aminat peleaba con las notas y no dijera nada más, tampoco al día siguiente ni al otro.

De repente tenía todo lo que necesitaba sin haber tenido que pelear por ello. Era una sensación a la que no estaba acostumbrada. Por la mañana no necesitaba un despertador, podía dormir tanto como quisiera. No tenía que hacerme el desayuno, de eso se ocupaba John. También hacía él la compra. Resultó que sabía cocinar. Eso sí, platos sencillos de la cocina italiana, pero que sabían bien. Servía la comida en el cuarto de estar y después lo recogía todo él mismo. Yo no entraba en la cocina. Me quedaba sobre todo en mi cuarto, de vez en cuando en el cuarto de estar (a la mesa o en el sillón) y muchas veces en el jardín, donde me encantaba estar. La casa de John tenía un jardín imponente:

inmenso, con rosales alrededor de la casa, una ladera que caía suavemente y árboles que ya tenían frutos.

–¿Por qué no planta verduras? –le pregunté.

–No lo sé hacer –dijo John. Me quité las sandalias de tacón bordadas con *strass* y fui descalza por el prado. El prado también era de John. Era un verdadero *gentleman* inglés.

La hierba acariciaba las plantas de mis pies. Detrás de los árboles descubrí un invernadero, el cristal estaba translúcido por el polvo. Pasé el dedo por encima. Aquí no había estado nunca antes. Quizá la mujer de John hubiera plantado tomates aquí.

–Se me dan bien los tomates –le conté a John mientras tomábamos el té por la tarde. Estábamos sentados en la terraza delante de nuestras tazas y una lata de pastas de jengibre.

–Tengo buena mano con las plantas –dije.

Y John respondió:

–Cuídesela hasta el verano que viene.

Fuimos de compras a tiendas en las que nunca había puesto los pies. Las dependientas me traían vestidos y ropa interior de encaje, John bebía café solo en un banco acolchado en un rincón, y sólo de vez en cuando levantaba la ceja cuando yo salía del probador y andaba de un lado para otro delante del espejo para comprobar que la ropa me quedaba bien.

La cara de John era indescifrable, y yo no le preguntaba por su opinión. Yo sabía lo guapa que era, sabía que mi figura era perfecta, tenía además un gusto excelente: sólo salía del probador con cosas que subrayaran la tersura y las curvas de mi cuerpo. Los músculos perdían aquí y allá su tensión, lo pude apreciar con la implacable iluminación del probador. Pero sabía que era algo que podía volver a controlar rápidamente. A mi favor estaba que en ese momento estaba muy delgada; mi apetito, normalmente tan grande, me había abandonado en los últimos tiempos, y yo me alimentaba sobre todo de té con leche y galletas de jengibre.

No di las gracias por que John pagara con su tarjeta de crédito ni por que llevara las bolsas al coche. Sabía que me había ganado todo eso. Una vez en casa, me cambié y volvimos a ver a Aminat. Ella tenía también mejor aspecto, el constante tembleque se había reducido, el pánico desaparecía de sus ojos, el pelo lo tenía limpio y le caía de forma tan natural sobre los hombros que vi a la primera todo el trabajo que se había invertido en él. Ahora era una de un total de veinte chicas y le gritaban a la vez tres coreógrafos, simultáneamente se mostraban imágenes de las chicas cantando en solitario, y yo pensaba: La mía es la más guapa.

Y John decía muy de vez en cuando:

–Qué programa tan horrible.

Y mucho menos a menudo:

–Dios mío. Qué voz.

A mí no me parecía que Aminat cantara bien. La había escuchado muchas veces, pero nunca me había gustado. Lo que cantaba no tenía fuerza ni era melodioso. Pero sí era cierto que le tocaba a uno el corazón. Lo tenía que admitir. Probablemente hubieran escogido a Aminat por eso. A la gente le gustaba que le tocaran el corazón. Yo no lo podía entender.

Me puse un traje con pantalones de seda, zapatos nuevos con brocados y me recogí el pelo. Compré pollo asado, pimiento, queso de cabra macerado y un melón. No le pregunté a John si podía coger su Mercedes, le dije sin más:

–Hoy no hace falta que me acompañe.

Asintió.

Cuántas veces había hecho ese camino en autobús, haciendo dos transbordos, esperando en la parada entre cinco y cuarenta y cinco minutos. No tenía sensación de triunfo, sino sólo una calma infinita.

Aparqué delante de la casa de Dieter. ¿Hacía cuánto que me había mudado de allí? ¿Cuántos años de mi vida los había pasado allí? Saqué mis llaves, pasé junto a buzones quemados en los que alguien había metido petardos. Oía a cerrado, a tiempo detenido y a sinusitis crónica.

Abrí la puerta del piso con mi llave, haciendo un movimiento familiar, y sentí el eco del disgusto que ese giro había causado mil veces en mi alma.

Luché un poco contra la cerradura, se había atascado y no me quería devolver mi llave. Alguien acudía, arrastrando los pies. Sonaba como los primeros pasos que daban mis pacientes en la unidad mixta después de una operación de vientre, apoyándose con la mano en la pared. En el umbral apareció un fantasma envuelto en un albornoz descolorido, que dejaba ver unas piernas igual de delgadas que el cuello que salía de la bata grasienta. La cara de Dieter ya no era precisamente la cara de Dieter, probablemente se debiera también a que le faltaba el pelo.

–¡Oh! –dije tratando de parecer alegre cuando le miré a los ojos–. ¡Tienes buen aspecto y te he traído algo muy bueno!

Si me hubiera permitido alguna vez haber hablado así a mis pacientes, me habría despreciado a mí misma durante toda una semana.

Puse la mesa, corté las verduras, rescaté platos usados con restos secos de comida y los fregué rápidamente. Barrí las migas de la mesa y puse un mantel limpio encima.

–¡A comer! –grité. Dieter se sentó a la mesa, se llevó un trozo de pollo asado a la boca que yo había librado de la piel para él. Lo mascó y se lo tragó. Pude ver cómo descendía trabajosamente por su garganta.

–¿Y ahora qué? –preguntó Dieter.

Se refería a John y a mí. Yo me encogí de hombros. Me comí yo sola todo el pollo asado, con pimientos frescos de cultivo biológico y trozos crujientes de *baguette*. Dieter no tenía hambre, le dolía al masticar.

–Me han abandonado todos –dijo Dieter–, todos, todos. Incluso tú.
Yo mastiqué durante largo rato y no le miré a la cara.

Pero de mí no se hablaba

No le dije a John que Dieter iba a morir pronto. Lo bueno de John era que, sin decirle muchas cosas, ya lo sabía todo. Hacía siempre lo imprescindible. Suena a poco, pero es mucho en realidad: John hacía todo aquello que era realmente necesario, y no había que pedírselo. El resto lo dejaba estar. Y, además, era superfluo.

Sulfia estaba menos a menudo conmigo, no le gustaba ver la tele, y no quería atarse a mí. La dejé que se fuera. Yo veía con John el programa de Aminat. John no volvió a hacer comentarios. En cambio yo hablaba sin parar.

—Mire, John, en qué traje han metido esta vez a la niña. No hay quien la reconozca. Pero quizá sea mejor así. Y ahora se mueve sobre el escenario de forma mucho más segura que antes, con estas clases de baile sí que se consigue algo, ¿no le parece, John? Se van a enterar todos de lo que vale mi Aminat. Creo que ese calvo del jurado se acuesta con ella, porque la alaba todo el rato, incluso cuando desafina. Y esa mujer del jurado, ¿por qué tenía lágrimas en los ojos cuando Aminat estaba cantando? Lo ha podido ver todo el mundo. Y los votos de los espectadores para decidir quién debe quedarse y quién tiene que irse estarán amañados seguro, ¿no? Si no, no estaría pasando de ronda todo el rato. John, ¿por qué la llaman todo el rato sólo Anita y Alina? ¿Es tan difícil quedarse con su nombre? Lo más importante es que sigan creyendo que es tan joven. A su edad yo...

John casi nunca decía nada. Pero un día, cuando estábamos desayunando, se disculpó, se puso de pie y volvió al poco con un montón de periódicos. Los puso todos delante de mí y, antes de que le pudiera preguntar por el sentido de todo aquello, vi la foto en primera plana. Aminat. Todos esos periódicos habían escrito sobre ella e impreso sus fotos.

«Huérfana tártara causa furor», «Víctima de malos tratos anoréxica hunde con su voz a sus contrincantes», «Una descendiente de Gengis Kan con los ojos más bonitos de toda la televisión alemana», «Joven sin infancia le canta directamente a los corazones del público», «¿Realmente tiene 19? Hemos encontrado 10 indicios de que Aminat K. aún no es mayor de edad».

Cogí los periódicos, los extendí sobre la mesa delante de mí para no perderme ni una línea. Empecé a leer. Mi Aminat estaba por fin en los periódicos y no sólo en uno: al parecer estaba en todos, y varias veces. Parecía que los fotógrafos no se hubieran saciado con su cara delgada, sus ojos insondables, su pelo reluciente. Sí, era guapa, se parecía tanto a mí, aunque en algunas fotos no le hubieran sacado su mejor perfil. Leí que Aminat había crecido en un gueto soviético, sin padre, teniendo que convivir con los diferentes maridos de su madre. Cómo pasó hambre, cómo le pegaron porque era una

niña desobediente. Cómo fue vendida finalmente por su abuela a un pedófilo alemán, que a cambio se casó con la madre de Aminat, cómo llegó de esta forma a Alemania. Leí y leí, pero de mí no se hablaba. Típico.

–Mire –le dije a John–. Todo mentira. Es lo que los periódicos hacen siempre.

John asintió.

–Será la mejor, actuará, ganará mucho –dije–. No en balde he invertido tanto trabajo y cariño en ella. Va a llegar a ser algo. ¡Será famosa!

–Ya es famosa –dijo John.

Tenía razón. Yo, que normalmente me daba cuenta de todo, no había notado que Aminat se había hecho famosa. Probablemente había estado hablando demasiado con Sulfia. Todo el mundo hablaba de Aminat. Los periódicos escribían cosas sobre ella que se contradecían entre sí. No podía haber crecido a la vez en Kazán y en Sverdlovsk. No podía hablar perfectamente tártaro y, a la vez, no saber ni una palabra. No podía ser virgen, enferma de sida y estar embarazada al mismo tiempo. Por las mentiras se veía claramente: ya era una estrella.

Lena

Me di cuenta de que echaba de menos a Aminat. Había pensado que me había acostumbrado a su ausencia, que no me dolía ya, que me iba bien. Hasta que noté que no podía seguir sin ella. Por un lado la tenía a todas las horas del día. La veía siempre en la televisión y me había comprado revistas en las que había pósters de ella, y su primer CD en el que cantaba con contrincantes suyas. Eso fue antes de que hubiera ganado. La canción la ponían todo el rato en la radio.

–Quiero verla –le dije a John–. Quiero verla antes de morirme.

Me di cuenta de que todos los ruegos de los que antes se encargaba Dios, ahora se los dirigía a John. Cuando quería algo, grande o pequeño, se lo decía sin más a John, no fue nada complicado y funcionó enseguida. Al contrario que Dios, John no había entendido nada mal. Y yo no me tenía que excusar por todo ni prometer nada a cambio, algo a lo que me sentía obligada en el caso de Dios. Eso hacía las cosas mucho más sencillas.

–La tengo que ver –le dije a John. Él asintió.

No me habría sorprendido nada que una hora después hubieran llamado a la puerta y Aminat hubiese estado allí, llevando el traje de lentejuelas de su último *show* y con un ramo de flores para su querida abuela. Pero no ocurrió, ni ese día ni al siguiente. Ni siquiera llamó por teléfono, y John cortaba con toda la calma del mundo las rosas delante de la casa. Yo no lo presionaba, después de todo, él no era Dios.

De todas maneras, el teléfono sonaba demasiado poco en nuestra casa, a veces era la hija de John quien estaba al otro lado y a veces Dieter, a quien yo le compraba la comida y le recogía la casa. También él coleccionaba recortes de periódicos en los que aparecía Aminat y los llenaba de lágrimas; veíamos los mismos programas, pero él veía las cosas de forma muy distinta: para él Aminat era una víctima de la televisión.

Pero al final sí que sonó el teléfono y al otro lado estaba una chica joven, cuyo tímido ruso sonaba quebrado.

–¡Aminat! –grité, apenas me podía creer que fuera ella realmente–. Aminat, ¿tu tártaro impecable ha acabado con tu ruso?

–No soy Aminat –dijo la chica–. Soy Lena.

Lena. Quién demonios era Lena, me pregunté, pero me engañaba a mí misma. Lo sabía perfectamente, como si la hubiera visto ayer: la pequeña niña mofletuda, la hija de Sulfia y Rosenbaum. ¡Lena! La que había sido secuestrada por Rosenbaum en Israel, y cuya ausencia tanto le había roto el corazón a Sulfia, esa Lena era la que ahora llamaba por teléfono. Probablemente hubiera escuchado que Aminat era una estrella y quería el dinero. Decidí hacerme la tonta.

Lena había llamado a casa de Dieter, ese antiguo teléfono aún lo tenía Rosenbaum, y

Dieter le había dictado mi nuevo número de teléfono. Dijo que iba a venir a Alemania, y que, si era posible, le gustaría conocer a su hermana y a su madre, a toda la familia, vaya. Lena ni siquiera sabía que ahora Sulfia me acompañaba siempre, metida en una urna, e hizo como si no supiera nada del éxito de Aminat. Yo, por mi parte, hice como si no la creyera.

–¿Cómo le va a tu abuela? –le pregunté, dando por hecho que tanto ella como el viejo Rosenbaum habrían muerto hace tiempo.

–Muy bien, gracias –respondió Lena con alegría.

El día en el que aterrizó el avión de Lena, yo tenía jaqueca. John fue con su Mercedes color arena a recogerla. Yo le di el número de móvil de Lena y se la describí tal y como la recordaba: una gran cabeza, piernas cortas, ojos pequeños, pelo ralo.

John asintió y se marchó.

Apenas dos horas después, ya había vuelto. Metió rodando una maleta en casa. Luego se apartó para dejar que pasara la chica que estaba a su espalda y yo me quedé paralizada. Delante de mí había una Sulfia con 18 años, en persona, de carne y hueso, con piernas zambas y una sonrisa tímida. Una Sulfia con pelo mate castaño oscuro y ojos marrón claro: la copia tenía otros colores, pero el resto era igual. Estaba incluso bien vestida: unos vaqueros sin forma dejaban suponer que la portadora tenía sobrepeso en zonas poco favorecedoras. Llevaba una camiseta oscura con una inscripción que yo apenas podía leer, y ningún tipo de bisutería, aparte de un mínimo pendiente dorado. Ni John ni Lena se dieron cuenta de por qué yo no me podía mover, y entonces Lena se me tiró al cuello. Por lo visto era una chica muy impulsiva.

Me senté en el sofá mientras John le mostraba la casa a Lena. Hablaban, sin más, alegremente en inglés, así que yo no me enteraba de nada. Decidí pedirle a John que me enseñara. Me enfadaba que Lena supiera y yo no. Yo también quería hablar con John en inglés.

Volvieron, y Lena se arrodilló delante de mí y dijo con una sonrisa tímida:

–¿Y dónde está mamá?

Ya no era una niña de un año, su sonrisa no me gustó. Otros podrían decir que tenía encanto, pero yo me negaba a reconocerlo. Me levanté y le indiqué con un gesto de la mano que me siguiera. Lena fue detrás de mí como un perro salchicha contento, yo la llevé a mi cuarto, la cogí de los hombros (era más baja que yo, igual que Sulfia, y yo encima llevaba puestas las zapatillas de tacón de andar por casa), le señalé la urna y dije maliciosa:

–Ahí dentro.

Al principio no entendió, luego se acercó, leyó las letras doradas sobre el mármol, el nombre y la fecha. Sus labios empezaron a temblar, se volvió hacia mí.

–¿Por qué nunca supimos nada?

–Porque no os importaba una mierda –dije yo.

Alemania es un país pequeño

Me alegré de que John se ocupara de Lena. La paseó por la región con su Mercedes, para que la conociera. Al parecer había asimilado bien el encuentro con la urna y, contenta, daba chillidos por toda la casa. Estaba entusiasmada de lo verde y ordenada que era Alemania. Me había traído libros rusos y un *makowiec*²⁴ de una panadería de Tel Aviv. Era una Sulfia algo distinta, una despreocupada, con ojos brillantes. Casi siempre estaba de buen humor y no le tenía a uno en cuenta las cosas. Me hacía mil preguntas sobre mí y sobre su madre, pero yo no tenía ganas de responder. Y John no sabía nada de nuestro pasado, con lo que afortunadamente no la podía ayudar en ese tema.

De Aminat dije sólo que estaba de viaje.

A través de John me enteré de por qué había venido Lena de repente a visitarnos. Tenía un novio que era algo mayor que ella y que trabajaba en algo que giraba en torno a copias chinas de una infinidad de cuadros famosos: Van Gogh, Rembrandt, ese tipo de cosas. El novio de Lena las vendía en Alemania. Por qué tenía que ser precisamente un israelí quien vendiera copias falsas chinas de cuadros era algo que no me quedaba del todo claro, aunque me parecía, como mínimo, sospechoso. Lena dijo que él no ganaba demasiado con eso, pero que al menos podía cumplir así un sueño que tenía: vivir en Alemania. Le había ido a visitar a Hamburgo y ahora estaba con nosotros.

–Por fin –dijo ella, cogió mi mano y yo volví a rechazarla una vez más.

John dijo que podía quedarse todo el tiempo que quisiera en la casa. A mí se me acabó el aire. Intenté hablar con él del tema, y él me dijo:

–No te preocupes, me gusta tu familia –las palabras «Esta pequeña arrastrada no es mi familia y no lo será nunca» se me quedaron en la garganta cuando escuché la risa de Lena en el jardín, donde estaba hablando por teléfono. Sulfia nunca se había reído de esa manera. Aunque quizá se hubiera reído así, si hubiera tenido algo de lo que reírse.

Esperaba a Aminat, ¿y quién llamó? Kalgánov.

Le reconocí por el resuello en el auricular. Mucho antes de que hubiera pronunciado una sola palabra. Antes siempre había roncado justo con ese ritmo.

–Kalgánov –dije yo de buen humor, porque Lena no estaba en casa y John acababa de traer un nuevo tipo de galletas–. Kalgánov, ¿me estás llamando mientras duermes?

–Rosita –dijo Kalgánov y empezó a toser horriblemente–. Rosita, cariño de mi alma.

Resultaba que su profesora de ruso y literatura había muerto.

–¿Cuándo? –pregunté sospechando, y él dijo:

–Hace dos semanas.

Ese tiempo le bastaba para darse cuenta de que no podía vivir sin mí: en realidad

nunca lo había podido hacer.

–Kalgánov, ¡tengo marido! –grité–. Tengo a un *gentleman* inglés con un gran jardín y veinte tipos de té en la nevera.

–No pasa nada, Rosita –dijo Kalgánov–. De todas maneras estamos casados para toda la eternidad.

–No vas a sobrevivir al vuelo –le dije y él respondió:

–Pero entonces me enterrarás tú y eso me basta.

No le dije lo caro que era un entierro en Alemania, sino que me fui directamente a hablar con John. Le dije que Kalgánov era un familiar mío muy mayor al que no le quedaba mucho tiempo de vida. John me besó la mano. En ese momento deseé con todo mi corazón que me hubiera pedido que fuera su mujer. De hecho pensé incluso si no le debía decir lo mucho que yo lo deseaba. Al fin y al cabo se me habían cumplido todos los deseos hasta la fecha, obviando lo de Aminat. Pero era demasiado orgullosa y era verdad: estaba casada con Kalgánov.

Le envié a Kalgánov su billete de avión y una invitación, y fui con John a recogerle al aeropuerto. Estaba completamente envejecido, llevaba su antiquísima chaqueta de trabajo y andaba con bastón.

Kalgánov cubrió mis mejillas de besos y dijo que alrededor de él todos eran viejos o estaban muertos, excepto yo, que seguía tan joven como cuando nos conocimos. La verdad es que tenía razón. John le dio la mano a Kalgánov y cogió su equipaje, una maleta atada con un alambre y con la piel llena de agujeros, y una gran bolsa de plástico. Kalgánov se agarró a mi brazo, fuimos al aparcamiento y lo metimos en el coche con gran esfuerzo. El bastón lo metimos en el maletero.

Kalgánov pegó la nariz al cristal. Le gustó la autopista. Daba constantemente gritos de entusiasmo. Me recordó mi llegada a Alemania. Me daba un poco de vergüenza ajena, por él y por mis recuerdos.

–Eres tan guapa, Rosita –murmuraba Kalgánov desde el asiento de atrás. Yo miraba de reojo a John. Y aunque su cara seguía estando tranquila, tenía la impresión de que en algún lugar de sus comisuras se escondía una sonrisa.

Cuando entramos en casa, los ojos casi ciegos de Kalgánov le jugaron una mala pasada. Lena bajó las escaleras, gritando «¡Abuelo!», y Kalgánov abrió los brazos y mantuvo el equilibrio como pudo. Lo único es que al hacerlo pronunció el nombre de nuestra hija. Se fundieron en un abrazo y se dijeron bobadas. Yo no lo soporté más y me fui a mi cuarto, encendí la televisión y animé a Aminat.

–Enséñales de lo que eres capaz, mi niña. No me dejes tirada.

Estábamos los cuatro sentados en el sofá de cuero de John cuando Aminat fue elegida mejor cantante de Alemania por votación de los espectadores. Kalgánov lloraba, yo estaba sentada tesa de la excitación, incapaz de moverme. A mi lado, John con una cara

como un cielo sin nubes. Lena había puesto las manos entre las rodillas y negaba con la cabeza.

–¿Qué pasa? –le chisté, porque en su capacidad de ponerme de los nervios superaba incluso a Kalgánov.

–Pobrecita mía –susurraba Lena. Yo interpreté el gesto triste de su cara como pura envidia. Aminat estaba sobre el escenario con la cara helada, deslumbrada por los flashes, palomas blancas revoloteaban en torno a su cabeza, tenía un contrato para grabar un disco, todas las cámaras apuntaban hacia ella, todos los micrófonos esperaban con impaciencia sus palabras, la gente aplaudía de pie, y ella levantó su brazo delgado y tieso y saludó. Yo esperaba que los espectadores no se hubieran dado cuenta de lo mucho que se habían confundido al elegirla. Bueno, pensé entonces, acaba de dar el primer paso hacia la fama. Pero le queda mucho por delante. En Alemania la conoce todo el mundo, pero Alemania no deja de ser un país muy pequeño.

La cocina tártara

Dieter murió un día después de que Aminat fuera coronada como vencedora.

Habría sido cruel afirmar que en ese momento no me pareció tan mal. El momento no estaba mal elegido. Yo me ocupé de todo, contenta por el hecho de poder salir de casa. Lena y Kalgánov estaban todo el rato juntos, sentados con una postura inexplicable por todos los rincones de la casa; ella se reía por lo bajo, él resollaba y yo no podía pasarme el día encerrada en mi cuarto. John cortaba rosas, miraba las nubes y hacía té. No le pregunté si le parecía bien la nueva compañía de una chica israelí maleducada y un viejo ruso babeando. La sonrisa que siempre había notado en su cara volvía a salir tímidamente a la superficie. Para no tenerme que ocupar mucho de todo eso, organicé el entierro de Dieter y recogí su casa. Entré en su cuarto, en el que aún flotaba el olor a enfermedad y miedo, abrí los cajones y di con un montón de apuntes manuscritos.

Sobre el primer cuaderno que cogí ponía: «La cocina tártara». Lo abrí. «*Pejleve*: un postre de hojaldre», leí. La letra de Dieter era pequeña, con mucho vuelo, las letras eran redondas: de no haberlo sabido, habría pensado que aquella letra era de una mujer. Esa letra ordenada se podía leer muy bien. Después de las primeras frases desfilaron en mí imágenes de mi vida pasada. Hasta ese momento no me había acabado de creer que Dieter hubiera viajado a la Unión Soviética a investigar la cocina tradicional. Ahora tenía la prueba en mis manos. La descripción de su paso por pueblos medio derruidos, los esbozos de algunos paisajes y, sobre todo, recetas. «*Qıstıby*, también llamado *kusikmyak*, es un tipo de *pierogi* de masa no acedada.» «*Qatıq* es el nombre de la leche agria que los tártaros calientan a fuego lento en una olla de arcilla. Se prepara a menudo añadiéndole una pequeña cantidad de cerezas o remolacha.» «En el relleno de la *gubadiya*, una masa preparada para determinadas fiestas, se emplea también *qort*, un requesón seco con una preparación especial.»

En uno de los cuadernos encontré la foto de la pequeña y angelical Aminat que le había mandado a Dieter hacía muchos años, en otra vida.

Entre medias había repartidas una serie de palabras tártaras, había intentado aprender la lengua y había escrito una especie de cuaderno de vocabulario:

Bolalar: niños

Senguel: hermana pequeña

Oşıysım qile: tengo hambre

Sin bik silu: eres muy guapa

Şaytán: demonio

Işak (p.ej. eres terco como un *işak*): burro

Y más abajo la advertencia: «Resulta prácticamente imposible escribir un libro sobre la cocina tártara».

Metí todos esos cuadernos en una gran bolsa de viaje, llena de polvo y telarañas, que había encontrado en el armario.

Hubiera preferido abandonar el piso de Dieter y haberlo olvidado para siempre. Pero yo no era una de esas que se largaban. Yo tenía sentido de la responsabilidad, al fin y al cabo había vivido aquí, y Dieter no tenía parientes cercanos aparte de mí. Trabajé rápido, ordené, metí lo inútil en bolsas de plástico, las bajé, organicé una recogida de trastos viejos, vendí el sofá de cuero de Dieter y un par de sillones a su vecina turca y limpié las persianas.

La vajilla de Dieter me había parecido siempre horrible, pero en los armarios de la cocina encontré también auténticos tesoros: dos pesados woks de hierro, un *kasán*²⁵, un caldero de cobre, varias ollas africanas de barro. Todo probablemente por estrenar, lleno de telarañas. Lo envolví todo en periódicos y lo metí en una caja para llevármelo. La cocina de obra se la vendí muy barata al propietario, que a cambio me llevó las cajas en su coche.

Desde ese momento Lena y Kalgánov dejaron de molestarme. No les preguntaba cuándo pensaban marcharse, temblaba de curiosidad por los apuntes de Dieter.

Me senté sobre un cojín de seda que puse en el suelo y empecé a leer. No tenía ni idea de que Dieter hubiera escrito tantas cosas sobre Aminat: la historia de su vida, que había empezado mucho antes de su nacimiento, o sea con mi propia historia. No sabía que Dieter conociera tantas cosas sobre mi vida. No podía recordar que le hubiera contado cosas de mi familia. Quizá había sido Sulfia quien le había puesto al corriente de cosas de las que yo nunca hablé con él. A lo mejor tampoco habían hecho falta palabras, y ella había llevado esa historia en la sangre, como Aminat sus primeras palabras tártaras.

Contemplé los dibujos infantiles de Aminat que Dieter había pegado con cuidado, deslicé el dedo sobre frases que Aminat supuestamente había dicho de niña, leí los esfuerzos de Dieter, con toda su exactitud alemana, de separar la cocina tártara de otras cocinas tradicionales, y de su fracaso a la hora de hacerlo. De su desesperación cuando veía el objeto de su interés plagado de influencias baskiras, kazajas, uzbekas, azerbaiyanas, yakutas y las delimitaciones empezaban a borrarse: era algo con lo que seguro que tuvo dificultades para lidiar.

Vi los bocetos y los mapas sobre los que había intentado reflejar la distribución de las etnias tártaras en épocas remotas, que ya no interesaban a nadie. Supuse que de todas maneras era algo que se había inventado. Y, como siempre, había desperdiciado la mayor parte del papel con lo menos importante, que era además en lo que más se había esforzado.

John se había sentado en el sillón. No le tuve en cuenta que no hubiera sido capaz de

traerme a Aminat. Era lo único que no había conseguido hacer hasta el momento, pero su cuota de logros era incluso superior a la de Dios.

Todo el tiempo del mundo

Una noche John y yo fuimos a la ópera porque yo me había comprado un vestido nuevo y John había conseguido unas entradas. Estaba acariciando la seda sobre mi regazo y el cuero de mi nuevo bolso, cuando John paró en un semáforo y yo miré a un lado. Vi una puerta abierta que conducía a una habitación levemente iluminada. Era un bar que se llamaba Istanbul, con ventanas sucias, un par de mesas y sillas puestas directamente en la calle y yo le tiré de la manga a John:

–¿Podría parar?

Aparcó delante del bar, aún teníamos un poco de tiempo. Cogí mi bolso, me agarré al brazo de John, entramos en el local y nos sentamos a una mesa. Estaba cubierta de una capa de grasa, evité tocarla. John se reclinó y se mantuvo en silencio. De una habitación contigua surgió un hombre regordete con un bigote negro muy poblado y los ojos de un perro apaleado.

–Cerrado –dijo él y yo reconocí por su nariz que no era turco, sino azerbaiyano–. Cerrado –repitió, pero yo no me moví y John pidió la carta de vinos.

–¡CERRADO! –chilló el hombre–. ¡NO HAY CARTA DE VINOS! RESTAURANTE CERRADO PARA SIEMPRE.

Nos quedamos sentados.

Se marchó, metió ruido y tronó en la habitación contigua, y volvió con una botella y tres copas.

–Sois mis últimos clientes –dijo–. Estoy arruinado.

Levantamos nuestras copas y nos las bebimos sin brindar. Respetamos su duelo. Su bigote estaba completamente empapado. Entonces me levanté y fui a la cocina. Olía a aceite quemado y a una especia que me recordaba la infancia que nunca tuve. Encontré una esponja y un bote casi vacío de detergente, exprimí las últimas gotas y empecé a limpiar las encimeras. El propietario del bar siguió mis pasos y se quedó parado en la puerta. Yo le oía respirar, pero no me giré.

Me volvió a dejar sola y estuvo conversando con John en la otra habitación. No les hice caso: los números no me interesaban. Yo ablandé manchas incrustadas pensando en Aminat. Había leído en el periódico que estaba embarazada de un canadiense, que en realidad era indio y cuyo clan vivía en Toronto. Aunque yo ya no me creía nada, eso sí que me lo creí enseguida. Aminat nunca me había escuchado, hacía siempre lo contrario de lo que yo quería que hiciera. Ahora me iba a regalar un bisnieto indio, si no se torcía la cosa. Pensé que era mejor que fuera así, mientras que la niña no se llamara Jacqueline.

Yo tenía todo el tiempo del mundo para esperar a Aminat, y quería pasarlo bien mientras tanto. John cumplía siempre lo que había prometido. No era necesario

presionar. Además tenía miedo de preguntarle cuándo volvería por fin Aminat. Me preocupaba tener que escuchar que Aminat había venido ya, pero que yo simplemente no me había dado cuenta. Prefería librar una superficie metálica de los restos de comida incrustados en ella y le envié un agradecimiento callado a Dios, de forma completamente automática, por educación, para que no se sintiera un inútil total.

Gracias...

...a mis padres, con cariño y admiración; a mi abuela Tatyana Sotova, por su inagotable energía vital; a mi lejana familia rusa; a mi lector Olaf Petersenn; a todos los trabajadores de la editorial Kiepenheuer & Witsch; a Georg Simader; a Vanessa Gutenkunst; a todos los que se han atrevido a adentrarse en el *Scherbenpark*²⁶; a mis lectores, que me han escrito largas cartas y breves *e-mails* (los leo todos); a todos aquellos que me han apoyado tanto en este último año con consejos y gestos, escuchándome y diciendo la palabra precisa en el momento justo; y a Stephan.

¹ *Zhiguli* (rus. Жигули) es el nombre de unos montes rusos que el Consejo de Ayuda Económico soviético СЭВ puso a uno de los modelos de coches de la fábrica de automóviles AutoVAZ. Este modelo se exportaba con el nombre de *Lada* a países no vinculados a la URSS.

² *Militsiya* (rus. милиция) era el nombre abreviado que recibía la policía en la antigua Unión Soviética y en la mayor parte de los estados que suscribieron el Pacto de Varsovia, y que luego han heredado antiguos estados soviéticos como Ucrania o Bielorrusia.

³ El *kvas* (rus./ucr. квас) es una bebida alcohólica muy popular en Rusia, Ucrania y otros países del Este de Europa, elaborada normalmente con una mezcla fermentada hecha a base de harina de centeno y malta.

⁴ El *şekşek* (tárt. чекчек) es uno de los platos típicos de la cocina tártara. Consiste en una masa hecha a base de trigo de la que se hacen bolas con forma de avellana que luego se dejan enfriar en un molde especial, mezcladas con miel.

⁵ *şulpa* (tárt. шулла) es la palabra tártara (de origen árabe) para caldo, y, metonímicamente, para todo tipo de sopa.

⁶ *pilaf* (rus. плов) es la denominación de un modo de cocinar el arroz integral.

⁷ *şaytán* (tárt. шайтан), vocablo de origen árabe, quiere decir «demonio».

⁸ *işak*, de origen ruso (rus. ишак), quiere decir «burro».

⁹ El *Komsomol* (rus. Комсомол) era la organización juvenil del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). El término es una contracción de *Kommunisticheski Soyuz Molodiezhi* (rus. Коммунистический союз молодежи), Unión Comunista de la Juventud.

¹⁰ El pescado *gefilte* (hebr. עטליפעג שיפ) es un plato típico de la cocina asquenazí, que consiste básicamente en pescado molido con cebolla, zanahoria, perejil, sal y pimienta, y cocinado al horno en forma de bastón o hervido en forma de albóndigas. Este plato tradicionalmente se sirve en el *sabbat* o en las festividades de *Roş Ha-Şaná* (Año Nuevo judío) y la *Pésaj* (Pascua judía).

¹¹ El *foršmack* es una crema de arenque hecha a base de arenque, pan, ajo y huevo.

¹² El *tsimmes* (hebr. טעמים) es un postre asquenazí que se suele tomar en la festividad del *Roš Ha-Šaná* y que consiste en zanahorias y batatas rehogadas con miel y zumo de naranja, y servidas con piña y nuez moscada.

¹³ *halva* (tárt. халва) es el nombre que reciben toda una serie de dulces de origen árabe hechos a base de pasta de sémola.

¹⁴ Marca de coches soviéticos.

¹⁵ El *Ulpán* (hebr. וּפְלוּא) es un curso intensivo de hebreo que se empezó a organizar para los nuevos inmigrantes del recién creado estado de Israel.

¹⁶ El *šaron* (hebr. *šaron*) es un tipo de caqui, un fruto con forma de manzana de un árbol de la familia de las Ebenáceas, originario de Japón y de China.

¹⁷ El *qıstıby* (tárt. кыстыбый) es un plato tradicional muy popular en el Tartaristán y en Başkortostán. Es una especie de torta a base de masa no fermentada y rellena de diferentes formas. El relleno más común es el puré de patatas, pero también puede ser el ragú y el cuscús. El relleno se echa sobre una de las mitades de la torta, cubriéndolo con la que queda libre. Después se extiende mantequilla clarificada sobre la superficie de la torta.

¹⁸ El *talkıŝ* (rus. талкыш-калеве, *talkıŝ-kaleve*) es un tipo de *ŝekŝek*; un postre, por tanto, hecho a base de frutos secos y miel.

¹⁹ La doncella de las nieves o *Snegúrochka* (rus. Снегурочка) es un personaje de los cuentos de hadas rusos y también el título de uno de esos cuentos, cuya versión más conocida se incluye en la colección de cuentos de Afanásief. En este cuento, la *Snegúrochka* es una muchacha que dos ancianos hacen de nieve y a la que aman como a una hija durante el invierno. Pero al llegar la primavera, la doncella se vuelve melancólica, y desaparece en verano durante el tradicional salto de la hoguera. En la Unión Soviética, la *Snegúrochka* se convirtió en la coprotagonista de un mito que los soviets usaron como contrapunto a los motivos navideños tradicionales de origen cristiano, acompañando al *Ded Moroz* (rus. Дед мороз), el «Padrecito Hielo», el Papá Noel soviético, que en la Nochevieja lleva regalos a los niños rusos.

²⁰ *Damenbinden* significa, literalmente, «vendas de señoras».

²¹ Los *vareniki* (ucr./rus. вареники) son un plato típico de la cocina ucraniana. Consisten en una masa de harina, sal, agua y huevo que se cuece en agua salada. Están rellenos de puré de patatas, chucrut, queso fresco o setas, en su variante salada; y frutas y bayas, en la dulce.

²² La *Familienbildungsstätte* es una organización alemana gestionada por alguna de las iglesias cristianas o por voluntarios, y se dedica a la formación de adultos. Su oferta educativa se dirige sobre todo a familias, padres e hijos y está especializada en cursos de preparación al parto o a la formación de familias.

23 Los *spätzle* son una pasta de huevo típica de Suiza y de Suabia.

24 El *makowiec* es un pastel enrollado con relleno de semilla de amapola, típico de la cocina polaca.

²⁵ El *kasán* (ucr. казан / kazajo казан) es un utensilio de cocina parecido a una olla de hierro y a un wok, que se usa en toda Asia Central y en Ucrania. Se suelen cocinar en él platos como el *pilaf* o la *çorba* (sopa hecha a base de verduras y carne de cordero, pollo o ternera).

²⁶ *Scherbenpark* («El parque de los cristales rotos») es el título de la primera novela de Alina Bronsky, aún no traducida al castellano.

Título original: *Die schärfsten Gerichte der Tartarischen Küche*

Edición en formato digital: octubre de 2011

© Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Cologne, Germany, 2010

© De la traducción, Javier Sánchez-Arjona Voser, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-705-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

La aguja de hacer punto	8
Gemelos	12
Este bebé	14
Mala madre	17
Estetoscopio, querida	21
Sanatorio para niños	26
Traidores por todos lados	29
¿Átomos?	33
Éstos no son modales	38
Una familia civilizada	42
¿Soy una mujer mala?	45
Yo era un ejemplo	49
Una esposa perfecta	52
Otro tipo de preocupaciones	56
Es un ángel	60
Una niña limpia	66
En realidad no tenía mucha experiencia	70
Sin mí, nada funcionaba	74
Rosenbaum	80
Pescado gefilte	85
El fin del mundo	89
No era mi niña	96
Pobre diablo	100
Mi despedida	103
Otra vez a solas	105
Sulfia, necesitas un extranjero	109
El alemán comatoso	112
Un idiota extranjero	118

Por una vida mejor	122
O tres o nada	124
Una niña buena	127
El país que nunca nos había conquistado	131
Le hacía falta una mujer	134
Bueno con Sulfia	137
Puedes estar contenta	140
No era en Alemania	146
Una segunda Sulfia	149
Una doncella de hierro	153
Una mujer joven	156
Su tercer marido	160
Tuturgan taviq	163
Elegante y ligera	167
La montaña no me quería	170
Las mejores hijas	173
Mientras tú estés aquí	178
Con la voz de Sulfia	182
Mis mujeres	185
La paciente más guapa	189
La mía es la más guapa	194
Pero de mí no se hablaba	198
Lena	200
Alemania es un país pequeño	203
La cocina tártara	206
Todo el tiempo del mundo	209
Gracias...	211
Notas	212
Créditos	239

